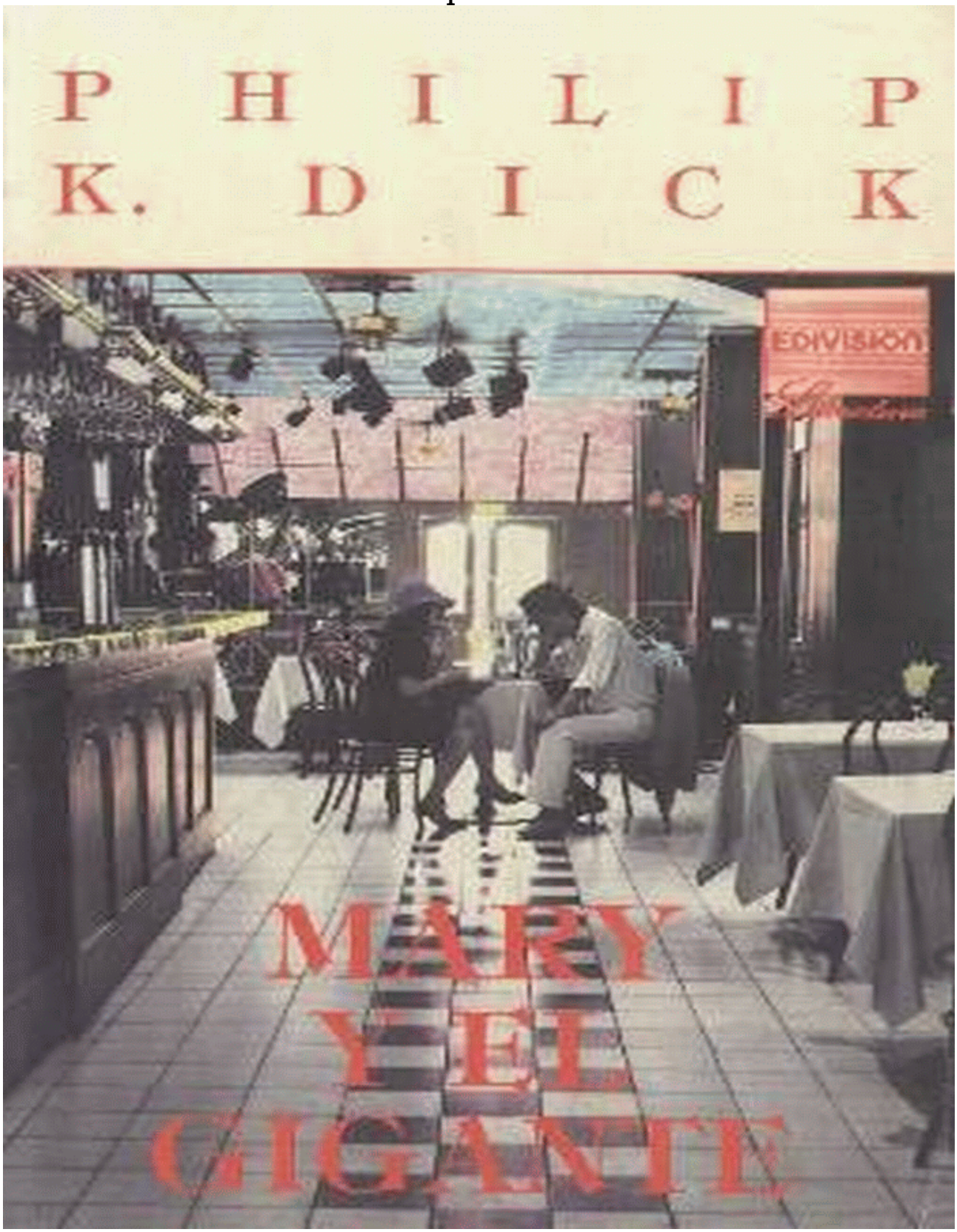
MARY Y EL GIGANTE

Philip K. Dick



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

Hacia la derecha del coche que avanzaba velozmente por la carretera, más allá de la cuneta, había un grupo de vacas. Un poco más lejos descansaban otros bultos pardos, medio ocultos por la sombra de un granero. De un lado del granero se distinguía vagamente un viejo anuncio de Coca-Cola.

Joseph Schilling, sentado en el asiento trasero del coche, metió la mano en su bolsillo y sacó su reloj de oro. Con un movimiento experto de la uña levantó la tapa y se fijó en la hora. Eran las dos cuarenta de la tarde, de una tarde calurosa a mediados del verano en California.

-¿Cuánto falta todavía? -preguntó con un ademán de descontento. Estaba cansado del movimiento del coche y del paso de los campos cultivados afuera de las ventanillas.

Encorvado sobre el volante Max gruñó en respuesta, sin volver la cabeza.

-Diez, o quizá quince minutos.

-¿Sabes de qué te hablo?

-Estás hablando del pueblo que marcó en el mapa. Faltan diez o quince minutos. Vi una indicación de la distancia hace rato, en el último puente.

Más vacas entraron a su campo visual y, junto con ellas, más campos secos. La lejana bruma de las montañas se había asentado gradualmente, en el transcurso de las últimas horas, en las profundidades de los valles. Dondequiera que Joseph Schilling dirigiese la vista se esparcía una opaca bruma, ocultando los cerros y las praderas calcinadas, los huertos de diversos frutos, los ocasionales edificios blanqueados de las granjas. Y, directamente al frente, los comienzos del pueblo: dos carteleras y un puesto de huevos frescos. Le dio gusto ver aproximarse el pueblo.

-Nunca hemos pasado por aquí -comentó-. ¿Verdad?

-Lo más que nos hemos acercado es a Los Gatos, en las vacaciones que se tomó en el 49.

-Nada puede hacerse más de una vez -afirmó Schilling-. Hay que encontrar cosas nuevas. Como dijera Heráclito, el río es siempre distinto.

-Para mí que todo se ve igual. Todos estos cultivos.

Max señaló un rebaño de ovejas reunido debajo de un roble.

-Ahí están otra vez esas ovejas... no hemos dejado de verlas en todo el día.

De la bolsa interior del pecho de su saco Schilling sacó una libreta encuadernada en piel negra, una pluma fuente y un mapa doblado de California. Era un hombre fornido que ya se acercaba a los 60 años de edad; sus manos, que sostenían el mapa, eran grandes y amarillentas, de piel áspera, articulaciones pronunciadas en los dedos y uñas tan gruesas que se veían opacas. Vestía un traje de dura tela asargada de lana, chaleco y una corbata sombría de lana; sus zapatos eran de piel negra, de hechura inglesa y polvorientos por la mugre de la carretera.

-Sí, nos detendremos -decidió mientras guardaba la libreta y la pluma-. Quiero dedicar una hora a echar un vistazo. Siempre habrá que considerar la posibilidad de que éste convenga. ¿Qué te parecería?

-Perfecto.

-¿Cómo se llama el pueblo?

-Thigh Junction («Entronque de muslos» N. del T.).

Schilling sonrió.

-No trates de ser chistoso.

-Usted tiene el mapa; mírelo.

Malhumoradamente, Max admitió:

-Pacific Park. Ubicado en el corazón de la rica California. Sólo dos días de lluvia al año. Cuenta con su propia fabrica de hielo.

El pueblo en sí empezó a aparecer a ambos lados de la carretera. Unos puestos de frutas, una gasolinera de la Standard, una aislada tienda de abarrotes, con varios coches estacionados en el lote de tierra al lado. De la carretera desembocaban unos caminos estrechos y accidentados. Las casas aparecieron mientras el Dodge cambiaba al carril de baja velocidad.

-Así que a esto lo llaman un pueblo -comentó Max. Aceleró el motor y dobló a la derecha-. ¿Por aquí? ¿Aquí me quedo? Decídase.

-Da una vuelta por la zona comercial.

La zona comercial estaba dividida en dos partes. La una, orientada en torno a la carretera y los coches que transitaban por ella, parecía consistir principalmente en establecimientos con servicio para los automovilistas, gasolineras y tabernas. La otra quedaba al centro de la población. Hacia esa parte avanzó el Dodge. Joseph Schilling, cuyo brazo descansaba en la orilla de la ventanilla abierta, miró hacia fuera, atento y absorto, complacido por la presencia de la gente y las tiendas, complacido por haber escapado temporalmente del campo abierto.

-No está mal -admitió Max mientras pasaban junto a una panadería, una tienda de cerámica y curiosidades, una lechería moderna y una florería. Siguió una librería -construida en el estilo de los edificios españoles de adobe- y luego una serie de residencias al estilo de los ranchos de California. Finalmente, las casas quedaron atrás; apareció una gasolinera y volvieron a salir a la carretera estatal.

-Detente aquí -indicó Schilling.

Se trataba de un edificio blanco muy sencillo delante del cual un letrero pintado a mano se agitaba en el viento de la tarde. Un hombre negro ya se había levantado de una silla de lona, dejando su revista, se acercaba. Llevaba puesto un uniforme almidonado en el que estaba bordada la palabra Bill.

-Lavandería de Coches de Bill -leyó Max mientras ponía el freno de mano-. Bajémonos; tengo que echar una meada.

Tieso y fatigado, Joseph Schilling abrió la portezuela y salió al asfalto. Al bajarse se vio obligado a esquivar los paquetes y las cajas que llenaban el asiento trasero; una caja de cartón rebotó sobre el estribo y se dobló laboriosamente para recogerla. Mientras tanto, el negro se había aproximado a Max y lo saludaba.

-De inmediato. De inmediato me encargo de él, señor. Ya le hablé a mi ayudante; está allá, comprándose una coca.

Joseph Schilling flexionó las piernas, se frotó las manos y echó a caminar. El aire tenía un olor agradable; a pesar del calor carecía del tufo encerrado del coche. Sacó un puro, le cortó la punta y lo encendió. Estaba soplando el humo azul oscuro aquí y allá cuando se acercó el negro.

-Ya empezó el trabajo -indicó el negro.

El Dodge, empujado fisicamente hacia el interior de la lavandería, había medio desaparecido bajo la nube de jabón y de agua caliente.

-¿No lo hace usted? -preguntó Schilling-. Oh, ya veo: usted es el ingeniero.

-Soy el encargado. El negocio es mío.

La puerta al excusado de los hombres estaba abierta. Adentro, Max orinaba, aliviado, y murmuraba.

-¿A qué distancia queda San Francisco de aquí? -preguntó Schilling al negro.

-Oh, a unos 80 kilómetros, señor.

-Demasiado lejos para hacer el viaje diario.

-Oh, algunos lo hacen. Pero esto no es un suburbio; es un pueblo completo.

Señaló hacia los cerros.

-Mucha gente pensionada. Viene aquí por el clima. Se instala, se queda.

Se dio unos golpecitos en el pecho con las puntas de los dedos.

-El aire es bueno, muy seco.

Enjambres de estudiantes preparatorios caminaban sobre las banquetas, atravesaron el césped frente a la estación de bomberos y se reunieron frente a las ventanillas de la cafetería con servicio para automovilistas del otro lado de la calle. Una niña bonita de suéter rojo llamó la atención de Schilling mientras tomaba sorbos de un vaso de cartón, con los ojos grandes y absortos, el pelo negro agitado por la brisa. La observó hasta que ella se percató y esquivó su mirada rápidamente.

-¿Todos son de la preparatoria? -le preguntó a Bill-. Algunos parecen más grandes.

-Son estudiantes de la preparatoria -afirmó el negro con un aire de autoridad cívica-. Son las tres de la tarde.

-El sol -dijo Schilling queriendo bromear-. Hay mucho sol la mayor parte del año... todo madura más rápido.

-Sí, aquí se cosecha todo el año. Albaricoques, nueces, peras, arroz. Es agradable aquí.

-¿De veras? ¿A usted le gusta?

-Mucho.

El negro movió la cabeza afirmativamente.

-Durante la guerra viví en Los Angeles. Trabajé en una fábrica de aviones. Iba al trabajo en camión.

Hizo una mueca.

-Mierda.

-Y ahora tiene su propio negocio.

-Me cansé. Viví en muchos lugares diferentes y luego llegué aquí. Mientras duró la guerra ahorré para poner la lavandería de coches. Me siento bien. Vivir aquí me hace sentir bien. Puedo descansar.

-¿Es aceptado aquí?

-Hay un barrio para los negros. Pero con eso basta; es todo lo que se puede esperar. Por lo menos nadie ha dicho que no puedo vivir aquí. Usted sabe cómo es.

-Sí, ya sé -contestó Schilling, perdido en sus pensamientos.

-Por eso es mejor aquí.

-Sí -accedió Schilling-. Lo es. Mucho mejor.

Del otro lado de la calle la muchacha había terminado su refresco. Arrugó el vaso, lo dejó caer en el arroyo y se alejó con unos amigos. Joseph Schilling estaba observándola cuando Max salió del excusado, parpadeando bajo la intensa luz del sol y abrochándose los pantalones.

-Qué pasó, qué pasó -exclamó Max en tono de advertencia al notar la expresión en la cara de Schilling-. Conozco esa mirada.

Con un sobresalto culpable Schilling quiso justificarse.

-Es una niña extraordinariamente hermosa.

-Pero no le concierne.

Volviendo su atención al negro, Schilling preguntó:

-¿Por dónde sería agradable dar un paseo? ¿Hacia los cerros?

-Hay varios parques. Uno está ahí, muy cerca; podría ir caminando. Es

pequeño, pero hay sombra.

Señaló la dirección, feliz por poder ayudar, feliz por ser de utilidad al caballero blanco alto y bien vestido.

El caballero blanco alto y bien vestido miró a su alrededor, con el puro entre los dedos. Sus ojos se deslizaron en tal forma que el negro se dio cuenta de que miraba más allá de la lavandería de coches y de la cafetería Foster's Freeze; estaba contemplando todo el pueblo. Estaba observando la zona residencial con sus fincas y mansiones. Estaba escudriñando la zona de los pobres, el hotel destartalado y la tabaquería. Vio la estación de bomberos y la preparatoria y las tiendas modernas. En sus ojos estaba todo, como si se hubiera adueñado de ello al sólo mirarlo.

Y al negro le pareció que el caballero blanco venía de muy lejos hasta llegar a ese pueblo. No venía de cerca; ni siquiera de la costa Este. Quizá venía del otro lado del mundo; quizá siempre estuvo en camino, avanzando de un lugar al otro. Era por el puro: olía a extranjero. No era de fabricación nacional; venía de fuera. El caballero blanco permanecía ahí de pie, despidiendo un olor extranjero, de su puro, su traje de tela asargada y fatigada, sus zapatos ingleses, sus puños dobles de oro y de lino. Su cortapuros de plata probablemente era de Suecia. Probablemente bebía jerez español. Era un hombre de mundo y del mundo.

Al llegar, al introducir su gran Dodge negro en el lote, no sólo se trajo a sí mismo. Era mucho más grande. Era tan inmenso que se elevaba encima de todo como una torre, aun mientras permanecía ahí inclinado y escuchando, aun mientras fumaba su puro. El negro nunca había visto un rostro tan elevado; estaba tan lejos que no tenía mirada ni expresión. No era ni amable ni ruin; era simplemente un rostro, un rostro infinito muy arriba de él, con su puro que echaba nubes de humo y esparcía todo el mundo alrededor de él y de su ayudante, trayendo todo el universo exterior al pequeño poblado de Pacific Park en California.

A paso lento Joseph Schilling caminó por el sendero de grava, con las manos metidas en las bolsas, disfrutando la actividad que se desplegaba a su alrededor. En una charca, los niños alimentaban a un pato gordo con pan. Al centro del parque había un estrado para orquesta desierto. Aquí y allá unos ancianos y madres jóvenes, de senos hinchados. Los árboles eran molles y eucaliptos que daban mucha sombra.

-Vagos -dijo Max, que lo seguía secándose el sudor de la cara con un pañuelo-. ¿Adónde vamos?

-A ninguna parte -replicó Schilling.

-Va a hablar con alguien. Va a sentarse a hablar con uno de estos vagos. Es capaz de hablar con cualquiera: habló con ese negro imbécil.

-Ya casi me he decidido -indicó Schilling.

-¿De veras? ¿Con respecto a qué?

-Vamos a establecernos aquí.

-¿Por qué? -exclamó Max-. ¿Por este parque? Hay uno igual en cada pueblo de aquí a...

-Por el pueblo. Tiene todo lo que quiero.

-Como mujeres de tetas grandes.

Llegaron al límite del parque. Schilling bajó de la banqueta y atravesó la calle.

-Puedes ir por una cerveza, si quieres.

-¿Adónde va? -preguntó Max recelosamente.

Delante de ellos había una serie de tiendas modernas. Al centro de la cuadra se veía una agencia de bienes raíces. GREB Y POTTER decía el letrero.

-Voy a entrar ahí -repuso Schilling.

-Piénselo.

-Ya lo pensé.

-No puede poner su tienda aquí; no ganará dinero en un pueblo como éste.

-Quizá no -admitió Schilling distraídamente-. Pero...

Sonrió.

-Puedo sentarme en el parque y darle pan al pato.

-Lo veré en el coche -anunció Max y se dirigió, resignado, al bar.

Joseph Schilling se detuvo por un instante y luego entró a la agencia de bienes raíces. La única habitación grande estaba oscura y fresca. Un largo mostrador la dividía a un lado; detrás de él, en un escritorio, se encontraba un joven alto.

-¿Sí, señor? -dijo el joven sin intenciones de ponerse en pie-. ¿En qué puedo servirle?

-¿Manejan ustedes la renta de locales comerciales?

-Sí, así es.

Joseph Schilling caminó hasta el extremo del mostrador y contempló un mapa del condado de Santa Clara pegado en la pared.

-Déjeme ver qué está disponible.

Entre sus dedos apareció el borde blanco de su tarjeta de presentación.

-Soy Joseph R. Schilling.

El joven se había puesto de pie.

-Me llamo Jack Greb. Mucho gusto, señor Schilling.

Adelantó cautelosamente la mano.

-¿Un local comercial? ¿Busca rentar a largo plazo un local para la venta al por menor?

De debajo del mostrador sacó un libro grueso con argollas de metal y lo abrió delante de él.

-Sin accesorios -indicó Schilling.

-¿Es usted comerciante? ¿Tiene una licencia para la venta al menudeo en el estado de California?

-Me dedico al negocio de la música.

Tras una breve pausa, agregó:

-Antes me ocupaba de la edición de partituras; ahora he decidido intentar la venta de discos. Siempre ha sido una especie de sueño para mí tener mi propia tienda.

-Ya tenemos una discoteca -afirmó Greb-. El Bar Musical de Hank.

-Esto será diferente. Será de música para conocedores.

-Quiere decir, música clásica.

-A eso me refiero.

Greb se humedeció el dedo pulgar y empezó animadamente a dar vuelta a las tiesas páginas amarillas de su libro.

-Creo que tenemos el lugar perfecto para usted. Una tiendita agradable, muy moderna y limpia. El frente inclinado, iluminación fluorescente, construida hace sólo dos años. Se encuentra en la calle Pine, en el mero corazón de la zona comercial. Antes fue una tienda de regalos. Los dueños eran esposos, una agradable pareja de edad madura. Él vendió todo cuando ella murió. Fue de cáncer estomacal, según tengo entendido.

-Me gustaría ver el local -indicó Joseph Schilling.

Greb le sonrió astutamente desde el otro lado del mostrador.

-Y a mí me gustaría enseñárselo.

2

En la orilla de la plataforma de carga de Muebles Prefabricados de California, un camión de servicio rápido recibía las pilas de sillas cromadas. Un segundo camión, de la empresa de mudanzas P.I.E., aguardaba para ocupar su lugar.

Vestido con pantalones desteñidos de mezclilla y un mandil de tela, el encargado del envío de la mercancía armaba, con movimientos aletargados, una mesa cromada de comedor. Dieciséis pernos sujetaban la superficie de plástico, y siete más impedían que se aflojaran las patas huecas de metal.

-¡Carajo! -exclamó el empleado.

Se preguntó si habría otra persona en el mundo dedicada a armar muebles cromados. Reflexionó acerca de todas las cosas imaginables que la gente pudiera hacer. En su mente apareció la imagen de la playa de Santa Cruz, la imagen de muchachas en traje de baño, de botellas de cerveza, cabañas de motel, de radios que tocaban jazz suave. El sufrimiento fue demasiado para él. Bruscamente se desquitó con el soldador quien, después de subir su careta, estaba buscando más mesas.

-Esto es del carajo -repitió el empleado-. ¿Lo sabías?

El soldador sonrió, dijo que sí con la cabeza y aguardó.

-¿Ya terminaste? -preguntó el encargado de los envíos-. ¿Quieres otra mesa? ¿Quién diablos metería una de esas mesas en su casa? Yo no quisiera tenerlas ni en el baño.

Una pata reluciente se le resbaló de los dedos y cayó al hormigón. Lanzando imprecaciones, el empleado, de una patada, la arrojó a la basura debajo de su banco entre los trozos de cordón y de papel para empaquetar. Estaba inclinándose para volver a sacarla cuando la señorita Mary Anne Reynolds apareció con más pedidos que debía despachar.

-No debiste hacer eso -comentó, pensando en lo bien que se podía oír desde la oficina.

-Al carajo con esto -contestó el encargado de los envíos mientras bajaba otra pata-. Detenme esto, ¿sí?

Mary Anne dejó sus papeles y sujetó la pata mientras él la fijaba en el armazón de la silla. El olor de su descontento llegó hasta su nariz y era un olor delgado, acre, como de sudor viejo. Le daba lástima, pero su estupidez la irritaba. Él se comportaba así desde hacía un año y medio, cuando ella empezó a trabajar ahí.

-Renuncia -le sugirió-. ¿Por qué te aguantas en un trabajo que no te gusta?

-Cállate -replicó el encargado de los envíos.

Mary Anne soltó la mesa terminada y observó cómo el soldador fijaba las patas. Le gustaba el estallido de chispas; era como el espectáculo del Cuatro de Julio. Ella había pedido al soldador que le permitiera manejar el soplete, pero siempre sonreía y decía que no.

-No les gusta tu trabajo -le indicó al empleado-. El señor Bolden le dijo a su mujer que si no mejoras te va a despedir.

-Ojalá estuviera en el ejército todavía -contestó el hombre.

No tenía caso hablar con él. Mary Anne, entre un remolino de faldas, abandonó la zona del taller y regresó a la oficina.

El viejo Tom Bolden, el dueño de los Muebles Prefabricados de California, se encontraba en su escritorio; y su esposa, en la calculadora.

-¿Cómo va eso? -preguntó Bolden al percatarse de que la muchacha había regresado-. ¿Está de ocioso, como siempre?

-Está trabajando muy duro -replicó lealmente mientras se sentaba a la máquina de escribir. No le agradaba el encargado de los envíos, pero no deseaba involucrarse en su caída.

-¿Ya tienes la carta para Hales? -preguntó Bolden-. Quiero firmarla antes de irme.

-¿Adónde vas? -preguntó su esposa.

-A San Francisco. Dohrmann's avisó que hay algunos defectos en el último envío.

Encontró la carta y se la entregó al viejo para que la firmara. La hoja era impecable, pero no sentía orgullo; los muebles cromados, el trabajo de mecanografía y los problemas del almacén se confundieron, sin sentido, con el ruido de la máquina sumadora de Edna Bolden. Introdujo un dedo debajo de la tela de su blusa y se acomodó el tirante del brasiere. El día era caluroso y vacío, como siempre.

-Estaré de vuelta como a las siete -anunció Tom Bolden.

-Ten cuidado con el tráfico -recomendó la señora Bolden, quien le detenía la puerta de la oficina.

-Quizá traiga un nuevo empleado para los envíos.

Ya casi había partido, pero su voz llegaba a los oídos de la muchacha.

-¿Has visto esto alguna vez? Está asqueroso, parece una porqueriza. Hay basura por todas partes. Me voy a llevar la camioneta de reparto.

-Vaya por El Camino -sugirió Mary Anne.

-¿Qué dijiste?

Bolden se detuvo e inclinó la cabeza para oír mejor.

-El Camino. Se tarda más, pero es mucho más seguro.

Refunfuñando, Bolden azotó la portezuela. Ella escuchó cómo arrancó la camioneta y se integró al tráfico... en realidad no importaba. Empezó a revisar sus apuntes taquigráficos. El ruido de las sierras eléctricas se filtraba a través de las paredes hasta la oficina; y hubo una serie de golpes mientras el encargado de los envíos martillaba sus mesas cromadas.

-Tiene razón -comentó-. Me refiero a Jake.

-¿Quién diablos es Jake? -preguntó la señora Bolden.

-El encargado de los envíos.

Ni siquiera sabían cómo se llamaba. Era una máquina para martillar... una máquina defectuosa para martillar.

-Tiene que haber desechos alrededor de una banca para los envíos. ¿Cómo va uno a empaquetar las cosas sin producir desechos?

-No te corresponde a ti decidirlo.

La señora Bolden soltó la cinta de la máquina sumadora y se volvió hacia ella.

-Mary, ya tienes suficiente edad para saber que no debes portarte así, hablar como si fueras la que manda.

-Lo sé. Fui contratada para tomar dictados, no para decirle cómo manejar su negocio.

Ya se lo habían dicho varias veces antes.

-¿Verdad?

-No puedes trabajar en el mundo comercial si te portas así -afirmó la señora Bolden-. Debes aprender eso. Simplemente tienes que mostrar respeto hacia tus superiores.

Mary Anne escuchó las palabras y se preguntó qué significarían. La señora Bolden parecía darles importancia; la obesa anciana estaba enfadada. La divertía un poco, porque todo era tan necio, tan insignificante.

-¿No quiere usted enterarse de las cosas? -preguntó con curiosidad. Al parecer no les interesaba-. Los hombres encontraron una rata en el cobertizo de la fábrica. Quizá las ratas ya se comieron los rollos de tapiz. ¿No querría usted saberlo? Me imagino que sí querría que alguien se lo dijera.

-Por supuesto que queremos saberlo.

-No veo cuál sea la diferencia.

Hubo un intervalo de silencio.

-Mary Anne -prosiguió la mujer mayor al fin-, tanto Tom como yo te estimamos muchísimo. Tu trabajo es excelente; eres inteligente y aprendes pronto. Pero debes encararte a la realidad.

-¿A qué realidad se refiere?

-¡A la de tu trabajo!

Mary Anne sonrió, con un gesto lento y pensativo. Se sentía ligeramente mareada, la cabeza le zumbaba.

-Eso me recuerda.

-¿Te recuerda qué?

-Creo que iré a recoger mi gabardina café de la tintorería.

Con movimientos deliberados escudriñó su reloj de pulsera; se percató de la rabia de Edna Bolden, pero la anciana sólo perdía el tiempo.

-¿Puedo irme temprano esta tarde? La tintorería cierra a las cinco.

-Ojalá pudiera comunicarme contigo -replicó la señora Bolden. La muchacha la perturbaba, y su aflicción era evidente. No era posible apelar a la consideración de Mary Anne; las promesas y amenazas usuales no significaban nada para ella. Caían sobre oídos sordos.

-Lo siento -repuso Mary Anne-. Pero todo es tan estúpido y confuso. Por ejemplo, ahí está Jake, odia su trabajo. Si no le gusta su trabajo, debería renunciar. Y su marido quiere despedirlo porque trabaja mal.

Fijó la mirada en la señora Bolden, lo cual la perturbó más aún.

-¿Por qué nadie hace nada? Todo era igual hace un año y medio. ¿Qué les pasa a todos?

-Tú dedícate a tu trabajo -ordenó la señora Bolden-. ¿Podrías hacerlo? ¿Podrías darte la vuelta y terminar tus cartas?

-No me contestó.

Mary Anne siguió observándola, sin compasión alguna.

-Pregunté si podía irme temprano.

-Termina tu trabajo y luego hablaremos.

Mary Anne pensó por un momento y luego se volvió otra vez al escritorio. Tardaría 15 minutos en llegar a la tintorería si caminaba directamente de la fábrica al pueblo. Tendría que irse a las cuatro y media para asegurarse de llegar a tiempo.

En lo que a ella se refería, el asunto estaba arreglado. Ella misma lo había decidido.

Bajo el cansado resplandor de la avanzada tarde caminó por la avenida Empory; una muchacha menuda bastante delgada de pelo castaño corto que caminaba con la espalda muy derecha, la cabeza alta, el abrigo café arrojado descuidadamente sobre el brazo. Caminaba porque aborrecía tomar camiones y porque a pie podía detenerse en el momento y el sitio que se le antojara.

Dos corrientes de tráfico avanzaban por la calle. Los comerciantes empezaban a salir para subir sus cortinas; las tiendas de Pacific Park cerraban por ese día.

A su derecha se encontraban los edificios de estuco que constituían la

preparatoria de Pacific Park. Tres años antes, en 1950, se había graduado de esa escuela, donde le enseñaron a cocinar, civismo e historia de Estados Unidos. Los conocimientos de cocina le habían servido. En 1951 consiguió su primer trabajo: recepcionista en la Compañía Ace Loan de la calle Pine. A finales del mismo año, aburrida, renunció y se fue a trabajar con Tom Bolden.

Vaya trabajo que era ése: mecanografiar cartas dirigidas a los grandes almacenes acerca de sillas cromadas de cocina. Y las sillas no estaban siquiera bien hechas; ya las había probado.

Tenía 20 años de edad y siempre había vivido en Pacific Park. No le desagradaba el pueblo; parecía demasiado frágil para sobrevivir al desprecio. El pueblo y sus habitantes se dedicaban a extraños jueguitos; tomaban los juegos en serio, como los juegos de su infancia. Tenían reglas que no debían violarse, rituales que implicaban la vida y la muerte. Y ella preguntaba con curiosidad ¿por qué esta regla?, ¿por qué aquella costumbre?, y a pesar de ello participaba en el juego... hasta sobrevenir el aburrimiento y, a continuación, un desprecio asombrado que la dejaba separada y sola.

Se detuvo un momento en la farmacia Rexall y revisó el estante de libros de bolsillo. No se fijó en las novelas -estaban llenas de tonterías-, escogió un volumen intitulado *«Mejore su vocabulario en 30 días»*. Eso, y un ejemplar del *«Leader»*, el periódico de Pacific Park, le costaron 37 centavos.

Al salir de la farmacia se topó con dos personas.

-Hola -la saludó un hombre joven y bien vestido. Era vendedor en Frug's, Ropa para Caballeros; no conocía a su compañero-. ¿Ya viste hoy a Gordon? Te está buscando.

-Le hablaré por teléfono -indicó y empezó a alejarse. Le desagradaba el olor a flores que estaba suspendido sobre Eddie Tate. La loción que usaban algunos hombres olía bien; la de Tweany olía a madera. Pero ésta no... ésta no le inspiraba respeto.

-¿Qué estás leyendo? -preguntó Tate, tratando de descifrar el título-. ¿Uno de esos libros cachondos?

Lo escudriñó a su manera: con calma, sin la intención de hacerle daño, con la mera curiosidad de saber.

-Quisiera estar segura respecto a ti.

-¿A qué te refieres? -preguntó Tate, inquieto.

-Una vez te vi de vago en la terminal de la Greyhound, con unos marineros. ¿Eres marica?

-¡Mi primo!

-Gordon no es marica. Pero es demasiado estúpido para saber cuál es la diferencia; piensa que tienes estilo.

Abrió los ojos un poco más; el espectáculo de la consternación del pobre Eddie Tate la divirtió.

-¿Sabes cómo hueles? Hueles a mujer.

El compañero del hombre, interesado en una muchacha que hablara de esa manera, aguardaba cerca, escuchándolos.

-¿Está Gordon en la gasolinera? -le preguntó a Tate.

-No sabría decírtelo.

-¿No anduviste por ahí hoy?

No lo soltó; ya tenía atrapado al insecto.

-Pasé por un momento. Dijo que tal vez iría a tu casa en la noche. Dijo que fue el miércoles, pero que no estabas.

La voz de Tate se desvaneció mientras ella se echaba a caminar, acomodándose

el abrigo sobre el brazo y sin mirar hacia atrás a ninguno de ellos. En realidad no le importaban. Pensó en su casa. La invadió el desaliento y percibió cómo se debilitaba el placer derivado de la satisfacción de confrontar a un maricón.

La puerta estaba abierta; su madre se encontraba preparando la cena en la cocina. De los seis departamentos del edificio salía el ruido: televisores y juegos infantiles.

Entró y quedó frente a su padre.

Ed Reynolds aguardaba sentado en su sillón, musculoso y menudo, el pelo canoso y duro como alambre. Asió los brazos del sillón y se enderezó un poco, tragando saliva ruidosamente y parpadeando con rapidez; un bote de cerveza cayó al suelo, y arrojó el periódico y el cenicero a un lado. Vestía su chamarra de piel negra y la camiseta debajo de ella, una camiseta de algodón manchada de sudor y mugre. Tenía la cara y el cuello manchados de grasa; junto al sillón estaban sus pesadas botas del trabajo, llenas de grasa.

-Buenas tardes -saludó ella, como siempre sobresaltada al verlo, como si no lo conociera.

-¿Apenas estás llegando a casa?

Los ojos le brillaron y su gran nuez de Adán nadaba entre enérgicas sacudidas de su piel y pelos cerosos. Camino a su recámara él la siguió pisándole los talones, pasando sobre la alfombra con sus pegajosos calcetines.

-No -dijo ella.

-¿No qué? ¿Por qué llegas tan tarde?

Aún la seguía.

-¿Pasaste a ver a algunos de tus amigos negros?

Ella cerró la puerta de la recámara y se quedó inmóvil. Del otro lado su respiración se escuchaba como un resonar bajo, como algo atorado en un tubo de metal. Sin volver la espalda a la puerta se puso unos pantalones de mezclilla y una camisa blanca. Cuando salió, él había regresado a su sillón. Delante de él irradiaba el televisor.

Entró a la cocina y le preguntó apresuradamente a su madre:

-¿Habló Gordon?

Evitó mirar a su padre.

-Hoy no.

La señora Rose Reynolds se inclinó a revisar la cacerola que echaba vapor dentro del horno.

-Ve a poner la mesa. Ayuda en algo.

De un lado al otro corría entre la estufa y el fregadero. También era delgada, como su hija; tenía la misma cara de rasgos agudos, los ojos en constante movimiento y, alrededor de la boca, los mismos surcos de preocupación. Sin embargo, de su abuelo -muerto ya y enterrado en el Cementerio de la Capilla Forest Slope en San José- Mary Anne había heredado la franqueza, la audacia reservada, de la que su madre carecía.

Mary Anne inspeccionó el contenido de las ollas y comentó:

-Creo que voy a renunciar.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó su madre y desgarró un paquete de chícharos congelados-. Serías capaz, ¿verdad?

-El trabajo es mío.

-¿Te das cuenta de que Ed no trabajará horas completas durante el resto del año? Si no fuera por su antigüedad...

-Siempre fabricarán tubo. No lo despedirán.

No le importaba; no le deseaba buena suerte. Se sentó a la mesa y abrió el

«Leader» en la plana editorial.

-¿Quieres escuchar lo imbécil que es la gente? Aquí hay una carta de alguien en Los Gatos, que dice que Malenkov es el anticristo y que Dios enviará a sus ángeles para destruirlo.

Dio vuelta a las hojas hasta la columna médica.

-«¿Debiera estar preocupado por una llaga en el interior de mi labio, que no me causa ningún dolor pero que no quiere sanar?» Probablemente tiene cáncer.

-No puedes dejar tu trabajo.

-No soy Jake -replicó-. No me conviertas en un Jake.

-¿Quién es Jake?

-Lleva cinco años ahí.

Encontró los anuncios de empleos y alisó el periódico.

-Desde luego queda siempre la posibilidad de casarme con Gordon y quedarme en la casa a coser mientras él repara las llantas ponchadas. Un pequeño soldado en uniforme. Tan obediente. Agita una bandera, Jake. Gordon.

-Ya está la cena -indicó su madre-. Ve a avisarle a Ed.

-Avísale tú. Estoy ocupada.

Absorta en las columnas de anuncios de empleo buscó a tientas unas tijeras. El anuncio se veía bien, y era la primera vez que aparecía.

> Joven mujer para la venta al menudeo. Debe ser capaz de atender al público y tener buena presentación. Conocimientos musicales preferibles, pero no esenciales. Joseph R. Schilling MA3-6041 9 a.m. - 5 p.m.

-Ve por él -repitió su madre-. Te estoy hablando; ¿no puedes ayudarme un poco? ¿No sirves para nada?

-Déjame en paz -contestó nerviosamente Mary Anne. Recortó el anuncio y lo llevó a su bolso-. Levántate, Ed -llamó a su padre-. Ándale, despierta.

Estaba sentado en su sillón y su aspecto la llenó de pavor. La cerveza se había chorreado sobre el tapete, formando una fea mancha que crecía mientras la observaba. No quería acercarse a él. Se detuvo en la puerta.

-Ayúdame a levantar -pidió.

-No.

Sintió náuseas; no se imaginaba tener que tocarlo. De súbito gritó:

-Ed, ¡levántate! ¡Anda!

-Escúchala -replicó él. Tenía los ojos despiertos y alerta, fijos sobre ella-. Me llama Ed. ¿Por qué no puede llamarme papá? ¿No soy su padre?

Se echó a reír al oírlo. No quiso hacerlo, pero fue incapaz de evitarlo.

-¡Dios mío! -exclamó y se atragantó.

-Muéstrale un poco de respeto a tu padre.

Se había puesto de pie y se acercaba a ella.

-¿Me oíste? Mujer. Escúchame.

-Maldita sea, no me toques -gritó y corrió de regreso a la cocina con su madre; empezó a sacar los platos de la alacena-. Si me tocas, me voy. No dejes que me toque -pidió a su madre. Temblando, empezó a poner la mesa-. No quieres que me toque, ¿verdad?

-Déjala en paz -ordenó Rose Reynolds.

-¿Está borracho? -preguntó Mary Anne-. ¿Cómo es posible que un hombre se emborrache con cerveza? ¿Sale más barato?

Y entonces, una vez más, la agarró. La agarró del pelo. El juego, el viejo y

terrible juego.

Una vez más Mary Anne sintió sus dedos en la nuca, la mano pequeña y muy fuerte en la base del cráneo. Sus nudillos se le hundieron en la piel y la mancharon; sintió cómo la mancha crecía y se extendía y penetraba en ella. Lanzó una exclamación, pero estaba perdida; el aliento de cerveza rancia sopló sobre su cara y la obligó a darse la vuelta hacia él. Con los platos en las manos, escuchó el crujido de su chamarra de cuero, el movimiento de su cuerpo. Cerró los ojos y pensó en otras cosas: cosas buenas y sosegadas, cosas que olían bien, cosas lejanas y pacíficas.

Cuando abrió los ojos se había ido; estaba sentado a la mesa.

-Oye -comentó mientras su esposa se aproximaba con la cacerola-, le están saliendo unas tetitas bastante agradables.

Rose Reynolds no dijo nada.

-Está creciendo -prosiguió él, y se subió las mangas para cenar.

3

-¿Gordon? -preguntó.

Pero no era David Gordon. Era su madre la que abrió la puerta, se asomó a la oscuridad de la noche y le sonrió vagamente a la muchacha que aguardaba sobre el porche.

-Vaya, Mary Anne -comentó la señora Gordon-. Qué gusto.

-¿Se encuentra Dave?

Con sus pantalones de mezclilla y un saco de tela había abandonado su propia casa en cuanto terminaron de cenar. El anhelo de escapar seguía intenso dentro de ella, y tenía el anuncio en el bolso.

-¿Ya cenaste? -preguntó la señora Gordon. Se percibía el olor de una cena caliente-. Subiré a su cuarto para ver si todavía está.

-Gracias -contestó ocultando su impaciencia. Esperaba que estuviera, porque sería más conveniente. Podría ir sola al Wren, pero era mejor ir acompañada por alguien.

-¿No quieres entrar, querida?

Parecía natural que entrara la prometida de su hijo; la mujer abrió la puerta por completo, pero Mary Anne no se movió de donde estaba.

-No -respondió. No tenía tiempo; la acosaba la necesidad de actuar. «Maldita sea -pensó-, no está el coche». Estaba vacía la cochera de los Gordon, de manera que Dave había salido. Bueno, ni modo.

-¿Quién está ahí? -se escuchó la voz hospitalaria de Arnold Gordon, quien apareció con su periódico y pipa, calzado de zapatillas-. Mary, entra ya; ¿qué te pasa? ¿Por qué te quedas allá afuera?

Retrocedió a los escalones y preguntó:

-Dave no está, ¿verdad? No importa; sólo quería saberlo.

-¿No vas a entrar? Sólo estamos los viejos, Mary. Mira, ¿qué te parece un poco de helado y pastel, y podríamos platicar?

-Hace tanto tiempo que no te vemos -agregó la señora Gordon.

-Adiós -se despidió Mary Anne. «Querida -pensó-, funciona de maravilla mi nuevo rebanador de huevos. Tienes que llevártelo cuando tú y David pongan su casa. ¿Ya pensaron en alguna fecha? Déjame servirte más helado».

-Dave está en la junta de la Cámara Joven de Comercio -explicó Arnold mientras salía al porche-. ¿Cómo has estado, Mary? ¿Cómo está la familia?

-Muy bien -contestó y cerró la reja tras ella-. Si quiere verme estaré en el Wren. Él ya sabe dónde.

Con las manos metidas en las bolsas del saco echó a caminar hacia el Lazy Wren.

El bar estaba brumoso por la confusión de la gente que bebía. Se abrió camino a empujones entre las mesas, pasó a las personas aglomeradas alrededor del estrado y llegó al piano.

En el piano se encontraba Paul Nitz, el pianista para los intermedios. Encorvado miraba hacia la nada, un hombre joven flaco de desgreñado pelo rubio con un cigarrillo apagado entre los labios, mientras sus dedos largos golpeaban el teclado. Perdido en su trance, le sonrió a la muchacha.

-Pensé escuchar -musitó- decir a Buddy Rolden.

Entretejió la textura de su música con una insinuación de la vieja tonada Dixieland. El hilo, intrincado y débil, se perdió en el tema dominante, la melodía de bop «Sleep».

Reunidos alrededor del piano se encontraban unos cuantos admiradores atentos a los desvaríos de Nitz. Con los ojos entrecerrados saludó a uno de ellos con la cabeza; le respondió la expresión del espectador y los dos hombres movieron sabiamente las cabezas.

-Sí -dijo Nitz-. Se me hizo que lo había escuchado tan claramente como ahora te veo. Hay noticias para ti, Mary.

-¿Qué? -preguntó y se apoyó en el piano.

-La nariz te está escurriendo.

-Hace frío afuera -comentó y se limpió la nariz con el dorso de la mano-. ¿Cantará pronto?

-Frío -repitió Nitz. Dejó de tocar y sus pocos admiradores se alejaron del piano. El verdadero grupo aguardaba en el estrado y era más paciente-. Qué te importa -le aseguró a la muchacha-. No estarás aquí. Los menores. El mundo está lleno de menores de edad. ¿Te importa que yo toque? ¿Vienes a escucharme?

-Claro que sí, Paul -replicó. Le agradaba.

-Soy un agujero. Soy un agujero débilmente audible.

-Es cierto -afirmó y se sentó sobre el banco a su lado-. Y a veces no eres ni audible.

-Soy un silencio musical. Entre los instantes de grandeza.

Ella se sentía un poco más tranquila y recorrió el bar con la mirada, examinó a la gente, escuchó.

-Hay un buen grupo hoy.

Nitz le pasó el resto de su cigarro de mariguana.

-¿Lo quieres? Tómalo, sé una delincuente. Vete al infierno de una vez.

Ella lo dejó caer al piso.

-Quiero pedir tu consejo.

Al fin y al cabo, ya estaba ahí. Nitz se puso de pie y dijo:

-Ahora no. Tengo que ir al baño.

Empezó a alejarse con pasos inseguros.

-Volveré.

Se quedó sola, tocando las teclas del piano sin entusiasmo y ansiando el regreso de Paul. Constituía, al menos, una presencia benigna; podía consultar con él, porque no le pedía nada. Retirado a sus obsesiones particulares alternaba entre el Wren y su departamento de una sola pieza, donde leía novelas de vaqueros y construía melodías de bop en su piano.

-¿Dónde está tu amigo? -preguntó mientras regresaba y se acomodaba junto a

ella-. Ese chavo, el de la ropa.

-Gordon. En la junta de la Cámara Joven de Comercio.

-¿Sabías que fui miembro de la Primera Iglesia Bautista de Chickalah, Arkansas?

Mary Anne no tenía interés en el pasado; hurgó en su bolso y sacó el anuncio que había recortado del *«Leader»*.

-Mira -dijo, alargándoselo a Nitz-. ¿Qué opinas?

Examinó el anuncio con mucha atención y se lo devolvió.

-Ya tengo trabajo.

-No es para ti. Es para *mí.*

Inquieta, guardó el anuncio y cerró el bolso. Se trataba, por supuesto, de la nueva discoteca en la calle Pine; ya se había dado cuenta de su renovación. Sin embargo, no podría ir hasta el día siguiente, y la tensión la estaba cansando.

-Era un miembro respetado -afirmó Nitz-. De súbito me volví contra Dios. Sucedió de repente; un día ya me había salvado y al siguiente...

Se encogió de hombros con actitud fatalista.

-De súbito sentí el impulso de ponerme de pie y denunciar a Jesucristo. Fue de lo más raro. Otros cuatro miembros de la Iglesia me siguieron al altar. Por un tiempo anduve recorriendo Arkansas persuadiendo a la gente de que se apartara de la religión. Seguía las caravanas de Billy Sunday. Era una especie de predicador para los días hábiles.

-Voy a ir mañana -afirmó Mary Anne-. Mañana temprano, antes de que llegue otra persona. Tendrán que hablar, pero yo sé dónde queda. Sería buena para un trabajo así.

-Claro que sí -admitió Nitz.

-Tendría la oportunidad de hablar con la gente... en lugar de estar sentada en una oficina escribiendo a máquina. Una discoteca es un lugar agradable; siempre sucede algo. Algo está pasando siempre.

-Tienes suerte -comentó Nitz- de que salió Eaton.

Taft Eaton era el dueño del Wren.

-No le tengo miedo.

Un negro estaba atravesando el recinto y de repente ella se enderezó sobre el banco del piano. Se olvidó de Nitz a su lado, porque ahí estaba él.

Era un hombre macizo de piel negra azulosa, muy brillante y -así se la imaginaba- muy suave. Caminaba encorvado, soltando el cuerpo musculoso; equivalía a un desdoblamiento de su personalidad y ella, al observarlo, la sentía fluir y llegar hasta donde estaba sentada. Su pelo fulguraba aceitoso, abundante, rizado; un cabello importante, atendido minuciosamente. Saludó a varias parejas con la cabeza; inclinó la cabeza en dirección de las personas que aguardaban en el estrado y siguió adelante con una dignidad sólida.

-Ahí está -indicó Nitz.

Ella asintió con la cabeza.

-Es Carleton B. Tweany -afirmó Nitz-. Canta.

-Qué fuerte es -murmuró ella y lo observó absorta-. ¡Dios mío! -exclamó-, míralo.

Le dolía verlo, imaginárselo.

-Podría levantar un camión.

Había pasado una semana desde que lo había visto por primera vez, el seis, el día en que abrió su temporada en el Wren. Venía, según decían, de la Bahía Oriental, de un club en El Cerrito. Desde entonces lo había medido, calibrado, absorbido lo más posible desde la distancia.

-¿Todavía quieres conocerlo? -preguntó Nitz.

-Sí -contestó y se estremeció.

-Definitivamente vienes acelerada hoy.

Empujó con urgencia a Nitz con el codo.

-Pregúntale si puede venir. Ándale, *por favor.*

Se estaba acercando al piano. Reconoció a Nitz y a continuación sus grandes ojos negros se percataron de ella; percibió cómo se daba cuenta y tomaba conciencia de ella. Otra vez se estremeció, como si estuviera elevándose a través de una masa de agua fría. Cerró los ojos un instante, y cuando miró otra vez ya se había ido. Seguía adelante, con la mano alrededor del vaso.

-Oye -llamó Nitz sin convicción alguna-. Siéntate.

Tweany se detuvo.

-Tengo que hablar por teléfono.

-Sólo un momento, hombre.

-No, tengo que hablar.

Su voz expresaba una importancia cansada.

-Ya sabes que tengo preocupaciones.

A Mary Anne, Nitz comentó:

-Juega golf con el Presidente.

Ella se puso de pie, apoyó las palmas de las manos sobre el piano y se inclinó hacia delante.

-Siéntate.

Él la contempló:

-Problemas -apuntó y por fin encontró una silla vacía en una mesa cercana; la arrastró con un rápido movimiento de la mano y se sentó a su lado. Ella volvió a acomodarse lentamente, consciente de su cercanía, consciente, en una especie de hambre dominada, que él se había detenido por ella. De modo que, después de todo, no había ido en balde. Lo tenía, al menos por un rato.

-¿Qué problemas? -preguntó Nitz.

Se incrementó la magnitud de la preocupación de Tweany.

-Vivo en un tercer piso. Ahí está el calentador del agua para todo el edificio.

Se examinó las uñas cuidadas y explicó:

-El fondo está comido por el óxido y se perforó. El agua chorrea sobre las salidas del gas y mi piso.

Su voz se tiño de indignación.

-Me va a echar a perder los muebles.

-¿Le hablaste a la dueña?

-Por supuesto.

Tweany frunció el entrecejo.

-Un plomero debía ir. El cuento de costumbre.

Cayó en un silencio malhumorado.

-Ella se llama Mary Anne Reynolds -enunció Nitz señalando a la muchacha.

-¿Cómo le va, señorita Reynolds? -contestó Tweany con una inclinación formal de cabeza.

Mary Anne comentó:

-Canta muy bien.

Se arquearon las cejas oscuras del hombre.

-¿Sí? Gracias.

-Vengo cada vez que tengo la oportunidad.

-Gracias. Sí, creo que la he visto. Varias noches seguidas, de hecho.

Tweany se enderezó.

-Tengo que hablar por teléfono. No puedo permitir que se eche a perder el sofá.

-De tela de angora importada de Tasmania -musitó Nitz-. Del extinto, primitivo y velludo angora.

Tweany se puso de pie.

-Mucho gusto en conocerla, señorita Reynolds. Espero tener la oportunidad de verla de nuevo.

Salió hacia la caseta de teléfonos.

-El angora velludo *verde* -agregó Nitz.

-¿Qué te pasa? -preguntó Mary Anne, irritada por la cantaleta de desaprobación de Nitz-. Una vez leí acerca de un calentador para agua que explotó y mató a un montón de niños.

-Eso lo leíste en un anuncio, un anuncio de seguros Prudential. Los siete síntomas del cáncer. ¿Por qué no aseguré mi techo?

Nitz bostezó.

-Utilice tubería de aluminio... mantiene alejadas a las plagas del jardín.

Mary Anne buscó a Tweany con la mirada, pero ya no lo distinguía; la bruma se lo había tragado. Se preguntó cómo se sentiría conocer a alguien como él, tener cerca a un hombre de ese tamaño.

-Estás equivocada -comentó Nitz.

Se sobresaltó.

-¿Qué?

-Acerca de él. Lo veo en tu mirada... ahí vas de nuevo. Otro plan.

-¿Qué plan?

-Siempre lo mismo. Tú, con tu saco y las manos en las bolsas. De pie en alguna parte, con esa expresión preocupada, de confabulación, en la cara. En espera de que alguien llegue. ¿Cuál es tu problema, Mary? Eres bastante lista; puedes cuidarte sola. No necesitas ningún valiente caballero mentecato que te proteja.

-Tiene estilo -declaró ella. Aún lo buscaba; tenía que aparecer de nuevo-. Por eso puedo respetarlo. Estilo y presencia.

-¿Cómo es tu padre?

Se encogió de hombros.

-Qué te importa.

-El *mío* -continuó Nitz- me cantaba canciones de cuna.

-Ah -contestó-, qué bien.

-Suelen hacerlo -musitó Nitz-. Mmm, mmm, mmm -su voz se hizo indistinta por el sueño-. Oh, veo llegar mi ataúd, mamo. Omp, ju, ju.

Se acompañó sobre el piano con una moneda.

-Ahora tócalo. Sí.

Mary Anne se preguntó cómo era posible que Nitz tuviera sueño habiendo tantas cosas de qué preocuparse. En alguna forma, Nitz parecía esperar que el mundo se arreglara solo. Lo envidiaba. De súbito sintió el anhelo de que por un momento pudiera abandonarse, relajarse el tiempo suficiente para cultivar algunas ilusiones consoladoras.

En su mente aparecieron los restos de un ritmo escuchado hacía mucho, de una aterradora canción de cuna. Nunca la había olvidado.

...Si muriese antes de despertar...

-¿No crees en Dios? -le preguntó a Nitz.

Abrió un ojo.

-Creo en todo. En Dios, en Estados Unidos, en la dirección hidráulica.

-No eres de mucha ayuda.

En un rincón del bar, Carleton Tweany había vuelto a aparecer. Estaba platicando con un grupo de parroquianos; tolerante, superior a ellos, pasaba de una mesa a la otra.

-No le hagas caso -masculló Nitz-. Ya se irá.

Se acercó la figura de Carleton Tweany y otra vez se puso tensa. Nitz irradiaba su desaprobación, pero estaba muy lejos de preocuparse por él; ya había tomado su decisión. Con un veloz movimiento se puso de pie.

-Señor Tweany -llamó; al parecer sus sentimientos se traslucieron en su voz, pues él se detuvo.

-¿Sí, señorita Mary Anne? -preguntó.

De repente se puso nerviosa.

-¿Cómo... cómo está su calentador?

-No lo sé.

-¿Qué dijo la casera? ¿No le habló por teléfono?

-Sí, hablé. Pero no la encontré.

Sin aliento, temerosa de que se fuera a ir, continuó:

-Bueno, ¿qué va a hacer?

Los labios del hombre se crisparon y sus ojos se nublaron, gradualmente, tras una sombra. Se volvió hacia Paul Nitz, quien aún se encontraba encorvado sobre el banco del piano, y preguntó:

-¿Siempre es así?

-Casi siempre. Mary vive en un universo de ollas agujereadas.

Ella se sonrojó.

-Estoy pensando en la gente de abajo -argumentó para defenderse.

-¿Cuál gente? -preguntó Tweany.

-Usted vive en el piso de arriba, ¿o no?

Aún no lo perdía, pero se le empezaba a escurrir.

-Va a gotear sobre ella y echarle a perder las paredes y los techos.

Tweany se apartó.

-Que demanden a la casera -repuso para terminar con el tema.

-¿A qué hora terminará de cantar? -preguntó Mary Anne, corriendo detrás de él.

-Dentro de dos horas.

Esbozó una sonrisa de superioridad.

-¡Dos horas! Quizá ya estén muertos para entonces.

Tuvo una visión del caos; estallaban géisers de agua, las tablas se partían y, al fondo de los demás ruidos, el del fuego.

-Será mejor que vaya de inmediato. Puede cantar después. No es justo para la otra gente. Tal vez haya niños abajo. ¿Los hay?

La expresión de Tweany cambió de entretenida a exasperada; no le agradaba que lo mandaran.

-Muchas gracias por su interés.

-Venga.

Lo había decidido.

La miró boquiabierto, los ojos vacíos y densos.

-¿Cómo dijo, señorita Mary Anne?

-¡Que venga!

Le asió la manga y lo jaló hacia la puerta.

-¿Dónde está su coche?

Tweany estaba indignado.

-Soy perfectamente capaz de hacerme cargo de la situación.

-¿En el estacionamiento? ¿Está en el estacionamiento su coche?

-No tengo coche -admitió enfurruñado; recientemente le habían embargado su Buick convertible color crema y amarillo.

-¿Queda lejos?

-No mucho. Tres o cuatro cuadras.

-Caminaremos.

Estaba decidida a permanecer físicamente al alcance de él y, debido a esta urgencia, había adoptado su problema por completo.

-¿Me va a acompañar?

-Por supuesto.

Echó a caminar.

Tweany la siguió, renuente.

-Su interés no es necesario.

Parecía crecer detrás de ella, volverse aún más alto y más enhiesto. Era una comunidad de naciones en problemas. Era un imperio acosado en las fronteras. Sin embargo, ella lo había incitado a la acción; por la necesidad que tenía de él, lo había obligado a tomar conciencia de ella.

Abrió la puerta que daba a la calle e indicó:

-Deje de perder el tiempo. Regresaremos; puede cantar más tarde.

4

Los dos caminaron juntos por la zona comercial cerrada del barrio; ninguno tenía nada que decir. Finalmente, las tiendas oscuras cedieron a unas casas y edificios de departamentos. Las casas eran viejas.

-Éste es el barrio de los negros -afirmó Tweany.

Mary Anne aceptó con la cabeza. Su excitación se había desvanecido. Se sentía cansada.

-Vivo en el barrio de los negros -informó Tweany.

-No me diga.

La miró con curiosidad.

-¿No hay nada que tome con calma, señorita Mary Anne?

-Tomaré las cosas con calma -replicó- cuando yo quiera.

El se rió.

-Nunca conocí a nadie como usted.

Desde que abandonaron el Wren su actitud formal se había relajado un poco. La sustituyó un ánimo expansivo; mientras avanzaban por la banqueta desierta por la noche, Tweany empezó a divertirse.

-A usted le encanta la música, ¿verdad? -preguntó.

Ella se encogió de hombros.

-Por supuesto.

-Ha surgido cierto conflicto entre Nitz y yo. El prefiere tocar la corriente más común del jazz popular. Me imagino que usted ya se habrá dado cuenta de que yo deseo introducir una forma musical más refinada.

Mary Anne escuchó sin oír, en realidad, las palabras del hombre. Su voz profunda la tranquilizó; disipó un poco de su inquietud, y con eso bastaba.

La presencia de los negros siempre la arrullaba. En el mundo de ellos parecía haber más calidez y menos conflictos que los que conocía en su casa. Siempre se le había hecho fácil conversar con los negros; eran como ella misma. También se encontraban afuera, en un mundo separado que sólo les pertenecía a ellos.

-Usted no puede ir a muchos lugares -comentó en voz alta.

-¿Cómo dijo?

-Pero tiene mucha capacidad. ¿Cómo se siente saber cantar? Quisiera poder hacer algo así.

Recordó el anuncio guardado en su bolso y su desasosiego se intensificó.

-¿Estudió en alguna parte? ¿En alguna escuela?

-En el conservatorio -contestó Tweany-. Mi habilidad fue descubierta cuando yo era muy pequeño.

-¿También fue miembro de la Iglesia Bautista?

Tweany se rió de manera indulgente.

-No, desde luego que no.

-¿Dónde nació?

-Aquí en California. He hecho de California mi hogar permanente. California es un estado rico... sus posibilidades son ilimitadas.

A fin de corroborar su punto de vista, señaló la manga de su saco.

-Este traje fue confeccionado para mí personalmente. Diseñado y medido por una compañía especializada en Los Angeles.

Sus dedos recorrieron la corbata de seda pintada a mano.

-La ropa es importante.

-¿Por qué?

-La gente nota que uno tiene gusto. La ropa es lo primero en que se fija la gente. Como mujer, usted debe estar consciente de ello.

-Me imagino que sí.

Pero no le importaba; la ropa, para ella, era un deber cívico combinado con la limpieza y la postura.

-Es una noche agradable -comentó Tweany. Se había colocado del lado de la calle con un gesto de atención caballerosa-. Tenemos un clima excelente aquí en California.

-¿Ha ido a otros estados?

-Por supuesto que sí.

Mary Anne expresó:

-Cómo quisiera viajar.

-Cuando haya ido a varias ciudades grandes, sabrá una cosa fundamental. Todas son iguales.

Aceptó sus palabras, pero el anhelo seguía intacto.

-Me gustaría ir a alguna parte, a algún sitio mejor.

Era lo más que podía decir; la idea no estaba más clara.

-¿Qué lugar sería mejor? Dígame un sitio realmente agradable, donde la gente sea simpática.

-Nueva York tiene su encanto.

-¿Es simpática la gente ahí?

-Nueva York cuenta con algunos de los mejores museos y teatros de ópera en el mundo. La gente es culta.

-Ya veo.

Desviando a la muchacha del pavimento, Tweany indicó:

-Ya llegamos. Ésta es mi casa.

Su ánimo decayó al aparecer la vieja casa delante de ellos.

-No es muy grata a la vista, pero... la buena música carece de atractivos comerciales. Uno tiene que escoger entre la riqueza y la integridad artística.

Una escalera oscura sobre el muro exterior de la casa subía del patio al tercer

piso. Mary Anne buscó el camino a tientas en la oscuridad; delante de ella iba Tweany, y a mano izquierda estaba la casa misma. Un barril destinado a recoger el agua de la lluvia quedó atrás; estaba lleno de periódicos empapados y en proceso de descomposición. Siguió una hilera de oxidados tambores para petróleo, y luego los escalones. Debajo de sus pies, la madera gemía y cedía; se aferró al barandal y se pegó a los talones de Tweany.

El departamento era como una borrosa mancha de sombras cuando Tweany la guió por el pasillo hasta la cocina. Asombrada, miró a su alrededor; veía una vasta confusión de muebles y formas, nada nítido, nada que pudiera distinguir con exactitud. Y entonces se prendió la luz.

-Perdone el aspecto de las cosas -musitó Tweany. La dejó sola en la cocina mientras inspeccionaba un cuarto tras otro, como un gato. Sus posesiones parecían seguras; nadie le había robado las camisas, nadie le había arrugado las cortinas, nadie había bebido su whisky.

En la cocina un pequeño charco de agua reflejaba la luz; el linóleo estaba húmedo con los vestigios de la catástrofe. No obstante, el calentador había sido reparado y alguien había trapeado el piso.

-Perfecto -declaró Tweany-. Hicieron un buen trabajo.

Apaciguada ya, consciente de que su alarma había sido desperdiciada, Mary Anne caminó silenciosamente de un lado a otro, revisó los libreros, se asomó por las ventanas. El departamento se encontraba en un sitio muy elevado; dominaba todo el pueblo con la vista. En el horizonte se alargaba una serie de claras luces amarillas.

-¿Qué son esas luces? -le preguntó a Tweany.

Él contestó indiferente.

-Un camino, quizá.

Mary Anne inhaló el aroma levemente húmedo del departamento.

-Usted tiene una casa interesante. Nunca he visto un lugar igual. Yo vivo todavía en la casa de mis papas. Esto me da muchas ideas para cuando ponga mi propio departamento... ¿sabe?

Tweany prendió un cigarro.

-Bueno, tuve razón -manifestó.

-Supongo que vino el plomero.

-No había peligro, después de todo.

-Lo siento -se disculpó ella, insegura de su posición-. Estaba pensando en la gente de abajo. Una vez leí un anuncio. El anuncio de una compañía de seguros acerca de un calentador de agua que estalló.

-¿Por qué no se quita el abrigo, ya que está aquí?

Así lo hizo, acomodándolo sobre el brazo de un sillón.

-Supongo que lo saqué del Wren por nada.

Metiendo las manos en las bolsas traseras del pantalón de mezclilla, regresó a la ventana.

-¿Una cerveza?

-Está bien.

Asintió con la cabeza.

-Gracias.

-Es cerveza del Este.

Tweany se la sirvió en un vaso.

-Siéntese.

Ella se sentó, sujetando torpemente el vaso. Estaba frío y salpicado por las gotas de la humedad acumulada.

-Ni siquiera sabe si hay personas abajo -indicó Tweany. Había establecido una premisa y tenía la intención de desarrollarla-. ¿Qué la hace pensar que hay alguien abajo?

Mary Anne fijó la vista en el piso y murmuró:

-No lo sé. Simplemente se me ocurrió.

Tweany se sentó en la orilla de una mesa llena de cosas; estaba colocado muy arriba de ella, en una posición de autoridad. La muchacha parecía muy menuda en comparación con él, y bastante joven. Con sus pantalones de mezclilla y camisa de algodón hubiera sido posible tomarla por una adolescente.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó Tweany.

Al contestar apenas movió los labios.

-Veinte.

-Es una niña.

Era cierto. Además, se sentía como una niña; percibía la mirada del hombre, fija y burlona, sobre ella. Se dio cuenta de que se encontraba a punto de sufrir la penosa experiencia de un sermón. Iba a regañarla.

-Tiene que crecer -aseguró Tweany-. Hay muchas cosas que le faltan aprender.

Mary Anne se despabiló.

-¡Vaya, si no lo sabré yo! *Quiero* aprender cosas.

-¿Vive aquí en la ciudad?

-Naturalmente -contestó con amargura.

-¿Va a la escuela?

-No. Trabajo en una miserable fábrica de muebles estropeados de cromo.

-¿Haciendo qué?

-Como taquimecanógrafa.

-¿Le gusta?

-No.

Tweany la contempló.

-¿Tiene algún talento?

-¿A qué se refiere?

-Debería hacer algo creativo.

-Sólo quiero ir a alguna parte donde pueda estar con la gente sin que me traicione.

Tweany cruzó la habitación y encendió el radio. La voz de Sarah Vaughan se expandió hasta llenar la sala.

-Ha recibido golpes duros -dictaminó mientras volvía a su posición ventajosa.

-No lo sé. No me ha ido tan mal.

Tomó unos sorbos de la cerveza.

-¿Por qué cuesta más cara la cerveza del Este que la del Oeste?

-Porque es mejor.

-Pensé que pudiera ser por el costo del transporte.

-¿De veras?

Reapareció su gran sonrisa desdeñosa.

-Lo que pasa es que no he tenido nunca la oportunidad de averiguar las cosas. ¿Dónde se averiguan las cosas así?

-En toda una vida de variadas experiencias. Un gusto culto se adquiere poco a poco a través de los años. Para alguna gente, las cervezas del Este y del Oeste saben exactamente igual.

A Mary Anne no le gustaba la cerveza de ninguna clase. Obedientemente tomó unos sorbos, deseando con cierta tristeza que fuera mayor, que hubiera visto y hecho más cosas. Se daba cuenta de su propia vulgaridad en comparación con

Carleton Tweany.

-¿Qué se siente ser cantante? -preguntó.

-En el arte -señaló Tweany- radica una satisfacción espiritual más profunda que el éxito material. La sociedad estadounidense se interesa sólo en el dinero. Es superficial.

-Cante algo para mí -pidió Mary Anne de repente-. Lo que quiero decir -murmuró- es que me gusta oírlo.

-¿Cómo qué?

Levantó una ceja.

-Cante «Water Boy».

Le sonrió.

-Ésa me gusta... una noche la cantó en el Wren.

-¿Es una de sus favoritas, pues?

-Una vez la cantamos para un festival de primaria, hace muchos años.

Sus pensamientos regresaron a su vida anterior cuando, vestida con una falda escocesa a cuadros y una blusa marinera, había desfilado como parte de una obediente columna de un salón al siguiente. Dibujos con crayones, los sucesos de actualidad, los ejercicios antiaéreos durante la guerra...

-Fue mejor entonces -decidió-. Durante la guerra. ¿Por qué las cosas ya no son así?

-¿Qué guerra?

-Contra los nazis y los japoneses. ¿Usted participó en ella?

-Estuve en el Pacífico.

-¿Haciendo qué?

Sintió al instante una gran curiosidad.

-Como enfermero.

-¿Es divertido trabajar en un hospital? ¿Cómo llegó a meterse en eso?

-Me enrolé.

Sus actividades en la guerra no habían ocupado nunca un alto puesto en su propia estima; había salido tal como entró: un soldado raso que ganaba 21 dólares al mes.

-¿Cómo se hace una enfermera? -preguntó.

-Hay que tomar clases, como para cualquier otra cosa.

El rostro de Mary Anne resplandecía.

-Ha de ser maravilloso poder dedicar la vida a algo verdadero e importante. A una causa, como la enfermería.

Con una expresión de repugnancia, Tweany dijo:

-Bañar a ancianos marchitos. No tiene nada de divertido.

El interés de Mary Anne se desvaneció.

-No -aceptó, participando en su aversión-. Eso no me gustaría. Pero no sería así todo el tiempo, ¿verdad? La mayor parte sería curar a la gente.

-¿Qué tuvo de bueno la guerra? -preguntó Tweany-. Usted no ha visto nunca una guerra, jovencita. Nunca ha visto morirse a un hombre. Yo sí lo vi. La guerra es un asunto terrible.

Ella no se había referido a eso, por supuesto. Se había referido a la solidaridad surgida durante la guerra, a la desaparición de las hostilidades internas.

-Mi abuelo murió en 1940 -explicó en voz alta-. Tenía un mapa de la guerra, un gran mapa en la pared. Le metía alfileres.

-Sí -replicó Tweany, sin conmoverse.

Sin embargo, ella estaba muy conmovida, porque el abuelo Reynolds había sido alguien importante y de vastos alcances para ella; la había cuidado.

-Solía explicarme lo de Munich y los checoslovacos -prosiguió-. Simpatizaba mucho con los checoslovacos. Entonces murió. Yo tenía...

Hizo cuentas.

-Tenía siete años de edad.

-Estaba muy pequeña -musitó Tweany.

El abuelo Reynolds había tenido mucha simpatía por los checos y ella lo había querido mucho; quizá fuera el único ser humano en su vida por el que ella sintiese verdadero afecto. Su padre era un peligro, no una persona. Desde cierta noche en que había regresado tarde a casa y él, en la sala, la había agarrado, agarrado realmente, no jugando. Desde esa noche le tenía miedo. Y él, el sonriente hombrecillo, lo sabía. Y lo disfrutaba.

-Ed trabajaba en una fábrica para la defensa, en San José -contó-. Pero mi abuelo estaba en casa; era grande. Antes tuvo un rancho en el Valle de Sacramento. Y era alto.

Se sintió flotar, perderse en los propios pensamientos.

-Me acuerdo de que... solía alzarme y columpiarme girando, muy arriba del suelo. Ya era muy grande para manejar; cuando niño, montaba caballos.

Le brillaron los ojos.

-Y usaba un chaleco, y un gran anillo de plata que había comprado a un indio.

Tweany se puso de pie y dio la vuelta al departamento bajando las persianas. Se inclinó por encima de Mary Anne para alcanzar la ventana a sus espaldas; olía a cerveza y al almidón de las camisas y a desodorante de hombre.

-Es usted una muchacha atractiva.

Ella se animó un poco.

-Soy demasiado delgada.

-No se ve tan mal -repitió él, mirándole las piernas. Instintivamente las recogió-. ¿Ya lo sabía? -preguntó con una extraña voz ronca.

-Quizá.

Cambió de posición inquieta... estaba haciéndose tarde. Mañana tendría que levantarse temprano; debía estar alerta y fresca al ir a investigar lo del anuncio. Al recordarlo, recogió su bolso.

-¿Es amiga de Nitz? -preguntó Tweany.

-Supongo que sí.

-¿Él le agrada?

Se sentó frente a ella, con el cuerpo flojo.

-¿Le gusta Nitz? Contésteme.

-Está bien -replicó, incómoda.

-Es pequeño.

Los ojos del hombre brillaban.

-Apuesto a que prefiere a sus hombres de buen tamaño.

-No -contestó irritada-, no me importa.

La cabeza le había empezado a doler y la cercanía de Tweany se le hacía opresiva. Aborrecía su olor a cerveza; le recordaba a Ed.

-¿Por qué no limpia esto? -preguntó, apartándose de él-. El desorden es terrible, hay basura por todas partes.

Él se acomodó en el sillón y su cara perdió la expresión animada.

-Está horrible.

Se puso de pie y recogió el abrigo, su bolso. El departamento ya no se le hacía interesante; le echaba la culpa a él de haber estropeado el ambiente.

-Huele feo -prosiguió-. Está lleno de basura y no me sorprendería que la instalación eléctrica estuviera defectuosa.

-Sí -accedió Tweany-. La instalación eléctrica está defectuosa.

-¿Por qué no la manda arreglar? Es peligroso.

Tweany no dijo nada.

-¿Quién limpia esto? -insistió-. ¿Por qué no contrata a alguien?

-Viene una señora.

-¿Cuándo?

-De vez en cuando.

Echó una mirada a su reloj incrustado con joyas.

-Es hora de regresar, señorita Mary Anne.

-Supongo que sí. Tengo que levantarme temprano mañana.

Lo observó mientras iba por su abrigo; se había retraído nuevamente en su concha de formalidad, y ella tenía la culpa.

-Me alegro de que su calentador haya sido reparado -comentó, como una especie de disculpa.

-Gracias.

Mientras caminaban por la calle oscura, Mary Anne informó:

-Mañana iré a buscar trabajo.

-¿De veras?

-Quiero trabajar en una discoteca.

Percibía su indiferencia y quería atraerlo nuevamente.

-Es la nueva que van a inaugurar.

El aire nocturno la hizo temblar.

-¿Qué le pasa?

-Tengo sinusitis. Se supone que debo ir para un tratamiento. Me duele con los cambios de temperatura.

-¿Estará bien? -preguntó.

Había llegado al comienzo de la zona comercial; adelante, sobre la acera de tiendas cerradas, ella distinguía el brillo rojizo del Wren.

-Sí -contestó-. Voy a irme a mi casa a acostar.

-Buenas noches -se despidió Tweany y echó a caminar.

-Deséeme suerte -llamó detrás de él, experimentando de repente la urgencia de un poco de buena suerte. La soledad la asaltó y tuvo que dominarse para no correr detrás del hombre.

Tweany hizo una seña con la mano y prosiguió su camino. Por un instante ella se quedó observando, inquieta, la disminución de su figura. Entonces, sujetando con fuerza el bolso, se dirigió hacia su propio barrio.

5

A las ocho y media de la mañana siguiente, Mary Anne entró a la cabina telefónica de la lechería Eickholz y marcó el número de los Muebles Prefabricados de California. Tom Bolden contestó.

-Páseme a Edna -pidió Mary Anne.

-¿Qué? ¿Con quién quiere hablar?

Cuando pudo comunicarse con la señora Bolden, Mary Anne explicó:

-Lo siento, pero no puedo ir a trabajar hoy. Tengo la regla y siempre me causa muchas dificultades.

-Entiendo -contestó la señora Bolden, con una voz inexpresiva que no transmitía duda ni confianza, sino sólo la aceptación de lo inevitable-. Bueno, no hay mucho que podamos hacer al respecto. ¿Te habrás recuperado para

mañana?

-La mantendré informada -prometió Mary Anne y colgó.

«Al diablo con ustedes -pensó-. Con ustedes y su fábrica y sus sillas cromadas».

Abandonó la lechería. Acompañada por el ruido de los tacones altos sobre el pavimento, caminó rápidamente por la banqueta pensando en su apariencia, consciente de la textura y peinado de su cabello, de su concienzudo maquillaje y el aroma del perfume. Había pasado dos horas arreglándose, y desayunado sólo una rebanada de pan tostado con puré de manzana y una taza de café. Estaba nerviosa, mas no aprensiva.

La pequeña discoteca nueva estaba donde antes estuvo la tienda de regalos Artes Florales. Unos carpinteros trabajaban afanosamente en la nueva decoración de la tienda; instalaban lámparas de luz indirecta en nichos del techo y colocaban las alfombras. Un electricista había estacionado su camioneta afuera y metía unos pesados fonógrafos. Por todas partes estaban apiladas las cajas con discos; al fondo dos trabajadores fijaban cuadros de material aislante en el techo de las cabinas a medio terminar. El trabajo era dirigido por un hombre de edad mediana vestido con un traje de lana asargada.

Cruzó la calle y regresó lentamente por la acera de enfrente, escudriñando a la figura que se distinguía por encima de los carpinteros. El hombre agitaba un bastón con mango de plata y caminaba a grandes zancadas de un lado al otro, daba instrucciones, fijaba la ley. Caminaba como si el suelo naciera con el contacto de sus pies. Estaba creando la tienda con base en la maraña de paños, tablas, cables, baldosas. Resultaba interesante ver construir a ese hombre robusto. ¿Sería Joseph R. Schilling? Abandonó sus labores de espionaje y se acercó a la tienda. Todavía no eran las nueve.

Al atravesar el umbral percibió la desaparición brusca del vacío de la calle y se encontró en medio de la actividad. Se encontraban reunidos ahí objetos grandes e importantes; sintió la tensión, la presión tranquilizadora que significaba tanto para ella. Mientras inspeccionaba un mostrador recién construido, el hombre del traje de lana alzó la mirada y la descubrió.

-¿Es usted el señor Schilling? -preguntó, un poco admirada.

-Así es.

-Quiero hablar con usted -declaró. Su admiración crecía-. ¿Es suya esta tienda? ¿Para qué es el vidrio?

Unos trabajadores cargaban planchas de cristal hacia el fondo.

-Para las cabinas -contestó-. Pase a la oficina. Ahí podremos hablar mejor.

Con renuencia ella se separó del trabajo que se estaba realizando y lo siguió por un pasillo, junto a unas escaleras que descendían al sótano, y hasta un cuarto lateral. El hombre cerró la puerta y se volvió para mirarla.

El primer impulso de Joseph Schilling fue deshacerse de la muchacha. Obviamente era demasiado joven, no pasaba de los veinte años de edad. Sin embargo, lo intrigaba. Era extraordinariamente atractiva.

Lo que vio fue a una muchacha menuda, de huesos algo protuberantes, cabello castaño y ojos pálidos, casi color de paja. Su cuello lo fascinó. Era largo y terso, un cuello de Modigliani. Tenía las orejas muy pequeñas y no se le separaban en absoluto de la cabeza. Usaba unas arracadas de oro. Su tez era blanca, perfecta y ligeramente bronceada. No enfatizaba de ningún modo la sexualidad; su cuerpo no estaba demasiado desarrollado y poseía una cualidad ascética, un rigor de las

líneas que resultaba refrescante e inusitado.

-¿Está buscando trabajo? -preguntó-. ¿Cuántos años tiene?

-Veinte -contestó.

Schilling se frotó la oreja y reflexionó.

-¿Qué experiencia tiene?

-Trabajé durante ocho meses para una compañía de finanzas como recepcionista, de modo que estoy acostumbrada a tratar con la gente. Y luego trabajé durante más de un año tomando dictados. Soy mecanógrafa profesional.

-Eso no me sirve.

-No sea absurdo. ¿Va a manejar su negocio sólo con base en ventas en efectivo? ¿No va a abrir cuentas de crédito?

-Me llevarán las cuentas por fuera -explicó-. ¿Es ésta su manera de pedir trabajo?

-No estoy pidiendo trabajo. Estoy *buscando* trabajo.

Schilling reflexionó, pero no entendió la diferencia.

-¿Qué sabe usted sobre música?

-Todo lo que hay que saber.

-Usted se refiere a la música popular. ¿Qué diría si le preguntara quién fue Dietrich Buxtehude? ¿Reconoce el nombre?

-No -replicó con sencillez.

-Entonces no sabe nada sobre música. Me está haciendo perder el tiempo. Lo único que conoce son las últimas diez melodías de éxito.

-No podrá vender melodías de éxito -afirmó la muchacha-. No en este lugar.

Sorprendido, Schilling preguntó:

-¿Por qué no?

-Hank es uno de los compradores más listos de música pop en el negocio. La gente viene aquí desde San Francisco en busca de canciones agotadas incluso en Los Angeles.

-¿Y las encuentran?

-La mayor parte del tiempo. Nadie las gana todas.

-¿Cómo es que sabe tanto sobre el negocio de los discos?

Por un instante, la muchacha sonrió.

-¿Usted cree que sé mucho sobre el negocio de los discos?

-Se comporta como si así fuera. Finge saberlo.

-Llegué a salir con un muchacho que se encargaba del inventario y los pedidos de Hank. Y me gusta la música folk y el bop.

Schilling pasó al fondo de la oficina, sacó un puro, le cortó un extremo y lo encendió.

-¿Qué le pasa? -preguntó la muchacha.

-No sé si serviría detrás de un mostrador. Trataría de decirle a la gente qué debe gustarle.

-¿Yo haría eso?

La muchacha pensó y luego se encogió de hombros.

-Bueno, depende de ellos. Podría ayudarles. A veces quieren que se les ayude.

-¿Cómo se llama?

-Mary Anne Reynolds.

Le gustó el sonido del nombre.

-Yo soy Joseph Schilling.

La muchacha recibió la información con un movimiento de la cabeza.

-Eso pensé.

-El anuncio -dijo él- proporcionaba sólo un número telefónico. Pero usted

Librodot

encontró el camino hasta aquí. ¿Ya se había fijado en mi tienda?

-Sí -afirmó ella. La tensión la envolvía.

Él comprendió que era un asunto de gran importancia.

-¿Usted nació aquí? -preguntó-. Es un lugar agradable; me gusta. Por supuesto no es grande. No hay mucha actividad.

-Está muerto.

Alzó la cara y él tuvo que confrontar su juicio.

-Sea realista.

-Bueno -admitió él-, quizá le parezca muerto a usted; ya está cansada del lugar.

-No me he cansado. Lo único es que no le tengo fe.

-Hay mucho aquí en lo que puede tenerse fe; vaya a sentarse en el parque.

-¿A hacer qué?

-¡A escuchar! -declaró con fervor-. Salga y escuche... lo encontrará a todo su alrededor. Cosas qué ver, sonidos, ricos olores.

-¿Cuánto paga al mes? -preguntó ella.

-Dos cincuenta, para empezar.

Empezaba a irritarse.

-¿Volvemos a lo práctico?

No encajaba con la impresión que tenía de ella, pero reflexionó que en realidad no era una pregunta práctica; estaba buscando un punto de referencia. De alguna manera había provocado su enojo.

-Es por una semana laboral de cinco días. No está mal.

-En California una mujer no puede trabajar más que cinco días a la semana. ¿Qué pasa después? ¿A cuánto sube el salario?

-A dos setenta y cinco. Si las cosas resultan bien.

-¿Y si no? Tengo un trabajo bastante regular en este momento.

Schilling recorrió la oficina a zancadas; fumó y trató de recordar si alguna vez se había enfrentado a una situación semejante. Se sentía perturbado... la intensidad del carácter de la muchacha lo afectaba. Sin embargo, era demasiado grande para tratar al mundo como algo ominoso, y disfrutaba demasiado las cosas pequeñas. Le agradaba comer bien; le encantaba la música y la belleza y -en caso de que verdaderamente fuese chistoso- una broma de doble sentido. Lo complacía estar con vida, y esta muchacha consideraba que la vida era una amenaza. No obstante, había crecido su interés en ella.

Era muy posible que fuese la que él necesitaba. Se mantenía alerta; sería una trabajadora eficiente. Y era bonita; si conseguía que se relajara, refrescaría el ambiente de la tienda.

-¿La atrae la idea de trabajar en una discoteca? -preguntó.

-Sí -afirmó ella-. Sería interesante. Para el otoño ya conocería todos los trucos.

Podía ver que aprendía rápidamente.

-Podríamos intentarlo, con un plazo a prueba. Tendría que pensarlo... al fin y al cabo, usted es la primera con la que hablo.

Desde el pasillo se escuchó el timbre del teléfono, y él sonrió.

-Seguramente es otra candidata para el trabajo.

La muchacha no dijo nada. Sin embargo, pareció encogerse aún más en su preocupación; se parecía a ciertos animalitos inquietos que alguna vez había visto, esos que se pasaban horas enteras agazapados en silencio.

-Le diré una cosa -afirmó Schilling, e incluso para sus propios oídos su voz sonó áspera y torpe-. Vayamos enfrente y comamos algo. No he desayunado. ¿Es bueno ese restaurante?

-¿El Blue Lamb?

Mary Anne se dirigió a la puerta.

-Está bien, supongo. Es caro. No sé si abran tan temprano.

-Ya lo veremos -declaró Schilling mientras la seguía por el pasillo. Se apoderó de él un ligero mareo, la sensación de una aventura-. Si no lo está, podemos ir a otra parte. No puedo contratarla sin averiguar más acerca de usted.

En la parte principal de la tienda los carpinteros opacaban el timbre del teléfono con su martilleo y sus golpes. El electricista, rodeado por tornamesas y bañes, trataba en vano de escuchar la respuesta de sus amplificadores. Schilling alcanzó a la muchacha y la tomó del brazo.

-Tenga cuidado -le advirtió afablemente-. Fíjese en esos cables enmarañados del fonógrafo.

Su brazo era firme entre sus dedos. Estaba consciente de su ropa, del crujido seco del traje tejido verde. Al caminar a su lado le llegó una insinuación de su perfume. En realidad era sorprendentemente menuda. Ella siguió adelante, con los ojos fijos en el piso; durante todo el camino a la calle no dijo ni una palabra. Él percibió que estaba sumida en sus pensamientos.

Al llegar a la banqueta la muchacha se detuvo. Torpemente Schilling le soltó el brazo.

-¿Y bien? -preguntó, al quedar uno frente al otro bajo el fulgor intenso del sol matutino. La luz olía a humedad y frescura; respiró profundamente y le pareció más sabrosa que el humo del puro-. ¿Qué opina? ¿Cómo se verá?

-Es una tiendita agradable.

-¿Cree que tendré éxito comercial?

Schilling se apartó ágilmente para dejar pasar a unos trabajadores que metían una caja registradora y una caja con cintas de papel.

-Probablemente.

Schilling vaciló. ¿Estaría cometiendo un error? Una vez que hablara sería demasiado tarde para echarse atrás. Sin embargo, no quería echarse atrás.

-El trabajo es suyo -declaró.

Al cabo de un momento, Mary Anne replicó:

-No, gracias.

-¿Cómo?

Experimentó un verdadero sobresalto.

-¿Cómo es eso? ¿Qué quiere decir?

Sin una palabra más, la muchacha empezó a alejarse por la banqueta. Por un instante, Schilling permaneció inmóvil; luego arrojó el puro al arroyo y corrió para alcanzarla.

-¿Qué sucede? -demandó, cerrándole el paso-. ¿Cuál es el problema?

Los transeúntes los observaban con interés; sin prestarles atención sujetó el brazo de la muchacha.

-¿No quiere el puesto?

-No -respondió con un ademán desafiante-. Suélteme el brazo o llamaré a un policía y lo haré arrestar.

Schilling la liberó y la muchacha dio un paso hacia atrás.

-¿Qué pasa? -imploró él.

-No quiero trabajar para usted. Cuando me tocó me di cuenta de ello.

Su voz se hizo distante.

-La tienda es linda. Lo siento; todo empezó muy bien. No debió haberme tocado.

Y entonces desapareció. Schilling se dio cuenta de que estaba solo; ella se

había metido entre la corriente de los compradores tempraneros.

Regresó a la tienda. Los carpinteros hacían un gran estruendo. El teléfono sonó agudamente. Durante su ausencia, Max se había presentado con un sándwich de jamón y una taza de cartón con café (un terrón de azúcar).

-Aquí está -anunció Max-. Su desayuno.

-¡Quédate con él! -replicó Schilling, furioso.

Max parpadeó.

-¿Qué lo molestó?

Schilling buscó a tientas un nuevo puro en la bolsa del saco. Se dio cuenta de que le temblaban las manos.

6

Silbando, David Gordon estacionó el camión de mantenimiento de Richfield y brincó al asfalto. Entró al edificio de la gasolinera cargando una bomba defectuosa de combustible y un puñado de llaves de tuerca.

Mary Anne Reynolds estaba sentada en la única silla. Sin embargo, algo andaba mal; estaba demasiado quieta.

-¿Estás...? -empezó a decir Gordon-. ¿Qué te pasa, amor?

Una sola lágrima resbaló por la mejilla de la muchacha. La secó con la mano y se puso de pie. Gordon estiró los brazos para abrazarla, pero se hizo para atrás.

-¿Dónde estuviste? -preguntó con voz baja-. Llevo media hora aquí. El otro hombre dijo que regresarías de inmediato.

-Fueron unas personas en un Buick. Se descompuso en el viejo camino a Big Bear Pass. ¿Qué pasó?

-Fui a solicitar un trabajo. ¿Qué hora es?

Ubicó el reloj de la pared; cada vez que alguien le pedía la hora parecía incapaz de encontrarlo.

-Las diez.

-Entonces ya pasó una hora. Anduve caminando un rato antes de venir aquí.

Estaba completamente confundido.

-¿A qué te refieres con que fuiste a solicitar un trabajo? ¿Qué pasó con los muebles?

-Antes -dijo Mary Anne- ¿puedes prestarme cinco dólares? Compré unos guantes en Steiner's.

Sacó el dinero; ella recibió el billete y lo metió en su bolso. Él se dio cuenta de que traía esmaltadas las uñas, lo cual era raro. De hecho estaba toda acicalada; tenía puesto un traje que parecía caro, tacones altos y medias de nylon.

-Debí haberlo sabido -afirmó ella-. Por cómo me miró al principio. Pero no estaba segura hasta que me tocó. Entonces tuve la certeza y me fui de ahí lo más rápido que pude.

-Explícate -pidió él. Sus pensamientos, al igual que sus actividades, se habían vuelto incomprensibles para él.

-Quiso tener relaciones conmigo -explicó impasible-. Ese era todo el propósito. El trabajo, la discoteca, el anuncio. «Mujer joven, debe ser atractiva».

-¿*Quién*?

-El dueño de la tienda. Joseph Schilling.

Dave Gordon la había visto molesta antes, y a veces podía calmarla. Sin embargo, no entendía cuál era el problema; un hombre se le había insinuado, ¿y qué? Él mismo se había insinuado a las muchachas.

-Quizá no estuviera pensando en eso -sugirió-. Quiero decir, quizá lo de la tienda es cierto, pero cuando te vio...

Hizo un ademán.

-Mírate, estás toda emperifollada. Ese traje, todo el maquillaje.

-Pero es un hombre mayor -insistió-. ¡No está bien!

-¿Por qué no? Es un hombre, ¿no?

-Pensé que podía confiar en él. Una no se lo espera de un hombre mayor.

Sacó los cigarrillos y él le quitó los cerillos para encenderle uno.

-Piénsalo, un hombre respetable como ése, con dinero y educación. Viene a este pueblo, escoge este pueblo para algo así.

-Tómalo con calma -aconsejó él, queriendo ayudarla, pero sin saber cómo-. Estás bien.

Ella caminó varias veces en un círculo estrecho, sin objetivo.

-Siento náuseas. Es tan... enfurece. Trabajé muy duro para arreglarme. Y la tienda...

Su voz se perdió.

-Era tan bonita. Y el aspecto que tenía él al principio. Era tan imponente.

-Eso pasa todo el tiempo. Sólo hay que caminar por la calle, por la farmacia. Los tipos se la pasan de vagos, observan.

-¿Te acuerdas de cuando estuvimos en la preparatoria? ¿Del incidente en el camión?

No, no se acordaba.

-Yo... -empezó a decir.

-Tú no estabas. Iba sentada junto a un hombre, un vendedor. Empezó a hablar conmigo; fue espantoso. Me hablaba a susurros y todos los demás ahí sentados, nada más, sacudiéndose con los movimientos del camión. Amas de casa.

-Oye -propuso Gordon-. Dentro de media hora salgo de trabajar. ¿Por qué no vamos a Foster's Freeze a comer una hamburguesa y tomar una malteada? Eso te hará sentir mejor.

-¡Oh, por amor de Dios! -exclamó, iracunda-. ¿Por qué no creces? No eres un niño; eres un hombre adulto. ¿No se te ocurre otra cosa? Malteadas. Eres un niño de preparatoria; eso es todo lo que eres.

Gordon contestó en voz baja.

-No te enojes.

-¿Por qué andas con esos maricas?

-¿Cuáles maricas?

-Tate y los demás.

-No son maricas. Sólo visten bien.

Le sopló el humo a la cara.

-Trabajar en una gasolinera, eso no está bien para un adulto. Jake; tú eres otro Jake. Jake y Dave, los dos compañeros. Sé un Jake, si tú quieres. Sé un Jake hasta que el ejército se apodere de ti.

-Deja de hablar sobre el ejército. Me andan pisando los talones.

-No te haría ningún daño.

Inquieta, Mary Anne pidió:

-Llévame a la fábrica de muebles. Debo regresar al trabajo; no puedo estar aquí sentada.

-¿Estás segura de que quieres regresar? Quizá debieras ir a casa a descansar.

Los ojos de la muchacha se encogieron de enojo.

-Tengo que regresar; es mi trabajo. Asume un poco de responsabilidad de vez en cuando; ¿no entiendes lo que es la responsabilidad?

En el camino Mary Anne no tuvo mucho qué decir. Permaneció sentada erguida sujetando el bolso y contemplando el paisaje por la ventanilla del camión. Debajo de sus axilas se habían formado unos círculos húmedos que emitían un aroma a agua de rosas y almizcle. Se había quitado la mayor parte del maquillaje; tenía el rostro blanco e inexpresivo.

-Te ves rara -comentó Dave Gordon.

-¡No me digas!

Con una muestra de determinación, preguntó:

-¿Qué tal si me dices lo que está pasando contigo estos días? Nunca te veo, siempre tienes algún pretexto. Ya me imagino lo que es: quieres deshacerte de mí.

-Fui a tu casa anoche.

-Y cuando voy a la tuya no estás. Tu familia no sabe dónde estás. ¿Quién lo sabe?

-Yo -contestó Mary Anne brevemente.

-¿Todavía te la pasas en ese bar?

Su voz no expresaba rencor, sólo una desolada preocupación.

-Incluso fui ahí, al Wren Club. Y te esperé pensando que quizá te presentaras. Lo he hecho varias veces.

Mary Anne se ablandó imperceptiblemente.

-¿Y me presenté?

-No.

-Lo siento.

Con un dejo de nostalgia agregó:

-Quizá todo esto se aclare solo.

-¿Te refieres a lo de tu trabajo?

-Sí. Supongo que sí.

Se refería a mucho más que eso.

-Quizá me meta de monja -declaró de repente.

-Quisiera entenderte. Quisiera verte más; me conformaría con eso. Como te extraño.

Mary Anne sintió el deseo de poder extrañar a Gordon. Pero no era así.

-¿Puedo decirte algo? -preguntó él.

-Adelante.

-Supongo que después de todo no quieres casarte conmigo.

-¿Por qué? -inquirió Mary Anne alzando la voz-. ¿Por qué dices una cosa así? Dios mío, Gordon, ¿de dónde sacaste una idea semejante? Has de estar loco; deberías ir con un psicoanalista. Eres un neurótico. Estás muy mal, muchacho.

Resentido, Dave Gordon replicó:

-No te burles de mí.

Ella sintió pena.

-Lo siento, Gordon.

-Y, por Dios, ¿tienes que llamarme Gordon? Me llamo Dave. Todos los demás me dicen Gordon; tú deberías ser capaz de llamarme Dave.

-Lo siento, David -contestó arrepentida-. En realidad no me burlaba de ti. Es por este asunto tan desagradable.

-Si nos casáramos -preguntó Gordon-, ¿seguirías trabajando?

-No lo he pensado.

-Preferiría que te quedaras en casa.

-¿Por qué?

-Bueno -explicó Gordon, retorciéndose avergonzado-, si tuviéramos hijos

deberías quedarte en casa a cuidarlos.

-Hijos -repitió Mary Anne. Se sentía rara. Unos hijos suyos: era una idea novedosa.

-¿Te gustaría tener hijos? -preguntó Gordon, esperanzado.

-*Tú* eres quien me gusta.

-Me refiero a unos niñitos de verdad.

-Sí -decidió, pensándolo-. ¿Por qué no? Sería agradable.

Reflexionó largamente.

-Podría quedarme en casa... un niño y una niña. No uno solo; al menos dos, y tal vez más.

Esbozó una breve sonrisa.

-Para que no se sientan solos. Un niño solo es demasiado solitario... no tiene amigos.

-Tú has estado sola siempre.

-¿De veras? Supongo que sí.

-Me acuerdo de cuando estábamos en la preparatoria -siguió Dave Gordon-. Siembre estabas sola... nunca te reunías con los demás. Eras muy bonita; solía verte sentada a la hora del recreo, con tu frasco de leche y tu sándwich, comiendo sola. ¿Sabes qué quería hacer? Quería ir a besarte. Pero no te conocía entonces.

Con afecto Mary Anne contestó:

-Eres bastante simpático.

Entonces se apartó otra vez con urgencia.

-Odiaba la preparatoria. Sólo quería salir de ahí. ¿Qué aprendimos ahí? ¿Qué nos enseñaron que nos sirviera?

-Nada, supongo -aceptó Dave Gordon.

-Mucha basura falsa. ¡Falsa! Cada palabra lo era.

Adelante y a la derecha estaba la fábrica de muebles. Vieron cómo fue acercándose.

-Ya llegamos -indicó Dave Gordon y detuvo el camión a la orilla del camino-. ¿Cuándo puedo verte?

-Un día de éstos.

Ya había perdido el interés en él; tiesa y tensa de nuevo, se preparaba para lo siguiente.

-¿Ahora en la noche?

Mary Anne bajó del camión y contestó por encima del hombro.

-Hoy no. No pases a verme por un tiempo. Tengo muchas cosas que pensar.

Dolido, Gordon se dispuso a arrancar.

-A veces creo que te va a ir muy mal.

-¿De qué hablas?

Se detuvo en actitud de desafío.

-Algunas personas creen que eres una presumida.

Mary Anne se despidió con la cabeza y recorrió el sendero a la oficina de la fábrica. A sus espaldas el ruido del motor del camión se desvaneció mientras Gordon volvía tristemente a la ciudad.

No experimentó ninguna emoción en especial al abrir la puerta de la oficina. Estaba un poco cansada y todavía tenía trastornado el estómago, pero eso era todo. Mientras la señora Bolden se ponía de pie, Mary Anne comenzó a quitarse los guantes y el abrigo. Percibió una intensificación del opresivo ambiente, pero continuó impasible, sin hacer ningún comentario.

-Vaya -empezó la señora Bolden-, después de todo decidiste venir.

Sentado en su escritorio, Tom Bolden se volvió, ceñudo, a escuchar.

-¿Qué quiere que haga primero? -preguntó Mary Anne.

-Me puse a ver el calendario -prosiguió la señora Bolden, cerrándole el camino a la muchacha que se dirigía hacia su máquina de escribir-. No tienes la regla, ¿verdad? Sólo lo inventaste para no venir. Apunté la fecha la última vez. Mi esposo y yo hemos discutido tu asunto. Nosotros…

-Renuncio -declaró Mary Anne de repente. Volvió a ponerse los guantes y se encaminó hacia la puerta-. Tengo otro trabajo.

La señora Bolden quedó pasmada.

-Siéntese, jovencita. No se vaya así.

-Envíenme mi cheque -indicó Mary Anne mientras abría la puerta.

-¿Qué es lo que dice? -preguntó Tom Bolden en voz baja, poniéndose de pie-. ¿Ya se va otra vez?

-Adiós -gritó Mary Anne; sin detenerse salió precipitadamente al porche y bajó los escalones al sendero. Detrás de ella, el anciano y su esposa habían salido hasta la puerta, desconcertados.

-¡Renuncio! -les gritó Mary Anne-. ¡Métanse otra vez! ¡Conseguí otro trabajo! ¡Váyanse!

Los dos permanecieron inmóviles. Ninguno sabía qué hacer, ninguno hizo nada hasta que, sorprendiéndose a sí misma, Mary Anne se agachó, recogió un trozo de hormigón suelto y lo arrojó contra ellos. El hormigón cayó en la tierra blanda junto al porche; en la orilla del sendero encontró un puñado de fragmentos de hormigón y los hizo llover sobre la pareja de ancianos.

-¡Métanse otra vez! -vociferó, echándose a reír del asombro y del miedo que ella misma se inspiraba. Unos trabajadores habían salido a la plataforma de carga y observaban la escena boquiabiertos-. ¡Renuncio! ¡No regresaré más!

Sujetó su bolso y corrió por la banqueta, tropezándose con los tacones a los que no estaba acostumbrada; siguió adelante hasta que empezó a jadear, sin aliento, y unas manchas rojas le nublaron los ojos y no la dejaron ver.

Nadie la había seguido. Dejó de correr y se detuvo para apoyarse en la pared de hierro corrugado de una fábrica de fertilizantes. ¿Qué había hecho? Renunciado a su trabajo. De una vez, en un solo instante. Bueno, era demasiado tarde para preocuparse por ello ahora. En buena hora.

Mary Anne bajó a la calle y detuvo una camioneta pickup cargada con bolsas de combustibles. El conductor, un polaco, la observó sorprendido cuando abrió la portezuela y se subió junto a él.

-Lléveme a la ciudad -pidió. Apoyó el codo en la ventanilla y se tapó los ojos con la mano. Tras un momento de vacilación la camioneta arrancó; había reanudado su camino.

-¿Se siente mal, señorita? -preguntó el polaco.

Mary Anne no contestó. Sacudida al compás de los movimientos de la camioneta, se dispuso a aguantar el viaje de regreso a Pacific Park.

En la zona comercial del barrio pobre le pidió al polaco que la dejara. Se aproximaba el mediodía y el ardiente sol de mediados del verano se abatía sobre los coches estacionados y los transeúntes. Pasó junto a la tabaquería y llegó hasta la acolchonada puerta roja del Lazy Wren. El bar estaba cerrado con llave; se acercó a la ventana y empezó a golpearla suavemente con una moneda.

Después de un tiempo una figura apareció en la oscuridad interior, un negro panzón ya grande. Taft Eaton acercó una mano al cristal, la escudriñó con actitud hostil y abrió la puerta.

-¿Dónde está Tweany? -preguntó.

-No está aquí.

-¿Dónde está, entonces?

-En su casa. En cualquier parte.

Cuando Mary Anne hizo ademán de meterse, le azotó la puerta en la cara y dijo a través de ella.

-No puede entrar, es menor de edad.

Escuchó cómo se deslizaba la cerradura, por un momento quedó indecisa y entró a la tabaquería. Abriéndose paso junto a los hombres reunidos en el mostrador encontró el teléfono público. Con cierta dificultad para sostener el pesado directorio halló el número y metió una moneda a la ranura.

No hubo respuesta. Sin embargo, posiblemente estuviera ahí, dormido. Tendría que pasar a ver. Lo necesitaba en ese preciso momento; tenía que verlo. No le quedaba otro recurso.

La casa, una gran casa de tres pisos con acanaladuras grises, balcones y capiteles, descolló en medio de su patio de mala hierba, botellas rotas, botes de hojalata oxidados. No había señal alguna de vida; las persianas del tercer piso estaban bajas e inmóviles.

El temor se apoderó de ella y se abalanzó por el sendero, cruzó el cemento agrietado, pasó junto a una pila de periódicos y unas macetas con plantas moribundas al pie de la escalera. Subió dos escalones a la vez, sujetándose del barandal. Jadeante dio vuelta a la esquina tras un largo tramo de escalones, sintió cómo las tablas podridas cedían debajo de ella, tropezó con un escalón roto y se cayó hacia delante, tratando desesperadamente de asir el barandal. Se golpeó la espinilla contra la mellada madera vieja; el dolor la hizo vociferar y cayó sobre las palmas abiertas. Rozó con la mejilla un montón de telarañas cubiertas de polvo que se habían atorado en la manga tejida del traje verde. Una familia de arañas se alejó, sobresaltada; Mary Anne se puso de pie con mucho trabajo y subió lentamente los últimos peldaños, entre maldiciones y sollozos, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

-¡Tweany! -gritó-. ¡Ábreme!

No hubo ninguna respuesta. Desde muy lejos se escuchó el timbre de una señal de tránsito. La lechería ubicada en los límites del barrio pobre producía un estrépito que se extendía sobre la ciudad.

Envuelta por una bruma ciega llegó hasta la puerta. Debajo de ella la tierra lejana daba vueltas; durante unos instantes se apoyó contra la puerta con los ojos cerrados, esforzándose por no ceder y dejarse caer.

-Tweany -exclamó jadeando, la cara pegada a la puerta cerrada-. Maldita sea, déjame entrar.

Unos ruidos reconfortantes penetraron en su sufrimiento: una persona se movía. Mary Anne se derrumbó sobre el último peldaño; inclinada, las rodillas encogidas, se meció de un lado a otro mientras el contenido del bolso se le escurría entre los dedos sobre la escalera, las monedas y los lápices salían rodando a la luz del sol y caían hasta la hierba, muy debajo de ella.

-Tweany -susurró al abrirse la puerta y aparecer la figura oscura, ligeramente luminosa, del negro-. Ayúdame, por favor. Algo me pasó.

Frunciendo el entrecejo y molesto, se inclinó y la recogió. Con un pie descalzo -sólo tenía puestos los pantalones- cerró la puerta detrás de ellos. La cargó caminando silenciosamente por el pasillo, el rostro negro azulado fragante por el jabón para rasurar, con gotas de espuma sobre el mentón y el velludo pecho. Sus manos eran rudas sobre el cuerpo de la muchacha; ella cerró los ojos y se aferró a él.

-Ayúdame -repitió-. Renuncié a mi trabajo; ya no tengo trabajo. Conocí a un viejo espantoso y me hizo algo. Ahora ya no tengo dónde vivir.

7

En la esquina de las calles Pine y Santa Clara había una sombrerería de lujo. Después de la sombrerería estaban las petacas Dwelley's y luego seguía Music Corner, la nueva discoteca inaugurada por Joseph Schilling durante las primeras semanas de agosto de 1953.

Fue hacia Music Corner que se dirigieron el hombre y la mujer. La tienda había abierto dos meses antes; estaban a mediados de octubre. En el aparador había una fotografía de Walter Gieseking y dos discos de larga duración medio salidos de sus fundas brillantes. Dentro de la tienda se veía a algunos clientes en el mostrador al frente, y otros dentro de las cabinas particulares. La *Sinfonía para Órgano* de Saint-Saëns reverberaba a través de la puerta abierta.

-No está mal -admitió el hombre-. Por otra parte, tiene la lana; debería verse bien.

De entre 30 y 40 años, era un hombre apuesto de apariencia frágil, con lustroso cabello negro; un hombre de pecho flaco que caminaba con afectación. Sus ojos tenían una expresión ágil y animada y sus manos, al guiar a la mujer hacia el interior de la tienda, le rozaron el abrigo como las alas de un ave.

La mujer se volvió para observar el rótulo encima de la puerta. Consistía en un cuadro de madera dura, con adornos tallados a mano en relieve, sobre el que se habían pintado las siguientes palabras; «THE MUSIC CORNER, CALLE PINE 517. MA3-6041. HORARIO 9-5. DISCOS Y EQUIPOS DE SONIDO FABRICADOS POR ENCARGO».

-Es bonito -afirmó la mujer-. Digo, el letrero.

Era más joven que el hombre, una rubia gorda de cara redonda vestida con pantalones; llevaba un inmenso bolso de piel al hombro colgado de una correa.

No había nadie detrás del mostrador. Dos jóvenes escudriñaban un catálogo de discos; estaban discutiendo.

La mujer no vio a Joseph Schilling, pero cada detalle del interior de la tienda se lo recordaba. El diseño de la alfombra de pared a pared era característico de sus gustos y le resultaron conocidos muchos de los cuadros sobre las paredes -reproducciones de artistas contemporáneos-. El pequeño florero sobre el mostrador -contenía lirios silvestres de California- había sido diseñado y cocido por ella. Los catálogos detrás del mostrador estaban forrados con una tela escogida por ella.

La mujer se sentó y empezó a leer un ejemplar de *High-Fidelity*, que encontró sobre una mesa. El hombre, menos relajado, inspeccionó los estantes y dio vuelta a las ruedas giratorias que exhibían los discos. Estaba hurgando una pastilla Pickering con el dedo índice cuando el familiar sonido de unos pasos arrastrados llamó su atención. Por la escalera del depósito en el sótano, con los brazos llenos de discos, subía Joseph Schilling.

La mujer dejó la revista y se puso de pie. Regordeta y sonriente, se adelantó hacia Schilling. El hombre se le unió.

-Hola -musitó el hombre.

Joseph Schilling se detuvo. No tenía puestos los lentes y por un momento le costó trabajo distinguir sus facciones. Se imaginó que debía tratarse de unos clientes; su ropa le indicaba que eran personas relativamente acomodadas,

relativamente cultas y sumamente ostentosas en cuanto a su calidad de artistas. Entonces los reconoció.

-Sí -inquirió con voz insegura y hostil-. Las líneas se enfocan... es asombroso con qué rapidez.

-Así que éste es -declaró la mujer, mirando a su alrededor. Su sonrisa, fija e intensa, se mantuvo; una sonrisa congelada de labios gruesos y dientes-. ¡Es lindo! Me da muchísimo gusto que por fin lo hayas conseguido.

Con movimientos ceremoniosos Schilling depositó sus discos. Se preguntó dónde estaría Max; ellos le tenían miedo a Max. Probablemente en el bar de la esquina, sentado en un compartimiento construyendo una torre de cerillos.

-No está mal la ubicación -afirmó.

Los ojos azules de la mujer brillaron.

-Esto es lo que siempre quisiste durante todos estos años. ¿Te acuerdas -dijo dirigiéndose a su compañero- de cómo hablaba siempre sobre su tienda? Sobre la discoteca que abriría algún día cuando obtuviera dinero.

-Decidí no esperar -comentó Schilling.

-¿Esperar?

-Lo del dinero.

No sonó convincente; era malo para esos juegos.

-No tengo ni un quinto. La mayor parte de esto está en consignación. Agoté mi capital en la renovación.

-Ya saldrás adelante -aseguró la mujer.

De la bolsa de su saco Schilling sacó un puro. Al encenderlo observó:

-Me parece que has subido de peso.

-Supongo que sí.

La mujer reflexionó, concentrada.

-¿Cuánto tiempo ha pasado?

-Fue en 1948 -señaló su compañero.

-Todos hemos envejecido -advirtió la mujer.

Schilling acudió a atender a un cliente de edad mediana. Un poco después volvió. Aún estaban ahí; no se habían ido. En realidad sabía que no lo harían.

-Bien, Beth -empezó-, ¿qué te trae por aquí?

-La curiosidad. No te hemos visto en tanto tiempo... cuando leímos en el periódico acerca de tu tienda, se nos ocurrió: «Subámonos al coche y vamos a verlo». Y eso hicimos.

-¿Qué periódico?

-El *Chronicle* de San Francisco.

-Ustedes no viven en San Francisco.

-Alguien nos envió el recorte -explicó ella vagamente-. Sabía que nos interesaría.

Fue un grave error, sin duda, mezclarse con esta gente hacía cinco años. Ya nunca podría deshacerse de ellos, ya no. Lo habían encontrado, a él y a su tienda; era como un pato atrapado en una cisterna. Y contaba con bienes tangibles.

-¿Vinieron desde Washington? -preguntó-. ¿Quisieron alejarse del invierno por un tiempo?

-¡Dios mío! -exclamó Beth-, hace años que no vivimos en Washington. Estuvimos en Detroit y luego nos mudamos a Los Angeles.

«Me siguieron -pensó Schilling-. Se acercaron al Oeste, olfateando el camino».

-Pasamos a verte -informó Beth- cuando vivías en Salt Lake City. Pero estabas en alguna especie de junta de negocios y no pudimos quedarnos.

-Estaba bien el lugar que tenías ahí -añadió Coombs, el hombre-. ¿Era tuyo?

-Fui socio.

-No era una tienda, ¿verdad? ¿Ese gran edificio de ladrillos? Parecía un almacén.

-Venta al mayoreo -explicó Schilling-. Surtíamos a varias empresas.

-¿Y juntaste el capital para esta tienda?

Coombs se mostró escéptico.

-Te hubiera ido mejor ahí; no tendrás ganancias en una ciudad de este tamaño.

-Supongo que no han visto el pato -replicó Schilling-. El pato del parque. No produce mucho dinero, pero es divertido observarlo. ¿Qué hacen ustedes estos días? ¿En qué trabajan, quiero decir?

-En varias cosas -contestó Beth-. Di clases por un tiempo; eso fue en Detroit.

-¿De piano? -preguntó.

-Oh, desde luego que sí. Dejé el cello hace años. Ya no lo tocaba cuando... te conocí.

-Es cierto -recordó Schilling-. Había uno en tu departamento, pero no lo tocabas.

-Se le rompieron dos cuerdas. Y perdí el arco.

-Me parece recordar que contaba un viejo chiste sobre las mujeres que tocan el cello -comentó Schilling-. Tenía que ver con sus razones psicológicas.

-Sí -admitió Beth-. En realidad era un chiste malísimo, pero a mí siempre me hizo gracia.

Schilling sintió cómo se ablandaba al recordarlo.

-El análisis freudiano... un pasatiempo popular en todas las casas de aquella época. Ya no es tan popular ahora. ¿Qué estaba yo diciendo?

-De las mujeres que tocan el cello. Tienen una necesidad subconsciente de sentir algo grande entre las piernas.

Beth se rió.

-Eras encantador. Realmente lo eras.

Se le hacía difícil creer que alguna vez hubiese deseado a esa fornida muchacha, que se la hubiera llevado durante un fin de semana, encontrado el camino al interior de ese coño maravillosamente ávido, para luego devolverla, más o menos intacta, a su marido. Sin embargo, entonces no estaba tan fornida; había sido bastante delgada. Beth Coombs era atractiva aún; su tez estaba bastante tersa y sus ojos, como siempre, eran transparentes. Su aventura fue breve e intensa y él la había disfrutado. Si tan sólo no hubiese acarreado tales consecuencias.

-¿Y ahora qué? -preguntó, dirigiéndose a ambos-. ¿Se van a quedar por aquí?

Beth asintió con la cabeza, pero Coombs fingió no haberlo oído.

-Oh, vamos, Coombs -insistió Schilling-. Enfrentémoslo. Por tu culpa el vinagre llegó de la vasija a la boca del Salvador.

Coombs aún no quería hacer caso, pero Beth se rió regocijada.

-Da gusto escucharte otra vez, Joe. He extrañado tu conversación.

Derrotado, Schilling se rindió.

-¿Quieren llevarse una brazada de discos? ¿Quieren la caja registradora?

Hizo un ademán resignado, cediendo todo.

-¿Quieren las agujas de diamante de las pastillas? Valen diez dólares cada una.

-Muy gracioso -replicó Coombs-. El asunto que nos trae es lícito.

-¿Siguen en el negocio de la fotografía?

-De cuando en cuando.

-No vinieron aquí para retratar a la gente.

Después de un instante Beth declaró:

-Bueno, hemos vivido principalmente de las clases de música.

-¿Van a dar clases aquí?

-Pensamos -indicó Beth- que podrías ayudarnos un poco. Estás relativamente bien establecido. Tienes tu tienda; probablemente has hecho contacto con la gente que escucha música en este lugar. Vas a vender partituras, ¿no?

-No -contestó Schilling-. Y no les daré trabajo. No voy a arriesgarme con esto; estoy funcionando con un presupuesto reducido y ya tengo todos los gastos que puedo permitirme.

En un arrebato de excitación, Coombs continuó:

-Puedes anunciarnos; eso no te costará nada. Todas las ancianas se darán la vuelta a preguntar dónde enseñan a tocar el piano. ¿Qué harás en la época de Navidad? No puedes manejar la discoteca solo; necesitas a alguien que te ayude.

-Seguramente contratarás a alguien -insistió Beth-. Me sorprende que no lo hayas hecho ya.

-Nunca fui bueno para contratar a empleados.

-¿No crees que te serviría contar con un poco de ayuda aquí?

-Ya les dije que no tengo muchos clientes. Y no tengo suficiente dinero.

Schilling no dejaba de observar a la gente que revisaba los estantes.

-Pegaré una tarjeta con su nombre y dirección encima de la caja. Si alguien quiere clases de piano, se lo enviaré. Es todo lo que puedo hacer.

-¿No crees que nos debes algo? -preguntó Coombs.

-¿Qué, por Dios?

-No importa qué hagas -prosiguió Coombs precipitadamente, tropezándose con las palabras-, no compensarás nunca el terrible daño que nos causaste. Deberías arrodillarte e implorarle perdón a Dios.

-¿Te refieres -preguntó Schilling- a que, por no haberle pagado nada a ella entonces, debería hacerlo ahora?

Por un instante Coombs permaneció inmóvil, parpadeando rápidamente, y luego se deshizo en un charco de furia.

-Deberían eliminarte -exclamó rechinando los dientes-. Eres...

-Vámonos -decidió Beth, encaminándose hacia la puerta-. Ven, Danny.

-Me sé uno bueno -comentó Schilling a Danny Coombs-. De los que te gustan. Alguien instaló uno de esos espejos en una regadera para mujeres, uno de esos grandes espejos de cuerpo entero. Quizá tú puedas explicarme cómo funcionan; por un lado es un espejo, pero por el otro es una ventana.

Pálida, pero dueña de sí, Beth se despidió.

-Que tengas suerte con tu tienda. Quizá nos veamos por aquí.

-Muy bien -contestó. Por acto de reflejo recogió un montón de discos y empezó a clasificarlos.

-No sé por qué tenemos que pelearnos -prosiguió Beth-. No hay razón por la que Danny y yo no podamos venir aquí; el trabajo en Los Angeles se perdió y estamos recorriendo la costa en busca de otra cosa.

-Pero en la misma población -replicó Schilling-. Y tras un espacio de sólo unos cuantos meses.

-La música es un excelente negocio aquí. Dejaremos que tú te encargues de construir los cimientos.

-¿Para mi tumba o la de ustedes? ¿O la de todos nosotros?

-No seas tan agresivo -reprendió Beth.

-No soy agresivo -contestó Schilling.

Bueno, era el castigo por haber obrado -durante un día, más o menos- contra su propio buen juicio. Por haber sido lo bastante débil para acostarse con la esposa de otro hombre, y lo suficientemente imprudente para dejar que el hombre se enterara.

-Sólo me entró la nostalgia -aclaró y siguió acomodando los discos.

8

En el otoño de 1953 Mary Anne Reynolds vivía en un pequeño departamento con una muchacha llamada Phyllis Squire. Phyllis era mesera en la lonchería Golden State, contigua al Lazy Wren, y el propio Carleton Tweany la había escogido, resolviendo así, desde su propio punto de vista, los problemas de Mary Anne. Ya no tenía mucho que ver con ella. Para Mary Anne quedaba nada más el efímero paso de su presencia; por aquí y por allá, sin detenerse, la pasaba de largo y la dejaba atrás.

El trabajo que consiguió en la compañía de teléfonos la obligaba a trabajar dos turnos. A las doce y media de la noche llegó al departamento, comió algo y se cambió de ropa. Mientras se cambiaba, su compañera del departamento, acostada ya, leyó en voz alta una copia de los sermones de Fulton Sheen.

-¿Qué te pasa? -preguntó Phyllis con la boca llena de manzana. En el rincón, su radio esmaltado en blanco estaba tocando un mambo de Pérez Prado-. No estás escuchando.

Sin hacerle caso, Mary Anne se puso una falda pantalón roja, le metió el faldón de la camisa y se encaminó hacia la puerta.

-No te vayas a quedar ciega -recomendó por encima del hombro y cerró la puerta a sus espaldas.

El ruido y los movimientos de la gente se proyectaron brevemente sobre la calle oscura cuando entró al Wren. Las mesas estaban atestadas de gente, una fila de hombres se apiñaban en la barra... pero Tweany no estaba cantando. Se dio cuenta de ello de inmediato. La plataforma elevada al centro estaba vacía; no se veía por ninguna parte e incluso Paul Nitz estaba ausente.

-Oye -exclamó Taft Eaton desde atrás de la barra-. Lárgate de aquí; no voy a servirte.

Esquivándolo, empezó a colarse entre las mesas buscando dónde sentarse.

-Lo digo en serio. Eres menor de edad, no debes estar aquí. ¿Qué quieres, que pierda mi licencia?

Su voz se perdió cuando ella iba llegando a la plataforma. Paul Nitz estaba inclinado junto a una mesa y conversaba con unos parroquianos. Al parecer había abandonado el piano para hablar con ellos; a horcajadas sobre una silla, el anguloso mentón apoyado sobre los brazos, estaba echando un discurso.

-...pero deben distinguir entre las canciones folk y las canciones al *estilo* folk. Es como el jazz y la música tocada a la manera del jazz.

La pareja levantó la mirada cuando ella acercó una silla y se sentó. Nitz interrumpió lo que estaba diciendo el tiempo suficiente para saludarla.

-¿Cómo estás?

-Muy bien -contestó-. ¿Dónde está Tweany?

-Acaba de cantar. Ya regresará.

Experimentó una oleada de tensión.

-¿Está en la parte de atrás?

-Probablemente, pero no puedes buscarlo ahí. Eaton te echaría en el acto.

Taft Eaton apareció a un lado de la mesa. Seguía echando humo.

-Maldita sea, Mary. No puedo servirte. Si la policía te encuentra aquí cerrará el Wren.

-Dígales que entré para usar el baño -murmuró ella. Fingió no hacerle caso y empezó a quitarse el abrigo.

Eaton dirigió una mirada iracunda a Nitz, que estaba quitándose un hilito de la manga.

-No vayas a comprarle nada. Están contribuyendo a la delincuencia de los menores de edad tú y Carleton. Deberían meterte a la cárcel.

La tomó por la nuca y le dijo al oído:

-Deberías quedarte con los de tu propia raza, donde debes estar.

Desapareció y dejó a Mary Anne sobándose la nuca.

-Muérase de una vez -musitó. Le dolía la nuca y se sentía humillada. Sin embargo, gradualmente desapareció el dolor y la necesidad de estar con Tweany recobró su predominio habitual-. Iré atrás para ver si está ahí.

-Ya saldrá -aseveró Nitz-. Estáte quieta... tú siempre con tus prisas. Relájate.

-Tengo cosas que hacer. ¿Dónde estuvo él anoche?

-Estuvo aquí.

-No me refiero aquí; me refiero después. Fui a su departamento a las dos y media y no estaba. No estaba.

-Puede ser.

Nitz dio vuelta a su silla, arrastrándola, y dirigió su atención nuevamente a la pareja.

-Considérelo desde este punto de vista, señora -señaló a la mujer, una rubia regordeta, más o menos bonita-. ¿Llamaría usted música folk a la de Stephen Foster?

La rubia lo pensó con bastante detenimiento.

-No, no creo. Pero estaba basada en tonadas folk.

-A eso me refiero. La música folk no es el material sino como lo enfoca uno. Nadie puede sentarse a escribir una canción folk y nadie puede ponerse de pie en algún bar de lujo, con su smoking blanco, y cantar una canción folk.

-¿Hay alguien, pues, que cante música folk?

-Ya no. Antes los había. Cantaban, agregaban más versos, componían constantemente material nuevo.

Se percató de la naturaleza de su discusión. Giraba en torno a Tweany y lo estaban atacando.

-¿No cree que él sea un gran cantante de folk? -demandó dirigiéndose a la rubia. En su mundo la lealtad formaba un pilar de vital importancia. No entendía que se socavara veladamente a un amigo; su responsabilidad pareció ser defenderlo-. ¿Qué tiene de malo?

-No lo he oído nunca. Seguimos esperando.

-No estoy hablando de Tweany -afirmó Nitz, evidentemente consciente de su lapsus moral-. No en lo particular, quiero decir. Estoy hablando de la música folk en general.

-Pero este Tweany es un cantante folk -repuso la rubia-. ¿Dónde se ubica él?

Nitz inquieto tomó unos sorbos de su trago.

-Es difícil precisarlo. Sólo soy el pianista para los intermedios... un mero mortal.

-No le gusta lo que él hace -señaló el compañero de la rubia con un guiño de entendimiento.

-Yo toco el bop.

Nitz se sonrojó y evitó la mirada acusadora de la muchacha.

-Para mí, la música folk es como el Dixie: un estilo anticuado. Dejó de desarrollarse en los días de James Merritt Ives. Nombren cualquier canción folk que se haya producido desde entonces.

Ella estaba bastante enojada ya; la necesidad de defender a Tweany, de mantener intacta su grandeza, la hizo encresparse y exclamar:

-¿Y «Ol' Man River»?

Tweany cantaba «Ol' Man River» por lo menos una vez cada noche, y era una de sus favoritas.

Al escucharla Nitz esbozó una sonrisa.

-¿Ven a qué me refiero? «Ol' Man River» fue escrita por Jerome Kern.

Se interrumpió, porque en ese momento se escucharon aplausos y Carleton Tweany apareció sobre la plataforma elevada. Al instante la muchacha se olvidó de Nitz, se olvidó de la rubia y de todo lo demás. La conversación se desplomó en un vacío.

-Con permiso -musitó Nitz. Volvió discretamente al piano; parecía muy pequeño, observó ella, junto al enorme cuerpo de Tweany.

-Para empezar -rugió Tweany con su aterciopelado sonsonete-, cantaré una pieza que expresa el agudo terror experimentado por el pueblo negro durante sus eras de esclavitud. Es posible que la hayan oído antes.

Intercaló una pausa.

-«Strange Fruit».

La excitación revoloteó por el cuarto mientras Nitz tocaba unos cuantos acordes de introducción. Y entonces, los brazos cruzados, la cabeza baja, la frente arrugada en su concentración, Tweany empezó. No alzó la voz ni gritó; no vociferó ni gruñó ni sacudió el puño. Pensativo, profundamente conmovido, habló directamente con la gente a su alrededor; fue un mensaje sumamente personal y no una versión pulida para concierto.

Cuando terminó de contarles la historia de la vida en los estados del Sur hubo silencio. Nadie aplaudió; la gente se apiñó alrededor, con expectativas temerosas, mientras Tweany decidía cuál sería el siguiente mensaje.

-Mi pueblo -murmuró- ha sufrido enormemente sus cadenas y tribulaciones. Su suerte no ha sido feliz. Mas el negro es capaz de cantar acerca de sus privaciones. La siguiente canción surgió del corazón del pueblo negro. Con ella expresa sus sufrimientos profundamente sentidos, pero también, al mismo tiempo, su verdadero humor. Es por naturaleza una persona feliz. Lo que quiere son las cosas sencillas de la vida. Suficiente comida, un lugar dónde dormir y, lo más importante, una mujer.

Carleton Tweany cantó a continuación «Got Grasshoppers in My Pillow, Baby, Got Crickets All in My Meal».

Mary Anne escuchó, tensa, atenta a cada palabra, los ojos fijos sobre el hombre a sólo unos cuantos metros delante de ella. Durante los últimos meses no había podido acercarse a Tweany; salvo esos momentos en público, lo había visto poco. Se preguntó si le estaría cantando a ella; trató de descifrar en sus palabras alguna referencia especial a ella y a las cosas que habían hecho juntos. Imperturbable y reservado, Tweany siguió cantando sin reconocer su presencia, aparentemente inconsciente de ella.

A su lado, la rubia también escuchaba. Su compañero no tenía interés en la música; encorvado y meditabundo, apretaba y oprimía un trozo de cera que había goteado de la vela.

-En último lugar -declaró Tweany al terminar-, cantaré una composición que se ha ganado un lugar especial en los corazones de los estadounidenses, tanto los caucásicos como los negros. Es una canción que nos une a todos en nuestros recuerdos conforme nos acercamos al momento de celebrar el nacimiento del que murió para redimirnos a todos, sin importar la raza, cualquiera que sea nuestro color.

Entrecerrando los ojos, Tweany cantó «White Christmas».

En el piano, Paul Nitz buscó los acordes debidos. Mary Anne, mientras escuchaba desarrollarse la tonada, sintió el deseo de averiguar qué había en la mente de los dos hombres. Nitz, encorvado sobre el teclado, parecía aburrido, como si estuviera barriendo nada más, pensó. La indignaba la traición efectuada por Nitz contra la habilidad artística. ¿Era eso todo lo que significaba para él? Como si estuviera en una línea de montaje... lo odiaba por traicionar a Tweany. Era un insulto a éste; Nitz podía muy bien mostrar *algo* de sentimiento. Y Tweany... ¿qué estaría pensando, de estar pensando en algo?

Casi parecía haber una sonrisa cínica en la cara de Tweany, un vacío como del más callado desprecio posible. ¿Pero desprecio por quién? ¿Por la canción? Si él la había escogido. ¿Por las personas que lo escuchaban? Conforme cantó -o más bien emitió la letra entre dientes-, la expresión del rostro de Tweany empezó a sufrir una transformación. La indiferencia comenzó a desaparecer; fue reemplazada por cierto fervor. Su voz adquirió una sublimidad palpitante, una grandeza que creció hasta que pareció vibrar de dolor. No cabía duda acerca de sus emociones: a Tweany le encantaba la canción. Estaba sumamente conmovido. Y esa emoción la comunicó al público.

Cuando terminó hubo otra vez un intervalo de silencio, y entonces los aplausos estallaron desenfrenadamente. Tweany se puso de pie, sacudido por dentro, la cara colmada de pasión. Gradualmente se hundió el dolor y volvió la apatía medio cínica. Tweany se encogió de hombros, se enderezó la costosa corbata pintada a mano y bajó al piso.

-¡Tweany! -exclamó Mary Anne con voz aguda mientras se ponía rápidamente de pie-. ¿Dónde estuviste anoche? Fui a tu casa y no estabas.

Con una leve contracción de cejas -dos líneas de un color negro expresivo y cultivado-. Tweany admitió su existencia.

Se acercó a la mesa y se quedó por un momento con la mano apoyada en la silla dejada vacía por Nitz.

La rubia preguntó:

-¿Por qué no se sienta con nosotros?

-Gracias -replicó Tweany. Dio vuelta a la silla y se sentó-. Estoy cansado.

-¿No te sientes bien? -preguntó Mary Anne, preocupada; la verdad era que parecía marchito.

-No muy bien.

Nitz se desplomó junto a Tweany y declaró:

-Aborrezco la maldita canción de «White Christmas» más que otra tonada cualquiera en este negocio. El tipo que la escribió debería ser ejecutado.

La tristeza invadió a Tweany.

-¿Sí? -musitó-. ¿Eso opinas?

Nitz tomó un sorbo de su trago y prosiguió:

-¿Tú qué sabes de los sufrimientos del pueblo negro? Naciste en Oakland, California.

La rubia, para enojo de Mary Anne, se inclinó y se dirigió a Tweany.

-Esa canción acerca de las langostas... es una vieja melodía de Leadbelly,

Librodot

¿verdad?

Tweany indicó que sí con la cabeza.

-Sí, Leadbelly la cantaba antes de que muriera.

-¿La grabó?

-Sí -afirmó Tweany, distraído-. Pero está agotada. Es una cosa más bien de coleccionistas.

-Tal vez Joe la tenga -le indicó la rubia a su compañero.

-Pregúntaselo -contestó su compañero, sin entusiasmo alguno-. Pasas bastante tiempo ahí.

Reanudaron la discusión sobre la música folk y Mary Anne logró llamar la atención de Tweany.

-No me has dicho dónde estuviste anoche -aclaró con tono de acusación.

Una sonrisa astuta se acomodó sobre el rostro de Tweany; la capa vidriosa de costumbre le cubrió los ojos hasta que asumieron un opaco y desapasionado color gris.

-Estuve ocupado. He estado bastante ocupado durante las últimas semanas.

-Quieres decir, los últimos meses.

Mientras medio escuchaba a Nitz y la rubia disertar sobre Blind Lemon Jefferson, Tweany preguntó:

-¿Cómo está la compañía de Pacific Tel y Tel?

-Miserable.

-Me da pena escucharlo.

Con voz clara Mary Anne le informó:

-Voy a renunciar.

-¿Ya?

-No. Primero tengo que encontrar otra cosa. He aprendido la lección.

-¿Quisieras estar de vuelta en lo de los muebles? Pídeselo, ellos te aceptarán.

-No te estés burlando de mí. No regresaría ahí ni aunque hubiera perdido una apuesta.

-Como quieras.

Tweany se encogió de hombros.

-Es tu vida.

-¿Por qué me echaste cuando fui contigo aquella vez?

-No te eché. No recuerdo haber hecho algo así.

-No me dejaste llevar mis cosas. Me obligaste a conservar un domicilio separado, y después de una semana ya no me dejaste pasar toda la noche. Tuve que levantarme de la cama e irme; a eso yo le llamo ser echada.

La contempló asombrado.

-¿Estás loca? Sabes cuál es la situación. Eres menor de edad. Es un delito.

-Si es un delito a las tres de la madrugada, también es un delito en la tarde.

-Pensé que lo entendías.

-Si es un delito...

-Baja la voz -pidió Tweany echando una mirada disimulada a Nitz y la pareja. Estaban enfrascados en una discusión acerca de los experimentos atonales contemporáneos-. Fue sólo... de vez en cuando. Nada por lo que pudieran agarrarnos.

-¿De vez en cuando? ¿Algo *temporal*?

Estaba furiosa, realmente furiosa. Porque ella recordaba lo que para él resultaba tan conveniente olvidar: aquel día en que la metió a su departamento, los dos perdidos en medio del desorden que desbordaba los cuartos, dos seres vivos acostados juntos entre los tesoros coleccionados por una rata. Y el ardiente

sol del verano que asaba las moscas que subían lentamente por los cristales de las ventanas... acostados los dos, sudorosos, sin que nada los cubriera, estirados sobre la cama mientras la luz los deslumbraba y los sumía en un estupor indolente e indiferente.

Ahí, en el departamento alto debajo del techo, habían desayunado, habían compartido la vieja tina de baño, habían cocinado y planchado, habían vagado desnudos por las habitaciones y tocado el pianito, se habían sentado en la noche a escuchar el radio, a contemplar el botón rojo de la luz en su cuadrante, los dos fundidos sobre el sofá, sobre el sofá combado, empapado en polvo.

Aunque según Tweany ella no servía para mucho en ese sentido. Había aprendido -le había enseñado- a apoyar su peso en los omóplatos y no el coxis; en esa forma podía alzar más las caderas. No obstante, aparte de ejecutar una tensión meramente muscular, no había desarrollado reacción alguna; la experiencia no le daba nada, y nada era lo que ella daba a cambio.

Para ella se parecía mucho a una ocasión en que el médico le había metido su sonda de metal en la nariz para extraer un pólipo. La misma presión, el mismo aparato fisico demasiado grande que se abría camino hacia su interior por la fuerza; luego el dolor, un poco de sangre y los grillos que cantaban en el pasto del patio debajo de la ventana.

Tweany le había dicho que no servía: era pequeña, huesuda y frígida. Gordon, por supuesto, no opinaba nada; no esperaba más que una concavidad y eso era lo que recibía: nada más y nada menos.

-Tweany -insistió Mary Anne-, no puedes fingir que no hemos...

-No te alteres -la interrumpió Tweany con voz sedosa-. Te saldrán úlceras.

Mary Anne se inclinó hasta que su pequeña cara tensa casi tocaba la de él.

-¿Qué has estado haciendo durante los últimos dos meses?

-Nada en absoluto. Salvo dedicarme a mi arte.

-Te quedas a dormir con alguien. Nunca estás en casa. Una vez te esperé toda la noche y no llegaste. No regresaste a casa.

Tweany se encogió de hombros.

-Estuve visitando a alguien.

Junto a ellos la discusión se había vuelto acalorada.

-Nunca oí eso -decía Nitz.

-Podía haberlo oído -aseguró la rubia-. ¿No tiene un radio? Los miércoles por la noche Joe tiene un programa en la «estación de buena música» de San Mateo. Escúchelo. Él escribe su material; le gusta hacerlo todo él solo.

-Traté de escucharlo -afirmó Nitz-, pero no me llama la atención. Es música... vieja.

Mary Anne cayó en silencio y se refugió en sus propios pensamientos; la conversación no significaba nada para ella.

-No es vieja. Ahí sigue; es el mismo material que usted usa, salvo que no lo llaman por el mismo nombre. Milhaud, en Oakland. Y Roger Sessions está en Berkeley; vaya a escucharlo. Sid Hethel está en Palo Alto; es más o menos lo mejor que hay. Joe lo conoce... son viejos amigos.

-Pensé que no había más que Mozart -indicó Nitz.

La rubia continuó.

-Los domingos, cuando la tienda está cerrada, Joe ofrece una discada de dos horas. Debería ir.

-¿Quiere decir que uno puede ir así nada más?

-Siempre van como unas 15 personas. Toca música atonal, del barroco temprano, lo que ellas quieran.

Con un destello en los ojos azules miró a Tweany.

-A usted lo vi ahí; una vez fue.

-Es cierto -admitió Tweany-. Usted salió a la mitad con una charola de café para nosotros.

-¿Se divirtió?

-Mucho. Esa tienda es extraordinaria.

-¿Qué dijiste? -preguntó Mary Anne de repente. Había despertado, pues la conversación dejaba de ser abstracta. Estaba tratando con la realidad ahora, y empezó a poner atención.

-La nueva discoteca -explicó Tweany.

Mary Anne se volteó para enfrentar a la rubia.

-¿Usted conoce a ese hombre? -preguntó mientras recordaba la discoteca, la figura alta del hombre con su chaleco, reloj de oro y traje asargado.

-¿A Joe?

La rubia sonrió.

-Claro. Somos viejos amigos.

-¿Dónde lo conoció?

Experimentaba una especie de horror, como si le estuvieran contando algún crimen personal.

-En Washington, D.C.

-Usted es de fuera, ¿verdad?

-Sí -replicó la rubia.

-¿Y él es realmente honrado?

Su aflicción había revivido de nuevo. Mas después de cuatro meses no tenía ya la misma urgencia. Se había debilitado al retroceder en el tiempo; no era nada inmediato.

-Joe ha estado en el negocio de la música durante toda la vida -afirmó la rubia-. Su tía vendió arpas en Denver durante la guerra contra España. Joe trabajó para Century Music en Nueva York, en los años veinte. Antes de que usted naciera.

Meditabunda, Mary Anne comentó:

-No me agrada ese lugar.

-¿Por qué no?

-Me da horror.

Mary Anne no quería hablar de ello y le preguntó a Tweany:

-¿A qué hora vas a irte? ¿Vas a cantar otra vez o no?

Tweany reflexionó.

-Creo que me iré a acostar. No, no cantaré otra vez. Ya basta por hoy.

La rubia seguía escudriñando a Mary Anne con interés.

-¿A qué se refiere? ¿Por qué dijo eso sobre la tienda de Joe?

Con dificultad, Mary Anne contestó.

-No es por la tienda.

Indudablemente era cierto; la tienda le había gustado muchísimo.

-¿Sucedió algo?

-No, nada.

Meneó la cabeza, irritada.

-Olvídelo, ¿quiere?

De súbito volvió el miedo y le preguntó a Tweany:

-¿Realmente entras ahí?

-Por supuesto -afirmó Tweany.

Resultaba difícil de creer.

-Pero es el hombre del que te conté.

Tweany no respondió.

-¿Te agradó? -preguntó Mary Anne.

-Es un caballero -declaró Tweany-. Tuvimos una conversación bastante interesante acerca de Bascom Lamar Lunsford. Me tocó un disco antiquísimo de Lunsford, grabado como en 1927. De su colección particular.

Confundida por las impresiones contradictorias, Mary Anne comentó:

-No me dijiste que ibas ahí.

-¿Por qué? ¿Por qué te parece tan importante?

Tweany parecía despreocupado.

-Voy a donde yo quiera.

Paul Nitz no pudo guardar silencio por más tiempo.

-¿Cree usted que esté dispuesto a darme algunos consejos?

-Joe ha trabajado con muchos jóvenes músicos -afirmó la rubia-. Me ayudó mucho a mí; consiguió que publicaran algunas piezas mías. Ahora está apoyando a un muchacho que oyó cantar en San Francisco, en uno de esos lugares de North Beach; ha grabado su repertorio y está tratando de conseguir que alguna de las compañías de elepés lo contrate.

-Chad Lemming -indicó su compañero.

-¿Qué enfoque representa? -preguntó Tweany con el interés del profesional.

-Chad hace monólogos políticos -explicó la rubia-. Con una guitarra. Una especie de comentarios en rima acerca de la situación actual. El control mental, el senador McCarthy, temas de esa naturaleza. ¿Le gustaría escucharlo?

-Creo que sí -contestó Tweany.

La rubia se puso de pie en el acto.

-Venga, pues.

-¿Adónde?

-Está en nuestra casa; se quedará con nosotros hasta que regrese a la península. Sólo estará aquí unos días.

Mary Anne observó, desalentada, la reacción de Carleton Tweany. Lo que estaba sucediendo era obvio, pero no se le ocurrió qué hacer al respecto. Nitz, apacible, los ojos entrecerrados, fue el que acudió en su ayuda, y dirigiéndose a Tweany le indicó:

-Tienes que cantar otra vez.

-Estoy cansado -afirmó él-. Me lo saltaré esta vez.

-No puedes hacer eso.

Una actitud arrogante se apoderó de Tweany; era evidente que no cedería.

-No puedo funcionar creativamente cuando estoy cansado.

-Venga, pues -insistió la rubia.

Como en respuesta a algún poder oculto, Taft Eaton se acercó a la mesa, dejando detrás, el trapo para limpiar la barra que llevaba en la mano, un sendero de burbujas a través del piso.

-Cantarás otra vez, Carleton. No te irás ahora.

-Desde luego que no -cedió Tweany.

Sonriente, Nitz le guiñó un ojo a Mary Anne y comentó:

-Qué mala suerte. Por otra parte, quizá este Lemming se ponga a cantar canciones folk.

Con su profunda gravedad de costumbre, Tweany se volvió hacia la rubia. Aún se encontraba de pie, aún le sonreía, a punto de irse.

-Tal vez -sugirió Tweany con un tono de voz que Mary Anne reconocía muy bien- pudieran llevarlo a mi casa. Iré en cuanto termine estas últimas canciones.

-Entonces está arreglado.

Con un pequeño estremecimiento de las caderas -una ondulación muy visible de triunfo- la rubia dio un empujoncito a su compañero, sentado todavía, e instó:

-Vámonos.

-Mi dirección -empezó astutamente a decir Tweany, pero Nitz lo interrumpió.

-Yo los llevaré.

Le asestó un puntapié de camaradería a Mary Anne debajo de la mesa.

-Voy a ir también; me interesa conocer a ese tipo.

-Nos dará gusto que vaya -respondió la rubia.

-Espérense -apuntó Taft Eaton-. Paul, me extraña oírte decir que ya te vas.

-No estoy obligado a acompañarlo -afirmó Nitz-. Soy el pianista para los intermedios. Puede cantar esas piezas con zapateo y alaridos de presidiarios.

-¿Puedo acompañarlos yo también? -preguntó Mary Anne en el colmo de la infelicidad. No quería quedar excluida; no podía impedir que se juntaran Tweany y la rubia, pero por lo menos podía estar presente.

-Y mi compañera -añadió Nitz, poniéndose de pie-. Necesito que esté conmigo.

-Tráigala.

La rubia ya se encaminaba hacia la puerta de la calle.

-Una fiesta -refunfuñó su compañero mirando a Nitz y a Mary Anne-. ¿No tienen otros amigos?

-No seas grosero.

Deteniéndose junto a Tweany, la rubia indicó:

-Me llamo Beth y él es mi esposo, Danny. Danny Coombs.

-Mucho gusto -saludó Tweany.

-No puedes irte -repitió obstinado Taft Eaton, quien aún no los dejaba-. Alguien tiene que trabajar aquí.

-No me voy -replicó Tweany-. Ya lo expliqué. Cantaré las últimas y luego me iré.

Nitz colocó una mano sobre el hombro de Mary Anne y susurró:

-No te aflijas.

Malhumorada, ella siguió a Beth y Danny Coombs, con las manos metidas en las bolsas.

-No quiero ir. Pero tengo que hacerlo.

-Sobrevivirás -afirmó Nitz. Sujetó la acolchada puerta roja, mientras Mary Anne salía a la banqueta. Los Coombs habían comenzado a subirse a un Ford estacionado-. Vamos a apurar a este tipo.

Se metió al asiento trasero del Ford y le ayudó a Mary Anne a seguirlo. La abrazó de manera reconfortante, metió una mano en la bolsa del saco y produjo el vaso de su trago.

-¿Listos? -preguntó Beth alegremente por encima del hombro.

-Vámonos -asintió Nitz, recostándose, y bostezó.

9

Cuando llegaron al departamento de los Coombs no había señal de Chad Lemming.

-Está en el baño -afirmó Beth-. Bañándose.

Escucharon el ruido del agua.

-Saldrá en unos minutos.

El departamento consistía en un solo cuarto enorme con un piano de cola en

un extremo, dos recámaras diminutas y una cocina del tamaño de un chícharo. El baño, que en ese momento contenía a Lemming, estaba ubicado del otro lado del pasillo; era un baño común que se compartía con la familia del piso de abajo. Las paredes del departamento estaban salpicadas de reproducciones, principalmente de Theotocopuli y Gauguin. El piso, salvo en las extremas orillas, estaba cubierto por un tapete verde grisáceo de fibras tejidas. Las cortinas eran de tela de costal.

-¿Es usted artista? -Mary Anne le preguntó a Beth.

-No, pero lo fui.

-¿Por qué dejó de serlo?

Beth echó una mirada a Coombs, entró a la cocina y empezó a preparar los tragos.

-Me interesó más la música -contestó-. ¿Qué quieren beber?

-Whisky con agua -indicó Nitz mientras recorría la habitación-. Si lo tiene.

-¿Y usted? -le preguntó a Mary Anne.

-Lo que sea está bien.

Salió con cuatro whiskys con agua; cada uno aceptó el suyo torpemente. Beth se había quitado el abrigo; apareció su figura, madura y desarrollada. Llevaba una camiseta y pantalones. Al verla, Mary Anne pensó en su propio pequeño busto. Se preguntó cuántos años tendría Beth.

-¿Cuántos años tiene usted? -preguntó.

Los ojos azules de Beth se abrieron mucho, consternados.

-¿Yo? Veintinueve.

Satisfecha, Mary Anne dejó el tema.

-¿Es suyo este piano?

Se acercó al piano de cola y tocó unas cuantas notas al azar. Era la primera vez que tocaba un piano de cola; su enorme negrura la llenó de admiración.

-¿Cuánto cuestan?

-Bueno -contestó Beth, algo divertida-, se llegan a pagar hasta ocho mil dólares por un Bösendorfer.

Mary Anne se preguntó qué sería un Bösendorfer, pero no dijo nada. Señalando su comprensión con la cabeza, se acercó a una de las reproducciones de la pared y la escudriñó. De súbito un remolino de movimiento surgió en el pasillo. Chad Lemming, tras terminar de bañarse, regresaba.

Lemming, un hombre joven y esbelto, atravesó corriendo la sala envuelto en una bata suelta de algodón y desapareció en la recámara.

-Saldré en un momento -revoloteó-. No me tardo.

Mary Anne pensó que hablaba como marica. Reanudó su observación del cuadro.

-Oye, Mary -dijo Nitz cerca de ella. Beth y Danny Coombs siguieron a Lemming a la recámara para discutir detalladamente lo que cantaría-. Deja de torturarte. No vale la pena.

Al principio no entendió a qué se refería.

-Carleton Tweany -declaró- es pura pose presumida. Has estado en su casa; has visto sus frascos de pomada para el pelo y sus camisas de seda. Y sus corbatas. Esas corbatas.

Con la voz muy delgada Mary Anne replicó:

-Le tienes envidia porque él es grande y tú eres un hombre chiquito.

-No soy un hombre chiquito y estoy diciéndote la verdad. Él es estúpido, es presumido, es un farsante.

Mary Anne no supo qué decir.

-No lo entiendes.

-¿Por qué? ¿Porque no me he acostado con él? He hecho todo lo demás; he estado cerca de su alma.

-¿Cómo?

-Al acompañarlo en «Many Brave Hearts», así.

Titubeante, Mary Anne afirmó:

-Es un gran cantante. No, tú no piensas lo mismo.

Meneó la cabeza.

-Olvidémoslo.

-Mary Anne -continuó Nitz-, eres una persona muy dulce. ¿Te das cuenta de ello?

-Gracias.

-Piensa en tu amigo, ese muchacho que te sirve de chofer. Dave no sé qué.

-Dave Gordon.

-Moldéalo de alguna manera útil. Básicamente es sólido, sólo que muy joven.

-Es un tonto.

-Te has adelantado muchísimo a tus compañeros... es uno de tus problemas. Eres demasiado grande para ellos. Y eres tan joven que da lástima.

Lo miró con ira.

-No me interesan tus opiniones.

-Nadie puede decirte nada.

Le alborotó el pelo y ella se quitó bruscamente.

-Eres demasiado lista para Tweany. Y eres demasiado buena para todos nosotros. Me pregunto quién te atrapará al final... yo no, me imagino. No parece muy probable. Terminarás con algún burro, algún fuerte pilar de respetabilidad burguesa a quien puedas admirar y te inspire fe. ¿Por qué no eres capas de tener fe en ti misma?

-Cállate, Paul. Por favor.

-¿Me escuchas siquiera?

-Te oigo; no grites.

-Escuchas sólo con las orejas. Ni siquiera me ves parado aquí ¿verdad?

Confundido, Nitz se frotó la frente.

-Olvídalo, Mary. Me siento cansado y mal y no tiene sentido lo que digo.

Beth se abalanzó hacia ellos, los ojos radiantes y emocionada; le brincaban los pechos.

-¡Chad va a cantar! ¡Cállense todos y escuchen!

El joven apareció. Su pelo exhibía un corte militar; llevaba anteojos con armazón de carey y una corbata de moño estaba suspendida debajo de su sobresaliente nuez de Adán. Con una gran sonrisa para los presentes, tomó su guitarra e inició su monólogo y canción.

-Bueno, señores -anunció alegremente-, supongo que hace cierto tiempo leyeron en el periódico que el presidente pretende equilibrar el presupuesto. Bueno, a continuación les presentaré una cancioncita al respecto que pienso podría ser de su agrado.

Tras unos cuantos rasgueos en la guitarra empezó.

Escuchándolo distraída, Mary Anne se paseó por el cuarto examinando las reproducciones y los muebles. La canción, de una manera viva y metálica, llenó todo con su brillo, se derramó sobre los oídos de todos. Unas cuantas frases llegaron hasta ella pero se le perdió el sentido general de la letra. No le importaba en realidad; no le interesaban el congreso y los impuestos. Nunca había conocido

a nadie como Chad Lemming y la impresión que causó en ella se vio opacada frente a su mente cerrada... tenía sus propios problemas.

La siguiente balada se produjo casi sin pausa. Ahora hablaba acerca de las pensiones para los ancianos. Le siguió una animada cantinela acerca del FBI, luego una acerca de la genética, finalmente una copla comprometida y juguetona acerca de la bomba de hidrógeno.

«...Y si Mao Tse-tung causa dificultades
veremos que del mundo sólo queden escombros...».

Irritada, se preguntó a quién le importaba Mao Tse-tung. ¿Y él qué? ¿No era el líder de la China comunista?

«...dormiré entre las ruinas
mientras se prepare el desarme...».

Cerró los oídos ante el escándalo y salió totalmente de la sala a una de las oscuras recámaras. Se sentó en la orilla de la cama -la cama de Beth, según parecía- y se dispuso a soportar el resto de la rutina de Lemming. El título de la canción, anunciado con grandes complicaciones y bombos y platillos, aún retumbaba en su cabeza.

«Lo que este país necesita es una buena bomba de hidrógeno de cinco centavos».

No tenía sentido. No tenía significado. Su mente volvió, en cambio, a los pensamientos anteriores. A la fuerte y oscura presencia de Carleton Tweany; y, en la penumbra detrás de ella, los recuerdos del incidente en la discoteca, del anciano robusto con su traje asargado. Primero las zancadas con su bastón de plata... luego la presión de sus dedos al tomarla del brazo.

Gradualmente se percató de que el canto había terminado. Con cierto sentido de culpa se puso de pie y regresó a la sala. Beth había desaparecido en la cocina para preparar más tragos. Danny Coombs estaba enfurruñado en un rincón, lo cual dejaba juntos a Nitz y a Lemming.

-¿Quién escribe tu material? -preguntaba Nitz.

-Yo -contestó Lemming tímidamente. Ahora que ya no estaba sumido en su presentación, tenía el aspecto de un dócil universitario del primer semestre, con su saco *sport* y pantalones. Puso la guitarra a un lado, se quitó los lentes y los pulió en la manga-. Traté de trabajar escribiendo chistes en Los Angeles, pero no tuve éxito. Dijeron que lo mío no tiene valor comercial. Al parecer era demasiado mordaz.

-¿Cuántos años tienes?

-Veintisiete.

-¿Tantos? No lo aparentas.

Lemming se rió.

-Me gradué del Tecnológico de California en 1948, en química. Por un tiempo trabajé en el proyecto...

Explicó:

-El laboratorio de radiaciones. Aún podría trabajar ahí, supongo. No me quitaron la habilitación. Pero prefiero mantenerme en movimiento... supongo que nunca terminé de crecer.

-¿Hay lana en esto? -preguntó Nitz.

-No que yo sepa.

-¿Puedes vivir de ello?

-Tal vez -repuso Lemming-. Eso espero.

Nitz estaba confundido.

-Un tipo como tú... tienes una carrera, podrías trabajar en un gran proyecto de investigación. Pero prefieres andar de vago con esto. ¿Lo disfrutas? ¿Vale tanto para ti en cuanto a satisfacción personal?

-Estos son tiempos difíciles -murmuró Lemming, y Mary Anne perdió el resto de las palabras así como las ideas. Su conversación, como sus canciones, no tenía sentido. No obstante, Nitz insistía, le hacía preguntas, le sacaba las respuestas enterradas. Su interés era un enigma para ella... se rindió y prefirió pasar a otra cosa.

-No nos dijo cómo se llama -afirmó Beth, acercándose a ella con un nuevo trago.

Mary Anne lo rechazó. No le agradaba la mujer, y por buenas razones. Sin embargo, sentía un respeto infeliz: Beth había cazado directamente a Tweany, y su evidente maestría dejó a la muchacha en el papel de una lejana participante.

-¿Qué le pasa a él? -preguntó, refiriéndose a Lemming-. Nada, probablemente. Pero es tan... bobo. Quizá sea yo. No encajo aquí.

-No se vaya -pidió Beth, condescendiente.

-Daría lo mismo. ¿Hace cuánto que conoce a Schilling?

-Cinco o seis años.

-¿Cómo es él?

Quería averiguarlo, y Beth evidentemente lo sabía.

-Eso depende -contestó Beth-. Nos divertimos mucho juntos. Hace años, cuando usted tenía...

Midió a la muchacha con la mirada hasta que Mary Anne se ofendió.

-Oh, unos catorce años.

-Ha de tener dinero para poder poner esa tienda.

-Sí. Joe tiene dinero. No mucho, pero lo suficiente para lo que él quiere.

-¿Qué es lo que quiere?

-Joe es un hombre que piensa mucho. Es también un hombre solitario. Pese a todo...

Esbozó una sonrisa fija.

-Siento el más alto respeto por su gusto e intelecto. Es muy educado; es encantador, de una manera anticuada. Es un caballero... al menos la mayor parte del tiempo. Sabe mucho sobre el negocio de la música.

-¿Entonces por qué no está de director en una gran compañía de discos, como RCA?

-¿No ha conocido nunca a un coleccionista de discos?

-No -admitió Mary Anne.

-Joe está donde siempre quiso estar: por fin tiene una tiendita propia donde le sobra tiempo para hablar sobre discos, tocar los discos, vivir los discos.

-¿Se quedará aquí, entonces?

-Por supuesto. Esto es lo que ha buscado desde hace años: una ciudad apacible, fuera de los centros principales, donde pueda establecerse. Se está haciendo viejo; quiere retirarse a alguna parte. Antes se colocaba siempre en el centro de la acción, acudía a las fiestas, los conciertos, las reuniones sociales, viajaba aquí y allá. Supongo que ha terminado con eso... no lo sé. Siempre ha sentido una necesidad muy grande de estar con la gente; nunca le ha gustado la soledad. No es una persona solitaria por naturaleza. Le gusta conversar y compartir sus experiencias. Por eso sigue buscando nuevas cosas... no está

contento nunca.

-Suena maravilloso -declaró Mary Anne cáusticamente.

-No parece convencida.

-Casi entré a trabajar con él.

-En muchas formas -afirmó Beth- se nos hace difícil juzgar a Joe Schilling. Antes creí que era... bueno, despiadado.

-¿Y no lo es?

-Sus necesidades son muy fuertes. Le llega a una con un gran impacto.

-No contestó mi pregunta.

-No veo por qué debiera hacerlo. Quizá en otra ocasión.

-¿Cambiaría de opinión si le dijera que efectivamente sucedió algo en la tienda?

-Sé que algo pasó. Y puedo imaginarme qué fue. Recuerde que usted y yo somos de la misma edad... tenemos problemas semejantes. Experiencias semejantes.

-Usted tiene veintinueve años -reflexionó Mary Anne-. Yo tengo veinte. Me lleva nueve años.

Dolida, Beth repuso:

-Pero para todo propósito práctico estamos en lo mismo.

Mary Anne sometió a la mujer a un examen sereno y despiadado.

-¿Me ayudaría a escoger un sostén algún día? No quiero verme tan delgada. Quisiera tener un buen busto, como el suyo.

-Pobre niña -contestó Beth. Meneó la cabeza-. Simplemente no sabe de qué se trata todo esto.

-Me gustaría muchísimo -estaba diciendo Lemming con entusiasmo-. ¿Aquí, quieres decir?

-No -replicó Nitz-, tendríamos que ir allá. Lo han arreglado así las fuerzas superiores.

Miró su reloj.

-Probablemente ya esté en casa.

-He oído mucho acerca de él -indicó Lemming.

Saliendo de su letargo, Coombs protestó:

-El sentido se me escapa. ¿A qué vamos allá?

-No seas un aguafiestas -replicó Beth.

-Yo no quiero verlo. Nadie aquí quiere verlo. Sólo tú.

-Me interesaría -afirmó Lemming-. Pudiera servirme profesionalmente.

-Son casi las dos de la madrugada -declaró Coombs-. Ya estoy para acostarme.

-Sólo por un rato -insistió Beth, implacable-. Ve por tu cámara; pórtate bien ya. Le dijimos que iríamos; nos lo pidió.

Coombs emitió una risita burlona.

-¿Nos lo pidió?

Ubicó su cámara y se acomodó la correa.

-Quieres decir que tú se lo pediste. Lo mismo de siempre... sólo que éste es el primero tocado por la brocha del alquitrán. ¿Qué te pasa? ¿Ya te cansaste de...?

-Cállate -ordenó Beth, apartándose de él-. Iremos; dijimos que iríamos. Deja de portarte como un neurótico.

-Te lo advierto -afirmó Coombs-. Si vamos allá, no quiero nada raro. Pórtate bien.

-¡Dios mío! -exclamó Beth.

-Lo digo en serio.

-Claro, lo dices en serio -repitió Beth-. Siempre lo dices en serio. Vamos -les indicó a Nitz y a Mary Anne-. No tiene caso quedarnos aquí.

Le señaló a Lemming la puerta.

-Así está bien, Chad. Tú ábrela.

Resignada, Mary Anne comenzó a buscar su abrigo.

-Les mostraré el camino -musitó.

-Vaya, qué amable -comentó Beth con una sonrisa prolongada-. Qué amable es, querida.

10

La casa de Tweany, cuando llegaron, mostraba sólo un débil brillo azul en el piso superior.

-Está en la cocina -afirmó Mary Anne mientras abría la portezuela del coche. Los otros la siguieron y al cabo de un momento estaban subiendo por los largos tramos de la escalera.

Los suaves golpes de Mary Anne sobre la puerta no produjeron una respuesta inmediata. Finalmente, abrió la puerta y entró. Al fondo del pasillo había una débil insinuación de luz. El sonido de unos movimientos llegó hasta ellos; Mary Anne se precipitó en esa dirección y apareció, sin aliento, en la cocina de Tweany, de techo muy alto.

Tweany, quien aún llevaba su camisa rosada y la corbata pintada a mano, estaba sentado a la mesa comiendo un sándwich de sardinas y tomando de una botella de cerveza Rheingold. Frente a él, desdoblado en medio de la comida esparcida sobre la mesa, había un ejemplar sucio de *Esquire*, que estaba leyendo.

-Ya venimos -anunció Mary Anne y el corazón le dolió al verlo ahí, grande y sólido, las mangas subidas, los brazos gruesos, pesados y potentes-. Trajimos a como se llame.

Nitz apareció en la puerta.

-Prepárate para el ataque -advirtió y volvió a desaparecer en el pasillo. Los demás, Beth, Lemming y Coombs, lo siguieron a la desordenada sala y dejaron solos a Mary Anne y a Tweany.

-No sirve para nada -declaró Mary Anne lealmente-. Lo único que hace es hablar.

Una expresión de plácida superioridad se extendió sobre las facciones del hombre. Se encogió de hombros y reanudó la lectura.

-Sírvete. Ya sabes dónde está el refrigerador.

-No tengo hambre -repuso Mary Anne-. Tweany...

Radiante, Chad Lemming entró a la cocina con su guitarra.

-Señor Tweany, hace mucho tiempo que he querido conocerlo. He oído mucho acerca de su estilo.

Sin conmoverse con los halagos del joven, Tweany alzó la mirada lentamente.

-¿Usted es Chad Lemming?

Apenado, Lemming acarició su guitarra.

-Hago una especie de monólogo político.

Tweany lo escudriñó. Lemming, quien aún sonreía apenado, empezó a hablar y entonces cambió de opinión. Unos graznidos quejumbrosos surgieron de su guitarra, como si se le estuviera escapando.

-Adelante -animó Tweany.

-¿Señor?

Tweany señaló la guitarra con un movimiento de la cabeza.

-Adelante. Lo escucho.

Totalmente turbado, Chad Lemming empezó a contar las historias y a cantar las baladas que había presentado en el departamento de los Coombs.

-Bueno -empezó con voz ronca e insegura-, me imagino que el otro día habrá leído en el periódico acerca de que el presidente Eisenhower reducirá los impuestos. Eso me puso a pensar un poco.

Tartamudeando, con voz débil, empezó a cantar.

Tweany, después de observarlo un momento, imperceptiblemente volvió otra vez a la lectura. No hubo ningún instante en particular en que lo hizo; el cambio fue tan gradual que Mary Anne no se percató de él. De repente ahí estaba Tweany, comiendo su sándwich de sardinas y estudiando un artículo sobre el béisbol de las grandes ligas.

Los otros llenaron el marco de la puerta, escuchando, y se asomaron a la cocina. Lemming, con un estremecimiento de resignación, consciente de su fracaso, presentó una última pieza estridente acerca de una biblioteca que había quemado todos sus libros o que nunca los había tenido; Mary Anne no estaba segura de cómo fue. Deseaba que terminara; deseaba que se fuera. Estaba haciendo el ridículo y le produjo una tensión casi febril. Para cuando terminó tenía ganas de gritar a voz en cuello.

El silencio que siguió a la presentación de Lemming fue total. En el fregadero, el goteo monótono de una llave defectuosa intensificó la sensación de futilidad suspendida sobre el cuarto. Finalmente, con un gruñido, Coombs se despejó el camino a codazos para entrar con la cámara y el flash.

-¿Qué es eso? -preguntó Tweany con cierto interés.

-Quiero sacar unas fotografías.

-¿De qué?

La voz de Tweany adquirió un matiz formal.

-¿De mí y el señor Lemming?

-Así es -afirmó Coombs-. Chad, colócate junto a él. Tweany, o como sea que se llame, póngase de pie para que los dos salgan en la fotografía.

-Lo siento, pero no puedo complacerlo -contestó Tweany-. Mi agente no me permite posar para tomas publicitarias sin su autorización.

-¿Qué agente es ése? -demandó Nitz.

Hubo una pausa incómoda, mientras Tweany seguía comiendo y Chad Lemming permanecía, desdichado, junto a la mesa.

-Olvídalo -le indicó Beth a su esposo-. Haz lo que dice el señor Tweany.

Coombs, con la mirada fija en Tweany, obedeció al instante. Acomodó la tapa del lente sobre la cámara, volvió la espalda y salió.

-Al diablo con esto -dijo y musitó unas palabras que nadie alcanzó a oír.

Colgándose su guitarra, Lemming salió del cuarto. Al poco tiempo escucharon unos sonidos tristes lejanos; estaba acurrucado en la sala tocando solo.

-Tweany -exclamó Mary Anne, exasperada-. Debería darte pena.

Tweany alzó una ceja, se encogió de hombros y terminó el resto del sándwich. Se sacudió las migajas del pantalón, se puso de pie y se acercó al fregadero para lavarse las manos.

-¿Qué gustan tomar? ¿Cerveza? ¿Escocés?

Aceptaron el whisky escocés y, con los tragos en las manos, se unieron a Lemming en la sala. El joven no alzó la mirada; absorto en su música, seguía agazapado sobre la guitarra.

-Tocas bastante bien -afirmó Nitz compasivamente.

Lemming musitó agradecido:

-Gracias.

-Quizá debieras concentrarte en eso -señaló Beth después de digerir lo dicho por Tweany-. Tal vez la guitarra sola sería mejor.

-A mí me gusta mucho más -declaró Mary Anne-. No me pasa todo el monólogo.

En un dilema, Lemming protestó:

-Pero si de eso se trata precisamente.

-Olvídalo -aconsejó Beth. Al dar vueltas a la desordenada sala encontró el piano. Del tamaño de una espineta, estaba escondido debajo de montones de revistas y ropa-. ¿Sabe tocarlo? -le preguntó a Tweany.

-No. A veces Paul me acompaña. Para ensayar.

-No a menudo -afirmó Nitz mientras limpiaba el polvo del teclado con un pañuelo. Tocó un acorde, lo disminuyó en forma experta y perdió el interés-. Te va a costar trabajo sacarlo de aquí -comentó.

Al instante Mary Anne exclamó:

-Tweany no va a ninguna parte.

-Lo subimos con cuerdas -aclaró Tweany-. Y podemos bajarlo de la misma manera. Por la ventana de la cocina, si es necesario.

-¿Adónde vas? -inquirió Mary Anne, presa de pánico.

-A ninguna parte -contestó Tweany.

-Díselo -instó Nitz.

-No hay nada qué decir. Es sólo una... idea.

-Tweany está haciendo planes para su gran éxito -explicó Nitz a la muchacha petrificada-. Se irá a Los Angeles. Recibió una oferta de Heimy Feld, el tipo que dirige esos conciertos. Hará una gira de prueba por algunos lugares del circuito de Heimy.

-No se mencionó la palabra «prueba» -corrigió Tweany. Sentándose al piano, Beth empezó a tocar la escala de sol menor. Una pequeña isla de sonido nació alrededor de ella.

-Tweany -dijo Beth, sacudiendo la cabellera-, antes escribía canciones. ¿Lo sabía?

-No -replicó Tweany.

-Trajo una -afirmó Coombs amargamente-. Va a sacarla y pedirle que la cante.

Al escuchar eso, Tweany se infló hasta quedar más grande aún que de costumbre. Proyectaba un nimbo de azul acero: una arrogancia suprema.

-Bueno -admitió-. Siempre me interesa el material nuevo.

Nitz eructó.

Mientras las partituras surgían del gigantesco bolso de Beth, Mary Anne le reclamó a Nitz:

-Debiste habérmelo dicho.

-Esperé.

-¿Por qué?

No lo entendía.

-Esperé que él estuviera aquí. Para que pudiera responder.

-Pero -repuso ella desamparada- no respondió.

Se sentía inundada por lo que estaba sucediendo; su realidad se esparcía y era incapaz de sostenerla.

-No respondió nada.

-A eso me refiero -declaró Nitz. Su voz se debilitó cuando Beth comenzó a tocar. Tweany, de pie junto a ella, se inclinó para descifrar las palabras. Ya había entrado en un estado de concentración rígida; para él, la música era un asunto serio. Cualquiera que fuese la bagatela producida por Beth, recibiría toda su

atención. Mostraba una gracia innata que Mary Anne no podía olvidar ni pasar por alto; la fe en lo que hacía agregaba mucho al estilo del hombre.

-Esta canción -indicó Tweany- se llama «Donde nos sentamos»; y cuenta la historia de una mujer joven que recorre el campo en el otoño, para recordar y visitar los sitios en los que estuvieron ella y su amante, ahora muerto en tierras extrañas. Es una canción sencilla.

Respirando profundamente y con significación, entonó la canción sencilla.

-Normalmente no hace eso -murmuró Nitz mientras la canción terminaba. Beth empezó a ondear arpegios y Tweany meditó acerca del enigma de la existencia-. Es difícil persuadirlo de hacer las cosas a primera vista... le gusta ensayarlas una vez.

Beth le decía al hombre a su lado:

-Lo sintió, ¿verdad?

Las notas que estaba tocando adquirieron mayor volumen y emoción.

-Sintió lo que quise decir con eso.

-Sí -afirmó Tweany, los ojos entrecerrados, meciéndose con la música.

-Y lo comunicó. Le dio realidad.

-Fue una bella canción -afirmó Tweany, sumido en un trance.

-Sí -musitó Beth-, adquiere belleza. Una belleza casi aterradora.

-«White Christmas» -declaró Nitz-, con eso te acabas. Estás perdido.

Por un brevísimo instante Tweany luchó por dominarse, pero las emociones se apoderaron de él y se apartó del piano.

-Paul -indicó-, una crueldad impensada puede causar mucho daño.

-Sólo a un alma sensible -le recordó Nitz.

-Ésta es mi casa. Eres un invitado en mi casa, gracias a mi hospitalidad.

-Sólo en el último piso.

Nitz estaba pálido y tenso; ya no bromeaba.

El silencio tirante se intensificó hasta que Mary Anne por fin se acercó a Tweany y dijo:

-Todos deberíamos de irnos.

-No -contestó Tweany mientras volvía su afabilidad.

-Paul -pidió Mary Anne a Nitz-, vámonos de aquí.

-Lo que tú quieras -replicó Nitz.

En el piano, Beth tocó una serie de escalas.

-¿No quieren esperarnos? Podemos darles un aventón.

-Me refería -explicó Mary Anne, aunque se daba cuenta de que no tenía caso- a que *todos* nos fuéramos. Los cinco, juntos.

-Eso estaría bien -accedió Beth-. Caray, no puedo imaginarme nada mejor.

No realizó el menor movimiento para ponerse de pie y continuó tocando. En el rincón, las piernas encogidas debajo del cuerpo, Chad Lemming tocaba tristemente la guitarra, olvidado por el resto del grupo. Los sonidos que producía, ahogados por el poderoso piano, se disolvieron y se perdieron.

-No conseguirá que se vaya -le indicó Danny Coombs a Mary Anne en un arrebato de excitación-. Ya se plantó; está firme.

-Cállate, Danny -replicó Beth, de buen humor, e inició una progresión que desembocó en una balada de Fauré-. Escuche esto -le dijo a Tweany-. ¿Lo había escuchado antes? Es una de mis piezas preferidas.

-Nunca la había oído -contestó Tweany-. ¿Es de usted?

Beth creó una gran lluvia de chispas musicales: un preludio de Chopin, seguido al instante por la introducción de la sonata en si bemol de Liszt. Tweany, atrapado por el viento que rugía a su alrededor, se mantuvo firme y sobrevivió,

incluso logró sonreír al terminar la pieza.

-Me encanta la buena música -declaró y Mary Anne, avergonzada, apartó los ojos-. Quisiera tener más tiempo para ella.

-¿Conoce el «Erlkönig» de Schubert? -preguntó Beth y siguió tocando furiosamente-. Usted podría interpretarlo maravillosamente.

Coombs alzó la cámara y les sacó una fotografía a los dos en el piano. Tweany ni siquiera pareció darse cuenta; siguió inhalando la música, con los ojos cerrados, las manos entrelazadas delante del cuerpo. Riéndose, Coombs arrojó el foco gastado al piso y acomodó uno nuevo que sacó de una bolsa de cuero que llevaba en la cintura.

-Dios mío -le señaló a Nitz-, nos ha abandonado por completo.

-Suele hacerlo -explicó Nitz junto a Mary Anne, con una mano sobre su hombro. El gesto amistoso la hizo sentirse un poco mejor, pero no mucho-. Me temo que es su carácter.

De repente Beth saltó del piano. Extasiada, asió la mano de Lemming y lo obligó a ponerse de pie.

-Tú también -le gritó al asombrado oído-. Todos juntos; ¡vengan!

Agradecido porque se dieran cuenta de él, Lemming empezó a tocar desenfrenadamente. Beth se abalanzó otra vez al piano y tocó los primeros acordes de una «Polonesa» de Chopin. Lemming, en un arrebato, bailó alrededor del cuarto; arrojó su guitarra sobre el sofá, brincó al aire, golpeó en el techo con las palmas de las manos, descendió, atrapó a Mary Anne y le dio la vuelta. En el piano, meciéndose de un lado al otro, Tweany vociferaba las letras:

-...hasta el *fin* de los tiempos...

Afligida y avergonzada, Mary Anne se libró del abrazo de Lemming. Recobró la seguridad del rincón y volvió a colocarse junto a Paul Nitz, tratando de dominarse; alisó su abrigo.

-Están locos -afirmó Nitz-. Brincaron a otra dimensión.

Riéndose, Coombs avanzó cautelosamente con su cámara y tomó una fotografía furtiva del rostro de Beth, contraído por la emoción. El foco muerto desapareció debajo del pie de Tweany; Coombs siguió, pasó al negro y se acercó al lugar donde Lemming saltaba en su baile. Otro destello de luz los deslumbró a todos; cuando Mary Anne hubo recuperado la vista vio a Coombs trepándose en el piano para retratar al grupo desde arriba.

-Dios mío -exclamó, temblorosa-. Algo le pasa a ese hombre.

Nitz, reservado y amargado, replicó:

-Esto está mal, Mary. Debería llevarte a tu casa. No lo mereces.

-No -afirmó-, no me voy.

-¿Por qué no? ¿Qué es lo que quieres aquí?

Su cuerpo flaco tembló; asqueado, bajó la cabeza.

-¿A él todavía?

-No tiene la culpa.

-Nunca te das por vencida, ¿verdad?

La voz de Nitz se quebró y tragó saliva con esfuerzos.

-No soporto más estos brincos; me voy.

-No te vayas -repuso Mary Anne rápidamente-. Por favor, Paul, no te vayas.

-Dios mío -imploró Nitz-, me siento mal.

Le dio su vaso y, agachado, salió trabajosamente del cuarto y se fue por el pasillo. Coombs, como una especie de araña huesuda, regocijado, le sacó una fotografía al pasar.

-¡Mírenme! -vociferó Lemming y agitó los brazos; estaba jadeando-. ¿Qué soy?

¡Díganme qué soy!

Beth empezó a tocar «Pobre mariposa».

-¡No! -gritó Lemming-. ¡Estás equivocada!

Se arrojó al piso y desapareció debajo del piano; sólo sus piernas, espasmódicamente contraídas, estaban visibles.

-¿Qué soy *ahora*?

Coombs saliendo del rincón se puso en cuclillas y le sacó una fotografía. Con los ojos en blanco Coombs extraía los focos gastados de su cámara y a tientas sacaba los nuevos de la bolsa. Su piel había pasado de blanca a un rojo manchado; su pelo, desgreñado y brilloso, se le pegaba a las sienes.

Sintiendo náuseas también Mary Anne se refugió en la cocina; se tapó los oídos con las manos en un intento para excluir el ruido. No obstante, rezumaba a través de las paredes y el piso; transmitido en forma de vibraciones, martillaba a su alrededor. Escuchó vomitar a Nitz en el baño, con un ruido de desgarre, como si se le estuviera partiendo el cuerpo.

«Pobre Nitz», pensó. Se destapó los oídos para escuchar su sufrimiento y se preguntó qué podría hacer. Nada, al parecer. Y sufría también por ella. A sus espaldas, en la sala, el delirio continuaba; Lemming apareció en el marco de la puerta, el rostro inundado de alegría, estiró los brazos hacia ella y desapareció. El ruido grave de Carleton Tweany no disminuyó en ningún momento; se alzaba y decaía, mas seguía contenido por el frenesí del viejo pianito.

Para ella el sonido del piano era un ruido amistoso y familiar, pero ahora sonaba mal. A veces, mientras esperaba sola en el departamento a que llegara Tweany -lo cual sucedía rara vez-, había tocado algunas débiles melodías, escuchadas en alguna rocola durante los años de su infancia. Ahora, el escándalo del piano era gigantesco; tocado por profesionales, el estrépito subió de volumen hasta que las tazas y los platos de la alacena arriba de ella empezaron a vibrar.

En ese momento estaban tocando «John Henry». Tweany seguía una rutina; de pie golpeaba el piano con las manos, los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, sacudiendo el cuerpo en éxtasis. Coombs, colándose entre ellos, le sacó una fotografía a él y luego una a Lemming, que estaba inclinado sobre Beth, estirando los brazos alrededor de ella para ayudarle sobre las teclas del piano. Cuatro manos golpeaban... la enorme pasión sacudía la casa.

-¡Arriba!

La voz de Coombs sonó en sus oídos. Sobresaltada, Mary Anne abrió los ojos para descubrirlo observándola desde la puerta; estaba tratando de tomarle una fotografía. Arrebató un plato del escurridor y lo arrojó contra él; el plato se estrelló contra la pared encima de su cabeza. Parpadeó, asombrado, y se fue.

Temblando, hundió el rostro entre las manos y respiró con dificultad. Deseó haberse ido antes; no debió quedarse. En la sala Lemming había jalado a Beth del piano; los dos saltaban por el cuarto, cantaban palabras sin sentido, incoherentes en su abandono de sí mismos. Para Tweany, continuaba «John Henry»; el piano se había callado, pero él seguía retumbando. La pareja dio vuelta tras vuelta; Beth se detuvo, se arrancó los zapatos, los echó a un lado y se precipitó a seguir. Mary Anne cerró los ojos y se apoyó, cansada, en el fregadero.

Ahí estaba, frotándose los ojos y tratando de aguantar, cuando escuchó un fuerte golpe en el baño.

Completamente despierta brincó hacia delante y se quedó al centro de la cocina, esforzándose por oír algo por encima del alboroto. No hubo más sonidos; el baño, al fondo del pasillo, estaba en silencio. El sobresalto de la intuición la hizo correr hacia la puerta cerrada, asir la perilla y sacudirla. La puerta de baño

estaba cerrada con llave.

-¡Paul! -gritó.

No hubo respuesta. Pegó en la puerta con la punta del pie el sonido le fue devuelto, pero aun así no salió nada del interior. Soltó la perilla, se volvió y corrió por el pasillo a la sala.

-Tweany, por amor de Dios -exclamó irritada, abrazándolo ahí, recostado y feliz, en el piano. Nadie le hizo caso. Coombs estaba cambiándole el rollo a la cámara, la cara vacía por la emoción; Lemming y Beth giraban en un remolino hacia el rincón, donde Lemming la apartó para recoger su guitarra.

Mientras golpeaba sobre el hombro indiferente de Tweany, Mary Anne vociferó:

-¡Algo le pasó a Paul Nitz! ¡Se ha matado!

Tweany se movió un poco bajo la presión de sus puños; ella lo agarró de la camisa y lo jaló.

-¡Tweany! -sollozó-. ¡Ayúdame!

Poco a poco, con extrema renuencia, Tweany despertó de su trance.

-¿Qué? -musitó, parpadeando para enfocar la vista-. ¿Dónde? ¿El baño?

Entonces ella corrió nuevamente por el pasillo; a su lado caminaba Tweany a zancadas, esforzándose por recuperar otra vez sus cinco sentidos. La puerta seguía cerrada con seguro. Mary Anne se apartó, mientras Tweany asía la perilla, le daba vuelta y empezaba a golpear en la puerta.

-Vamos, Nitz -vociferó, con la mejilla pegada contra la madera. No hubo respuesta.

-Está muerto -declaró Mary Anne.

-¡Dios mío! -murmuró Tweany y echó una rápida mirada a su alrededor. Se dirigió a la cocina y regresó con una llave.

La cerradura respondió y la puerta se abrió.

Estirado sobre el piso del baño vieron a Paul Nitz, pero no estaba muerto. Había perdido el conocimiento al golpearse la cabeza en el borde de la taza del baño. Ahí yacía, los ojos cerrados, los brazos extendidos, rodeado por un charco de vómito. Había estado sentado sobre la orilla de la tina mientras vomitaba a la taza; la porcelana blanca estaba aún manchada donde se había aferrado a ella.

Tweany se inclinó, levantó al hombre y examinó el golpe en su frente. Un hilo de saliva y jugos estomacales gotearon sobre el mentón de Nitz; se movió y gimió.

-Ve a la sala -indicó Tweany- y llama a un médico.

-Sí -asintió Mary Anne y corrió por el pasillo. Se detuvo a la entrada de la sala; ahí estaba el teléfono, colocado sobre la pequeña mesa de madera junto a la silla. Sin embargo, no fue capaz de entrar.

Beth se había entregado completamente al rapto del baile. Se había arrancado la ropa, arrojándola en un montón sobre el piso, para subir a alturas más elevadas sin ella. Desnuda y sudando, saltaba por el cuarto, voluminosa, pálida y reluciente; los senos moviéndose extremadamente, las caderas abultadas palpitaban de placer. Lemming estaba sentado sobre la alfombra, la guitarra sobre las piernas, los ojos pegados alegremente al instrumento, rasgueando una extraña cacofonía que serpenteaba y destellaba al compás de la orgía de la mujer.

Coombs, riendo aún, se arrastró detrás del cuerpo agitado de su esposa; le sacó una fotografía tras otra y los focos gastados volaron de su cámara. Ninguno de los tres se percató de la presencia de Mary Anne; cada uno estaba perdido en su propio mundo. Ella permaneció en la puerta, incapaz de entrar, incapaz de regresar, hasta que finalmente apareció Tweany a su lado para averiguar qué pasaba.

-¡Dios mío! -exclamó Tweany. Se detuvo detrás de la muchacha, impresionado

por lo que veía, y miró hasta que Coombs se percató de él e interrumpió su persecución cautelosa de los jamones de su esposa.

Una fea mancha rojiza cubrió las mejillas de Coombs. Entrecerró los ojos, se puso laboriosamente de pie, avanzó unos pasos tambaleantes hacia Tweany y afirmó con gruesa voz ronca:

-Maldito negro, ¿qué haces ahí? Negro... ¡largo de aquí!

Tweany no contestó.

El sonido de la guitarra de Lemming se desvaneció en el silencio. Lemming se volvió, meneó la cabeza, sacó los anteojos con armazón de carey de la bolsa, se los colocó y miró a su alrededor. Beth, que se serenaba lentamente, como algún aparato mecánico, se inmovilizó despacio, la boca abierta, el cuerpo tembloroso por la fatiga y el frío.

-¡Negro! -chilló Coombs y trató de interponerse entre Tweany y la sudada desnudez de su esposa-. ¡Largo! ¡Largo o te mato!

Todo los odios del hombre subieron a la superficie; se acercó vacilante a Tweany, lo miraba obcecado, caminando en círculo con pasos torpes y disparejos que primero lo acercaron y luego volvieron a alejarlo del negro.

-Esta es mi casa -refunfuñó Tweany. Recuperando la confianza en sí mismo; se irguió y declaró con voz casi severa-: No me hable de esa manera en mi casa. Hago lo que me plazca en ella.

Desde las escaleras exteriores se escuchó un golpeteo sordo; al mismo tiempo el zumbido de unas sirenas se fundió en un solo ruido borroso en la calle de abajo. Antes de que cualquiera pudiese moverse, unos fuertes golpes retumbaron sobre la puerta del departamento.

Mary Anne se precipitó por el pasillo a la puerta. Retiró el seguro; la puerta le dio en la cara y fue arrojada a un lado. Tres policías entraron y caminaron con estruendo por el pasillo a la sala, dejándola sola.

Sin vacilar se abalanzó a la oscuridad del balcón y descendió la escalera. Sujetando el barandal invisible llegó al piso y, medio cayéndose, medio rodando, se introdujo en el húmedo muro de arbustos que crecía a lo largo del sendero.

Arriba, en la oscuridad, se escuchó el barullo de voces. Aparecieron más policías, encendieron sus lámparas, musitaron órdenes. Al cabo de unos minutos -asombrosamente pocos- el primer grupo descendió pesadamente la escalera: Tweany y Beth Coombs. Les siguieron Danny Coombs y el tembloroso Chad Lemming. Los cuatro fueron introducidos en una patrulla; el coche cobró vida y salió disparado. Las luces parpadearon sobre uno que otro porche conforme aparecían los vecinos, sacados del sueño.

-¿Ésos fueron? -preguntó uno de los policías. Desde su patrulla se escuchó el murmullo amplificado de su radio; se acercó y se deslizó detrás del volante y habló con el operador de la policía en la estación.

Ya se iban. Uno por uno se reunieron los policías, intercambiaron algunas palabras y volvieron a meterse en sus coches. En la puerta abierta del piso de abajo del edificio se encontraba un hombre negro de actitud muy digna; observó con solemnidad el alejamiento de los policías. Uno se detuvo el tiempo suficiente para dirigirle algunas palabras; el negro inclinó la cabeza, satisfecho, y cerró su puerta.

Después de esperar un largo rato Mary Anne se movió. Temblaba de frío; la húmeda niebla nocturna se le había fijado en el pelo y unos trozos de grava le cortaron las palmas de las manos al salir gateando de entre los arbustos. Se había desgarrado el abrigo y tenía fragmentos de hojas incrustados en el pelo. Se estremeció al ponerse de pie, vaciló y luego empezó a subir la escalera hacia el

tercer piso.

La sala estaba completamente deshecha. Las luces, prendidas aún, la iluminaban, impotentes. Desde la puerta abierta entró una fría ráfaga de viento; Mary Anne cerró la puerta, le puso la llave y entró al departamento. La ropa de Beth se encontraba ahí donde la dejó caer; la habían apremiado a bajar la escalera cubierta con el abrigo de Tweany. Ahí, en el rincón, estaba la cámara de Coombs, con un foco gastado aún en su soporte. El piso estaba salpicado con focos rotos; aisladas gotas de sangre brillaban, esparcidas por los pies descalzos de Beth, cortados por los fragmentos de vidrio.

De manera automática, Mary Anne recogió la guitarra de Lemming y la apoyó en el rincón. Después se dirigió al baño y se asomó tímidamente.

Paul Nitz estaba sentado con la cabeza apoyada en un costado de la tina. Sin terminar de recobrar el sentido por completo, débilmente examinaba la hinchazón donde su cabeza había golpeado contra la taza. Al percatarse de su presencia parpadeó, esbozó una pequeña sonrisa y trató de ponerse de pie.

-No -exclamó Mary Anne, entró precipitadamente y se agachó junto a él-. Te ayudaré.

-No me encontraron -musitó Nitz-. Gracias, Mary. Estoy bien. Me sentí mal y perdí el conocimiento.

Sosteniéndolo, logró llevarlo del baño a la caótica sala. Ahí se desplomó sobre el sofá, lo hizo sentarse a su lado y se colocó su cabeza herida sobre las piernas. Por un rato Nitz se perdió en un estado semiconsciente; ella permaneció aferrada a sus hombros flojos, meciéndose, y fijó la mirada vacía delante de ella. Por fin Nitz se movió y se incorporó.

-Gracias -repitió débilmente-. Eres buena.

No dijo nada.

-No me encontraron -declaró Nitz orgullosamente-. Logré cerrar la puerta y no hice ningún ruido. No se dieron cuenta de que estaba ahí.

Mary Anne lo abrazó vanamente y apretó la cara contra su frente.

-Nadie más que nosotros -murmuró Nitz, desafiante-. Se los llevaron a todos. Todos se fueron. Sólo quedamos los dos ahora.

Afuera, en la oscuridad, un pájaro hizo unos ruidos lúgubres. Faltaba como una hora para el amanecer.

11

Daniel Coombs, en cuanto su esposa hubo abandonado el departamento, se puso el sombrero y el abrigo y salió. Era su primer día completo en libertad. Los cuatro fueron detenidos por alteración del orden público y por conducta escandalosa. Todos pasaron la noche en la cárcel, en celdas separadas.

Camino al centro, Daniel Coombs meditó sobre la falta de equilibrio en el universo. Su esposa tenía el sentido moral de un cerdo. Se acostaba con los hombres según se le presentaba la oportunidad; se había exhibido y luego abierto para Joseph Schilling, para un muchacho italiano que tenía una verdulería, a continuación para un alumno de música, para otro, y luego siguió un desfile confuso que había terminado con un negro llamado Carleton Tweany. No iba a permitir que eso siguiera.

Recordó la depravación de aquella noche y aceleró el paso. Para cuando hubo llegado al sector comercial de Pacific Park, ya casi iba corriendo.

Sobre una calle lateral del barrio pobre, entre los cafés, los billares y las

tabaquerías, había una armería. Coombs entró y se colocó junto al aparador con cubierta de cristal a esperar al dueño. Finalmente, se presentó un hombre calvo vestido con chaleco y pantalones a rayas muy finas.

-Sí, señor -inquirió, con el acento nasal de Nueva Inglaterra-. ¿En qué puedo servirle?

Coombs pasó una hora escogiendo el arma que quería. Fue una pistola de repetición oxidada, una Remington .32, que le costó más de lo que tenía calculado. Pasó otros 15 minutos regateando el precio. Por fin, una vez concluida la compra, salió de la armería.

A pie salió del barrio, atravesó la zona residencial y llegó hasta el campo abierto. Una escasa mezcla de árboles y arbustos se encontraba a unos kilómetros de la carretera; Coombs cruzó los campos en esa dirección. Al poco tiempo estaba caminando en la sombría penumbra, en busca de algo contra qué disparar, de algo con qué practicar. No había disparado un arma desde sus días en la Guardia Nacional.

Unos pájaros revolotearon arriba y disparó contra ellos al azar. No obtuvo ningún resultado, salvo el pánico del sobresalto y una lluvia de plumas desprendidas. Malhumorado, buscó aquí y allá, dando puntapiés a la húmeda maleza preguntándose si algún pájaro habría caído por ahí. Al parecer no. Ahora el bosque estaba silencioso. Desde la lejana carretera escuchó el silbido de las llantas y, ocasionalmente, el burbujeo del claxon de un camión.

Dos niños se acercaron con pasos ruidosos, seguidos por un perro ojeador. Coombs se escondió detrás de un montón de basura oxidada y enredaderas hasta que los niños hubieron pasado de largo. El perro olfateó y se detuvo a unos metros de él. Coombs levantó la pistola y disparó contra él. Una nube de humo gris salió del arma; los oídos le zumbaron del ruido y Coombs retrocedió entre las sombras.

Sobresaltados por el sonido, los dos niños empezaron a regresar cautelosamente. Uno de ellos, con voz baja y desconcertada, llamó una y otra vez al perro.

-¡Corky! ¡Corky!

El perro herido, no muerto aún, aulló desconsoladamente y trató de arrastrarse hacia la voz. Coombs estaba cargando el arma de nuevo cuando los niños irrumpieron en el claro y se acercaron a los restos de su mascota.

Mientras observaba a los niños tratar, infructuosamente, de levantar al animal, Coombs reflexionó sobre la futilidad de la vida. Finalmente, encontraron una tabla en estado de putrefacción y colocaron al perro sobre ella. Cada uno en un extremo, los niños laboriosamente cargaron la tabla y a su ocupante, sangrando, del claro hacia la carretera. Puesto que no tenía otra cosa qué hacer, Coombs los siguió.

En la orilla del bosque los niños, agotados, se detuvieron y bajaron la tabla al suelo. Mientras descansaban Coombs, obedeciendo a un impulso, se adelantó y preguntó:

-¿Qué les pasa? ¿Qué sucedió?

Con el rostro manchado de lágrimas, uno de los niños exclamó:

-¡Alguien le pegó un balazo a nuestro perro!

El otro no dijo nada; tenía los ojos fijos en la pistola en la mano de Coombs.

-Eso es terrible -afirmó Coombs. Otra vez debido a un impulso, por razones que él ignoraba, sacó un billete de diez dólares y se lo puso en la mano al primer niño-. Vayan a detener un coche -les indicó, aunque ninguno de ellos parecía capaz de oírlo-. Está con vida todavía; pueden llevarlo al veterinario.

Los dos niños, embarrados de sangre, lo observaron pasmados mientras se alejaba. A unos 400 metros -a través de una marisma abierta- se detuvo y alzó el arma; apuntó hacia las figuras inmóviles en la orilla del bosque y disparó. El estallido se disolvió en el aire matutino y Coombs siguió adelante.

A las diez había vuelto a Pacific Park. Su Ford estaba estacionado todavía en la calle Elm, frente a la gran casa sórdida en la que vivía Carleton Tweany. Coombs, con la pistola en el bolsillo, permaneció indeciso junto al coche; luego decidido, caminó hacia la escalera y empezó a subir.

No hubo ninguna respuesta cuando tocó la puerta. Se protegió los ojos contra el reflejo del cristal y miró al interior. Vio un pasillo y cuarto desordenados; había ropa esparcida por todas partes. Pero no se movía nada; no había ninguna señal de Tweany. Coombs intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Resignado, descendió la escalera, se subió al coche y se fue.

Al llegar a una gasolinera Standard bajó a segunda y subió al hormigón. Durante toda la semana había tenido la intención de hacerlo; la aparición de la gasolinera desencadenó una reacción suprarracional. Se bajó y preguntó al dependiente:

-¿Cuánto tardaría en hacerle el servicio? El último fue hacer por lo menos tres mil kilómetros.

El hombre reflexionó.

-Más o menos media hora.

-Perfecto -convino Coombs y metió la velocidad. Se dirigió hacia una lonchería contigua, pero después de ordenar descubrió que no tenía hambre. Sin tocar la sopa, pagó la cuenta y salió.

Le dio gusto ver que el Ford ya estaba arriba. Se acercó y críticamente observó a los hombres mientras metían grasa en la transmisión. Provocó una animada discusión acerca de la densidad del aceite para el motor y apasionadamente exigió, pese a sus consejos, aceite detergente para el cárter del cigüeñal, de 10/30. Melindroso, caminó de un lado a otro hasta recibir lo que quería. Los dependientes terminaron de engrasar el motor, bajaron el coche y le hicieron la nota.

A las once y media subió por la calle Elm y se estacionó a una cuadra de la casa de Tweany. Estaba lo suficientemente cerca para ver quién entraba y salía. Prendió el radio del coche en la estación de «buena música» de San Mateo y escuchó la tercera sinfonía de Brahms. De cuando en cuando alguien pasó por la banqueta, pero la mayor parte del tiempo no había ningún indicio de vida.

Las dudas lo asaltaron. Quizá Tweany hubiera regresado durante su ausencia.

Bajó del coche, mientras el arma botaba en su bolsillo, cruzó la calle y se acercó a la casa. Sin embargo, nuevamente no obtuvo respuesta alguna al llamar a la puerta. Satisfecho, regresó al coche y volvió a encender el radio. Estaban tocando la obertura *Carnaval romano*, de Berlioz. Se preguntó si habría una ópera llamada *Carnaval romano* o si sería una de *esas* oberturas. Schilling lo sabría. Schilling lo sabía todo, por lo menos acerca de la música. Fuera de eso no era muy listo; definitivamente era un pito barato. Durante una obertura de Berlioz, Coombs reflexionó sobre la posibilidad de darse una vuelta por la discoteca, pero cambió de opinión. Max Figuera andaría cerca. Como siempre, sería demasiado arriesgado.

Un poco después del mediodía, una figura se acercó presurosa por la banqueta, una muchacha de pelo castaño vestida con un abrigo de tela, arracadas y tacones. Era la amiga de Tweany, Mary Anne Reynolds.

Sin titubear la muchacha se desvió de la banqueta y subió corriendo las

escaleras de madera al departamento de Tweany. No se molestó en tocar; sacó una llave, abrió la puerta, desapareció en el interior y azotó la puerta detrás de ella. Durante un rato la calle guardó silencio. Después, una tras otra se abrieron las ventanas del departamento de Tweany. El ruido de mucha actividad se filtró hasta abajo. Por fin se escuchó el rugido de una aspiradora: la muchacha estaba limpiando el departamento.

Recostado en el calor del Ford, Coombs siguió esperando. El tiempo pasó, de manera tan uniforme que perdió el sentido de su paso y dormitó. En algún momento se gastó la batería del coche y el sonido del radio se desvaneció. Coombs no se inquietó. Permaneció inmóvil hasta las dos de la tarde, cuando sin ninguna advertencia Carleton Tweany apareció en el otro extremo de la cuadra, con un brazo alrededor del talle de una mujer. La mujer era Beth Coombs. Los dos, sin dejar de platicar, subieron la escalera y, como un par de avispas de lodo, se introdujeron al departamento. La puerta se cerró a sus espaldas.

Coombs dominó sus emociones y bajó del coche. Tenía una pierna dormida; tuvo que pisotear el pavimento para estimular la circulación. Entonces, con una mano metida en la bolsa del saco, empezó a correr hacia la casa de tres pisos.

12

Esa mañana, puesto que no tenía que presentarse en la compañía de teléfonos hasta las tres de la tarde, Mary Anne fue a la oficina administrativa del *«Leader»* de Pacific Park.

Rodeó el mostrador para informes y pasó directamente a las oficinas interiores.

-Hola, señor Gordon. ¿Puedo entrar a sentarme?

A Arnold Gordon le dio gusto ver a la que se imaginaba y esperaba que fuese la prometida de su hijo.

-Por supuesto que sí, Mary -contestó, se puso de pie y la guió a una silla-. ¿Cómo estás hoy?

-Muy bien. ¿Cómo está el negocio periodístico?

-Se expande con cada día que pasa. Bueno, ¿en qué puedo servirte?

-Puede darme un trabajo. Estoy harta de la compañía de teléfonos.

La petición no lo sorprendió. Seriamente, Arnold Gordon respondió:

-Mary, tú sabes cuánto me gustaría hacerlo.

-Claro -contestó Mary Anne al darse cuenta de que efectivamente era una causa perdida.

-Pero -prosiguió Arnold Gordon, y lo que decía era cierto- éste es un periódico de una localidad pequeña que opera con un presupuesto bajo. Tenemos 16 empleados, sin contar a los mensajeros. La mayoría son tipógrafos y obreros sindicalizados en el taller. No te refieres a esa clase de trabajo, ¿verdad?

-Está bien, me convenció.

Se puso de pie.

-Nos vemos luego, señor Gordon.

-¿Ya te vas?

Con un guiño, señaló:

-Cuando acabas con algo, verdaderamente acabas.

-Tengo mucho que hacer.

-¿Cómo les ha ido a ti y a David?

Se encogió de hombros.

-Igual que siempre. Salimos a bailar el jueves pasado.

-¿Ya pensaron en alguna fecha?

-No, y no la habrá si no recapacita.

-¿A qué te refieres?

-A la gasolinera. Podría haberse inscrito en algún curso por correspondencia. Si yo fuera hombre lo haría; no me la pasaría sin hacer nada, sólo vagando, esperando. Podría aprender administración de empresas. Podría aprender a reparar televisores, como lo anuncian en los comerciales.

-¿O a cultivar hongos gigantes en el sótano? No eres realmente una persona práctica, Mary. Pareces muy eficiente y realista, pero por debajo eres...

Buscó la palabra.

-Eres una idealista. Si hubieras nacido antes, habrías apoyado el New Deal.

Mary Anne se encaminó a la puerta.

-¿Puedo ir a comer algún domingo? Me harto de mi compañera de cuarto.

-Cuando quieras -contestó Arnold Gordon-. Mary...

-¿Qué?

-Creo que a pesar de nuestras diferencias tú y yo nos llevaremos bien.

Mary Anne desapareció y se quedó solo. Con una risita de bochorno, Arnold Gordon se sentó y prendió su pipa. Era una muchacha imponente. ¿Así serían todos ahora? Una generación de jóvenes extrañamente maduros, en algunas formas más maduros de lo que él podía aprobar. Bruscos, sin piedad, incapaces de hallar a alguien o algo que pudieran respetar... en busca de algo lo suficientemente real en qué creer: en busca de algo digno de su respeto. Y, se dio cuenta, no era posible engañarlos. Descubrían los fraudes.

Incómodo, comprendió la opinión que ella tendría de su forma de vivir. Trivialidades falsas y vacías, ceremonias sin contenido. Un mundo de modales huecos. Lo hacía sentirse lento y necio. Lo hacía sentir que de alguna manera había quedado corto, que en alguna misteriosa forma no había cumplido una condición en la vida. Lo hacía sentir vergüenza.

-¿Qué va a ordenar, señorita? -preguntó el muchacho de pelo rubio blanquecino en la ventanilla de Bobo's, al acercarse ella.

Pidió una hamburguesa y una malteada.

-Gracias -dijo al recibir lo pedido. Él la observó alejarse cuidadosamente de la ventana, sosteniendo la bolsa, la hamburguesa y el cartón con la malteada.

-¿Vas a la preparatoria de Pacific? -preguntó.

-Fui alguna vez.

-A eso me refiero. Creo que te vi ahí.

Como a un metro de la ventanilla, donde el gran letrero pintado con vivos colores arrojaba un cuadro de sombra, empezó a comer.

-Hace calor -comentó el muchacho.

-¿En serio?

Se alejó un poco más.

-¿Cuándo te graduaste?

-Hace muchos años.

-¿Cómo te llamas?

Con gran renuencia contestó.

-Mary Anne Reynolds.

-Creo que tuvimos alguna clase juntos.

Subió el volumen a un radio junto a él.

-Escucha esto.

Los sonidos de un jazz progresivo salieron a mezclarse con el ruido del tráfico.

-¿Lo reconoces?

-Naturalmente. «Sleep», de Earl Bostic.

-Eres buena.

Mary Anne suspiró.

-¿Qué te pasa? -preguntó el muchacho.

-Tengo úlceras.

-¿Tomas jugo de col?

-¿Para qué iba yo a tomar jugo de col?

-Sirve para curar las úlceras. Mi tío las ha tenido desde siempre y lo toma por litros. Hay que ir a una tienda naturista en San Francisco para conseguirlo.

«Sleep» terminó y fue sustituida por una nueva tonada, una pieza de Dixieland. Mary Anne apuró la malteada y arrojó el envase al cesto de alambre.

-¿Qué andas haciendo? -preguntó el muchacho y apoyó los brazos en la repisa de la ventanilla-. ¿Vas a trabajar?

-Hasta las tres.

-¿Dónde?

-En la compañía de teléfonos.

Deseó que dejara de fastidiarla; odiaba que la fastidiaran.

-Eso está lejos, del otro lado de la ciudad. ¿Cómo te vas a ir?

-¡Caminando!

El muchacho titubeó y su rostro adoptó una extraña expresión. Se aclaró la garganta y preguntó, con voz insegura:

-¿Quieres que te lleve en carro?

Mary Anne hizo un ademán despectivo.

-Olvídalo.

-Mi turno se acabará dentro de unos minutos. Tengo un Chevrolet efectivo, del 39; es de mi hermano, pero me deja usarlo. ¿Qué dices?

-Piérdete.

Le recordaba a Dave Gordon; todos eran iguales. Se limpió las manos con una servilleta de papel y repasó su apariencia en la ventana de cristal del puesto.

-¿Te vas? -preguntó el muchacho.

-Eres un brujo.

-¿Segura que no quieres que te lleve? Te llevaré a alguna parte, a donde tú quieras. ¿Quieres ir a San Francisco? Podríamos ver algún espectáculo y luego, quizá, ir a cenar.

-No, gracias.

Un anciano caballero de pelo cano se acercó a la ventanilla, llevando de la mano a una niña.

-Dos helados con galleta -pidió el anciano.

-¡De fresa! -vociferó la niña.

-No hay de fresa -indicó el muchacho-. Sólo de vainilla.

-De vainilla está muy bien.

El anciano sacó su cartera.

-¿Cuánto es de eso?

La niña, al ver a Mary Anne, dio unos esperanzados pasos para seguirla.

-Hola -saludó con vocecita aguda.

-Hola -contestó Mary Anne. No le molestaba hablar con los niños; ellos, al igual que los negros, no parecían querer dañarla. Podía simpatizar con ellos-. ¿Cómo te llamas?

-Joan.

-Dile a la señorita tu nombre completo -indicó el anciano caballero.

-Joan Louise Mosher.

-Qué bonito nombre -comentó Mary Anne. Se agachó, cuidándose las medias, y alargó la mano-. ¿Qué es lo que tienes ahí?

La niña examinó la camelia marchita que asía con una mano.

-Una flor.

-Es una camelia -afirmó el anciano.

-Qué dulce -repuso Mary Anne, incorporándose-. ¿Cuántos años tiene? -le preguntó al viejo caballero.

-Tres. Es mi bisnieta.

-Caray -exclamó Mary Anne, conmovida. La hizo pensar en su propio abuelo. La imagen de su maravillosa estatura... y ella detrás de él, corriendo para alcanzar sus enormes zancadas-. ¿Qué se siente tener una bisnieta?

-Bueno -empezó a decir el anciano, pero en ese momento le entregaron el helado y tuvo que ocuparse en quitar las envolturas y sacar el dinero.

-Adiós -dijo Mary Anne a la niña y le acarició la cabeza. Enseguida agitó la mano en señal de despedida y se encaminó hacia el barrio pobre y la calle Elm.

Como siempre, ubicó la casa por la andrajosa palmera que crecía en el jardín del frente. Sujetó fuertemente el barandal y subió la escalera. La puerta estaba cerrada con llave, por supuesto. Sacó la suya y entró.

No se movió nada. En la sala había una mesa de juegos cubierta de botellas de cerveza y ceniceros. Una silla, con una de las patas rota, estaba derrumbada y la levantó. Sobre el piano, entre la ropa y los periódicos, había un plato con las migajas de algún sándwich; algo pequeño desapareció velozmente cuando se acercó.

En la cocina los restos de una comida se secaban en la mesa. La corbata pintada a mano de un hombre estaba colocada sobre el respaldo de una silla y una camisa de pijama se encontraba en el piso junto a la mesa; la acompañaban un encendedor -de Tweany- y dos ganchos de alambre para la ropa. El fregadero estaba lleno de platos y bolsas llenas de basura desbordaban debajo de él.

Mary Anne se quitó el abrigo y se dirigió a la recámara. Las persianas estaban bajadas todavía y el cuarto oscuro, color ámbar, ligeramente húmedo por la presencia de las sábanas. Ahí, en la penumbra, empezó a quitarse la ropa desganadamente. Dobló la falda y la blusa sobre la cama, abrió el clóset y hurgó entre las telas con bolas de naftalina.

Pronto encontró lo que quería: unos pantalones de mezclilla de mujer y una gruesa camisa a cuadros que le llegó a las rodillas mientras la abotonaba. Calzada con mocasines caminó silenciosamente a las ventanas y subió las persianas. Hizo lo mismo en las otras habitaciones y subió, además, las ventanas que logró mover.

Primero, antes que nada, lavó los trastes. Luego fregó el escurridor de madera con estopa de acero y jabón. Los chorritos de mugre le gotearon de los brazos desnudos mientras trabajaba; se detuvo, retirándose el pelo de los ojos, descansó un momento y luego revisó las alacenas en busca de trapos. En el clóset encontró un montón de camisas limpias; las desgarró, llenó una cubeta con agua jabonosa y empezó a fregar el piso de la cocina.

Cuando hubo terminado, sacó una escoba y barrió las telarañas de las paredes y el techo. Partículas de tizne llovieron sobre el piso recién fregado; jadeante, se detuvo y examinó la situación. Por supuesto debió haber limpiado primero el techo, pero ya era demasiado tarde.

Juntó la basura y bajó al patio de atrás. El bote estaba lleno; amontonó la suya

encima y emprendió el regreso. Había latas y botellas por todas partes; entre las malas hierbas debajo de sus pies estalló un foco y esparció fragmentos de vidrio a su alrededor. Fatigada, subió la escalera, contenta de haber salido de las hierbas, del tamaño de arbustos; no había manera de saber qué vivía entre las tablas mojadas y los desperdicios.

Empezó a sacar la decrépita aspiradora. Nubes de polvo brotaron de ella cuando la prendió; desdobló unos periódicos y encontró el seguro que servía para abrirla. Un inmenso globo de polvo voló hacia su cara y, contrariada, se echó hacia atrás. Era demasiado, simplemente, no valía la pena.

Con la vista borrosa por la fatiga, revisó lo que había logrado. Casi nada. ¿Cómo iba a arreglar la corrupción de muchos años? Era demasiado tarde, y había sido demasiado tarde desde el comienzo de su vida.

Se rindió, forzó la aspiradora hasta que se cerró y la llevó otra vez a su lugar en el clóset.

Al diablo con el chiquero de Tweany. Al diablo, pensó, con Tweany. Que limpiara su propio desorden. Entró a la recámara y buscó sábanas y cobijas limpias en el armario. Tiró las sucias al pasillo, tropezando en el proceso, y empezó a voltear el colchón.

Cuando hubo terminado de tender la cama, estiró una colcha encima de ella y se dejó caer. Se quitó los mocasines con un brusco movimiento de los pies, se estiró y cerró los ojos. El departamento estaba apacible y tranquilo.

«Al diablo contigo, Carleton Tweany -pensó otra vez-. Paul tiene razón, eres un imbécil. Un enorme imbécil sonriente. Pero -pensó- eso no es todo. No es todo en absoluto. Papito -pensó-, podías haber hecho algo mucho mejor por mí, pero, qué diablos, ¿quién lo ha hecho jamás?»

Se había metido en un callejón sin salida. Ya no era posible tener fe en Tweany. No podía seguir fingiendo que él era lo que ella quería que fuera: un hombre grande y amable con el que podía contar. Había permitido que ella cayera nuevamente dentro de su viejo temor y aislamiento.

Mientras lo pensaba aún, se durmió.

A las dos de la tarde la escalera se sacudió con el ruido de unas personas; un momento más tarde la puerta se abrió de golpe y apareció Carleton Tweany, abrazando a Beth.

-Dios mío -protestó Beth arrugando la nariz-. ¿Por qué hay tanto polvo?

Se detuvo junto al montón de sábanas sucias en el pasillo.

-¿Qué sucede?

-Alguien estuvo aquí -refunfuñó Tweany, la soltó y se asomó a la sala-. Probablemente fue Mary Anne; viene a cada rato.

-¿Tiene la llave?

-Sí, viene a limpiar. Le gusta.

Tweany llegó a la recámara y se detuvo en seco.

-Vaya, quién lo hubiera creído.

-¿Qué pasa?

Beth se acercó y miró por encima de su hombro.

Mary Anne estaba durmiendo sobre la cama. Su rostro mostraba un gesto preocupado y desdichado. Beth y Tweany se quedaron en la puerta, pasmados.

Entonces, muy discretamente, Tweany empezó a reír entre dientes. Se rió con un falsete agudo, mostrando los dientes con una sonrisa ancha y brillante. La risa contagió a Beth, que lo imitó con risa entrecortada que parecían ladridos bajos y cortos.

-La pobre señorita Mary Anne -decía Tweany, esforzándose para no reír,

tratando de dominarse. Sin embargo, era imposible. La risa se le extendió sobre la cara, y él y Beth empezaron a vociferar en sus espasmos de regocijo. Mary Anne se movió sobre la cama; sus párpados temblaron.

-La pobre señorita Mary Anne -repitió Tweany entre accesos de risa.

Mientras los dos estaban meciéndose con las carcajadas, la puerta se abrió de golpe y Daniel Coombs irrumpió en el departamento.

Al reconocerlo, Tweany se colocó entre él y Beth; Coombs, la cabeza baja, levantó la Remington .32 y disparó sin apuntar.

El ruido despertó a Mary Anne; se incorporó y vio correr a Coombs por la puerta de la recámara hacia Tweany y Beth.

-¡Voy a matarte, negro! -gritó Coombs y trató de disparar de nuevo. Tropezó con un montón de revistas y se cayó.

Tweany empujó a Beth para sacarla del pasillo y lo agarró del cuello. Coombs agitó los brazos y luchó para soltarse. Sin ninguna emoción Tweany lo arrastró por el pasillo a la cocina.

-¡Tweany! -gritó Mary Anne-. ¡*No*!

Entonces ella y Beth se arrojaron sobre él. Tweany siguió arrastrando su carga sin prestarles atención. No se veía la cara de Coombs; estaba enterrada en el saco de Tweany. Sus pies rasparon el piso cuando pegó contra la mesa de la cocina -tirando el salero y la azucarera al piso- al ser arrastrado hasta el fregadero.

-¡Por amor de Dios! -suplicó Mary Anne y le dio unas patadas en las espinillas al negro; las largas uñas rojas de Beth le surcaron el rostro-. No lo hagas, Tweany, te meterán a la cárcel por el resto de tu vida, te colgarán y te lincharán y quemarán tu cuerpo con gasolina y escupirán sobre ti, escupirán sobre tu cuerpo. ¡Tweany, escúchame!

Tweany detuvo a Coombs con un brazo, abrió de un tirón el cajón debajo del fregadero y hurgó entre los cubiertos hasta encontrar un picahielo. Coombs logró zafarse. Salió corriendo, llegó a la puerta y salió al pasillo. El ruido agitado que hacía disminuyó conforme desapareció por la puerta principal y salió a la escalera de madera.

Coombs chilló, emitiendo un balido agudo y estridente, seguido por el sonido de la vieja madera al astillarse. Después, un golpe lejano, como si una bola de desperdicios orgánicos, descargada, hubiera caído muy lejos.

-Se cayó -susurró Beth-. Mi marido.

Mary Anne corrió por el pasillo hasta la puerta. El barandal estaba intacto, pero al pie de la escalera se veía a Daniel Coombs. Había caído hasta abajo; en algún punto de la escalera había pisado en falso.

Beth apareció.

-¿Está muerto?

-¿Cómo voy a saberlo? -contestó Mary Anne fríamente.

Beth la empujó a un lado y bajó corriendo hacia su esposo. Mary Anne la observó un momento y volvió al departamento. Tweany todavía estaba en la cocina; salió acomodándose la camisa y alisándose la corbata. Parecía desconcertado, pero no aprensivo.

-La policía -comentó- se va a enojar.

-¿Quieres que hable?

-Sí, tal vez sea mejor.

Descolgó el teléfono y marcó. Al terminar, colgó y se volvió hacia el hombre.

-Ibas a matarlo. -Para ella fue la gota que derramaba el vaso.

Tweany no contestó.

-Tienes suerte de que haya logrado soltarse.

La inundó una sensación de letargo.

-Ya no tienes por qué preocuparte.

-Supongo que no -repuso Tweany.

Mary Anne se sentó.

-Deberías ponerte algo en la cara.

Estaba sangrando de un lado de la cara, donde ella y Beth lo habían arañado.

-¿Qué hiciste con el picahielo?

-Lo devolví al cajón, por supuesto.

-Baja y asegúrate de que ella no vaya a decir nada. Apúrate, antes de que lleguen.

Ya oía las sirenas.

Obedientemente, Tweany se fue por el pasillo. Mary Anne se quedó sobándose el empeine del pie derecho; se lo había torcido al seguir torpemente a Tweany. Al cabo de un rato se puso de pie y entró a la recámara. Se había vuelto a poner la falda y la blusa y estaba colocándose los zapatos de tacón cuando llegó la policía.

El primer policía -se acordaba de él de la otra noche- la examinó atentamente cuando descendió la escalera.

-De usted no me acuerdo -afirmó.

Mary Anne no contestó. Se detuvo para echar una mirada al cuerpo de Coombs... en un rincón de la mente pensó que ya no podría llegar a trabajar ese día.

13

Una mañana a comienzos de diciembre, Joseph Schilling contemplaba su aparador. El sol estaba muy fuerte y frunció el entrecejo al pensar que los discos se iban a pandear en sus fundas. Entonces recordó que antes de disponer el aparador, los había sacado y sólo usó las fundas. Reconfortado, abrió la puerta y entró a la tienda.

Había montones de discos sobre el mostrador. Schilling los pasó por alto por el momento, sacó la escoba de la alacena de atrás y empezó a barrer la basura que durante la noche se le había amontonado frente a la puerta. Al terminar, volvió a entrar y enchufó el fonógrafo de alta fidelidad instalado arriba de la puerta. De entre los discos sobre el mostrador eligió la *Música Acuática* de Haendel y lo puso.

Acababa de salir de nuevo a bajar la cortina cuando Mary Anne Reynolds apareció junto a él.

-Pensé que abría a las ocho -afirmó-. Tengo media hora sentada ahí enfrente.

Señaló el Blue Lamb.

-Abro a las nueve -afirmó Schilling y cuidadosamente siguió bajando la cortina-. Más o menos. En realidad no tengo un horario fijo. A veces, cuando llueve, no abro hasta el mediodía.

-¿A quién contrató?

Schilling contestó:

-A nadie.

-¿A nadie? ¿Usted hace todo?

-A veces una antigua amiga mía viene a ayudarme. Una maestra de música.

-Se refiere a Beth Coombs.

-Sí -asintió Schilling.

-Se enteró de lo de su esposo, ¿verdad?

-Sí.

-¿Se acuerda usted de mí?

-¡Claro que me acuerdo!

Se sentía profundamente conmovido y le costaba trabajo hablar.

-De vez en cuando he pensado en usted y me he preguntado qué estaría haciendo. Es la muchacha que quería trabajar.

-¿Puedo entrar y sentarme? -preguntó Mary Anne-. Estos tacones me lastiman los pies.

Schilling la siguió a la tienda.

-Disculpe el desorden... no he tenido tiempo para arreglar las cosas.

La música estaba estruendosa y se inclinó para bajar el volumen.

-¿Usted conoce a la señora Coombs?

Habló con un tono informal; quería que se relajara esta muchacha inquieta y tensa.

-¿Dónde la conoció?

-En un bar.

Mary Anne se sentó sobre la repisa de la ventana y dejó caer los zapatos.

-Veo que mandó sacar algunas de las cabinas.

-Necesitaba el espacio.

La muchacha concentró su franca atención en él.

-¿Le alcanzará con tres cabinas? ¿Qué hace cuando hay una muchedumbre?

Cándidamente, admitió:

-Todavía espero ese momento para averiguarlo.

-¿Le está sacando ganancia?

Se sobó el pie.

-Tal vez no debiera contratar a nadie.

-En este momento estoy preparándome para la Navidad. Con un poco de suerte todavía habrá algo de actividad en esta tienda.

-¿Qué pasó con como se llame, con ese cantante? ¿Tuvo éxito?

-¿Chad? No precisamente. Enviamos las cintas a Los Angeles, pero todavía no ha resultado nada.

La muchacha reflexionó.

-A Paul Nitz le gustó. A mí me pareció bobo.

Se encogió de hombros.

-No importa.

Ambos quedaron callados un tiempo, mientras Schilling empezaba a clasificar los discos sobre el mostrador.

Ahí estaba, sentada en la repisa de la ventana como si después de todo hubiera decidido trabajar para él, como si no hubiera salido corriendo de la tienda. Ese día se había equivocado. Le había simpatizado y la había asustado. Esta vez tendría más cuidado; esta vez -esperaba- tendría bajo control la situación.

-¿Le gusta? -preguntó.

Indudablemente encajaba ahí sobre la repisa; como un gato había entrado y tomado posesión del lugar. Ahora estaba poniéndose cómoda.

-¿La tienda? -replicó-. Ya se lo dije. Sí, me gusta mucho. Se ve encantadora.

Su voz tenía un tono preciso y profesional. Él se turbó.

-Usted siente hostilidad hacia mí -declaró.

La muchacha no contestó. Estaba probándose el zapato.

-Dice que conoció a Beth en un bar -afirmó Schilling, para hacer volver la conversación a temas más seguros-. Eso fue aquí en Pacific Park, ¿verdad? ¿No la conocía antes?

-No, antes no.

-¿Ya la conocía aquel día?

-Entonces ella no estaba aquí aún -le recordó la muchacha-. No llegaron hasta después.

-¿Qué impresión le causa?

-Es atractiva.

Un tono de envidia asomó en la voz de la muchacha.

-Tiene una figura hermosa.

-Está gorda.

-Yo no la llamaría gorda -indicó Mary Anne y con ello cerró el tema-. El hombrecito, ese Danny Coombs, era muy desagradable. Algo malo le pasaba.

-Estoy de acuerdo -afirmó Schilling. Sacó un disco de su funda, lo sujetó de las orillas y lo revisó en busca de rayaduras-. Coombs trató de matarme una vez.

Eso la interesó.

-¿De veras?

Schilling dejó el disco, se subió la manga del saco, desatornilló la mancuernilla de oro, separó la manga limpia de algodón blanco de la camisa y le mostró la muñeca. Una línea rugosa serpenteaba entre el vello.

-Me fracturó la muñeca al golpearme con un gato. Entonces llegó mi empleado, Max.

Impresionada, examinó la cicatriz.

-Trató de matar a Tweany, pero...

Se interrumpió.

-No lo logró.

-Beth me contó algunos detalles.

Volvió a acomodarse la mancuernilla y se alisó el saco.

-Coombs tenía una tendencia patológica... surgió, al parecer, al ver al negro. Ese negro es un músico, según tengo entendido.

-Algo así. ¿Por qué trató de matarlo Coombs? ¿Andaba usted con su esposa?

Schilling se avergonzó.

-No fue nada así. Coombs siempre estuvo al borde de la locura. Vivía en un mundo de distorsiones vitriólicas.

-¿Por qué se casó con él?

-Beth está un poco confundida también. Sus manías encajaban -explicó-. Ella me contó que Danny fue expulsado de la primaria por atisbar a las niñas en el gimnasio. Posteriormente, la cámara le sirvió de ojo.

-Y a ella le gusta... exhibirse -declaró Mary Anne con aversión.

-Beth fue modelo para artistas. Así fue como Coombs la conoció... tenía una agencia de retratos de mujeres. Buscaba a una modelo dispuesta a posar desnuda. Ya se imaginará lo feliz que eso la hizo. Fue un arreglo satisfactorio para ambos.

Por supuesto que se sentía aliviado desde la muerte de Coombs. Sola, Beth no era ninguna amenaza; el error de cinco años antes por fin había dejado de atormentarlo. Eso significaba un cambio en su vida.

-No lamento que se haya muerto -declaró.

-Su actitud está mal -le informó Mary Anne.

-¿Por qué?

Quedó sorprendido.

-Está mal, nada más. Fue un ser humano, ¿o no? Nadie debe morir en forma violenta; la pena de muerte y todo eso está mal.

Sacudió la cabeza y pasó a otro tema.

-Tendré que ponerme otros zapatos; me puse éstos para parecer mayor.

Divertido, comentó:

-Sé cuántos años tiene. Veinte.

-Es usted un brujo.

Cojeó hasta la puerta.

-Me voy a casa a cambiarme. ¿Ya está decidido lo del trabajo? Estamos de acuerdo, ¿verdad?

Se le desvaneció el buen humor.

-El puesto está disponible, sí.

-Bueno, vine a solicitarlo. ¿Me lo dará o no?

-Se lo doy -afirmó con cierta emoción-. Dos cincuenta al mes, cinco días a la semana, todo lo que discutimos la vez anterior.

Habían pasado cuatro meses. Durante todo ese tiempo la había esperado.

-¿Cuándo quiere empezar?

-Regresaré por la tarde, en cuanto me haya cambiado.

Se detuvo un momento más.

-¿Cómo me visto? ¿Qué tan formal quiere que me vista? De tacones, me imagino.

-No, no es necesario.

Sin embargo, experimentó cierto placer al considerar la idea.

-Puede usar zapatos bajos, si lo prefiere. Pero definitivamente medias.

-Medias.

-No exagere... pero no venga con pantalones de mezclilla. Vístase como si fuera de compras al centro.

-Eso pensé -confirmó, y reflexionó un instante-. ¿Cada cuándo paga, cada dos semanas?

-Cada dos semanas.

Sin turbarse preguntó:

-¿Podría darme diez dólares de una vez?

Se sintió cautivado en parte, y también indignado.

-¿Por qué? ¿Para qué?

-Por que no tengo nada de dinero, por eso.

Meneó la cabeza, sacó la cartera y le entregó un billete de diez dólares.

-Tal vez nunca vuelva a verla.

-No sea necio -replicó Mary Anne y desapareció por la puerta, dejándolo tan solo como lo había estado antes.

A la una y media de la tarde la muchacha regresó vestida con una falda de algodón y una blusa de mangas cortas. Tenía el pelo cepillado hacia atrás y el rostro brillante de avidez; parecía lista para ponerse a trabajar; pero la acompañaba un joven de apariencia indolente.

-¿Dónde puedo dejar mis cosas? -preguntó ella, refiriéndose a su bolso-. ¿Atrás?

Schilling le mostró los escalones que conducían al depósito del sótano.

-Ahí abajo es el sitio más seguro.

Estiró la mano al pozo de la escalera y prendió la luz.

-El baño está ahí, y un clóset. No es muy grande, pero bastante para los abrigos.

Mientras Mary Anne estaba ausente, el joven se le acercó.

-Señor Schilling, me dijeron que usted me orientaría con respecto a cuestiones musicales.

De la bolsa de su saco el hombre extrajo un sobre arrugado que empezó a alisar sobre el mostrador. Schilling vio que era una lista de compositores, todos ellos contemporáneos y experimentalistas de estilo individualista.

-¿Es usted músico? -preguntó Schilling.

-Sí, toco el bop en el piano, en el Wren.

Escudriñó a Schilling.

-Veamos qué tan bueno es usted.

-Oh -contestó Schilling-, soy definitivamente bueno. Pregúnteme lo que sea.

-¿Ha oído hablar de alguien llamado Arnie Scheinburg?

-Schönberg -lo corrigió Schilling. No lograba distinguir si el otro se burlaba de él-. Arnold Schönberg. Escribió las *Gurrelieder*.

-¿Cuánto tiempo tiene usted en este negocio?

Hizo cuentas.

-Bueno, de una u otra manera, desde finales de los veinte. Sin embargo, ésta es mi primera tienda para la venta al menudeo.

-¿Le gusta la música?

-Sí -afirmó Schilling, vagamente preocupado-. Mucho.

-¿No hace otra cosa? ¿No sale?

El joven caminó de un lado al otro, revisando la tienda.

-Es una tiendita elegante. Muestra su buen gusto. Pero dígame, Schilling, ¿no se siente a veces alejado de las grandes masas?

Mary Anne apareció desde la parte de atrás.

-Bien. Empecemos.

Después de proveer al joven de discos, Schilling lo guió a una cabina. En el mostrador, Mary Anne estaba ocupada abriendo la caja.

-¿Es un amigo suyo? -preguntó Schilling, divertido por el hecho de que en su mundo no existieran las presentaciones.

-Paul toca en el Wren -replicó y empezó a contar los billetes de un dólar.

En cuanto hubo abandonado la tienda fue a su departamento a cambiarse y luego corrió al Wren para devolver a Paul sus diez dólares... el dinero que la había sostenido desde que cobró su último cheque en la compañía de teléfonos.

-¿En ese lugar? -inquirió Nitz-. ¿En esa discoteca? Es el tipo con el que dijeron que debía hablar.

-Ven -instó Mary Anne, intimidada ante la idea de volver sola a la tienda-. Por favor, Paul. Como un favor especial.

Él levantó una ceja.

-¿Qué te pasa?

-Nada.

-¿Tienes miedo?

-Claro que tengo miedo. Es un trabajo nuevo; es mi primer día.

-¿Qué sabes de este personaje?

Evadió la pregunta e informó:

-Lo conocí una vez. Es un hombre mayor.

Paul Nitz arrojó a un lado su novela de bolsillo sobre el lejano Oeste y se puso de pie.

-Está bien, iré a cuidarte.

Le dio una cálida palmada en la espalda.

-Incluso lo retaré a un duelo. Tú sólo me das la señal.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Schilling al observar cómo volaban sus dedos

al contar los billetes.

-Veo que necesitamos del banco.

Cuando terminó la lista, Schilling le mostró la diminuta caja fuerte junto a la luz de noche.

-Una vez a la semana voy al banco. Los otros días recurro a esto.

-Debió habérmelo dicho.

Una vez concluido el asunto del dinero, fue por la escoba.

-Voy a limpiar esto -le informó-. De veras le hace falta... ¿hace cuánto tiempo que no barre?

Desconcertado, Schilling siguió poniendo los discos en orden. Luego pasó a la oficina de atrás y enchufó su cafetera Silex. En la primera cabina, el amigo de Mary se encontraba atrincherado detrás de sus discos; miraba hacia fuera con ojos vacíos.

Se trataba de una muchacha, reflexionó Schilling, quien en su primer día de trabajo pidió dinero prestado a su patrón, fijó su propia hora de entrada y, al presentarse, finalmente, trajo a un amigo dispuesto a pasar todo el día escuchando los discos de la tienda. Y ahora, en lugar de esperar obedientemente que le dieran instrucciones, estaba asignándose sus propias tareas.

-¿Por qué no mueve el mostrador hacia atrás? -preguntó Mary Anne cuando salió con el café.

-¿Para qué?

Empezó a servirlo en dos tazas.

-Para tener acceso directo al aparador.

Irritada, dio una palmada al mostrador.

-Estorba.

-Señorita Reynolds -indicó Schilling, mientras al mismo tiempo se daba cuenta de que ella estaba siguiendo un patrón en el que seguramente ya había incluido a todos sus patrones-, deje su escoba y venga aquí. Quiero hablar con usted.

Le sonrió con un rápido destello de sus finos labios.

-Déjeme terminar -contestó ella y desapareció por la puerta de enfrente con el recogedor. Al regresar encontró un trapo y empezó a sacudir la superficie del mostrador.

Picado, Schilling bebió unos sorbos de su café vespertino.

-Creo que debe aprender cómo manejo las existencias y qué es lo que espero en cuanto a la relación con los clientes. Estoy experimentando con algo nuevo que pensé. Quiero un arreglo más personal, más individual. Debemos conocer a cada cliente por su nombre y tenemos que aprender a usar esos nombres en cuanto pongan un pie dentro de la tienda.

Mary Anne indicó su comprensión con un movimiento de cabeza mientras sacudía el polvo.

-Cuando el cliente pida algo, debe poder responder con información, no con una mirada vacía. Supongamos que yo entrara y le dijera: «Escuché un concierto para piano de Bach tocado en el violín. ¿Cuál es?» ¿Significa eso algo para usted?

-Claro que no -contestó Mary Anne.

-Bueno -accedió-, en realidad no se lo voy a pedir. Esa parte del trabajo es mía. Pero tiene que aprender lo suficiente para atender al comprador común de música clásica. Tendrá que saber cómo cumplir con peticiones para las obras sinfónicas de costumbre. Supongamos que alguien entrara y le pidiera una buena sinfonía de Dvorak. Más le vale estar segura de cuántas escribió, cuáles son las mejores grabaciones y qué tenemos en existencia. Y tendrá que conocer a Smetana, Brahms, Suk, Mahler y a todos los otros compositores que un

comprador de Dvorak pudiera disfrutar.

-Eso es lo que Nitz está haciendo -indicó Mary Anne.

-¿Nitz? ¿Qué es eso?

-Paul Nitz, en la cabina. No ha oído nunca esa música seria.

-A lo que me refiero -declaró Schilling severamente- es que, cuando un vendedor introduce a un cliente a un campo nuevo, el cliente llega a depender de ese vendedor. Eso significa que tiene la responsabilidad de no defraudarlo forzándolo simplemente a llevarse la mercancía con el fin de deshacerse de ella. Es ahí donde este negocio se vuelve un arte con sus propios valores. No estamos vendiendo chicles o refresco; estamos vendiendo lo que, al menos para algunas personas, forma los elementos de un modo de vivir.

-¿Cómo se llama eso? -preguntó Mary Anne-. La música que está tocando.

-¿De qué habla?

La muchacha no estaba haciéndole caso.

-Señorita Reynolds -preguntó-, ¿ha oído algo de lo que le he dicho?

-Por supuesto que sí -replicó, mientras afanosamente seguía limpiando-. Dijo que debo saber qué estamos vendiendo. Pero no podré aprenderlo de un día a otro... usted tendrá que ayudarme.

-¿*Quiere* averiguar lo que hay en estos discos? ¿Le importa?

-Sí, me importa.

-Escuche lo que está oyendo su amigo.

Se distinguía el traqueteo de un experimento con percusiones de Chávez.

-¿Puede usted decirme, sinceramente, que le gusta? Maldita sea -protestó-, deje de sacudir. A usted no le gusta esa clase de música; no significa nada para usted.

-Es terrible -confirmó Mary Anne.

Desesperado, Schilling exclamó:

-Entonces, ¿qué haré con usted? No puedo *forzarla* a encontrarle el gusto.

Ella lo escudriñó astutamente.

-¿Y a usted le gusta?

-No -admitió-. No me interesan los experimentos con sonidos puros.

-¿Qué es lo que le gusta, pues?

-Soy un coleccionista de obras vocales. Me interesan las lieder.

-Pero puede vender esto.

Reanudó su labor de limpieza.

-¿Realmente cree usted que la música es importante?

-Bueno -contestó Schilling-, es toda mi vida.

-¿Toda su vida?

Volvió a fijar su intensa mirada en él.

-¿Quiere decir que para usted no hay nada más importante que la música?

-Eso quiero decir -repitió con cierta beligerancia. No hubo ningún comentario por parte de la muchacha; escuchó y aceptó su declaración, archivándola en alguna parte de su mente-. ¿Por qué no debería de ser así? -demandó él, siguiéndola mientras limpiaba.

-Lo mismo le pasa a Paul. A veces quisiera tener algo así.

-¿Por qué no lo tiene?

Se encogió de hombros.

-Por ninguna razón, me imagino. Salvo que por aquí, en este pueblo... bueno, ¿quién ha oído hablar jamás de eso que le dio a Paul? Él nunca lo ha oído, y es músico.

-Por eso vine aquí. Por eso me establecí aquí.

-Cualquiera dispuesto a vivir aquí es un retrasado mental.

-¿Soy yo un retrasado mental por haber venido aquí?

-Me refiero a alguien que haya crecido aquí, sin conocer nada, sin saber nada. Como Jake Lovett. Como Dave Gordon... y todos los demás. Toman malteadas, se la pasan en las farmacias y las gasolineras. Pero usted es diferente. Ha conocido lo suficiente para saber qué es lo que quiere y qué es lo que disfruta. Usted vino de fuera.

Dejó de sacudir y se quedó sumida en sus pensamientos. Joseph Schilling se acercó a ella y con decisión le quitó el trapo de sacudir, la tomó de la mano, la llevó al mostrador y la colocó detrás de él. Ella obediente lo siguió.

-Ahora, señorita Reynolds -empezó-, escuche lo que voy a decirle. Repasaremos el procedimiento de cómo vender un disco.

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

-Muy bien.

Colocó un elepé sobre el mostrador delante de ella.

-Quisiera comprar esto. Soy un cliente de edad. ¿Qué es lo primero que hará?

Mary Anne tomó el disco y contempló la funda de vivos colores con su dibujo de violines.

-¿Qué es?

Con los labios, formó el nombre del compositor.

-Prokofiev.

-Estamos vendiendo el disco; esto no tiene nada que ver con la música. ¿Qué hará usted cuando un cliente traiga su compra al mostrador?

Mary Anne buscó a tientas debajo del mostrador y encontró una bolsa para discos.

-No -desaprobó Schilling-, primero, revise el disco para asegurarse de que no esté rayado.

Le enseñó cómo sacar el disco de su funda y sostenerlo de las orillas.

-¿Lo vio?

Ella lo imitó.

-¿Qué sigue? -preguntó él, colocando otra vez el disco sobre el mostrador.

-Luego -respondió ella-, lo meto a la bolsa.

-No, luego hace una nota. Para que averigüemos el nombre y el domicilio del cliente.

Le entregó un lápiz mecánico y le enseñó cómo usar la máquina que sacaba las notas por duplicado.

-Luego -continuó- coloca el disco y la copia de la nota en la bolsa. Nuestra copia va sobre esa aguja.

Hizo eso por ella también.

Mary Anne deslizó el elepé dentro de la bolsa y dobló el asa.

De repente levantó la vista, miró a Schilling y le dedicó la sonrisa más cálida que jamás hubiese visto en su vida.

-Gracias -musitó y alargó la bolsa sobre el mostrador.

-¿Qué? -preguntó.

Sonriendo aún, hizo una pequeña reverencia.

-Gracias por comprar el disco.

Con voz áspera, Schilling contestó:

-De nada.

Siguió sonriéndole, emanando un ardor dulce y totalmente cándido que lo cautivó y al mismo tiempo lo hizo sentirse inseguro.

-El siguiente paso -prosiguió- es la caja. ¿Cree que podrá manejarla?

No contestó de inmediato.
-Claro -dijo al fin.
-¿Qué más?
No parecía capaz de ordenar sus pensamientos.
-¿Sabe dónde encontrar los precios de los discos?
-No.
Abrió el catálogo Schwann de elepés y le enseñó la lista de precios al final.
-Todos están aquí. Hasta que se los haya aprendido, búsquelos siempre.
-¿Le gustaría comprar otro disco? -preguntó.
-No -replicó-, con uno está bien, gracias.
De una pila cercana, escogió el disco de arriba.
-Compre éste.
Leyó el título.
-*Schubert. Música de piano para cuatro manos*. Cómprelo... es bonito.
-¿Lo es?
-Sí -afirmó-, muy bonito.
-Tal vez lo haga entonces.
-¿Quiere que se lo toque?
-Sí -afirmó, con cierta ansiedad.
Le sacó la lengua.
-Póngalo usted; ya es grande.
Schilling se rió, inseguro.
-Parece que lo hará bien.
Con un ademán de despedida se fue a buscar su trapo para sacudir.

A las cuatro y media Paul Nitz salió de la cabina, llena de humo, cargando un montón de discos que depositó sobre el mostrador.
-Gracias -le dijo a Schilling.
-¿Le gustaron?
-Sí -contestó-. Algunos.
Schilling empezó a clasificar los discos por marcas.
-¿Por qué no se da una vuelta el domingo? Tocaré lo nuevo de Virgil Thomson.
Nitz estaba buscando algo en el bolsillo.
-Me llevaré el de arriba.
-Paul -intervino Mary Anne con voz cortante-, no tienes un tocadiscos.
Nitz bajó la cabeza.
-Eso no tiene nada que ver.
Mary Anne dejó las formas de inventario que había estado llenando, y apresuradamente le quitó el disco a Nitz.
-No puedes hacerlo; sé lo que vas a hacer, sólo vas a sentarte en tu casa a verlo. ¿De qué te sirve estarlo viendo?
Nitz murmuró:
-Eres muy mandona, Mary Anne.
-Lo colocaré debajo del mostrador -le indicó-. Ve a comprar un tocadiscos; cuando lo tengas, ven por tu disco.
Schilling observó cómo empujó al hombre fuera de la tienda sobre la banqueta. El episodio tuvo para él una cualidad fabulosa e irreal; no podía realmente suceder en una tienda. A su manera parecía gracioso.
-Tiene que ir a trabajar -explicó Mary Anne al volver a entrar rápidamente-. Toca el bop en el piano, en el Wren.
-Por su culpa no hice una venta -afirmó Schilling, un poco confundido aún.

Librodot

-Mire... si hubiera comprado el disco, sólo habría ido a casa a verlo. Lo conozco; créame. Nunca más hubiera comprado otros discos; ahora saldrá a comprar un tocadiscos y luego vendrá a comprar discos todo el tiempo.

-O es usted muy previsora -declaró él- o extraordinariamente rápida para hablar. ¿Cuál es la verdad?

Se encontraban el uno frente al otro.

-¿No confía en mí? -inquirió.

Él sonrió de mala gana.

-Algo. Pero es demasiado complicada para mí.

Eso pareció intrigarla.

-¿Complicada? ¿En qué sentido?

-En parte es muy joven, muy inexperta e ingenua.

La escudriñó atentamente.

-Y al mismo tiempo es muy hábil. Inclusive hasta un poco sin escrúpulos.

-Oh -asintió ella con la cabeza.

-¿Por qué cambió de opinión? ¿Por qué decidió regresar a trabajar para mí?

-Porque me cansé de trabajar en la compañía de teléfonos -replicó.

-¿Sólo por eso?

No lo creyó.

-No. Yo...

Titubeó.

-Me han sucedido muchas cosas. Alguien en quien confiaba me defraudó. Ahora ya no opino lo mismo de él o de cualquier otra cosa.

-Me tuvo miedo, ¿verdad?

-Sí -admitió-, mucho.

-¿Pero ya no?

Reflexionó.

-No. Lo veo de otra manera, y me veo a mí misma de otra manera.

Schilling esperó que fuera cierto.

-¿Qué hizo con los diez dólares? -preguntó.

-Se los di a Paul Nitz.

-¿Entonces no tiene nada?

Ella sonrió.

-No, nada.

-Supongo que me pedirá prestados otros diez dólares mañana.

-¿Puedo?

-Ya veremos.

Ella levantó las cejas.

-¿Lo veremos, dice usted?

La tienda estaba vacía. Afuera, el sol de la avanzada tarde se reflejaba deslumbrante sobre la banqueta. Schilling se acercó a la ventana y se quedó con las manos en los bolsillos. Por fin, para acallar sus distintas emociones, encendió un puro.

-Apague esa cosa fétida -ordenó Mary Anne-. ¿Qué impresión va a causar el olor a los clientes?

Él se volvió.

-Si la invitara a cenar, ¿qué diría?

-Depende del lugar.

Al instante pareció envolverse en cautela; él se percató de su cambio de humor.

-¿Cuál sería un buen lugar? -preguntó.

Reflexionó.

-La Poblana, por la carretera.

-Está bien, iremos ahí.

-Tendría que cambiarme para ir ahí. Tendría que ir por mis tacones y traje otra vez.

Desvaneció sus preocupaciones mediante la razón sosegada.

-Cuando cerremos la tienda, la llevaré a su departamento para que se cambie.

Aliviado, la escuchó decir:

-Perfecto.

Complacido y satisfecho, apagó el puro, se dirigió a la oficina posterior y empezó a preparar el pedido para Columbia.

Era un trabajo rutinario que, por lo común, no disfrutaba, pero en esta ocasión lo disfrutó, lo disfrutó muchísimo.

14

Esa noche la llevó a cenar. Y cuatro noches después, el sábado, la llevó con él a una fiesta de mayoristas en San Francisco.

Al subir por la península, Mary Anne preguntó:

-¿Es suyo este coche?

-Compré este Dodge en el 48. Fue una venta de paquete; venía incluido Max.

Agregó:

-Dejé de manejar largas distancias.

Su vista había desmejorado y una noche chocó con una camioneta lechera estacionada. No le contó eso a la muchacha.

-Es un coche bonito. Es tan grande y silencioso...

Contempló los oscuros campos que pasaban a ambas orillas de la carretera.

-¿Cómo va a ser la fiesta?

-No tiene miedo, ¿o sí?

-No -replicó, sentada muy derecha a su lado, con las manos sobre el bolso. Se había puesto lo que él veía como unas pijamas de seda negra; los pantalones estaban atados a sus tobillos desnudos y la blusa se ensanchaba para formar un gran cuello puntiagudo. En los pies llevaba zapatillas bajas y tenía el pelo recogido en una corta cola de caballo.

Al correr ella desde su edificio de departamentos y meterse al coche él había observado:

-Su pelo es demasiado corto para cola de caballo.

Sin aliento, se acomodó junto a él y azotó la portezuela.

-¿Estoy demasiado extravagante? ¿Estoy vestida mal?

-Se ve maravillosa -contestó con toda sinceridad al encender el motor.

No obstante, a pesar de lo que dijera tenía miedo. En la penumbra del coche sus ojos estaban muy abiertos y serios y no se le ocurría casi nada de decir. En un momento dado, sacó los cigarros del bolso y se inclinó hacia el encendedor del tablero.

-Puede resultar divertido -comentó él para animarla.

-Eso fue lo que me dijo.

-Leland Partridge es un fanático, lo que llamamos un «audiófilo». Habrá bailes del tamaño de casas, agujas de diamante, grabaciones en alta fidelidad de trenes de carga y órganos de campanas.

-¿Habrá mucha gente ahí? -preguntó ella otra vez, por tercera ocasión.

-Gente del menudeo, además de algunos de los músicos de San Francisco.

Habrá bebidas y mucha plática. Tal vez escuche algunas buenas discusiones cuando se enfrenten los muchachos del sonido y los auténticos músicos.

-Me encanta San Francisco -exclamó Mary Anne con fervor-. Todos estos pequeños bares y restaurantes. Una vez fui a un lugar en North Beach, con Tweany. A algo llamado The Paper Doll. Escuchamos a un pianista de Dixieland... estuvo padre.

-Padre -repitió Schilling con una mueca.

-Era bastante bueno.

Dio unos golpecitos en el cigarro con el dedo; las chispas volaron por la ventanilla a la oscuridad. Desde el radio del coche emanaban los sonidos de una sinfonía de Haydn.

-Me gusta -afirmó ella, inclinando la cabeza.

-¿Lo reconoce?

Meditó.

-Beethoven.

-Es la *sinfonía del tambor* de Haydn.

-¿Cree que alguna vez aprenda a distinguir una pieza? ¿Llegaré a tener su edad?

-Está aprendiendo -contestó, lo más ligeramente posible-. Es cuestión de experiencia, nada más.

-A usted realmente le encanta esa música. Lo he observado... no simula. Igual se pone Paul con su música. Como que... la beben. Tratan de captarla toda.

-Me agrada su amigo Nitz -afirmó, aunque en algunas formas lo turbaba el hombre.

-Sí, es una persona encantadora. No creo que pudiera hacerle daño a nadie jamás.

-Y usted admira eso.

-Sí -indicó ella-, ¿usted no?

-Lo admiro como un concepto abstracto.

-Oh, usted y lo abstracto.

Se acurrucó contra la puerta, las piernas encogidas, un brazo sobre el borde de la ventanilla.

-¿Qué son esas luces?

Sonaba aprensiva.

-¿Ya casi llegamos?

-Casi. Reúna todo su valor.

-Está reunido. No se burle de mí.

-No estoy burlándome de usted -afirmó con ternura-. ¿Por qué lo haría?

-¿Se reirán todos de lo que diga?

-Por supuesto que no.

No pudo evitar el agregar:

-Estarán haciendo tanto escándalo con sus discos de sonido de efectos especiales que no escucharán lo que diga.

-No me siento bien.

-Se sentirá mejor cuando lleguemos -le aseguró con la simpatía de un padre y aceleró el coche.

La fiesta ya había empezado cuando llegaron. Schilling observó la transformación que tuvo lugar en la muchacha al subir los escalones de la casa de Partridge. Su temor desapareció bajo la superficie; con el rostro impasible se recostó en el barandal de hierro del porche, con el bolso en una mano y la otra colgada sobre la rodilla. En cuanto se abrió la puerta se puso de pie y pasó junto

al hombre en la entrada. Ya había entrado al pasillo y estaba acercándose a la sala, llena de ruido y risas, cuando Schilling apagó el puro y entró.

-Hola, Leland -saludó al anfitrión y le dio la mano-. ¿Qué pasó con mi chica?

-Ahí va -señaló Partridge cerrando la puerta. Era un hombre alto de edad mediana y lentes-. ¿Tu esposa? ¿Amante?

-Vendedora.

Schilling se quitó el abrigo.

-¿Cómo está la familia?

-Más o menos igual.

Con un brazo sobre el hombro de Schilling, lo guió a la sala.

-Earl está resfriado otra vez; es la misma gripe que a todos nos dio el año pasado. ¿Cómo va la tienda?

-No puedo quejarme.

Ambos se detuvieron para observar a Mary Anne. Había encontrado a Edith Partridge y estaba aceptando un trago de la charola de la anfitriona. Aparentemente a gusto, Mary Anne se volvió para ser presentada a un grupo de jóvenes empleados de la compañía de discos, reunidos alrededor de una mesa. Sobre ella había una muestra de aparatos de sonido: tornamesas, agujas, brazos. Los elementos del sistema binaural Diotronic.

-Sabe moverse -afirmó Partridge-. Es raro en una muchacha tan joven. Mi hija mayor tiene aproximadamente su edad.

-Mary -llamó Schilling-, venga a conocer a su anfitrión.

Lo hizo y fueron presentados.

-¿Quién es ese hombre horriblemente gordo? -preguntó a Partridge-. Ahí en el rincón, repantigado sobre el sofá.

-¿Ése?

Partridge le sonrió a Schilling.

-Es un compositor horriblemente gordo llamado Sid Hethel. Vaya a escucharlo resollar... vale la pena.

-Es la primera vez que te oigo admitir eso sobre Sid -afirmó Schilling. Partridge siempre le había parecido un poco ofensivo.

-Su conversación es exquisita -declaró Partridge secamente-. Es una lástima que no haya decidido dedicarse a la literatura.

-¿Quiere conocerlo? -preguntó Schilling a Mary Anne-. De suyo es una experiencia, aunque no le guste a uno su música.

Acompañados por Partridge, se dirigieron hacia él.

-¿Cómo es su música? -preguntó Mary Anne nerviosamente.

-Muy sentimental -repuso Partridge; su cara narigona se elevaba encima de ella mientras los conducía entre los grupos de personas-. Algo así como desayunar cerezas en almíbar. Por encima del murmullo de las voces rugía la titánica primera sinfonía de Mahler, amplificada por la red de bocinas y bailes instalados por toda la gran sala bien amueblada.

-A lo que Leland se refiere -indicó Schilling- es que a Hethel no se le ha acabado la melodía, como a sus compatriotas.

-Ah -exclamó Partridge-. Cómo vuelvo al pasado al oírte hablar, Joe. Los buenos días de antaño, cuando un hombrecillo salía corriendo al principio de cada disco a anunciar el nombre de la selección.

Sid Hethel estaba involucrado en una conversación. Las piernas estiradas, el bastón recostado en su carnosa ingle; estaba señalando a su círculo de escuchas con un dedo ponderado. Hethel constituía un continente de tejidos; desde las profundidades de la grasa se asomaban sus ojos negros y agudos. Era el Hethel

que Schilling recordaba; para acomodar la panza había desabrochado los primeros dos botones de su bragueta.

-...oh, no -escupió Hethel y se limpió la boca con un pañuelo blanco que sostenía en la mano, cerca del mentón-. Me entendió mal; nunca dije nada parecido. Frankenstein es un buen crítico, un buen crítico de música y el mejor en esa área. Pero es un localista; si eres un talento local, eres lo mejor de lo mejor; sin embargo, si eres Lilly Lombino de Wheeling, Virginia Occidental, pudieras tocar el violín como Sarasate y Alf no te haría ningún caso.

-Supe que las críticas de música y de arte no lo tienen ocupado -informó un miembro del círculo de Hethel-. Va a echar a Koltanowski y encargarse de la columna sobre el ajedrez.

-El ajedrez -repitió Hethel-. Es posible; tratándose de Alf Frankenstein, podría encargarse de cualquier cosa menos cocina.

Descubrió a Partridge y un brillo malicioso destelló en sus ojos.

-En cuanto a este asunto binaural. Si tan sólo viviera Mahler todavía...

-Teniendo un sistema binaural -lo interrumpió Partridge gravemente- Mahler hubiera podido escuchar su música tal como realmente sonaba.

-Tienes razón -admitió Hethel y volvió su atención hacia el anfitrión-. Por supuesto debemos recordar que Mahler pensó que su música sonaba bien. ¿Hay algún botón o cuadrante en tu sistema que haga sonar bien a Mahler? Porque si lo hay...

-Sid -interrumpió Schilling desde el poder de sus años de amistad-, ¿te das cuenta de que estás bebiendo el licor de Leland e insultándolo al mismo tiempo?

-Si no estuviera bebiendo su licor -contestó Hethel rápidamente- no estaría insultando a nadie. ¿Qué te trae aquí, Josh? ¿Sigues empeñado en contratar a Maurice Ravel?

Sus manos vastas y fofas aparecieron como serpientes; Schilling las aceptó y los dos hombres se saludaron cálidamente.

-Da gusto verte -aseguró Hethel, también conmovido-. ¿Todavía llevas contigo tu caja de preservativos en el portafolios?

-Lo que tú llamas portafolios -afirmó Schilling- es una gran bolsa de cuero para duchas, hecha sobre pedido.

-Una vez -confió Hethel al grupo- vi a Josh Schilling sentado en un bar...

El sonido de su voz se desvaneció.

-¡Dios mío, Schilling! ¡Quisiera conocer a la mujer que va con *esa* bolsa para duchas!

Un poco avergonzado, Schilling echó una mirada a Mary Anne. ¿Cómo estaría ella soportando el espectáculo de Sid Hethel, el gran compositor contemporáneo?

De pie, con los brazos doblados, escuchó y no pareció entretenida ni ofendida. Era imposible saber qué pensaba; su cara no mostraba expresión alguna. Con sus pantalones negros de seda se veía extraordinariamente esbelta... su espalda recta y cuello alargado poseían cierto equilibrio, y arriba de sus brazos doblados sus senos eran pequeños, muy puntiagudos, apuntados visiblemente hacia arriba.

-Sid -dijo Schilling dando paso a la muchacha hacia delante-. He abierto una nueva discoteca en Pacific Park. ¿Te acuerdas que siempre quise hacerlo? Un día al quitar la tapa a una caja de empaque saltó este duende.

-Querida -saludó Hethel, el tono de burla desapareció de golpe de su voz-, ven aquí y cuéntame por qué estás trabajando en la discoteca de este viejo.

Estiró la mano y cerró los dedos sobre los de ella.

-¿Cómo te llamas?

Se lo dijo en voz baja, con la dignidad innata a la que Schilling ya se había acostumbrado.

-No seas esquiva -dijo Hethel, dedicando una sonrisa al círculo de personas-. ¿No les parece esquiva?

-¿Qué significa eso? -preguntó Mary Anne.

Hethel frunció el entrecejo.

-¿Que qué significa?

Pareció confundido.

-Bueno -prosiguió con voz enfadada y demasiado fuerte-, significa...

Se volvió hacia Schilling.

-Dile qué significa.

-Quiere decir que eres una chica muy bonita -explicó Edith Partridge al aparecer con una charola de tragos-. ¿Quién está listo para más?

-Yo -musitó Hethel y tomó un vaso de la charola-. Gracias, Edith.

Enfocó su atención en ella y soltó la mano de Mary Anne.

-¿Cómo están los niños?

-¿Qué impresión le hizo? -preguntó Schilling a la muchacha al conducirla otra vez de regreso a través del círculo de personas, alejándose de Hethel-. No la molestó, ¿verdad?

-No -contestó, negando con la cabeza.

-Ha bebido demasiado, como siempre. ¿Lo encuentra usted repugnante?

-No -afirmó-. Es como Nitz, ¿verdad? Quiero decir que no es como la mayoría de la gente... sea lo que fuere que tienen. Su parte dura. La parte que me da miedo. Él no me dio miedo.

-Sid Hethel es el hombre más tierno del mundo.

Lo complació su reacción.

-¿Gusta tomar algo?

-No, gracias.

De repente, en un arrebato de pesimismo, exclamó:

-Todos se dan cuenta de mi edad, ¿verdad?

-¿Cuál es su edad?

-Soy joven.

-Eso es bueno. Piense en sí misma y luego en nosotros: Partridge, Hethel y Schilling, tres viejos tambaleantes que recuerdan juntos los días del disco de cilindro.

-Yo quisiera poder hablar de eso -afirmó Mary Anne fervorosamente-. ¿Qué puedo contar yo? Lo único que puedo decirle a la gente es cómo me llamo... ¿no es magnífico?

-Para mí es suficiente -declaró él, y lo decía en serio.

-¿Sabe usted quién es Milhaud?

-Sí -admitió.

Se alejó un poco de él y, después de un momento de vacilación, la siguió. Se había detenido a la orilla de un grupo de ingenieros de sonido y estaba escuchando su conversación. Su rostro estaba fruncido con el gesto preocupado que él ya empezaba a conocer.

-Mary Anne -le informó-, están comparando la atenuación progresiva de los nuevos amplificadores Bogen y Fisher. ¿Eso en qué le interesa a usted?

-¡Ni siquiera entiendo de qué se trata!

-Se trata de sonido. Y a veces me pregunto si ellos lo entienden.

La llevó a un asiento debajo de una ventana en el rincón abandonado del cuarto para que se sentara. Sujetó su vaso -Edith Partridge había tomado su

bolso- y fijó la mirada en el piso.

-Anímese -le dijo él.

-¿Qué es ese terrible escándalo?

Schilling escuchó. Lo único que oía era el ruido de las voces humanas y, por supuesto, el torrente de la textura sinfónica de Mahler.

-Eso debía ser. Hay una bocina colocada cerca de aquí.

Anduvo tanteando con las manos hasta ubicar una parrilla incrustada en la pared detrás de una reproducción.

-¿Ve? De ahí sale.

-¿Tiene algún nombre?

-Sí. Es la primera sinfonía de Mahler.

Mary Anne reflexionó.

-Incluso sabe cómo se llama. ¿Estaría usted dispuesto a enseñarme?

-Por supuesto.

Sintió tristeza y se conmovió.

-Porque -prosiguió Mary Anne seriamente- quiero hablar con ese hombre y no puedo. Con el hombre gordo.

Meneó la cabeza.

-Supongo que tengo sueño... toda esa gente que estuvo entrando y saliendo de la tienda hoy. ¿Qué hora es?

Eran apenas las nueve y media.

-¿Quiere irse? -preguntó.

-No, no estaría bien.

-Como usted quiera -indicó con sinceridad.

-¿Adónde iríamos? ¿De regreso?

-Si usted quiere.

-No quiero.

-Bueno -contestó con voz suave-, entonces no lo haremos. Podríamos ir a un bar; podríamos ir a cenar algo; podríamos salir a caminar, simplemente, por San Francisco. Podríamos hacer muchas cosas.

-¿Podríamos dar una vuelta en el tranvía? -pidió con un susurro débil y desalentado.

En el otro extremo de la habitación había estallado una discusión. Unas voces enfadadas irrumpieron a través de la cortina de sonidos sinfónicos; eran Partridge y Hethel.

-Tratemos de usar la razón en esto -se quejó Partridge con voz regañona-. Estoy de acuerdo en que debemos distinguir claramente entre los medios y el fin. Pero el sonido no es el medio ni la música el fin; «música» es un término de valor que se aplica a unos patrones reconocibles de sonido. Lo que tú llamas *sonido* es simplemente la música que no te agrada. Y además...

-Y además -retumbó la respuesta de Hethel- si derrumbara dos veces una pila de botellas tendría el derecho de afirmar que he compuesto algo llamado «Estudio en vidrio»: ¿es eso? ¿No es eso lo que estás diciendo?

-No hay necesidad de convertir esto en un ataque personal.

Partridge le dio la espalda a Hethel; sonrió de una manera fija y mecánica y pasó de grupo en grupo, saludando a la gente. La plática y la música gradualmente volvieron a apoderarse del ambiente. Hethel, rodeado por su círculo de novatos, dejó de oírse.

-¡Dios mío! -exclamó Partridge al acercarse a Schilling y a Mary Anne-. Está borracho, desde luego; debí haber sabido que esto pasaría.

Schilling preguntó:

-¿Y mejor no lo hubieras invitado?

Se elevó el sonido característico de un piano; alguien había empezado a tocar. La exasperación de Partridge volvió a hervir.

-Maldita sea. Es Hethel; por fin encontró el piano. Le dije a Edith que lo sacara totalmente de la casa.

-Eso es difícil -afirmó Schilling con poca simpatía hacia el hombre- a menos que se haga con bastante anticipación.

-Tendré que detenerlo; lo está arruinando todo.

-¿Qué es todo?

-La demostración, por supuesto. Nos encontramos aquí para inaugurar una nueva dimensión de sonido. No tengo la intención de permitir que su infantil...

-Sid Hethel -indicó Schilling- toca el piano en público una vez al año en promedio. Puedo nombrar a varios estudiantes de composición que darían el ojo derecho por la oportunidad de estar aquí.

-A eso me refiero. Escogió el momento a propósito; por supuesto que no toca en público. ¿Cómo llegó hasta el piano? Ese hombre es tan gordo que apenas puede tambalearse.

-Ven -invitó Schilling y se inclinó sobre Mary Anne-. Esto es único... no volverá a tener esta oportunidad.

-Ojalá estuviera aquí Paul -declaró mientras se abrían camino. Cierta agitación se había extendido entre los invitados; los hombres y las mujeres olvidaron sus conversaciones y se esforzaron por acercarse a ver. Parados de puntas, los de atrás lograron echar un vistazo al gran montón de carne encorvado sobre el teclado.

-Venga -dijo Schilling-, la levantaré.

Tomó a la muchacha de la cintura; era esbelta, muy esbelta y firme. Sus manos casi le dieron la vuelta completa al alzarla contra él, levantándola hasta que pudo ver por encima del círculo de cabezas.

-Oh -exclamó-. Oh, Joseph... míralo.

Cuando Hethel terminó de tocar -pronto se le acabó el aire- la gente se dispersó y alejó. Con el rostro encendido Mary Anne siguió a Schilling.

-Paul debió haberlo visto -afirmó con cierta melancolía-. Ojalá hubiéramos podido traerlo. ¿No fue maravilloso? Y parecía como si estuviera dormido... tenía los ojos cerrados, ¿verdad? Y esos dedos tan grandes... ¿cómo lo hace? ¿Cómo pudo tocar las teclas?

En el rincón Sid Hethel estaba jadeando, la cara manchada y roja. Apenas alzó la vista al aparecer Schilling y Mary Anne delante de él.

-Gracias -expresó Schilling al hombre.

-¿Por qué? -resolló Hethel. Sin embargo, pareció entender-. Bueno, al menos obstaculicé el futuro del sonido binaural.

-Valió la pena venir -le indicó Mary Anne rápidamente-. No he oído nunca tocar así a nadie.

-¿Qué clase de tienda es? -preguntó Hethel y tosió en su pañuelo-. Antes trabajabas en publicidad, Josh; estabas con Schirmer.

-Los dejé hace mucho -afirmó Schilling-. Durante un tiempo estuve en la venta de discos al mayoreo. Prefiero esto... en mi propia tienda puedo hablar con la gente todo lo que quiero.

-Sí, siempre te encantaba perder el tiempo. Supongo que todavía tienes tu maldita colección de discos... todos esos de la Deutsche Grammophon y Polydor. Y la muchacha a la que nos gustaba escuchar en los días de antaño. ¿Cómo se

llamaba?

-Elisabeth Schumann -recordó Schilling.

-Sí, la que cantaba como niña. Nunca la olvidé.

-Me gustaría -indicó Schilling- llevarte a ver mi tienda.

-¿Una tienda? Tenemos tiendas aquí.

-He tratado de despertar un poco de interés en la música ahí. Todos los domingos tengo la casa abierta, para escuchar discos y tomar café.

-¿Quieres que me muera? -exclamó Hethel-. Si voy ahí, fallezco. Te acordarás de lo que sucedió aquella vez en Washington, cuando me caí al bajar del tren. Te acuerdas del tiempo que tardé en reponerme.

-Tengo un coche; te llevaré de ida y de vuelta. Puedes dormir durante todo el camino.

Hethel reflexionó.

-Pasarás por los baches -decidió-. Buscarás los baches para pasar por encima de ellos; te conozco.

-Te doy mi palabra de honor.

-¿De veras? Oigamos el buen juramento de los Boy Scouts. En estos tiempos de valores morales cambiantes debe haber algo estable con lo que podamos contar.

Los ojos de Hethel brillaron de nostalgia.

-¿Te acuerdas de la vez que tú y yo nos perdimos en ese burdel chino de la avenida Grant? Y te emborrachaste y trataste de...

-En serio -interrumpió Schilling, quien no deseaba discutir tales temas delante de Mary Anne.

-En serio, tendría que pensarlo. Quiero salirme de la zona de la Bahía; este ambiente provinciano es para matar a uno. Podría ir a deslumbrar a la gente. Tal vez, entre los dos, pudiéramos ganarles a los muchachos del sonido.

Le dio unas palmadas en el brazo a Schilling.

-Te llamaré, Josh. Depende de cómo me sienta.

-Adiós -se despidió Mary Anne mientras ella y Schilling comenzaban a alejarse.

Hethel abrió los cansados ojos.

-Adiós, pequeña señorita duende. El duende esquivo de Josh Schilling... me acuerdo de usted.

La fiesta estaba disolviéndose. Unas cuantas personas estaban reunidas alrededor del sistema de sonido de Partridge y examinaban el sistema binaural Diotronic, pero la mayoría se había ido.

-¿Quiere irse? -preguntó Schilling a la muchacha.

-Quizá.

-Se siente mejor, ¿verdad?

-Sí -afirmó estremeciéndose.

-¿Tiene frío?

-Sólo estoy cansada. Quizá pudiera ir por mi bolso... creo que lo puso en la recámara.

Fue por el bolso y su abrigo. Un momento después se despidieron de los Partridge y bajaron por los escalones a la banqueta.

-Brrr -hizo Mary Anne al subirse al coche de un salto-. Me estoy muriendo de frío.

Schilling encendió el motor y puso el calefactor.

-¿Quiere regresar? Mañana es domingo; no tiene que levantarse temprano.

Inquieta, Mary Anne replicó:

-No quiero regresar. Tal vez pudiéramos ir a alguna parte.

Librodot

Sin embargo, se veía cansada y ojerosa; una cualidad enjuta, casi macilenta, se había introducido en los huecos de su rostro.

-La llevaré a casa -decidió Schilling-. Es hora de que se acueste.

Sin protestar volvió a acomodarse en el asiento, subió las rodillas y apretó el mentón contra la tela. Con los brazos doblados, fijó la mirada en la columna de dirección.

Una vez, mientras recorrían la carretera de la península entre dos ciudades, Mary Anne levantó la cabeza y musitó:

-Si va, Paul podría oírlo.

-Por supuesto -afirmó.

-¿Compuso él algo de la música que Paul escuchó en la cabina el otro día?

-Le di a Paul una de las piezas de Hethel, es cierto. Una sonata para una pequeña orquesta de cámara. Su sonata «Rústica».

-Usted me dijo que las sonatas son para piano.

-La mayoría lo son... pero no las de Sid Hethel.

-¡Dios mío! -suspiró Mary Anne-. Todo me confunde tanto... no lo aprenderé nunca.

-No se preocupe por eso.

La muchacha calló.

-¿Aún tiene frío? -preguntó un poco después.

-No, pero debí haberme puesto un abrigo. Sólo que quise que viera mi traje. ¿Le gusta?

-Está perfecto -repuso, al igual que antes-. Está muy bien.

Volvió a desanimarse.

-El miércoles es la indagatoria, o como le llamen.

-¿Qué indagatoria?

-Para Danny Coombs. Tengo que ir a explicarles qué pasó, para que sepan si deben arrestar a alguien.

-¿Deberán hacerlo?

-No, porque fue un accidente. Coombs salió corriendo y se cayó. Un hombre que entregaba ropa de la lavandería lo vio. Parece tan lejos... pero fue sólo hace unas cuantas semanas. Ahora suena como algo que hubiera inventado. Salvo que si no decimos lo indicado, Tweany irá a la cárcel.

Su voz se desvaneció.

-No quiere que lo juzguen.

-Por supuesto que no. Bueno, no lo harán. Anda feliz; se deshizo de Coombs. Ahora tiene el campo libre con Beth. ¡Qué bueno para él!

Suspiró, se acurrucó y se recostó en el asiento; unos momentos después cayó en un ligero e inquieto sueño.

Cuando detuvo el coche frente al edificio de departamentos, ella aún dormía. No se movió cuando apagó el motor y abrió la portezuela. Ya comenzaba a recogerla antes de que parpadeara y abriera los ojos.

-¿Qué está haciendo? -preguntó cautelosa-. ¿Va a cargarme hasta adentro?

-¿Le molesta?

-Supongo que no.

Bostezó.

-Pero tenga cuidado... no se vaya a matar.

Ella pesaba, según descubrió, más o menos lo mismo que cuatro cajas de discos, probablemente no mucho más de 45 kilos. Sin dificultad, empujó la puerta del edificio para abrirla y la cargó por la escalera. Aquí y allá se veía luz debajo de las puertas, pero el departamento de ella estaba a oscuras. La puerta,

cuando trató de abrirla, estaba cerrada con llave.

-Tengo la llave -musitó ella- en mi bolso. Bájeme y la sacaré.

La bajó; tambaleándose un poco, se recostó en la puerta con los ojos medio cerrados. Finalmente sonrió, abrió el bolso y buscó la llave a tientas.

-Gracias por el rato agradable -dijo.

-No tiene que agradecerme nada.

-Salimos juntos, ¿verdad?

-Supongo que sí. ¿Se divirtió?

-Quisiera...

Otra vez bostezó, mostrando sus pequeños dientes blancos y su lengua rosa de gato.

-Quisiera haber entendido más. Alguna vez volveremos a ver a ese hombre gordo... ¿Sid Hethel? ¿Vendrá aquí?

-Tal vez. Eso espero.

Le colocó las manos sobre los hombros y, con los dedos sobre su cuello, se inclinó y la besó cerca de la boca. Ella emitió un gritito silencioso de sorpresa y admiración; alzó una mano en un ademán de defensa, como si tuviera la intención de arañarlo. Cualquiera que hubiese sido su intención, cambió de opinión. Por un momento se recostó, soñolienta, contra él, aferrándose en su medio sueño; entonces despertó de repente. Había llegado a alguna clase de decisión; su cuerpo se puso tieso y se hizo hacia atrás.

-No -declaró, evadiéndose de él; se desprendió de sus manos y se volvió espectral e inmaterial en la penumbra del pasillo.

-¿No qué? -preguntó sin entender.

-No podemos entrar ahí; ella está ahí.

Mary Anne lo tomó de la mano para llevarlo otra vez por el pasillo, alejándose de la puerta cerrada de su departamento.

15

Aferrada aún a su mano, bajó corriendo las escaleras del edificio de departamentos y salió a la oscuridad de la calle. Schilling empezó a dirigirse hacia su coche estacionado, pero lo alejó de él y lo llevó por la banqueta.

-Al coche no -jadeó y echó a caminar en la dirección opuesta al casco indistinto de metal negro-. No está lejos; caminaremos.

-¿Adónde vamos?

Se le perdió la respuesta; no alcanzó a entenderla. En el silencio de la noche su respiración era laboriosa. Sin soltarlo, lo llevó a la acera de enfrente y dio vuelta a una esquina. Adelante de ellos brillaban las luces del sector comercial del centro, las tiendas, los bares y las gasolineras.

Lo llevaba hacia la discoteca. Apresurándose a través de la oscuridad, lo llevaba cada vez más cerca de su propia tienda. Lo que había dicho, se dio cuenta al fin, fue *cuarto de depósito*. Ahí era a donde iban, al sótano remodelado debajo del nivel de la calle. Ya estaba luchando con el bolso para sacar su llave de la tienda.

-Déjame llevarte a casa -protestó-. A mi casa.

-Por favor, Joseph... no quiero ir ahí.

-¿Pero por qué en la tienda?

Aminoró un poco el paso; su rostro se veía muy pálido bajo el fulgor de la luz de la calle.

-Tengo miedo -afirmó, como si con eso lo explicara todo. Y para él así fue. Estaba apoderándose de ella el pánico, tal como aquel primer día. Sin embargo, esta vez estaba prevenido; no fue ninguna sorpresa para él.

-Mira -indicó calmadamente, obligándola a detenerse-. Regresa a tu departamento. Te llevaré... no tienes por qué preocuparte.

Le desenredó los dedos hasta que sus manos quedaron libres.

-¿Viste? Tan sencillo como eso.

-No te vayas -replicó al instante-. ¿No podemos ir a la tienda? Ahí estaré bien; quiero estar en el sótano, donde se está seguro.

Y echó a correr otra vez; la seda de su ropa brillaba y crujía delante de él.

La siguió. Al alcanzarla, ya había cruzado la calle al otro lado; la discoteca estaba a la vista, con las luces del aparador encendidas con toda su fuerza.

-Toma -dijo ella-. Abre la puerta.

Le alargó la llave; la aceptó, dio vuelta a la cerradura y abrió la puerta.

Hacía frío en la tienda. Salvo el aparador, todo estaba oscuro. La bruma agria del humo de cigarros estaba suspendida en las cabinas, un olor rancio mezclado con la presencia de cebollas y de sudor humano: recuerdos de los clientes. A su izquierda estaba el mostrador, cargado con discos. Mientras alargaba la mano hacia el apagador de la luz chocó contra la esquina de una mesa de exhibición con la rodilla; resopló y se detuvo para inclinarse hacia el lugar adolorido.

Al fondo de la tienda se prendió la luz del pasillo. Mary Anne desapareció en la oficina y volvió a salir casi de inmediato, con una chamarra de lana sobre los hombros.

-¿Dónde estás? -preguntó.

-Aquí.

Encontró el apagador de la luz del techo y la prendió. Quejándose, cojeó a la puerta, bajó la persiana y destrabó la cerradura. El pesado pestillo brincó a su lugar.

-Sí -convino ella-. Ciérrala. Se me olvidó. ¿Puedo poner el calentador de la oficina?

-Por supuesto.

Se sentó en la repisa de la ventana a descansar y se sobó la rodilla. Mary Anne desapareció en la oficina; percibió el suave brillo azul de la lámpara fluorescente arriba de su escritorio. La escuchó moverse, sacar el calentador eléctrico, bajar la persiana.

-¿Lo encontraste? -preguntó cuando volvió a aparecer.

-Lo prendí; está calentándose.

Se acercó para detenerse junto a él, agazapada junto al mostrador, medio en cuclillas, medio recostada en la superficie vertical a sus espaldas.

-Joseph -preguntó-, ¿por qué me besaste?

-¿Por qué? -repitió-. Porque te quiero.

-¿De veras? Me pregunté si sería por eso.

Se acomodó y lo miró con gesto aprensivo y preocupado.

-¿Estás seguro de que fue por eso?

Entonces se incorporó.

-Vayamos a la oficina, donde hay calor.

El pequeño calentador eléctrico emanaba rayos, creando un nimbo de calor a su alrededor.

-Míralo -señaló Mary Anne-. Se calienta a sí mismo... nada más.

-¿Me tienes miedo? -le preguntó.

-No.

Atormentada, dio vuelta a la oficina.

-No lo creo, por lo menos. ¿Por qué debiera tenerte miedo?

Afuera de la tienda un coche se precipitó por la calle vacía; sus faros derramaron luz sobre las mesas y los estantes de exhibición, los anaqueles con discos detrás del mostrador. Luego el coche desapareció y la tienda volvió a la oscuridad.

-Voy a bajar -anunció ella y se encaminó al pasillo.

-¿Para qué?

No hubo ninguna respuesta; encendió la luz del sótano y ya bajaba apresurada por la escalera.

-Regresa aquí -ordenó.

-Por favor, no me grites -replicó con tonos precisos. Pero se detuvo en la escalera-. No soporto que me griten.

-Mírame -volvió a ordenar.

-No.

-Olvida esa maldita neurosis y mírame.

-No puedes mandarme -afirmó. Sin embargo, poco a poco volvió la cabeza, los ojos sombríos, los labios apretados firmemente, y le dio la cara.

-Mary Anne -preguntó-, ¿qué te pasa?

La expresión de sus ojos se hizo borrosa.

-Tengo miedo de que algo me pase.

Alzó una pequeña mano; frágil y temblorosa, se sujetó en el barandal.

-Diablos -exclamó con labios temblorosos-. Es por algo que pasó hace mucho tiempo. Lo siento, Joseph.

-¿Por qué? -repitió-. ¿Por qué quieres bajar?

-Para traer la cafetera. ¿No te lo dije?

-No, no me lo dijiste.

-Todavía está ahí abajo... la estuve lavando hoy. Está secándose sobre la mesa para empaquetar, junto a la cinta adhesiva. Sobre unos trozos de cartón.

-¿Quieres tomar café?

-Sí -replicó ansiosamente-. Tal vez me quite el frío.

-Está bien -accedió-. Ve por ella.

Agradecida, soltó el barandal y bajó rápidamente al cuarto de depósito. Schilling la siguió. Cuando llegó al sótano la encontró sentada en la orilla de la tambaleante mesa, armando la cafetera Silex. Unas gotas de agua brillaban sobre su muñeca; había llenado la cafetera de agua y ésta se estaba derramando. Por un momento consideró bajarle la lata de café Folger's; ella había empezado a buscar en los estantes a sus espaldas, alzando la mano para apartar las cajas de cordón y de cinta transparente. Se acercó, medio con esa intención y medio con otra, con una que siguió difusa en su mente hasta que casi la alcanzó y ella levantó la Silex para que él la tomara. La tomó y sin vacilar volvió a colocarla en la orilla de la mesa; rodeó los hombros de la muchacha con los brazos.

-Qué delgada estás -opinó en voz alta.

-Te lo dije.

Se acomodó hasta quedar con más peso sobre la mesa.

-¿Cómo se llama cuando una tiene ganas de echarse a correr? ¿Pánico? Suena como la palabra indicada. Pero siempre quise tener un lugar al que pudiera correr, un lugar donde pudiera esconderme... mas cuando llegaba, nadie quería dejarme entrar o no era, después de todo, donde quería estar. No resultó bien nunca; siempre fallaba algo. Y dejé de intentarlo.

-¿Has venido aquí por la noche?

-Algunas veces.

-¿A hacer qué? ¿Estar sentada nada más?

-Me siento a pensar. En ninguno de mis trabajos anteriores me habían dado la llave. Toqué algunos discos... traté de acordarme de lo que me has dicho acerca de ellos, de lo que debía buscar al escucharlos. Hay uno que me gustó mucho; lo coloqué en la máquina y luego fui a la oficina y escuché ahí, porque hacía más calor. ¿Estás enojado conmigo?

-No -contestó.

-No lograré nunca entenderlo todo, todo lo que tú sabes. Pero no fue por eso, de cualquier modo, por lo que vine. Sólo quise escuchar y estar aquí sola, con la puerta cerrada. Una noche -anoche, creo- vino el policía y me iluminó con su lámpara sorda. Tuve que ir a abrir la puerta y demostrar quién era.

-¿Te creyó?

-Sí, ya me había visto trabajar durante el día. Me preguntó si estaba bien.

-¿Qué le dijiste?

-Le dije que estaba todo lo bien que he estado jamás. Pero en realidad no lo suficiente.

-¿Hay algo que yo pueda hacer? -preguntó.

-No tienes que hacer nada.

-Quiero hacer algo.

-Bueno, podrías traer el café.

-¿No puedo hacer nada más?

Ella reflexionó, la cabeza apoyada en la de él, con una mano en la mejilla y la otra sobre las piernas. Sintió la corriente de su respiración y vio el ligero movimiento de sus labios. Como una niña, respiraba por la boca. Estaba tan cerca de él que, a pesar de la luz tenue, pudo distinguir las hebras diminutas, perfectamente formadas, que le crecían en la nuca y que se perdían entre la oscuridad general de su cabello. En la orilla de su mandíbula, debajo de la oreja izquierda, había una cicatriz casi invisible, una delgada línea blanca que desaparecía en la ligera pelusa de su mejilla.

-¿De qué fue eso? -preguntó y tocó la cicatriz.

-Oh.

Le sonrió, alzando el mentón.

-Cuando tenía once años choqué con la puerta de cristal de una alacena, y se rompió.

Sus ojos se desplazaron, traviesos.

-No me dolió, pero sangró mucho, chorreando por mi cuello, grandes gotas rojas. Tenía un gato que solía meterse a la alacena de los trastes para dormirse en un gran tazón para mezclar, que mi madre usaba para preparar los pasteles. Traté de sacarlo, pero no quiso. Estaba jalándolo de una pata, y de repente me arañó. Me hice para atrás y rompí la puerta de cristal.

Aún meditaba sobre la herida de su infancia cuando él le levantó la cara y la besó, esta vez directamente sobre los labios secos. No había exceso de carne en ninguna parte de ella; tenía los huesos cerca de la superficie, justo debajo de la piel; primero la seda de su ropa y luego la dureza inmediata de sus costillas, omóplatos y clavícula. Su pelo, al caer cerca de él, olía débilmente a humo de cigarro. Cerca de sus orejas estaban suspendidos los vestigios de algún perfume evaporado hacía mucho tiempo. Estaba cansada y la envolvía una sensación de cansancio, cierta pasividad alicaída y silenciosa.

Al principio la abrazó sin fuerza, porque pensó que tal vez quisiera escaparse, y era importante que fuese capaz de escaparse. Sin embargo, al cabo de un tiempo

se dio cuenta de que imperceptiblemente estaba durmiéndose o cayendo, al menos, en una especie de sereno estupor. Aún tenía los ojos abiertos -estaba contemplando las cajas de cartón con la cinta para la máquina sumadora arriba de la cabeza de él-, pero no mostraban el foco particular de la conciencia. Estaba consciente de él, consciente también de sí misma, pero sólo en una forma nebulosa. Tenía la mente vuelta al interior, dando vuelta a sus pensamientos todavía, a los recuerdos de los pensamientos; meditaba las experiencias ocurridas hacía mucho tiempo.

-Me siento segura -declaró al fin.

-Sí -afirmó él-. Lo estás.

-¿Por ti?

-Eso espero. También por la tienda. Nos sustenta.

-Pero principalmente por ti. No siempre me he sentido así. Antes fue todo lo contrario. ¿Te acuerdas?

-Te di miedo.

-Me espanté muchísimo. Y eras tan... severo. Me sermoneaste; eras como...

Buscó en su memoria mientras una luz bailaba en sus ojos.

-Cuando era muy pequeña... la imagen de Dios en la escuela dominical. Sólo que no tienes una larga barba.

-No soy Dios -afirmó. Era un hombre común; no era Dios, ni siquiera parecido a Dios, pese a la imagen que ella había visto en la escuela dominical. Un enojo infeliz creció dentro de él. Su extraño ideal cálido, totalmente infantil... y en realidad había tan poco que pudiera hacer para ayudarla-. ¿Decepcionada? -preguntó.

-Supongo que no.

-No te agradaría Dios. Manda a la gente al infierno. Dios es un reaccionario anticuado.

Se hizo hacia atrás y frunció la nariz. La besó otra vez. Ahora se movió; apartó la cara, sonrió y le sopló una bocanada de aliento cálido. Entonces su sonrisa, sin advertencia alguna, desapareció. Bajó la cabeza, tembló y puso tiesa su espalda, las manos apretadas firmemente la una contra la otra, gimió y se enderezó hasta que su garganta desnuda quedó frente a los ojos de Schilling.

Joseph Schilling sabía que tenía miedo, que había vuelto la vieja imagen. Sin embargo, no se movió. Hubiera sido un error moverse. Mantuvo esta idea fija en la mente.

-Joseph -musitó-, yo...

El sonido hablado se desvaneció entre un tartamudeo confundido; meneó la cabeza y se impulsó inquietamente hacia arriba, como si su cuerpo estuviera atrapado.

-¿Qué pasa? -preguntó él y se enderezó junto con ella cuando se deslizó de la mesa y lo agarró. Sus uñas se hundieron en las mangas del hombre; luchó consigo misma, tragando saliva rápidamente, los ojos cerrados.

Schilling vio sus propias manos pinchar los broches que mantenían cerrada su blusa. Qué extraño, pensó. Así que eso era. Qué extraño espectáculo, sus manos grandes y rojizas tan afanosamente ocupadas. La muchacha abrió los ojos, bajó la mirada y miró. Juntos observaron como las manos separaron la blusa y la extendieron sobre el hueco de sus hombros, hasta que su ropa le cayó a los codos.

-¡Dios mío! -susurró la muchacha. Schilling, sin comprender, se hizo hacia atrás y se sentó, frotándose las manos.

Mary Anne respiró profundamente y empezó a recoger otra vez la blusa a su

alrededor. Una expresión de admiración apareció en su cara; se volvió hacia él y preguntó:

-¿Tú hiciste eso? Lo hiciste tú, ¿verdad?

-Sí -replicó.

Estiró la mano y separó totalmente la tela de su blusa y soltó los broches restantes. Ella no protestó; con cierta curiosidad observó sus manos mientras se desplazaban sobre su estómago al cierre de resorte que mantenía los pantalones en su lugar. Intentó desabrocharse el sostén buscando en su espalda sin lograrlo hasta que Schilling la volteó un poco, le apartó los dedos y lo desenganchó.

-Gracias -musitó ella. El sostén cayó hacia delante y lo sujetó por las copas. Con unos cuantos movimientos breves terminó de quitarse los pantalones y, con un estremecimiento, se bajó las pantaletas. Juntó la ropa, hizo un bulto y lo puso a un lado. Durante un instante su columna, ligeramente luminosa, bailó frente a él; luego se precipitó hacia delante, muy tersa, muy viva, se subió a la mesa.

-Sí -afirmó-. No esperes; apúrate, Joseph, por amor de Dios.

No tuvo que esperar. Ella aplanó la espalda contra la mesa y así fue capaz de recibirlo; lo guió con sus propios dedos, empujó hasta que ya no pudo más y, apoyándose sobre los puños, endureció el cuerpo. Estaba caliente por dentro, más caliente de lo que él hubiera encontrado en cualquier parte, con cualquiera. Tuvo los ojos cerrados y se concentró en el ritmo de su cuerpo. Sobre su pelvis ondeó una capa de músculos fuertes, de mucha energía; la actividad se extendió hasta alcanzar sus senos y dilatar cada pezón. La penetró en tan poco tiempo que ninguno pronunció una sola palabra.

Lo lograron, entonces. Algo se abalanzó a la superficie del cuerpo de la muchacha y desapareció; se estrechó, se puso dura y luego blanda otra vez. La muchacha suspiró, se recostó y se relajó. Retiró los puños y, contenta, colocó las palmas extendidas sobre el abdomen.

Schilling esperó y entonces se retiró con cuidado. Mary Anne no dijo nada. Finalmente, después de que él volviera a cubrirse con su ropa y estaba bajando al suelo, ella se movió, abrió los ojos y se incorporó.

Con voz baja y tímida indicó:

-Eso nunca me había sucedido antes. Nunca sentí que algo se viniera dentro de mí. Fue siempre algo que me pasaba a mí; nada que yo hiciera.

-Es bueno -le aseguró.

Finalmente, ella encontró su ropa y empezó a vestirse. Schilling no pudo evitar mirar el reloj. Sólo habían pasado diez minutos desde que descendieron al cuarto. No parecía posible, pero efectivamente no había pasado más tiempo. Si en cambio hubieran subido a poner la cafetera, apenas estaría lista.

Cuando la muchacha terminó de vestirse, le preguntó:

-¿Cómo te sientes, Mary Anne?

Estiró los brazos, se sacudió como un animal y se dirigió rápidamente a la escalera.

-Me siento muy bien, pero tengo hambre. ¿Podemos ir a comer algo?

Se rió.

-¿Inmediatamente?

A la mitad de las escaleras, se detuvo para contemplarlo.

-¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

-Nada.

Subió la escalera y se detuvo junto a ella. No pareció molestarla; no protestó cuando estiró el brazo y se lo colocó en la cintura. Ella se recostó y descansó sobre él, produciendo un murmullo de satisfacción. Le cubrió el seno derecho con

Librodot

los dedos y tampoco pareció molestarla; de hecho, cerró la propia mano encima de la suya y lo apretó contra ella hasta que sintió la línea de las costillas debajo de su piel.

-¿Adónde quieres ir? -preguntó al soltarla.

-A donde sea. A algún lugar donde podamos conseguir hot-cakes, jamón y café. Eso es lo que quiero; y mucho.

Emocionada, corrió hasta arriba de la escalera.

-¿Está bien? -preguntó, perfilada arriba de él.

-Esta bien -contestó, feliz, y estiró la mano para apagar la luz del sótano.

16

El restaurante Pacific Star era un pequeño café construido de madera, a la orilla del sector comercial del barrio pobre. Mary Anne abrió la puerta provista de mosquitero y entró. Un taxista y dos obreros con chamarras de piel negra estaban sentados ante la barra tomando café y leyendo la sección deportiva del *Chronicle* de San Francisco. En uno de los compartimientos se encontraba una pareja negra muy seria.

-¿Puedo pedir lo que quiera?

Con ojos centelleantes se deslizó dentro de un compartimiento desocupado al fondo.

-Por supuesto que sí -contestó Schilling y tomó el menú.

-Quiero lo que dije. ¿Me lo darán?

-Si no, iremos a otra parte.

El encargado de la barra, un griego de edad madura con un delantal blanco y sucio, se acercó y les tomó la orden.

-¿Cuánto tardarán? -preguntó Mary Anne a Schilling mientras el griego regresaba a sacar el jamón del refrigerador-. No tardarán mucho, ¿verdad?

-Sólo unos cuantos minutos.

-Me muero de hambre.

Empezó a leer los títulos en la rocola.

-Mira... todas son piezas jump. Puro «Jazz en la filarmónica»... ¿puedo tocar alguna? ¿Puedo tocar esta de Roy Brown? Se llama «Good Rockin' Tonight». ¿Te importaría?

Encontró cambió y se lo pasó por encima de la mesa.

-Gracias -dijo tímidamente, metió una moneda en la ranura y dio vuelta al disco selector. Al poco tiempo el café retumbó con el ruido de un saxofón.

-Supongo que fue bastante malo -comentó Mary Anne al concluir por fin el estruendo. No mostró la intención de recoger más dinero del pequeño montón, y Schilling preguntó:

-¿No vas a tocar otra cosa?

-No sirven.

-No digas eso. Esos hombres son artistas en su campo. No quiero que renuncies a lo que disfrutas en beneficio de lo que a mí me gusta.

-Pero lo que a ti te gusta es mejor.

-No necesariamente.

-Si no es mejor, ¿entonces por qué te gusta?

Mary Anne tomó ansiosamente una servilleta de papel.

-Ahí viene la comida. Voy a pedirle a Harry que se siente a comer con nosotros.

Explicó:

-Harry es el que lleva la comida.

-¿Cómo sabes que se llama Harry?

-Simplemente lo sé; todos los griegos se llaman Harry.

Cuando el hombre hubo llegado a la mesa y sus largos brazos empezaron a repartir los platones de comida, Mary Anne anunció:

-Harry, siéntese, por favor; queremos que coma con nosotros.

El griego sonrió.

-Lo siento, señorita.

-Adelante. Lo que usted quiera; nosotros lo pagaremos.

-Estoy a dieta -se disculpó el griego y limpió la mesa con su trapo húmedo-, no puedo tomar más que jugo de naranja.

-No creo que en realidad sea griego -expuso Mary Anne, mientras se alejaba el encargado de la barra-. Apuesto a que su nombre ni siquiera es Harry.

-Probablemente no -asintió Schilling y empezó a comer. La comida era buena y comió mucho. Finalmente, frente a él, la muchacha apuró lo último de su café, apartó el plato y declaró:

-Terminé.

Había terminado sin dejar nada. Prendió un cigarro y se quedó sonriéndole por encima de la húmeda mesa amarilla.

-¿Tienes hambre todavía? -preguntó-. ¿Quieres más?

-No. Fue suficiente.

Su atención divagó.

-¿Cómo será tener un pequeño café...? Uno podría comer todo lo que quisiera a cualquier hora del día. Podría vivir en la parte de atrás... ¿crees que viva en la parte de atrás? ¿Crees que tenga una familia grande?

-Todos los griegos tienen familias grandes.

Los dedos de la muchacha golpearon, inquietos, en la superficie de la mesa.

-¿Pudiéramos dar un paseo? Pero tal vez no te guste caminar.

-Antes caminaba todo el tiempo, antes de que tuviera el coche. Y no encontré que me hiciera ningún daño.

Terminó de comer, se limpió la boca con la servilleta y se puso de pie.

-Así que vayamos a dar nuestro paseo.

Le pagó a Harry, quien estaba recostado en la caja, y luego salieron a la calle oscura. Se veía a poca gente y la mayoría de las tiendas ya habían apagado las luces. Con las manos en las bolsas y el bolso apretado debajo del brazo, Mary Anne caminó. Schilling la siguió, dejando que ella escogiera la dirección. Sin embargo, no tenía en mente ninguna ruta en especial; se detuvo al final de la cuadra.

-Pudiéramos ir a cualquier parte -declaró.

-Es cierto.

-¿Hasta dónde crees que podríamos caminar? ¿Estaríamos caminando todavía cuando saliera el sol?

-Bueno -respondió Schilling-, lo más probable es que no.

Eran las 11 con 15 minutos.

-Tendríamos que caminar durante siete horas.

-¿Dónde estaríamos entonces?

Hizo cuentas.

-Podríamos llegar a Los Gatos, de ir por la carretera principal.

-¿Has estado en Los Gatos alguna vez?

-Una. Eso fue en 1949, cuando aún trabajaba para Allison y Hirsch. Me dieron

vacaciones e íbamos camino a Santa Cruz.

Mary Anne preguntó:

-¿Con quién ibas?

-Con Max.

Avanzando lentamente por la calle, preguntó:

-¿Qué tan estrecha fue tu relación con Beth?

-En algún momento fue muy estrecha.

-¿Tanto como tú y yo?

-No tanto como tú y yo.

Quería ser sincero con ella, de modo que explicó:

-Pasamos una noche juntos en una cabaña por el río Potomac, en una pequeña y vieja cabaña que antes servía para el cuidador de las esclusas en el viejo canal. A la mañana siguiente la llevé otra vez a la ciudad.

-Fue cuando Danny Coombs trató de matarte, ¿verdad?

-Sí -admitió.

-Antes no me dijiste la verdad. -Sin embargo, su voz no expresó ningún rencor-. Dijiste que no habías estado con ella.

-Beth... no era su esposa entonces.

Esta vez no pudo contarle la verdad, porque era imposible que entendiese. Había que vivir la experiencia.

-¿La amaste?

-No, definitivamente no. Fue un error por mi parte y siempre lo he lamentado.

-Pero a mí me quieres.

-Sí -afirmó.

Y lo dijo de corazón.

Satisfecha, la muchacha siguió caminando. Sin embargo, un poco después pareció recaer en la preocupación.

-Joseph -preguntó-, ¿por qué te fuiste con ella si no la querías? ¿Está bien eso?

-No, supongo que no. Sin embargo, para ella fue un acontecimiento común... no fui el primero ni el último.

Así que tuvo que explicar, de todos modos.

-Ella estaba pues... disponible. Suelen suceder actos físicos de ese tipo. Las tensiones crecen... hay que disiparlas de alguna manera. No implica nada personal.

-¿Alguna vez quisiste a alguien, antes que a mí?

-Hubo una mujer llamada Irma Fleming a la que quise mucho.

Guardó silencio por un momento al recordar a su esposa, a la que no había visto en muchos años. Él e Irma se habían separado legalmente en -por Dios- 1936. El año en que Alf Landon había disputado la presidencia.

-Pero eso fue hace mucho tiempo.

Definitivamente hacía mucho tiempo.

-¿Hace cuánto? -preguntó Mary Anne.

-Preferiría no decirlo.

Había muchas cosas, algunas relacionadas con lo mismo, que prefería no contar.

-Si te preguntara, ¿me dirías cuántos años tienes?

-Tengo cincuenta y ocho años, Mary.

-Oh.

Inclinó la cabeza en señal de aprobación.

-Es más o menos lo que pensé.

Llegaron a la lavandería para coches, a la orilla de la carretera principal. Al

verla, Schilling recordó la primera hora que había pasado en Pacific Park: al negro llamado Bill que era dueño del establecimiento, y a su asistente que había ido a alguna parte por una coca. Así como a la preparatoriana de pelo oscuro.

-¿Fuiste a esta preparatoria? -preguntó.

-Claro. Es la única que hay.

-¿Cuándo fue eso?

No le era difícil imaginarla como preparatoriana; la imaginaba con su suéter y falda, cargando unos cuantos libros de texto, caminando, como había caminado la muchacha de cabello oscuro, de la preparatoria a Foster's Freeze a las tres horas de una calurosa tarde a mediados de verano.

«Sus pequeños senos frescos -pensó casi con tristeza-. Como pastelillos de levadura. El cuerpo ligeramente velloso, que crece y florece... y de él emana el olor de la primavera».

-Fue hace dos años -indicó Mary Anne-. Aborrecía la escuela. Todos esos chicos tontos.

-Tú también fuiste chica.

-Pero no tonta -declaró, y él lo creyó. Pasando la lavandería para coches cerrada había una pequeña tienda de cerámica a la orilla de la carretera. Unas cuantas luces estaban prendidas todavía; una mujer vestida con una larga bata llevaba unas piezas de loza al edificio.

-Cómprame algo -pidió Mary Anne de repente-. Cómprame una taza o una maceta... algo con lo que me pueda quedar.

Schilling se acercó a la mujer.

-¿Es demasiado tarde? -preguntó.

-No -repuso, sin detenerse-. Puede llevarse lo que quiera. Pero discúlpeme si no los atiendo.

Juntos, él y Mary Anne se pasearon entre los tazones, los floreros, los platos, las vasijas y las macetas de pared.

-¿Ves algo que te agrade? -preguntó. La mayoría eran las curiosidades extravagantes de costumbre, para vender a los automovilistas.

-Escógelo tú -pidió Mary Anne.

Buscó y encontró un plato sencillo de barro barnizado con un azul pálido y moteado. Pagó a la mujer y se lo llevó a Mary Anne, quien lo esperaba a la orilla del campo.

-Gracias -dijo tímidamente, al aceptar el plato-. Es bonito.

-Por lo menos no está recargado de adornos.

Mary Anne siguió, cargando su plato. Habían dejado atrás las tiendas y estaban acercándose a una oscura mancha de árboles a la orilla de la ciudad.

-¿Qué es eso? -preguntó Schilling.

-Un parque. La gente viene a días de campo aquí.

La entrada estaba cerrada por una cadena suspendida, pero ella pasó por encima de ella y siguió hacia la primera mesa.

-Nadie debe entrar en la noche, pero no se molestan en revisar. Solíamos venir aquí todo el tiempo... los de la escuela. Veníamos en coche por la noche, nos estacionábamos, dejábamos el coche y nos metíamos a pie.

Pasando la mesa había una parrilla de piedra, un basurero y una fuente con agua potable. La zona para comer estaba rodeada por una maraña de árboles y arbustos, una mancha caótica de noche.

Mary Anne se sentó en la banca junto a la mesa, se recostó y esperó que la alcanzara. El camino de tierra estaba sobre una ligera pendiente y se encontraba sin aliento para cuando llegó hasta ella.

Librodot

-Está agradable aquí -afirmó y se sentó sobre la banca a su lado-. Pero el otro tiene el pato.

-Ah, sí -exclamó-. El gran pato. Tiene años ahí. Pero me acuerdo de cuando era un bebé.

-¿Te gusta?

-Claro, pero una vez trató de morderme. En todo caso, ese parque es para los jubilados.

Miró a su alrededor.

-En el verano veníamos a sentarnos aquí, cuando hacía mucho calor, a tomar cerveza y a escuchar un radio portátil Zenith con el que andábamos. Se me olvida de quién era. Un día se cayó del coche y se estrelló.

Examinó cuidadosamente el plato azul sobre su regazo.

-En la noche -afirmó- no se distingue el color.

-Es azul -indicó Schilling.

-¿Está pintado?

-No -explicó-, es un barniz cocido al fuego. Se aplica con un pincel y luego se mete en un horno.

-Tú sabes casi todo lo que puede saberse.

-Bueno, he visto cómo fabrican la loza de barro, si a eso te refieres.

-¿Has viajado por todo el mundo?

Se rió de la idea.

-No, sólo a Europa. A Inglaterra y Francia, como un año en Alemania. Ni siquiera a toda Europa.

-¿Hablas alemán?

-Más o menos.

-¿Y francés?

-No tanto.

-Tomé dos años de español en la preparatoria -indicó Mary Anne-. Ahora ya no me acuerdo de nada.

-Te acordarás cuando te haga falta.

-Me gustaría viajar -afirmó-. Me gustaría ir a Sudamérica y a Europa y al Oriente. ¿Cómo será el Japón? Mi compañera de departamento tiene un hermano que estuvo en Japón después de la guerra. Le mandó muchos ceniceros y cajas de trucos y unas bellísimas cortinas de seda y un abrecartas de plata.

-El Japón estaría bien -dijo Schilling.

-Vamos, pues.

-Está bien -asintió él-, iremos ahí primero.

Durante un rato, Mary Anne guardó silencio.

-¿Te das cuenta -inquirió al fin- que si dejara caer este plato se rompería en mil pedazos?

-Es lo más probable.

-Entonces ¿qué?

-Entonces -declaró Schilling- te conseguiría otro.

Bruscamente, Mary Anne se puso de pie.

-Caminemos. ¿Nos atropellarán y matarán si caminamos por la carretera?

-Es posible.

Ella decidió:

-Aun así, quiero hacerlo.

Eran las 11:45. Caminaron durante dos horas sin que ninguno dijera mucho y concentrándose, en cambio, en los coches que se precipitaban junto a ellos de cuando en cuando; se quitaban del asfalto, se colocaban sobre el suelo cubierto

de hierbas y volvían al desaparecer cada coche.

Poco antes de las dos de la madrugada fueron acercándose a una isla de luces que crecía junto a la carretera. Con el tiempo las luces se definieron como una gasolinera Shell, un puesto de frutas -cerrado- y una taberna. Dos coches estaban estacionados afuera de la taberna. Un anuncio de neón, «EL BRILLO DEL ORO», relucía en la ventana y el sonido de voces y risas emanó hacia la noche.

Mary Anne cruzó el estacionamiento y se arrojó sobre los escalones de la taberna.

-No puedo seguir -declaró.

-No -asintió Schilling al detenerse junto a ella-. Yo tampoco.

Entró y habló por teléfono a la compañía de Taxis Amarillos. Quince minutos más tarde un taxi entró al estacionamiento y aminoró la velocidad hasta detenerse junto a ellos. El chofer abrió la portezuela e invitó:

-Súbanse, amigos.

Mientras volvían a Pacific Park, Mary Anne contempló el paso de la carretera oscura.

-Estoy cansada -afirmó una vez con voz muy baja.

-Debes estarlo -dijo Schilling.

-No traje los zapatos adecuados.

Había subido los pies y estaba sentada sobre ellos.

-¿Cómo te sientes tú?

-Estoy muy bien -afirmó, lo cual era cierto-. Ni siquiera creo que vaya a estar adolorido mañana -agregó, lo cual probablemente no fuese cierto.

-Tal vez pudiéramos salir a caminar otra vez, en otra ocasión -sugirió Mary Anne-. Cuando tengamos los zapatos adecuados y todo lo demás. Hay un lugar bonito por las montañas... está muy alto y se abarcan muchos kilómetros con la vista.

-Suena maravilloso.

De veras le pareció así, a pesar de lo cansado que estaba.

-Si quieres, podemos ir en coche una parte del camino, estacionarlo y caminar desde ahí.

-Ya llegamos, amigos -advirtió el chofer alegremente, deteniéndose delante del edificio de departamentos de Mary Anne-. ¿Quieren que espere? -preguntó mientras abría la portezuela.

-Sí, espere -le indicó Schilling. Él y la muchacha subieron las escaleras; le detuvo la puerta y ella se deslizó al interior por debajo del arco formado por su brazo.

En el vestíbulo se detuvo. Aún asía firmemente su plato azul.

-Joseph -murmuró-, buenas noches.

-Buenas noches -contestó. Se inclinó y la besó en la mejilla. Sonriente, alzó la cara, expectante-. Cuídate -le recomendó. Fue lo único que se le ocurrió.

-Lo haré -prometió, se volvió y subió corriendo las escaleras.

Schilling regresó al porche del edificio. Ahí estaba el taxi, con los cuartos prendidos, esperándole. Descendió los escalones de hormigón e iba a entrar al taxi cuando se acordó de su propio coche. El Dodge, húmedo y oscuro, estaba estacionado a sólo unos cuantos metros de distancia; se había olvidado de él por completo.

-Voy a caminar -informó al taxista-. ¿Cuánto le debo?

El chofer bajó el brazo del taxímetro y arrancó el recibo de papel.

-Nueve dólares con 85 centavos -anunció plácidamente.

Schilling le pagó y se dirigió tiesamente a su propio coche. La tapicería, cuando se subió, estaba fría y desagradable. El motor tosió de manera irregular al encenderlo. Dejó que se calentara unos minutos antes de soltar el freno de mano y arrancó a través de la calle silenciosa y vacía.

17

A la mañana siguiente, la mañana del domingo, ella le habló a las diez.

-¿Ya te levantaste? -preguntó.

-Sí -contestó Schilling; ya se había rasurado y estaba vistiéndose-. Me levanté a las nueve.

-¿Qué estás haciendo?

Conforme a la verdad, respondió:

-Estuve a punto de ir al centro a desayunar.

-¿Por qué no vienes y te preparo el desayuno?

Su voz bajó.

-Quizá pudieras pasar por el periódico.

-Eso haré.

Le dio miedo preguntar si estaría su compañera. En cambio, preguntó:

-¿No quieres otra cosa? ¿Cómo te sientes hoy?

-Estoy muy bien.

Sonaba perezosa y contenta.

-Parece que va a ser un bonito día.

Él aún no se había fijado.

-Te veré en un ratito -convino. Colgó y buscó su saco.

La puerta de su departamento, cuando llegó, estaba abierta. Un olor caliente y agradable a tocino frito y huevos emanó al pasillo, junto con los sonidos de la filarmónica de Nueva York. Mary Anne lo saludó en la sala; tenía puestos unos pantalones café y una camisa blanca, con las mangas subidas hasta los codos. La cara reluciente de sudor, lo saludó y corrió de vuelta a la cocina.

-¿Viniste en coche?

-Sí, en coche -contestó, colocó el *Chronicle* dominical sobre el sofá y se quitó el saco. Fue a cerrar la puerta al pasillo. No había señal alguna de la compañera.

-La gorda -mi compañera- salió -explicó Mary Anne al percatarse de las vueltas que daba-. Fue a la iglesia, luego almorzará con unas amigas y luego irá a un espectáculo. No va a regresar hasta en la tarde.

-No te simpatiza mucho -comentó él, encendiendo un cigarro. Había decidido dejar los puros.

-Es una pesada. ¿Por qué no vienes a la cocina? Podrías poner la mesa.

Cuando terminaron de desayunar, los dos se sentaron a escuchar los últimos minutos de la filarmónica. El departamento aún olía a café caliente y tocino. Afuera, en la entrada para los coches, un vecino vestido con camisa y pantalones deportivos estaba lavando el suyo.

-Qué agradable -declaró Mary Anne, profundamente sosegada.

Schilling percibió la magnitud de su comprensión mutua. No habían dicho mucho -casi nada-, pero estaba ahí. Estaba ahí, y ambos tenían conciencia de ella.

-¿Qué es eso? -preguntó Mary Anne-. Esa música.

-Un concierto para piano de Chopin.

-¿No es bueno?

-Es algo vulgar.

-Oh.

Inclinó la cabeza en señal de comprensión.

-¿Me explicarás cuáles son las vulgares?

-Con mucho gusto; eso es lo divertido. Cualquiera puede disfrutar la música; el no gustar de ella es lo que requiere de entrenamiento.

-Tengo unos discos -afirmó-, pero todos son de pop y jump. Cal Tjader y Oscar Peterson. Mi compañera escucha discos de mambo.

-¿Por qué no te deshaces de ella?

No había pensado en nada; sólo estaba consciente de la quietud del departamento.

-Búscate un lugar propio.

-No tengo dinero para eso.

En el radio, la música había concluido. El público aplaudió y el locutor describió el programa de la semana siguiente.

-¿Quién es Bruno Walter? -preguntó Mary Anne.

-Uno de los directores más grandes de nuestros días. Dejó Austria en 1938... unas tres semanas antes de grabar la novena de Mahler.

-¿La novena que?

-Sinfonía.

-Oh.

Inclinó la cabeza.

-Ya había escuchado su nombre; alguien preguntó qué teníamos de él.

-Tenemos bastante. Uno de estos días te tocaré la grabación que hizo con Kathleen Ferrier de la *Canción de la tierra* de Mahler.

Mary Anne se incorporó de un brinco.

-Tócamela ahora.

-¿Ahora? ¿En este instante?

-¿Por qué no? ¿No la tenemos en la tienda?

A saltitos corrió al radio y lo apagó.

-Hagamos algo.

-¿Quieres salir a alguna parte?

-Ya no quiero caminar; quiero pasármela acostada escuchando música.

Sus ojos destellaban animación; corrió por su chamarra roja.

-¿Podemos hacerlo? No aquí; regresará la gorda. ¿Dónde están todos tus discos, tu colección? ¿En tu casa?

-En mi casa -confirmó, poniéndose de pie.

Ella no conocía su departamento. Impresionada, contempló las alfombras y los muebles.

-Caramba -exclamó en voz baja al entrar delante de él-. Qué bonito está todo esto... ¿son esos cuadros de verdad?

-Son reproducciones -afirmó-. No son originales, si eso es a lo que te refieres.

-Supongo que a eso me refiero.

Empezó a quitarse la chamarra; él le ayudó y la colgó en el clóset. Dando vueltas, llegó al gigantesco escritorio de madera de roble de Schilling y se detuvo.

-¿Es aquí donde te sientas a escribir tu programa de radio?

-Precisamente en ese lugar. Ahí están mi máquina de escribir y mis libros de referencia.

Ella examinó la máquina de escribir.

-Es extranjera, ¿verdad?

-Es alemana. La conseguí cuando estuve con Schirmer. Yo representé la compañía en Alemania.

Admirada, recorrió las teclas con los dedos.

-¿Puede hacer ese signo chistoso?

-¿La diéresis?

Escribió una diéresis para ella.

-¿Viste?

Prendió su gran tocadiscos Magnavoz, fijó el cambiador de discos en 78 y, mientras se calentaba, entró a la despensa y revisó sus vinos. Sin consultar con ella escogió una botella de jerez Mackenzie's Fino Perla, tomó dos pequeñas copas para vino y regresó a la sala. Al poco tiempo estaban tendidos escuchando cantar «Der Nussbaum» a Heinrich Schlusnus.

-Lo había oído antes -afirmó Mary Anne al terminar el disco-. Es bonito.

Estaba sentada sobre la alfombra con la espalda apoyada en el sofá y la copa a su lado. Absorto en la música, Schilling apenas la oyó; puso otro disco y volvió a su sillón. Escuchó atentamente hasta que hubo terminado y él estaba volteando el disco.

-¿Qué fue eso? -preguntó.

-Aksel Schitz. Agregó el título de la obra.

-A ti te interesa más quién canta. ¿Quién es él? ¿Está vivo aún?

-Schitz vive todavía -afirmó Schilling-, pero ya no canta mucho. La mayoría de sus agudos han desaparecido... sólo le quedan los tonos bajos. Sin embargo, sigue siendo una de las pocas voces realmente únicas de este siglo. En algunas formas, la mejor.

-¿Cuántos años tiene?

-Casi sesenta.

-Quisiera -declaró Mary Anne con énfasis- poder deshacerme de mi maldita compañera. ¿Tienes alguna idea? Quizá pudiera encontrar un lugar más pequeño en alguna parte, que no costara tanto.

Schilling quitó la aguja del disco; todavía no llegaba a los surcos.

-Bueno -dijo-, la única solución es buscar. Lee los anuncios del periódico, recorre la ciudad para averiguar qué es lo que hay.

-¿Me ayudarías? Tienes coche... y sabes de esas cosas.

-¿Cuándo quieres buscar?

-De inmediato. Lo más pronto posible.

-¿Quieres decir ahora? ¿Hoy?

-¿Sería posible?

Divertido, indicó:

-Termina tu vino primero.

Lo apuró sin saborearlo. Colocó la copa sobre el brazo del sofá, se puso de pie y se quedó esperando.

-Fue al ver tu departamento -le indicó mientras lo abandonaban-. No puedo seguir viviendo con esa necia; con ella y sus manzanas de Oregon y sus discos de mambo.

En la farmacia de la esquina Schilling compró la edición sabatina del *«Leader»*; no había edición dominical. Atravesó la ciudad mientras Mary Anne, acomodada junto a él, escudriñaba cada anuncio y descripción.

Al cabo de media hora estaban subiendo las escaleras de un enorme edificio moderno de hormigón, en los límites de la población, parte de una zona recién urbanizada, con sus propias tiendas y lámparas características en las calles. Una fuente teñida señalaba la entrada al lugar; pequeños árboles, ciruelos floridos de

California, estaban plantados en los camellones que dividían el estacionamiento.

-No -desaprobó Mary Anne cuando el agente de rentas les mostró la serie de cuartos vacíos e higiénicos.

-Viene con refrigerador, estufa eléctrica, lavadora y secadora automáticas en el piso de abajo -indicó al agente, ofendido-. Con vista a las montañas; todo está limpio y nuevo. Señora, este edificio fue construido hace apenas tres años.

-No -repitió, dirigiéndose hacia la salida-. No tiene... ¿cómo se llama?

Meneó la cabeza.

-Está demasiado vacío.

-Necesitas un lugar que puedas arreglar tú misma -le aconsejó Schilling mientras continuaban en el camino-. Eso es lo que debes buscar, no sólo algo que se ocupe, como un cuarto de hotel.

Eran las tres y media de la tarde cuando encontraron lo que ella quería. Una gran casa en la sección residencial había sido dividida en dos departamentos; las paredes estaban recubiertas con madera de secoya y en la sala había una inmensa ventana panorámica. El olor a madera estaba suspendido en los cuartos, una presencia fresca y silenciosa. Mary Anne caminó de un lado al otro, asomándose a los clósets, poniéndose de puntas para inspeccionar las alacenas; tocó y olfateó las cosas, los labios separados, el cuerpo tenso.

-¿Y bien? -preguntó Schilling, contemplándola.

-Está... hermoso.

-¿Te gusta?

-Sí -susurró, viéndolo sólo a medias-. Imagínate cómo se vería con una cama estilo Hollywood ahí y tapetes chinos en el piso. Y podrías conseguirme unas reproducciones, como las que tú tienes. Podría hacer un librero con tablas y ladrillos... una vez vi uno. Siempre he querido uno igual.

La dueña, una mujer de pelo canoso entre 60 y 70 años de edad, permaneció en la puerta, complacida.

Schilling se acercó a Mary Anne y le colocó una mano en el hombro.

-Si quieres rentarlo, tendrás que darle un depósito de 50 dólares.

-Oh -exclamó Mary Anne, desconsolada-. Sí, es cierto.

-¿Tienes 50 dólares?

-Tengo exactamente un dólar y 36 centavos.

La derrota se apoderó de ella; con los hombros caídos, musitó tristemente:

-Se me había olvidado.

-Lo pagaré yo -afirmó Schilling y sacó la cartera. Lo había previsto. Quería hacerlo.

-Pero no puedes hacerlo.

Mary Anne lo siguió.

-Tal vez pudieras restarlo de mi salario; ¿te refieres a eso?

-Luego lo arreglaremos.

Dejó a Mary Anne y se dirigió hacia la mujer con la intención de pagarle.

-¿Cuántos años tiene su hija? -preguntó la mujer.

-Eh -contestó Schilling, desconcertado. Ahí estaba de nuevo, la realidad debajo de la superficie. Mary Anne -gracias a Dios- no había oído; había entrado al otro cuarto.

-Es muy bonita -comentó la mujer mientras llenaba el recibo del depósito-. ¿Va a la escuela?

-No -musitó Schilling-. Trabaja.

-Tiene su mismo pelo. Pero no es tan rojizo como el de usted; mucho más castaño. ¿Lo pongo a nombre de usted o de ella?

-A nombre de ella. Ella lo pagará.

Aceptó el recibo y sacó a Mary Anne del edificio y por las escaleras a la calle. Ella ya estaba urdiendo y haciendo planes.

-Podemos traer mis cosas en el coche -afirmó-. No tengo nada muy grande.

Corrió hacia delante, se volvió y regresó hasta él a saltitos. Exclamó:

-No parece posible; ¡mira lo que hemos hecho!

-Antes de que desempaques tus cosas -indicó Schilling con sentido práctico, aunque experimentaba el mismo arrebato de emoción-, habrá que pintar los techos donde no están recubiertos con madera. Me di cuenta de que el papel está empezando a deteriorarse.

-Es cierto -admitió Mary Anne al meterse al coche-. ¿Pero dónde podemos conseguir pintura en domingo?

Estaba dispuesta a empezar a trabajar de inmediato; él no lo dudó en absoluto.

-Hay pintura al fondo de la tienda -indicó mientras se dirigían en el coche hacia el sector comercial-. Sobró de la remodelación. La guardé para los detalles que hicieran falta. Probablemente alcance, si no te importa la limitada selección. O, si prefieres esperar hasta el lunes...

-No -replicó Mary Anne-. ¿Podemos empezar hoy? Quiero cambiarme; quiero instalarme ahí *ahora mismo*.

Mientras Mary Anne envolvía los trastes con papel periódico, Joseph Schilling llevó las cajas de cartón llenas por las escaleras y las metió en la parte trasera del Dodge. Había cambiado su traje por unos pantalones de trabajo de lana y una gruesa sudadera gris. Tenía muchos años con ella; fue un regalo de cumpleaños de parte de una muchacha que vivía en Baltimore. Había olvidado su nombre hacía mucho tiempo.

Al fondo de su mente estaba la consideración de que, como de costumbre, debía encontrarse en la tienda para presentar su concierto dominical de discos. Al diablo con él, se dijo a sí mismo. Se le hacía difícil concentrarse en los discos o el negocio; era imposible imaginarse cumpliendo con los requisitos de una conferencia sobre la modalidad del Renacimiento.

Cenaron juntos en el departamento de Schilling. Mary Anne revisó el refrigerador, encontró un trozo de carne de ternera para asar y la preparó al horno. Eran las seis de la tarde; afuera, la calle se desvanecía en la oscuridad. De pie junto a la ventana, Schilling escuchó los ruidos de la muchacha al preparar la cena. Afanosamente abría los cajones para sacar sus diversas ollas, sartenes y tazones.

Bueno, había pasado mucho. Su situación era muy diferente de la del domingo anterior. Se preguntó qué estaría haciendo al cabo de otra semana. Debía ahora llevar cierta vida y ser cierta persona. Esta persona debía tener cuidado de lo que hacía y decía; debía concentrarse en seguir siendo esa persona. ¿Sería él capaz de lograrlo? Podía suceder cualquier cosa. Se acordó del sermón que le había dado a Mary Anne acerca de la responsabilidad de abrir nuevos campos de experiencia a alguien... la ironía lo hizo sonreír y se apartó de la ventana.

-¿Necesitas ayuda? -preguntó.

Apareció una figura pequeña, muy esbelta, de senos muy altos, perfilada en la puerta de la cocina.

-Podrías machacar las papas -repuso.

Al verla escabullirse por la cocina, quedó impresionado.

-Seguramente le ayudabas mucho a tu madre.

-Mi mamá es una tonta.

-¿Y tu papá?

-Él...

La muchacha vaciló.

-Un pequeño renacuajo. Lo único que hace es tomar cerveza y ver la tele. Odio la tele por su culpa; cada vez que la veo, lo veo a él con su chamarra negra de cuero. Y sus lentes, sus lentes con armazón de acero. Me veía. Y se reía.

-¿Por qué?

Pareció incapaz de hablar. Tenía la cara sombría y tensa, arrugada con diminutas líneas de ansiedad que contraían sus rasgos.

-Se burlaba de mí -explicó.

-¿Por qué?

Con dificultad, contestó.

-Una vez... supongo que tenía unos 15 o 16 años. Todavía estaba en la preparatoria. Una noche llegué tarde a casa, como a las dos. Había ido a un baile, un baile del club, en las colinas. Al abrir la puerta no lo vi. Estaba en la sala, dormido. No en su recámara. Tal vez había bebido y perdido el conocimiento; tenía la ropa puesta, incluso los zapatos. Tirado en el sofá, aplastado. Entre periódicos y botes de cerveza.

-No tienes que contármelo -indicó.

Ella inclinó la cabeza en señal de comprensión.

-Pasé junto a él. Y él despertó. Me vio; tenía puesto el vestido largo. Creo que estaba confundido y no se dio cuenta de que era yo. Aun así.

Se estremeció.

-Él... me agarró. Sucedió tan rápidamente que no lo comprendí. Al principio no me di cuenta de que era él. Otras dos personas.

Sonrió con tristeza.

-En todo caso, me empujó sobre el sofá. En sólo un segundo. No pude gritar ni nada. Antes era muy apuesto. He visto las fotografías de él cuando era joven, cuando acababan de casarse. Estuvo muchas veces con otras mujeres. Lo discutían abiertamente. Suelen pelearse por eso. Quizá fue como un reflejo, ¿sabes?

-Sí.

-Definitivamente se movió rápido. Y es fuerte aún; trabaja en una fábrica para caños, con grandes secciones de caños. Sobre todo en los brazos. No pude hacer nada. Me subió el vestido sobre la cara y me sujetó las manos. ¿Quieres que te lo cuente?

-Si tú quieres -dijo.

-Fue más o menos todo. No... lo hizo realmente. Mi mamá debió habernos oído o algo. Entró y prendió la luz de la sala. No le dio tiempo. Entonces se dio cuenta de que era yo. Supongo que no lo sabía. De vez en cuando lo pienso. Sin embargo... es una broma desde su punto de vista. Le parece chistoso. Es una broma para él. Se acerca furtivamente y me agarra, y le parece muy divertido. Como si fuera un juego o algo.

-¿No le importa a tu mamá?

-Sí le molesta, pero no lo impide. Supongo que no puede impedirlo.

-Dios mío -exclamó Schilling, profundamente turbado.

Mary Anne sacó la pequeña escalera de tijera y bajó los platos y las tazas.

-Todos están aquí en esta ciudad: mi familia, mis amigos, Dave Gordon...

-¿Quién es Dave Gordon?

-Mi prometido. Trabaja en la gasolinera de Richfield; maneja el camión. Su idea de avanzar en la vida es lograr que le presten un camión para el fin de semana.

-Es cierto -admitió Schilling-. Lo habías mencionado.

Se sentía incómodo.

-Ve a sentarte -ordenó Mary Anne, tomó un agarrador y se arrodilló para asomarse al horno-. La cena está lista.

18

A las ocho, después de cenar, Schilling llevó a la muchacha a la discoteca cerrada. Juntos cargaron el cofre del Dodge con botes de pintura, ambos temerosos e intimidados por lo que estaba sucediendo.

-Estás muy callada -le hizo notar.

-Tengo miedo.

-¿Dónde se la pasa tu amigo Paul Nitz?

Le pareció una buena idea.

-Vayamos por él.

Nitz, con su amabilidad de costumbre, abandonó de buen grado lo que estaba haciendo y los acompañó.

-Pero tengo que estar en el Wren antes de las 12 -advirtió-. Eaton dice que debo presentarme de vez en cuando.

-No vamos a trabajar mucho tiempo después de eso -afirmó Schilling-. Mañana es lunes.

Los tres subieron las escaleras con las posesiones de Mary Anne y las amontonaron en la cocina recubierta con madera de secoya. Al poco tiempo estaban revolviendo los botes de pintura y ablandando las brochas. Con un cigarro sin prender entre los labios, Paul Nitz vertió la pintura de aceite en una charola y empezó a moverla con un gancho roto para la ropa.

El aire frío de la noche sopló a su alrededor mientras pintaban; todas las ventanas y puertas estaban abiertas de par en par para dejar escapar los vapores. Subidos en sillas, cada quien trabajaba en el techo, una persona en cada cuarto, sin decir mucho mientras avanzaban. Ocasionalmente, del otro lado de las ventanas, un coche pasaba por la calle con un destello de faros. Los habitantes del departamento de abajo no estaban; no había ningún ruido ni luces.

-Se me acabó la pintura -comentó Schilling en una ocasión, interrumpiendo sus labores.

-Ven por más -contestó Mary Anne desde la sala-. Queda mucha en la cubeta.

Schilling se limpió la pintura de los brazos y las muñecas con un trapo, bajó de su silla y caminó hacia el sonido de la voz de la muchacha. Ahí estaba, parada de puntas, ambas manos alzadas arriba de la cabeza. Tenía el corto cabello castaño cubierto con una mascada; algunas gotas de la pálida pintura amarilla le habían manchado las mejillas, la frente y el cuello; senderos húmedos de pintura se le habían chorreado por los brazos, la ropa y sobre los pies descalzos. Tenía puestos pantalones de mezclilla, subidos en los tobillos, y una playera; eso era todo. Parecía estar cansada, pero contenta.

-Sírvete -resolló, señalando la cubeta de pintura al centro del piso. Había periódicos sucios y amarillos extendidos por todas partes. La madera de secoya mostraba grandes manchas chorreantes de pintura, pero sería posible quitarlas con un trapo mojado.

-¿Cómo vas? -le preguntó a ella.

-Ya casi termino. ¿Ves algún lugar que se me haya pasado?

Desde luego no se le había pasado ningún lugar; su trabajo era cuidadoso y minucioso.

-Tengo ganas de desempacar mis cosas -le indicó mientras pintaba vigorosamente-. ¿Nos dará tiempo ahora? No quiero dormir allá... en todo caso, mi ropa de cama y cosas personales, toda mi ropa, están aquí.

-Lograremos desempacar -prometió Schilling. Volvió a dirigirse hacia su propio cuarto y reanudó su trabajo. En la recámara Paul Nitz trabajaba aislado; Schilling se detuvo lo suficiente para visitarlo.

-Esto verdaderamente cubre todo -afirmó Nitz y saltó de la silla al piso. Sacó una cajetilla arrugada de cigarros de la bolsa, se la ofreció a Schilling y prendió uno para sí mismo. Schilling, al aceptar el cigarro, percibió una perturbadora corriente de la memoria. Cinco años atrás había estado en el departamento de Beth Coombs, viéndola mientras pintaba una silla de cocina. Él, con su chaleco y corbata de lana, el portafolios debajo del brazo, había ido en visita oficial: era representante de los editores de música Allison and Hirsch, y ella les había enviado unas canciones.

Ahí estaba, agachada en el piso de la cocina, vestida con un corpiño y pantalones cortos, la piel desnuda manchada de pintura. La había deseado fervorosamente: una rubia sana que había platicado con él, servido un trago, rozado su cuerpo con el de ella mientras los dos examinaban los borradores de sus canciones. La presión de su cuerpo vivo de mujer; los senos que debían amasarse y asirse...

-Ella trabaja duro -comentó Nitz, señalando a la muchacha.

-Sí -contestó Schilling, volviendo al presente sobresaltado. Estaba confundido; las viejas imágenes se mezclaban con las nuevas. Beth, Mary Anne, la muchacha del largo pelo rojo con la que había vivido en Baltimore. Cómo deseaba poder recordar su nombre. Barbara algo. Había sido como un campo de trigo... una danza anaranjada alrededor y debajo de él. Suspiró. Eso no lo había olvidado.

-¿Qué piensa de ella?

-Bueno -dijo Schilling. Por un momento no estuvo seguro de a quién se refería Nitz-. Sí, la aprecio mucho.

-Yo también -afirmó Nitz, con cierto énfasis que Schilling no captó-. Está loca, pero es simpática.

Schilling preguntó:

-¿Qué quiere decir con loca?

No sonaba muy galante, y no estaba seguro de aprobar la expresión.

-Mary toma las cosas demasiado en serio. ¿Alguna vez la ha escuchado reírse?

Trató de recordar.

-La he visto sonreír.

La imagen de la muchacha era muy clara para él ahora. Lo cual era bueno.

-Ninguno de los jóvenes se ríe ya -declaró Nitz-. Han de ser los tiempos. Lo único que hacen es preocuparse.

-Sí -replicó-, ella siempre está preocupada.

-¿Están hablando de mí? -los interrumpió la voz de Mary Anne-. Porque si es así, dejen de hacerlo.

-Ella le dirá qué debe hacer -afirmó Nitz-. Es muy independiente. Sin embargo -empezó a pintar de nuevo-, hay ocasiones en que parece tener dos años de edad. Resulta fácil olvidarlo. Es como una niñita extraviada que busca a alguien que la encuentre. A algún policía amable con botones de latón y una placa que la lleve a casa.

-¡Cállense! -ordenó Mary Anne, bajándose de la silla de un salto y caminando

sobre los pies descalzos a la recámara, mientras su rodillo para la pintura chorreaba un sendero amarillo detrás de ella. Se frotó la mejilla con la muñeca y les advirtió-: Recuerden que esta es mi casa; podría echarlos a los dos.

-Señorita sabelotodo -declaró Nitz.

-Tú cállate.

Nitz le dio su cigarro a Schilling, saltó y agarró a la muchacha de la cintura. La levantó, la cargó a la ventana abierta y la alzó por encima de la repisa.

-Fuera -amenazó.

Mary Anne gritó, aferrada a él, pataleando furiosamente, con los brazos en su cuello y los pies descalzos golpeando la pared.

-¡Bájame! ¿Me oíste, Paul Nitz?

-No te oí.

Sonriendo, la bajó al piso. Temblorosa y agotada, Mary Anne se derrumbó sobre el piso; encogió las rodillas, descansó el mentón sobre ellas y se abrazó los tobillos.

-Está bien -refunfuñó, jadeando-. Eres chistoso como la mierda.

Nitz se inclinó sobre ella y le desató la mascada.

-Eso es lo que te hace falta -le aseguró a la muchacha indignada-, que te bajen los humos. Te estás volviendo demasiado presuntuosa.

Mary Anne hizo un ademán despectivo y se puso de pie.

-Mira -anunció-, me va a salir un moretón en el brazo donde me agarraste.

-Sobrevivirás -la tranquilizó Nitz. Recogió su rodillo y volvió a subir a la silla.

Por un momento, Mary Anne lo miró con cólera. Luego, de golpe, sonrió.

-Sé algo de ti.

-¿Qué?

-No sirves para pintar.

Se le hizo más ancha la sonrisa.

-No alcanzas a ver dónde está disparejo.

-Es cierto -admitió Nitz con actitud fatalista-. Soy miope.

Mary Anne dio vuelta sobre un talón descalzo, caminó con pasos silenciosos otra vez a la sala y reanudó su trabajo.

A las diez y media Schilling bajó al coche estacionado y sacó la botella de escocés Glayva de la guantera. Al verla, el rostro de Nitz adquirió un tono gris ávido y encantado.

-¡Dios mío! -exclamó-, ¿qué tiene ahí, hombre? ¿Es verdad lo que veo?

Schilling hurgó entre las cajas de platos y ollas hasta que encontró los vasos. Llenó cada uno hasta la mitad con agua de la llave, colocó los tres sobre el fregadero de azulejos y abrió la botella.

-Oiga, oiga -protestó Nitz-. No ponga esa agua mugrosa en el mío.

-Le servirá para después -afirmó Schilling y le pasó la botella-. Es bueno... a ver qué le parece.

La garganta de Nitz se dilató al beber de la botella.

-Ayayay -resolló, resopló y meneó la cabeza. Se limpió la boca con el dorso de la mano y le devolvió la botella a Schilling-. Carajo. ¿Sabe cómo le llamo yo a eso? Es lo que mean los ángeles, nada más ni nada menos.

Curiosa, Mary Anne apareció en la puerta de la cocina.

-¿Dónde está el mío?

-Puedes tomar una cucharada -indicó Schilling.

Los ojos de la muchacha arrojaron fuego.

-¡Cómo que una cucharada! Venga...

Trató de arrebatarle la botella.

-Me diste de lo otro, de ese vino.

-Esto es diferente.

Sin embargo, encontró una taza de plástico para medir entre los trastes y le sirvió unos dos centímetros, más o menos.

-No vayas a ahogarte -advirtió-. Tómalo a sorbos, no lo bebas. Haz de cuenta que es medicina para la tos.

Mary Anne lo miró con ira y cuidadosamente alzó el borde de su taza. Arrugó la nariz y declaró:

-Huele a gasolina.

-Ya has bebido whisky escocés antes -declaró Nitz-. Tweany lo bebe... lo probaste con él.

Sumido cada uno en sus pensamientos, los dos hombres la observaron al tomar un trago de escocés. Mary Anne hizo una mueca, se estremeció y tomó su vaso con agua.

-¿Ya viste? -la reprendió Schilling-. Después de todo no lo querías; no te gustó.

-Habría que mezclarlo con algo -replicó pensativa-. Jugo de frutas, quizá.

Nitz meneó la cabeza.

-Mejor no me vuelvas a hablar por un tiempo.

-Oh, ya te recuperarás.

Mary Anne desapareció en la sala; volvió a subirse en la silla y siguió con el trabajo.

Cada uno de los hombres tomó otro trago de escocés.

-Es excelente -afirmó Schilling.

-Ya le dije lo que pienso -contestó Nitz-. Pero no es para niños.

-No -manifestó Schilling, inquieto-. En realidad casi no le di nada.

-Está bien -afirmó Nitz y se fue, dejando solo a Schilling-. Bueno, regresemos al campo de trabajo.

-Tal vez debiéramos dejarlo hasta ahí -sugirió Schilling mientras lo seguía con la mirada. Con cierta tristeza percibió los profundos celos que sentía el otro hombre hacia él, y también supo que tenía toda la razón. Había llegado a quitar a la muchacha de su mundo, su ciudad, de Nitz. No pudo culparlo.

-Todavía no -replicó Nitz-. Quiero terminar la recámara.

-Está bien -contestó Schilling, resignándose.

Los tres trabajaron hasta las once y media. Schilling, al arrastrarse en cuclillas por el piso para pintar el friso inferior, se dio cuenta de que casi no podía enderezar las piernas. Y el golpe en la rodilla, donde se había golpeado contra el mostrador de la tienda, estaba hinchado y adolorido.

-Estoy haciéndome viejo -manifestó a Nitz; se detuvo y arrojó la brocha al piso.

-¿Ya no van a trabajar? -gritó Mary Anne, preocupada-. ¿Los dos?

Con un ademán de disculpa, Nitz entró a la sala. Estaba poniéndose el raído saco deportivo; ya se iba.

-Lo siento, cariño. Tengo que ir al Wren; Eaton querrá despedirme.

Schilling emitió un secreto suspiro de alivio.

-Lo llevaré. Así y todo es hora de dejarlo por hoy; hemos hecho todo lo posible en una noche.

-Dios mío, todavía tengo que tocar.

Nitz mostró sus dedos manchados de pintura.

-Debería reemplazar algunos de éstos.

Mientras acompañaba a Nitz a la cocina, Schilling pidió:

-¿Podría hacerme un favor?

-Claro -repuso Nitz.

-Llévese el escocés.

Era un gesto de apaciguamiento... y quería deshacerse de la botella.

-Diablos, no pinté *tanto*.

-Lo traje para que nos lo tomáramos, pero perdí la noción del tiempo.

Colocó la botella dentro de una bolsa de papel café y se la dio a Nitz.

-¿Trato hecho?

Mary Anne entró a la cocina.

-¿Puedo acompañarlos? -suplicó-. Quiero acompañarlos.

-Límpiate la pintura de la cara -indicó Schilling.

Ella se sonrojó y empezó a buscar un trapo húmedo.

-No los molesto, ¿verdad? Está tan solitario aquí... sin muebles, y todo tan sucio y confuso. Nada está terminado.

-Nos daría gusto que vinieras -musitó Schilling, un poco turbado aún por el comportamiento de Nitz.

Ella se limpió la pintura de la cara y Schilling le ayudó a ponerse la chamarra. Ella siguió a los dos hombres por la puerta del departamento; juntos descendieron la escalera a la calle oscura. Sólo tardaron unos minutos en llegar.

-Parece haber bastante gente -afirmó Schilling mientras las gruesas puertas rojas del Wren se abrían para dejar pasar a una pareja. Era la primera vez que veía ese lugar, donde la muchacha antes había pasado tanto tiempo. De repente le preguntó-: ¿Quieres entrar un rato?

-No así como estamos.

-¿A quién le importa? -inquirió Nitz y bajó del coche al asfalto.

-No -decidió ella, lanzando una breve mirada a Schilling-. Alguna otra vez; quiero regresar. Hay demasiado que hacer.

-No le pasará nada -afirmó Nitz, deteniéndose junto al coche-. Tómalo con calma, Mary.

-Estoy tomándolo con calma.

-No puedes hacerlo todo en un día, muñeca.

-Es fácil para ti decirlo -contestó Mary Anne. Se acercó un poco más a Schilling, y él se sintió agradecido-. Tú no tienes que dormir ahí.

Nitz replicó:

-Tú tampoco.

-Yo... quiero dormir ahí.

-Ten cuidado de dónde duermes -afirmó Nitz y Schilling se inclinó hacia delante, porque preveía lo que estaba a punto de suceder. Sin embargo, lo escuchó; Nitz ya lo estaba diciendo-. No tiene caso. Lo siento, Mary. No sabes cuánto deseo que sí lo tuviera. Simplemente es demasiado viejo.

-Buenas noches, Paul.

No lo miró.

-Tuve que decírtelo.

-Sí tiene caso -declaró ella, tensa.

-¿En qué sentido? Bueno, tal vez en muchos sentidos. Pero no en suficientes. Adelante, ódiame.

-No te odio.

Su voz sonó débil, reservada. Pareció estar contemplando algo muy distante. Nitz alargó la mano para pincharle la nariz, pero ella se apartó.

-Podemos discutirlo en otra ocasión -indicó Schilling-. Todos estamos cansados. No es el mejor momento.

-No es el mejor momento -repitió Nitz-. Nada es lo mejor. Nada es tan bueno

como tú crees, Mary. O como tú quieres.

Schilling encendió el motor.

-Déjela en paz.

-Lo siento -se disculpó Nitz-. Realmente lo siento. ¿Usted cree que estoy disfrutando esto?

-Pero tiene su deber -contestó Schilling. Soltó el cloch y el coche avanzó. Alargó el brazo por encima de Mary Anne y azotó la puerta. Ella no hizo ningún movimiento, no protestó. Detrás de ellos, sobre la banqueta, Nitz se quedó aferrado a la bolsa de papel café. Luego se volvió y desapareció en el bar.

Después de un tiempo, Schilling comentó:

-Algunas de las personas más agradables del mundo colgaron a Jesucristo en la cruz.

Mary Anne musitó:

-¿Qué quieres decir con eso?

-Quiero decir que Nitz es un tipo simpático, pero que tiene ciertas ideas preconcebidas y opiniones. Y quiere ciertas cosas, al igual que todo el mundo. No es ajeno al asunto, mirándolo desde afuera. Tiene sentimientos profundos hacia ti, profundos sentimientos personales.

-Qué bien -declaró ella-. Me da gusto oírlo.

Él se percató de que hablar era un error. Ella no estaba en condiciones para escuchar, para usar la razón, para tomar decisiones. Sin embargo, no lo pudo evitar.

-Lo siento -se disculpó.

-¿Qué cosa?

-Qué tuviéramos ese enfrentamiento.

-Sí -asintió con la cabeza, mirando por la ventanilla.

Mientras recorrían la calle oscura, preguntó de repente:

-¿Estás totalmente segura de que quieres hacerlo?

-¿Hacer qué? Sí, lo quiero. Estoy segura.

-Oíste lo que dijo. Y confías en él. ¿Qué pasará con tu compañera de departamento? ¿Podrá encontrar a otra persona? ¿Podrá pagar la renta?

-No te preocupes por ella -indicó Mary Anne con un ademán indiferente-. Tiene mucho dinero.

-Todo sucedió tan rápido. No hubo tiempo para planear nada.

Se encogió de hombros.

-¿Y qué?

-Deberías disponer de más tiempo, Mary.

Nitz lo había obligado a decirlo.

-Debes estar totalmente segura de qué es en lo que te estás metiendo. Tocó un punto importante. No te quiero... bueno, involucrar en algo.

-No seas tonto. Me encanta el departamento. Tengo la intención de comprar reproducciones y tapetes para llenarlo todo. Puedes llevarme y ayudarme a escogerlo todo. Y ropa...

Los ojos le brillaron al atravesar su mente las ideas y los planes.

-Quiero conseguir ropa que me pueda poner cuando vayamos a otra...

-Tal vez también haya sido un error -afirmó-. Quizá no debí haberte llevado.

Aunque era demasiado tarde para eso.

-Oh... -le dio un empujón-. Estás hablando como un idiota.

-Gracias -respondió.

Mary Anne se inclinó y le tapó la vista de la calle.

-¿Estás enojado conmigo?

-No -contestó-, pero quítate para que pueda ver.

-¿Ver qué?

Agitó las manos delante de su cara.

-Y qué... atropella a alguien. Choca el carro... a mí no me importa.

Con un arrebato de nihilismo burlón agarró el volante y lo movió de un lado a otro. El pesado coche zigzagueó hasta que Schilling logró soltarle la mano.

Aminoró la velocidad y preguntó:

-¿Quieres caminar?

-No me amenaces.

Irritado por la fatiga afirmó.

-Alguien debería darte una paliza. Con una correa de cuero.

-Suenas como mis padres.

-Tienen razón.

-Muérete -refunfuñó, sin alterarse, pero apaciguada-. ¿Serías capaz de lastimarme? No lo harías, ¿verdad?

-No -contestó, manejando con cuidado.

-Quizá lo harías... es posible. Muchas cosas son posibles. Todo y nada.

Se recostó y meditó.

-¿Tienes ganas de detenerte a comer algo?

-En realidad no.

-Yo tampoco. No sé qué quiero... ¿qué es lo que quiero?

-Nadie puede decírtelo.

-¿Tú crees en algo?

-Por supuesto -contestó.

-¿Por qué?

Habían llegado a su nuevo departamento. En el segundo piso las luces emanaban, fulgurantes, hacia la oscuridad. Se veía el techo recién pintado, reluciente y centelleante, aún húmedo. Mary Anne alzó la vista y se estremeció.

-Está tan vacío. No hay cortinas, no hay nada.

-Te ayudaré a desempacar tus cosas -prometió-. Lo que necesites para esta noche.

-Eso significa que ya no vamos a pintar.

-Acuéstate y duerme. Mañana te sentirás mejor.

-No puedo quedarme aquí -afirmó, con una mezcla de repugnancia y temor-. No cuando está nada más a la mitad.

-Pero tus cosas...

-No -indicó-. Es totalmente imposible. Por favor, Joseph; te juro que no lo soporto así. Me entiendes, ¿verdad?

-Claro.

-No es cierto.

-Sí te entiendo -afirmó-, pero es un poco incómodo. Tus cosas están allá arriba... tu ropa, todo. ¿En qué otro lugar puedes quedarte? No puedes volver a tu departamento de antes.

-No -confirmó ella.

-¿Quieres ir a un hotel?

-No, a un hotel no.

Meditó.

-Dios mío, qué problema. No debimos habernos puesto a pintar. Sólo debimos haber traído las cosas.

Fatigada, se agachó y se cubrió la cara con las palmas de las manos.

-Es culpa mía.

-¿Quieres quedarte conmigo? -preguntó. Era algo que normalmente no hubiese sugerido; la idea fue un producto de la fatiga y la necesidad de descansar, y de la pared vacía con la que se habían topado. No era capaz de hacerle frente en ese momento; estaba demasiado cansado. Tendría que esperar hasta mañana.

-¿Puedo? ¿Te causaría muchas molestias?

-No que yo sepa.

Encendió el motor.

-¿Estás seguro de que está bien?

-Te llevaré y luego regresaré por tus cosas.

-Eres un amor -agradeció desalentada y se recostó en él. La llevó a su propio departamento, estacionó el coche y llevó a la muchacha al interior.

Con un suspiro, Mary Anne se dejó caer en un sillón mullido y se quedó con la mirada fija en la alfombra.

-Está tranquilo aquí.

-Siento que no hayamos terminado tu departamento.

-No importa. Lo terminaremos mañana en la noche.

No dijo nada mientras Schilling se quitaba el saco e iba a recibir su chamarra roja.

-¿Qué te animaría? -preguntó.

-Nada.

-¿Algo de comer?

Irritada, meneó la cabeza.

-No, nada de comer. Dios, sólo estoy cansada.

-Entonces es hora de que te acuestes.

-¿Vas a regresar ahora?

-No tardaré. ¿Cuáles son los objetos esenciales?

Buscó un lápiz y papel, pero no encontró nada.

-Me acordaré si me lo dices.

-Pijamas -musitó-. El cepillo de dientes, el jabón... oh, al diablo con esto. Te acompañaré.

Se puso de pie y se encaminó a la puerta. Schilling la detuvo; ella se quedó apoyada en él, sin decir nada, sin hacer nada, descansando simplemente.

-Ven -le dijo él. La rodeó con un brazo, la llevó a la recámara y le enseñó su gran cama matrimonial-. Métete y duérmete. Regresaré dentro de media hora. Lo que se me olvide lo recogeré en la mañana, antes de trabajar.

-Sí -asintió-. Es cierto.

Mecánicamente empezó a desabrocharse el cinturón. Schilling se detuvo en la puerta, preocupado. Estaba quitándose los zapatos; sin una palabra tomó la playera, manchada de pintura, y se la sacó por encima de la cabeza. A esas alturas la desesperación la arrolló; se quedó muda al centro de la recámara con su sostén y pantalones de mezclilla, sin lograr ningún avance.

-Mary Anne -empezó a decir.

-Oh, ¿*qué*? -demandó-. Déjame en paz, ¿quieres?

Arrojó la playera sobre la cama, se desabrochó los pantalones y se los quitó. Entonces, sin hacer caso del hombre en la puerta, terminó de desvestirse, caminó desnuda hasta la cama y se metió.

-Apaga la luz, por favor -indicó.

Él lo hizo. No hubo ningún comentario de la oscuridad. Se demoró, sin querer partir.

-Te encerraré con llave -dijo al fin.

Desde la oscuridad se escucharon los ruidos de unos movimientos. Ella se

volvió, acomodó las cobijas, trató de ponerse cómoda.

-Como quieras -escuchó su voz.

Schilling atravesó la habitación oscura hasta la cama.

-¿Puedo sentarme? -preguntó.

-Adelante.

Lo hizo, en la mera orilla de la cama.

-Me siento culpable. Por no haber terminado.

Y por mucho más. Mucho más.

-Yo tengo la culpa -musitó ella, la mirada fija en el techo.

-Buscaremos quién nos ayude, tal vez no Nitz. Y terminaremos, quizá a mediados de la semana.

Cuando ella no contestó, él prosiguió.

-Puedes quedarte aquí hasta entonces. ¿Qué te parece?

Después de una pausa, inclinó la cabeza.

-Muy bien.

Él se retiró un poco. En la cama a su lado, Mary Anne pareció haberse dormido ya. La observó, pero no estaba seguro.

-No estoy dormida -declaró.

-Adelante.

-Lo haré. Esta cama es bonita. Es ancha.

-Muy ancha.

-¿Te diste cuenta de cómo la alfombra parece agua? Se ve como si la cama estuviera flotando. Tal vez sea por la luz... tuve que trabajar con la luz en la cara. Estoy mareada.

Bostezó.

-Anda, ve por mis cosas.

Abandonó el cuarto de puntillas. Al cerrar la puerta de la entrada al departamento, dio vuelta a la perilla para asegurarse de que estuviera bien cerrada y descendió la escalera a grandes pasos.

Las luces estaban aún prendidas en el nuevo departamento de Mary Anne. El aire, cuando entró, estaba pesado y desagradable por el hedor de la pintura. Lo más rápido posible, recogió sus cosas, apagó el calentador y las luces y salió.

Al abrir la puerta de su propio departamento, no hubo respuesta de la recámara oscura. Colocó su carga en algún lugar y se quitó el saco. Vacilante, anunció:

-Traje tus cosas.

No hubo respuesta. Probablemente estuviera dormida. Por otro lado, había una posibilidad más. Encontró una lámpara sorda y entró furtivamente a la recámara. Se había ido; ya tampoco estaba su ropa. La cama, deshecha y recién desocupada, estaba tibia aún.

En la sala encontró un recado sobre su cómoda para los discos.

«Lo siento -decía el recado; consistía en garabatos con lápiz cuidadosamente meditados y compuestos con la letra contundente y directa característica de Mary Anne-. Te veré mañana en la tienda. Lo pensé todo, incluyendo lo de Paul, y decidí que sería mejor quedarme con mi familia esta noche. No quiero crear ninguna clase de situación. Por lo menos hasta que estemos completamente seguros. Tú sabes a qué me refiero. No te enojes conmigo. Duerme bonito. Te quiere, Mary».

Arrugó el recado y se lo metió en la bolsa. Bueno, era mejor que sucediese ahora que después. Sintió cierto grado de alivio, pero resultó vano y poco convincente.

-Oh, Dios -exclamó-. ¡Dios mío!

Había fracasado; había permitido que se la llevaran.

Angustiado, volvió a la recámara y empezó a alisar la cama vacía.

19

La señora Rose Reynolds se posó junto al refrigerador y se inclinó hacia delante, con los brazos doblados; observó a su hija servirse un plato con cereal Post Toasties. Mary Anne vertió leche sobre el plato. Mientras las hojuelas de maíz se remojaban en una masa homogénea, movió su café y untó mantequilla sobre una rebanada de pan tostado seco.

-Querida -declaró la señora Reynolds-, te escucho.

-¿Me escuchas qué?

Comió el desayuno con rápidas cucharadas.

-No puedo quedarme a platicar. Debo estar en la discoteca a las nueve.

La mujer exigió con voz firme:

-Dime con quién te acuestas.

-¿Qué te hace pensar eso? ¿Por qué dices eso?

-Mientras no sea un negro. No lo soportaría.

-No lo es.

La señora Reynolds frunció los labios.

-Entonces sí te acuestas con alguien. ¿Te echó? ¿Es por eso que regresaste a casa?

Su voz cayó en un bajo sonsonete monótono.

-Tienes tu propia vida, por supuesto. Te saliste de aquí para estar con él; entonces se cansó de ti. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Cuándo empezaste? Vivías bajo este techo cuando empezaste. Lo digo porque noté cómo te sobabas, hurgando dentro de tus pantalones. De eso hace por lo menos dos o tres años.

-Sigue gritando -contestó Mary Anne. Había terminado de desayunar y llevó sus trastes al fregadero.

-Me gustaría hablarlo contigo -afirmó la señora Reynolds-. La gente, buenos amigos míos, me han dicho que en un bar hay un cantante con el que has estado. No me acuerdo del nombre del bar... no es importante. El cantante es de color, ¿verdad? La gente tiene sus maneras de enterarse; es sorprendente. En el periódico leí acerca del negro que mató al blanco, al que arrestaron. Me sorprende que lo hayan dejado salir con fianza. Deben tener mucha influencia en California, sobre todo en Los Angeles.

Con los brazos doblados, siguió a Mary Anne.

-Cuando tú y yo hablamos de las relaciones matrimoniales, este mismo año, mencioné la dificultad para que una mujer soltera consiga un diafragma. Sin embargo, a través de los amigos una muchacha a veces es capaz de...

Dejó de hablar.

Vestido con su chamarra de cuero y pantalones de trabajo, con el almuerzo bajo el brazo, Ed Reynolds apareció en la puerta; se dirigía a la fábrica.

-¿Cómo está mi niña? -preguntó-. ¿Dónde has estado en estos últimos meses? Quiero una respuesta franca.

-Tengo un departamento... tú lo sabes.

Retrocedió ante su padre y le dio la espalda.

-¿De dónde venías anoche?

-Dicen que se ha estado acostando con un tipo de color -afirmó la señora

Reynolds-. Pregúntale tú. No soy capaz de sacarle una respuesta decente; tal vez tú puedas.

-¿Ha empezado a inflarse? ¿La has mirado?

-No tuve la oportunidad anoche.

-Aléjense de mí -pidió Mary Anne, abandonó la cocina y se fue corriendo a lo que había sido su recámara-. ¡Tengo que ir a trabajar! -gritó, aprensiva, mientras su madre se escabulló detrás de ella. Cerró la puerta y vociferó-: ¡Maldita sea, no me vayas a tocar!

-Déjame -ordenó su madre-. O él lo hará; no quieres que él lo haga, así que, por tu propio bien, déjame a mí.

Abrió la puerta.

-¿Cuándo fue la última vez?

-¿La última vez de qué?

Fingiendo no hacerle caso, Mary Anne revisó el clóset y sacó un traje rojo oscuro. Del armario sacó su viejo bolso; los 40 dólares seguían ahí donde los había metido. No los habían encontrado.

-Tu regla -replicó la señora Reynolds-. ¿O no te acuerdas?

-No, no me acuerdo. En algún momento del mes pasado.

Rápida y nerviosamente, Mary Anne se quitó los pantalones de mezclilla y la playera, la ropa que había traído puesta al presentarse en la casa de su familia la noche anterior. Mientras comenzaba a ponerse una pantaleta limpia, Rose Reynolds se desprendió de la puerta de un salto y corrió hacia ella.

-¡Suéltame! -chilló Mary Anne, mientras trataba de defenderse a golpes y arañazos. Ed Reynolds apareció en la puerta y fue un testigo atento.

Rose Reynolds atrapó a la muchacha de la cintura, le bajó las pantaletas y hundió la mano en su duro abdomen. Mary Anne, gritando, luchó por arrancar la mano de su madre. Satisfecha al fin, la señora Reynolds la soltó y regresó a la puerta.

-¡Fuera de aquí! -vociferó Mary Anne, tomó un zapato y lo arrojó; La cara se le derrumbó entre lágrimas furiosas-. ¡*Fuera*!

Corrió a empujar a sus padres del cuarto y azotó la puerta.

Entre sollozos, manejando torpemente la ropa, logró vestirse. Los escuchaba afuera de la puerta cerrada, discutiendo su caso.

-¡Cállense! -gimió, secándose la cara con el dorso de la mano; mientras se apuraba, planeó los siguientes pasos.

A las nueve de la mañana se presentó en el Lazy Wren. Taft Eaton, serio con su delantal sucio y pantalones de trabajo, estaba barriendo la banqueta. Cuando la vio, fingió no conocerla.

-¿Qué quieres? -preguntó al fin-. Siempre traes problemas.

-Puede hacerme un favor -contestó Mary Anne.

-¿Qué clase de favor?

-Quiero rentar un cuarto.

-No estoy en ese negocio.

-Usted conoce todo lo que hay por aquí. ¿Dónde hay algo desocupado? Sólo un cuarto... algo barato.

-Esta es la zona de color.

-Lo sé. Es más barato.

En su estado de ánimo, necesitaba la presencia reconfortante de los negros.

-¿Qué hay de malo en lo que tienes?

-No le importa. Mire... no tengo todo el día. No voy a ponerme a buscar; no

tengo tiempo.

Eaton reflexionó.

-Sin cocina. Y sabes que es para negros. Ah, es cierto, a ti te gusta andar con los negros. ¿Por qué? ¿Qué sacas de ello?

Mary Anne emitió un suspiro.

-¿Tenemos que discutir esto?

-Por tu culpa, Carleton tiene problemas con la ley.

-No es por mi culpa.

-Eres su mujer. Bueno, lo fuiste alguna vez. Ahora es esa gran rubia. ¿Qué le pasó, le gustó el sabor?

Pacientemente, Mary Anne esperó.

Eaton recogió su escoba y empezó a quitarle pedacitos de pelusa.

-Hay muchas casas de huéspedes por aquí. Conozco una; pero no es muy bonita. Uno de los cocineros de frituras vive ahí.

-Perfecto. Déme la dirección.

-Pregúntale; está ahí adentro. No -dijo Eaton, cambiando de opinión cuando la muchacha echó a caminar hacia la puerta-. Me daría mucho gusto que te alejaras de este lugar.

Escribió algo sobre una hoja de papel, la arrancó del bloc encuadernado en piel de imitación y se la entregó.

-Es un basurero; no aguantarás. Lleno de borrachos y de ratas de las alcantarillas. ¿Alguna vez has visto las grandes ratas de las alcantarillas? Vienen a nado desde la bahía.

-Del tamaño de perros -señaló con las manos.

-Gracias -murmuró Mary Anne y se metió el papel en la bolsa.

-¿Cuál es tu problema? -preguntó Eaton cuando la muchacha empezaba a alejarse-. ¿No tienes quien te pague las cuentas? ¿Una muchacha tan simpática como tú?

Meneó la cabeza y empezó a barrer otra vez.

El edificio, descubrió Mary Anne, era como Eaton lo había descrito. Estrecho y alto, estaba encajado entre dos tiendas: una casa para aparatos quirúrgicos y un taller para la reparación de televisores. Unos escalones sin pintar conducían al porche. Ahí encontró una silla y una botella de vino tirada. Tocó el timbre y esperó.

Una anciana mujer negra, diminuta y marchita, de agudos ojos negros y una nariz alargada y ganchuda, abrió la puerta y la escudriñó.

-Sí -preguntó con voz chillona-, ¿qué es lo que quiere?

-Un cuarto -indicó Mary Anne-. Taft Eaton me dijo que tal vez tuvieran uno.

El nombre no significó nada para la anciana.

-¿Un cuarto? No, no tenemos ningún cuarto.

-¿No es ésta una casa para huéspedes?

-Sí -afirmó la anciana; inclinó la cabeza y tapó la puerta con su brazo delgado. Llevaba puesto un vestido gris sin forma y calcetas. A sus espaldas se distinguía el recinto oscuro de un pasillo; una cavidad húmeda y sombría que contenía una mesa y un espejo, una planta en su maceta, el inicio de una escalera-. Pero están todos ocupados.

-Perfecto -declaró Mary Anne-. ¿Y ahora qué hago?

La anciana empezó a cerrar la puerta, pero se detuvo, reflexionó y preguntó:

-¿Para cuándo lo necesitaba?

-Enseguida. Hoy.

-Normalmente sólo rentamos a gente de color.

-Eso no me importa.

-No tiene muchos novios, ¿verdad? Esta casa es tranquila; trato de mantenerla decente.

-No tengo novios -afirmó Mary Anne.

-¿Bebe?

-No.

-¿Está segura?

-Estoy segura -repitió Mary Anne, dando golpecitos con el tacón sobre el piso y mirando por encima de la cabeza de la mujer-. Y leo la Biblia todas las noches antes de acostarme.

-¿A qué Iglesia pertenece?

-La primera presbiteriana.

La había escogido al azar.

La anciana meditó.

-Trato de que ésta sea una casa tranquila, sin mucho ruido y actividades. Once personas viven aquí, y todas son decentes y respetables. Todos los radios deben estar apagados a las diez de la noche. No se permiten baños después de las nueve.

-Qué bien -suspiró Mary Anne.

-Tengo un cuarto desocupado. No estoy segura si debiera rentárselo o no... pero se lo enseñaré. ¿Gusta pasar a verlo?

-Claro -repuso Mary Anne, abriéndose paso junto a la anciana y entrando al pasillo-. Veamos.

A las nueve y media llegó al departamento de madera de secoya que Joseph Schilling había adquirido para ella.

Con su llave abrió la puerta, pero no entró. El olor a la pintura fresca la inundó, un olor intenso, nauseabundo. La luz fría del sol matutino llenaba el departamento; las rayas de pálida iluminación se extendían sobre los periódicos arrugados y manchados de pintura que había esparcidos sobre el piso. El departamento estaba completamente solitario. Sus posesiones, aún metidas en las cajas de cartón, estaban apiladas en el centro de cada cuarto. Las cajas, los periódicos, los rodillos mojados de los que todavía rezumaba la pintura de la noche anterior...

Bajó al otro departamento y golpeó fuertemente en la puerta. Cuando el dueño -un hombre de edad mediana, con una avanzada calvicie- apareció en el marco, preguntó:

-¿Me permite usar su teléfono? Soy de arriba.

Llamó a la compañía de Taxis Amarillos y salió a esperar.

Mientras supervisaba la carga del taxi, se presentó la arrendadora. El taxímetro avanzó alegremente mientras ella y el chofer bajaban las cajas de cartón y las amontonaban en la cajuela; ambos estaban sudando y jadeaban, felices de terminar el trabajo.

-Por Dios -exclamó la arrendadora-. ¿Qué significa esto?

Mary Anne se detuvo.

-Me voy.

-Eso veo. Bueno, ¿qué sucede? Creo que tengo derecho de saberlo.

-He cambiado de opinión; no lo rentaré.

Le parecía obvio.

-Supongo que querrá que le devuelva su depósito.

-No -contestó Mary Anne-. Soy realista.

-¿Y toda la basura de arriba? Todos esos periódicos y la pintura; está pintado sólo a medias. No puedo arrendarlo en esas condiciones. ¿Va a terminarlo?

Siguió a Mary Anne mientras la muchacha tomaba una brazada de ropa del chofer del taxi y la metía entre las cajas.

-Señorita, no puede irse en estas circunstancias; no se hace. Tiene la responsabilidad de dejar el lugar en las mismas condiciones en que lo rentó.

-¿De qué se queja?

La mujer la irritaba.

-Se está quedando con 50 dólares por nada.

-Tengo ganas de llamar a su padre -afirmó la casera.

-¿A mi qué?

Entonces comprendió, y al principio le pareció gracioso. Después ya no pareció tan gracioso, pero ya había comenzado a reír.

-¿Eso le dijo? Sí, mi padre. Mi padre Joseph, el mejor que pude haber deseado. El mejor maldito padre anciano del mundo.

La casera quedó pasmada ante su estallido.

-Vaya a freír espárragos -gritó Mary Anne-. Arriende su departamento... póngase a trabajar.

Se introdujo en el asiento delantero del coche y azotó la puerta. El chofer, después de cargar la última caja atrás, se colocó del lado del volante y arrancó el motor.

-Debería de darle vergüenza -gritó la casera.

Mary Anne no contestó. Mientras el taxi se alejaba de la acera, se recostó y prendió un cigarro; tenía demasiadas preocupaciones para hacer caso de las quejas de la arrendadora.

Cuando el taxista vio el cuarto al que se cambiaba, meneó la cabeza y declaró:

-Muchachita, está loca.

-¿Estoy loca, dice usted?

Dejó su carga y volvió a salir del cuarto al pasillo polvoriento y manchado de humedad.

-Definitivamente.

Caminó con pasos pesados junto a ella, por el pasillo y la escalera hasta la banqueta.

-Era un bonito departamento el que tenía... toda esa madera de secoya. Y en una zona elegante.

-Vaya usted a rentarlo, pues.

-¿De veras va a vivir aquí?

Recogió dos cajas y empezó a subirlas.

-Este trabajo le costará mucho, muchachita. Lo que está en el taxímetro es sólo el enganche.

-Perfecto -contestó Mary Anne, siguiéndolo laboriosamente-. Cárguele todo lo que pueda.

-Es lo acostumbrado. No estamos en el negocio de mudanzas, ¿sabe? Esto debe considerarse como un favor.

-Nadie está en ningún negocio -replicó Mary Anne. Desde la puerta, la diminuta y marchita anciana negra -se llamaba Lessley- los observaba recelosamente-. Supongo que tengo suerte; es usted muy amable.

Después de haber subido la última caja, le pagó. No fue tanto como había esperado; el taxímetro decía un dólar y setenta centavos y la propina -cuando por fin el hombre la nombró- fueron dos dólares más. Tres setenta no era demasiado

por una mudanza. Además, por supuesto, de los 20 dólares por el cuarto: la renta de un mes por adelantado.

Tal vez el taxista tuviera razón. Con una creciente sensación de horror examinó el cuarto; estaba limpio, oscuro y olía a humedad. Había una pequeña ventana encima de la cama de hierro, de altos pilares, y una ventana más grande en la pared del fondo, encima del tocador. La alfombra estaba deshilachada.

Una mecedora, ya reparada alguna vez, ocupaba un rincón. Había un clóset muy pequeño, una especie de cajón vertical, construido con madera terciada por algún carpintero aficionado que hacía mucho se había ido.

La ventana más pequeña daba a un sendero que llevaba a los botes para la basura y al porche de atrás del edificio. La ventana más grande dominaba la calle; se encontraba enfrente de un letrero de neón:

DOCTOR CAMDEN DENTISTA PAGUE A PLAZOS

En una pared de la habitación había un cuadro religioso barato que mostraba al joven Jesucristo con unos borregos. Lo bajó y lo guardó en un cajón; ya tenía que aguantar suficiente.

Quizá estuviera loca, como dijo el taxista. Pero por lo menos tenía un cuarto propio, pagado con su dinero. Lo había encontrado sola -sin contar a Eaton- y muy pronto lo pintaría y lo amueblaría sola, con la pintura y los objetos escogidos por ella misma. Y tendría tiempo para pensar.

Eran las diez de la mañana. Tendría que decírselo. Se había ido; había dejado el departamento. Y, de cualquier modo, se enteraría. No tenía opción.

Mientras pensaba en cómo decírselo, se abrió la puerta y Carleton Tweany se asomó cautelosamente. Horrorizada, preguntó:

-¿Cómo encontraste este lugar?

-Eaton nos dio la dirección.

Entró y lo siguió Beth Coombs.

-Y *conozco* esta casa; mucha gente ha vivido aquí en algún momento.

Llevaba su mejor traje cruzado; tenía las mejillas minuciosamente rasuradas, el pelo peinado y aceitado y se desprendía de él un intenso olor a loción. Beth, como de costumbre, llevaba su abrigo grueso y su bolso.

-Hola -saludó, con sonrisa deslumbrante.

Mary Anne inclinó la cabeza fríamente, se acercó a la cama, abrió la maleta y empezó a desempacar.

-Pareces estar ocupada -afirmó Tweany.

Con curiosidad, Beth dio una vuelta al cuarto, examinando las cajas aún empacadas.

-¿Quién te está ayudando?

-Nadie -indicó-. Y debo irme; tengo que llegar a trabajar.

Beth se colocó en la orilla de la cama; el colchón cedió, protestando, y ella volvió a ponerse de pie al instante.

-Nos costó un poco de trabajo encontrarte... te has cambiado mucho de casa.

Mary Anne abandonó la maleta, recogió su abrigo y se encaminó hacia la puerta. Le importaba un comino qué problemas tuvieran ellos, cualquiera de los dos.

-Espera un momento, Mary -pidió Tweany y le obstruyó el camino.

-¿De qué se trata?

Su mente se escabulló, asustada.

-¿Pasaban por aquí?

-Fuimos a la tienda -explicó Beth- pensando que estarías ahí. Pero Joe nos dijo que no habías ido hoy.

-Ahí es a donde voy -afirmó-. Ahora mismo voy para allá. Tuve unas cosas que hacer.

Beth prosiguió:

-Luego fuimos al... departamento que Joe te puso; no estabas ahí. Fuimos a donde vivías antes, al cuarto que tenías con la mesera. El que te buscó Carleton.

-Phyllis -musitó Mary Anne.

-No tenía idea de dónde pudieras estar. Fue una ocurrencia de Carleton preguntarle a Eaton; yo no hubiera pensado nunca en eso.

-Queremos hablar contigo sobre el jurado indagatorio -declaró Tweany. Se veía solemne y afligido, y su cara se puso más triste al mencionar un asunto tan serio.

Se le había olvidado por completo.

-¡Por Dios! -exclamó-. Claro que sí.

-Te dieron un citatorio, ¿verdad? -preguntó Beth-. Tienes que dar tu testimonio. Si te citaron, tienes que ir.

En efecto la habían citado. El papel se encontraba en algún lugar entre las cajas de cartón; lo había recibido y olvidado. No era asunto suyo. Por eso la habían buscado; estaban preocupados por su propia seguridad.

-¿Cuándo es?

Trató de recordarlo; el jurado indagatorio era pronto, en unos cuantos días.

-El miércoles -indicó Tweany, frunciendo el entrecejo.

-Bueno -accedió-, pueden sentarse. Ustedes decidan dónde.

Se apartó de la puerta y se quitó el abrigo. Tenía tiempo para esto, al menos; era algo trivial. Ella misma se acomodó en una silla con asiento de mimbre. Beth y Tweany, después de un breve intercambio de miradas, se sentaron sobre la cama, sin tocarse el uno al otro, pero muy cerca.

-¿Qué opinan de mi cuarto? -preguntó Mary Anne.

-Está horrible -contestó Tweany.

-Sí, es cierto.

-¿Por qué ya no vives con Phyllis? -inquinó Tweany-. ¿Qué pasó ahí?

-Me cansé de las manzanas de Oregon.

Beth comentó:

-Me pareció que lo de Joe era medianamente decente. Sólo lo vimos un segundo, por supuesto. Habían pintado; ni siquiera terminaron. La puerta estaba abierta... seguramente acababas de irte.

-Esta mañana -explicó Mary Anne.

-Ah.

Beth apretó los labios.

-Ya veo.

-¿Qué es lo que ves?

-Es lo que me imaginaba. Tuviste razón la primera vez.

Precavida, Mary Anne preguntó:

-¿Cuándo?

-Cuando no aceptaste el trabajo. Tenías miedo de que algo sucediera, ¿verdad?

Inclinó la cabeza en señal de afirmación.

-Hubiera podido decírtelo -declaró Beth, mirando alrededor del cuarto.

-Entonces ¿por qué no lo hiciste? -demandó con rencor-. Traté de sacártelo, y lo único que hiciste fue lanzar exclamaciones acerca de su maravillosa colección de discos y su viva personalidad.

Dirigiéndose a Tweany, Beth pidió:

-No seas malo; baja por unas cervezas.

Hastiado, Tweany se puso de pie.

-Venimos a hablar del jurado indagatorio.

Beth encontró un billete de cinco dólares en el bolso y se lo alargó.

-Anda y no te enojes. Hay una tienda de abarrotes en la esquina.

Malhumorado y rezongando, Tweany salió del cuarto y se alejó por el pasillo. Se amainaron las vibraciones regulares de sus pasos.

Por un largo rato, Beth y Mary Anne quedaron en silencio, una frente a la otra. Por fin Beth encendió un cigarro, se recostó y preguntó:

-¿Alguna vez encontraste un sostén que pudieras usar?

-No -replicó Mary Anne-. Pero yo tengo la culpa. Soy demasiado delgada.

-No seas tonta. Dentro de unos dos años ya no sentirás lo mismo.

-¿De veras?

-Claro que no. Me sentí igual... todo mundo se siente así. Se te pasará; engordarás más de lo que te gustará andar arrastrando... como yo.

-Te ves bien -repuso Mary Anne.

-Me veía mejor en el 48.

-¿Fue entonces cuando sucedió?

-Fue en Washington, D.C. En pleno invierno. Tenía veinticuatro años de edad, no muchos más que tú. O sea, que no fuiste la primera.

-Me lo contó -afirmó Mary Anne-. Sobre la cabaña en el canal.

Enfrente de ella, la obesa rubia se puso rígida.

-¿De veras?

-¿Por qué fuiste con él? ¿Lo amabas?

-No -replicó Beth.

-Entonces no lo comprendo.

-Fui seducida -explicó Beth-. Igual que tú. Enfrentémoslo: tenemos algo en común.

-Gracias -respondió Mary Anne.

-¿Quieres conocer las circunstancias? Podemos comparar nuestros apuntes.

-Adelante -animó.

-Tal vez aprendas algo.

Beth apagó el cigarro.

-No sé a qué recurrió contigo. A lo de siempre, me imagino. Pero en aquellos días, Joe no tenía una discoteca; estaba en el trabajo de la edición.

-Allison y Hirsch.

-¿Eso también te lo contó? En aquellos días yo... pero tú ya escuchaste una de ellas. Mis canciones.

-«Where We Sat Down» -recordó Mary Anne con aversión.

-Bueno, no hay mucho más qué decir. Quise publicarlas. Un día Joe llegó al departamento. Estaba pintando una silla en la cocina... de eso me acuerdo. Se quedó un rato y nos tomamos unos tragos y hablamos. Hablamos sobre el arte, la música, ese tipo de cosas.

-Al grano.

-Había revisado mis canciones. Pero no podía publicarlas. No había corrido suficiente agua debajo del puente, afirmó.

-¿A qué se refería?

-Al principio no lo entendí. Entonces me di cuenta de cómo me miraba. ¿Entiendes a qué me refiero?

-Sí -asintió Mary Anne.

-Bueno, eso fue todo. Dijo algo acerca de cómo no quería hacerlo ahí en el

departamento; tenía una cabaña que le gustaba usar, a unos kilómetros de la ciudad. Para que nada lo interrumpiera.

-¿Utilizaba su trabajo para conseguir mujeres?

-Joe Schilling -declaró Beth- es un hombre muy amable y muy considerado. Me simpatiza. Pero soy realista. Tiene una debilidad: le gustan las mujeres.

Pensativa, Mary Anne estableció:

-O sea, que te acostaste con él para que te publicara tus canciones.

Beth se sonrojó.

-Yo... supongo que podrías decirlo así. Pero yo...

-Danny era un fotógrafo, ¿verdad? Me acuerdo de aquella noche... tú andabas brincando desnuda y él te sacaba fotos. Nunca lo llegué a comprender; no tenía sentido. Antes posabas para él, ¿verdad?

-Fui modelo profesional -afirmó Beth, las mejillas ardientes-. Te lo expliqué; fui artista.

De súbito Mary Anne afirmó:

-Tweany se lo merece.

-¿A qué te refieres?

-Acabo de darme cuenta de lo que eres.

Desapasionadamente, declaró:

-Eres una puta.

Beth se puso de pie. Su rostro estaba pálido, y unas finas líneas, como grietas, se extendieron entre sus ojos y emanaron de su boca.

-¿Y qué crees que eres tú? Te acostaste con él para conservar tu trabajo... ¿no es eso ser una puta?

-No -replicó-, eso no fue lo que sucedió.

No había sido eso en absoluto.

-Y ahora de repente te vuelves quisquillosa -prosiguió Beth rápidamente-. ¿Por qué? ¿Porque es más grande que tú? Sé realista: te mantiene con mucho estilo, al estilo europeo. Tienes un amante que sabe hacer las cosas. Es ideal; tienes suerte.

Profundamente perdida en sus pensamientos, Mary Anne apenas la escuchó.

-Dios mío, y te gusta toda esa basura... todas esas tonadas como «White Christmas». Qué chistoso. Vaya broma contra Tweany.

-¿De qué hablas? -preguntó Beth-. ¿Por qué no me lo explicas? Creo que merezco que me lo expliques.

-Dios mío -afirmó Mary Anne-. Es verdad; realmente es verdad. «Where We Sat Down». «Sleigh Ride at Christmas». Dios mío, eres una puta *sentimental*.

-Ya veo -respondió Beth-. Bueno, quizá desde tu punto de vista, desde el punto de vista de una adolescente cínica...

Se interrumpió al abrirse la puerta y aparecer la enorme figura meditabunda de Carleton B. Tweany. Llevaba tres latas de cerveza Golden Glow y un abrelatas.

-¿Tan rápido? -lo recibió Beth con voz animada.

-Están tibias -musitó Tweany.

-Me siento un poco mal -afirmó Beth al recoger su bolso y dirigirse hacia la puerta-. No es nada serio, sólo un desagradable dolor de cabeza. Vamos, Carleton. Llévame a casa, por favor.

-Pero si... -empezó a decir él.

Beth abrió la puerta y salió al pasillo. Sin volver la cabeza, declaró:

-Definitivamente es el edificio más sucio al que he entrado jamás.

Luego desapareció y, después de vacilar un momento, Tweany dejó las latas de cerveza y la siguió. La puerta se cerró y Mary Anne quedó sola.

Buscó su abrigo y esperó hasta estar segura de que se habían ido Beth y Tweany. Después metió la llave de la puerta al bolso, azotó aquélla y echó a caminar por el pasillo.

Sobre el porche del frente, dos mujeres obesas de color estaban sentadas; leían revistas cinematográficas y bebían vino. Mary Anne se escabulló junto a ellas, descendió los escalones a la banqueta y se unió al gentío de la media mañana.

La música la inundó, los efluvios de una orquesta sinfónica. Se detuvo a la entrada y luego avanzó dos lentos pasos, examinándose los pies y observando, al mismo tiempo, el diseño del piso. De súbito se topó con el mostrador y la sorprendió; abrió la boca para emitir una exclamación de desconcierto. ¿Había penetrado tanto hacia el interior de la tienda? Por fin alzó la cabeza y vio a Joseph Schilling apostado detrás del mostrador. Hablaba sobre discos con un hombre joven que parecía estudiante. Al frente de la tienda, Max Figuera barría el piso con un cepillo y había pasado sin verlo.

-Hola -lo saludó.

-Vaya -contestó Max y la escudriñó malhumoradamente-. Miren quién llegó.

-Lo siento -se disculpó.

Max se volvió y le comentó a Schilling a través de la tienda.

-Mire quién decidió pasar unos minutos a saludarnos.

Schilling alzó la vista al instante. Dejó el disco que sostenía y afirmó:

-Empezaba a preocuparme.

-Llegué tarde -explicó-. Lo siento.

-Pero no demasiado tarde.

Volvió su atención otra vez al cliente.

Mary Anne se quitó el abrigo y cuidadosamente lo llevó al sótano. Al regresar, el joven se había ido y Joseph Schilling se encontraba solo en el mostrador. Max estaba afuera, barriendo la banqueta.

-Me da gusto verte -afirmó Schilling. Estaba ordenando los discos, un nuevo envío de la Victor-. ¿Regresas para quedarte?

-Naturalmente -contestó y pasó detrás del mostrador-. Lamento que hayas tenido que pedirle a Max que viniera.

-No importa.

-No has tomado tu café matutino, ¿verdad?

-No.

Su rostro estaba arrugado y tenso; parecía particularmente meditabundo ese día. Al inclinarse para revisar una caja, bajó el cuerpo con cuidado.

-¿Estás tieso? -preguntó.

-Como una plancha de acero.

-Otra vez por mi culpa -declaró-. Yo revisaré el envío; tú ve atrás por tu café.

Schilling comentó:

-Empecé a pensar que ya no vendrías.

-¿No te dije que vendría?

-Es cierto.

Se concentró en los discos.

-Pero no estaba completamente seguro.

-Ve a tomar tu café -indicó ella. De repente exclamó-: ¿Por qué he de decidir yo?

Prendido por la emoción, fijó la mirada en ella; sus ojos estaban intensos y se aclaró la garganta para hablar.

-Ve a tomar tu café -repitió y deseó que dejara de confrontarla. La había

obligado a irse o, por lo menos, no le había facilitado el quedarse. Experimentó una sensación de miedo y se alejó de él hacia el frente de la tienda. Una cliente acababa de entrar y estaba revisando un estante.

A sus espaldas, Joseph Schilling cambió de opinión y no habló. Se dirigió hacia su oficina. Lo escuchó irse. Por lo tanto, no tendría que decírselo en ese momento; podría hacerlo más tarde. O quizá nunca.

-Sí, señora -dijo, volviéndose rápidamente hacia la cliente-. ¿En qué puedo servirla?

20

Esa noche después de trabajar, Joseph Schilling la llevó a cenar a La Poblana. Era el restaurante al que habían ido el primer día. Se había convertido en un lugar especial para ellos.

Las velas salpicaban la oscuridad mientras seguían al mesero a su mesa particular. Las mesas eran bajas y estaban cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos. Las paredes eran de adobe, al estilo español; el techo era bajo, y en un extremo de la habitación corría un barandal, estilo rococó, cubierto de enredaderas viejas. Detrás del barandal, tres músicos vestidos con trajes españoles tocaban para acompañar la cena.

El mesero ayudó a Mary Anne a sentarse, abrió el menú delante de Schilling y salió. Una baja bruma producida por el humo de los cigarros y las velas estaba suspendida en la habitación; con ella se mezclaba el murmullo de las voces, acallando la orquesta.

-Está tranquilo aquí -comentó Mary Anne.

Joseph Schilling escuchó su voz y, al tomar el menú, la miró y trató de adivinar sus sentimientos.

-Sí -confirmó a su vez, porque el restaurante estaba tranquilo. La gente iba ahí a comer, a relajarse y a hablar; la luz era tenue y se respiraba una baja quietud, como si todo -la gente, las mesas- estuviera derritiéndose y vacilando junto con las velas, fundiéndose en la pasividad. Descansó. Percibió la desaparición de toda presión, y se integró a la gente a su alrededor. Sin embargo, la muchacha no estaba relajada; decía estar tranquila, pero se veía rígida como una barrita de marfil, con las manos sobre la mesa delante de ella, unas manos blancas, enlazadas, frías a la luz de la vela. No estaba calmada; era como un aparato duro, despostillado, sumamente pulido, que no parecía tener ningún sentimiento en particular; estaba reservada, como si se hubiera cerrado a todo salvo su cautela. Escuchaba todo, lo observaba sin mirarlo; pero nada más.

-¿Quieres que pida? -preguntó. Si iba a ayudarle, tendría que proceder frase por frase. No podía correr ningún riesgo ni permitirse ningún error. Exigía mucho de sí mismo.

-Por favor -pidió Mary Anne-. Tú sabes lo que es bueno.

Su voz sonaba hueca.

-¿Tienes hambre? -preguntó.

Vio cómo cobró un falso entusiasmo.

-Me gustaría algo nuevo. Algo que nunca haya probado antes.

-Algo nuevo.

Puso énfasis en estudiar el menú, leyó todas las palabras y todos los precios.

-Algo inusitado, algo especial.

-¿Qué te parece una *dolma*?

Mary Anne reflexionó largamente, como si el asunto fuera de vasta importancia. Y quizá lo era.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-La *dolma* es una mezcla de arroz y carne de res cocinada en hojas de parra... enrolladas como tortillas.

-Suena muy bien. Pediré eso.

Él lo pidió.

-¿Qué quieres tomar? -le preguntó, mientras el mesero esperaba con su bloc. Era el mismo mesero que los había atendido la primera noche, un joven mexicano de tez clara con patillas hasta la mandíbula-. ¿Un poco de vino? El oporto es excelente aquí, si mal no recuerdo.

-Sólo café.

Pidió lo mismo para él y el mesero se fue. Con un suspiro se soltó las mancuernillas. Mary Anne lo observó fijamente mientras se aflojaba la corbata.

-Beth y Tweany pasaron a buscarte -afirmó-. ¿Te encontraron?

-Sí.

Inclinó la cabeza en señal de afirmación.

Lo perturbó escuchar su respuesta. Los había mandado a un destino vago, sin saber él mismo dónde se encontraba.

-¿Fue algo importante? -preguntó-. Se veían espantosos.

Se movieron los labios de la muchacha.

-El jurado indagatorio.

-Oh, sí.

Mary Anne preguntó:

-¿Qué vamos a hacer? ¿Qué va a pasar con nosotros?

-Nada va a pasar con nosotros -afirmó y reparó en el cuidado con el que estaba midiendo su tono de seguridad. Y en lo tangible que era el sufrimiento de la muchacha-. No se caerá el techo. El suelo no se abrirá para tragarnos.

Hizo una pausa y la observó.

-¿Dijeron algo?

Ella asintió con la cabeza.

-¿De veras?

Le hubiera gustado ponerles las manos encima.

-¿Hay alguien más de quien esperas reproches? ¿Y tu familia?

-Mi familia... no está enterada.

-Pero opinarán algo.

Mary Anne exclamó:

-¿No se te ocurre nada? Tienes el cerebro... deberías saber qué hacer. ¿Sólo vamos a estar aquí sentados y...?

Hizo un ademán.

-Joseph, por amor de Dios, ¡haz algo!

El mesero apareció en ese momento con los tazones de ensalada verde y luego sus cenas. La interrupción fue bienvenida; revolvió su comida y se concentró en la dolma. Comentó al respecto:

-¿Son éstas hojas de parra?

-Lo siento, señor -aclaró el mesero-. No hay hojas de parra en el invierno.

-¿De col?

-Sí, señor. Las verdaderas empiezan a llegar como en abril o a comienzos de mayo.

El mesero les sirvió el café.

-¿Alguna otra cosa, señor?

-No en este momento -contestó Schilling.

El mesero se fue y los dejó solos.

-No me importa -dijo Mary Anne. Comió con movimientos mecánicos-. Esto es exactamente lo que quería.

-¿Qué clase de persona es ese Dave Gordon? -preguntó él-. No me has contado mucho sobre él. En la mañana estuve pensando en lo que dijiste. Max trabajaba más o menos en lo mismo; tenía una agencia para la renta de coches, una bomba de gasolina, y hacía algunas reparaciones. De esto y de aquello. Se la pasaba sentado en su oficina... yo lo veía en el camino al trabajo. Nunca parecía hacer nada; sólo estaba sentado en su oficina.

Cortó una *dolma* a la mitad.

-Parecía gustarle. En cierto sentido, Max se retiró a los 15 años.

Ella parecía escucharlo y estar atenta a lo que decía. Por lo menos eso era alentador. Sin embargo, no decía nada. Él esperó y luego prosiguió, con tono informal y sin énfasis.

-En muchos sentidos soy así también. Vine aquí a retirarme; buscaba una población tranquila y estable en la que pudiera poner mi discoteca. Para mí, este ambiente dormilón es exactamente el indicado; puedo abrir la tienda a la hora que quiero, platicar con los clientes, perder el tiempo. En realidad no hay mucho que hacer ni ver. Si quisiera ver algo, supongo que tendría que irme.

-¿Adónde irías? -preguntó Mary Anne.

-Es difícil decirlo.

Le mostró su concentración, reflexionó, repasó las ciudades, los lugares, otros países.

-A Nueva York, probablemente, o a San Francisco. No iría a Los Angeles; pese a su tamaño, es en realidad una población pequeña. Desde luego, es informal... uno puede salir a la calle en pantalones cortos.

-Me lo han platicado -comentó ella.

-Y el clima es agradable ahí. Todo lo que dicen sobre la contaminación es más bien propaganda. Hace calor; hay grandes espacios; el sistema de transporte público es terrible. Si te cambiaras ahí tendrías que comprar un coche.

Tomó unos sorbos de café.

-¿Alguna vez has pensado en comprar un coche?

-No -contestó ella.

-¿Sabes manejar?

-No. Nunca se me ocurrió.

-Alguien me dijo que los coches salen como en doscientos o trescientos dólares menos ahí. Aquí son caros.

Ella pareció salir brevemente a la superficie.

-¿Cuánto se tarda uno en aprender a manejar?

Schilling hizo cuentas.

-Varía según la persona. En tu lugar, iría a una escuela establecida de manejo. Durante unas dos o tres semanas. Luego puedes conseguir tu licencia y practicar por tu propia cuenta. Ser dueño de un carro propio implica muchas satisfacciones. No dependes de nadie; puedes levantarte y salir a la hora y al lugar que quieras. Muy tarde por la noche... cuando las calles están desiertas. A veces, cuando no logro dormir, me levanto y salgo a manejar. Si lo haces bien, se convierte en una fuente de auténtica satisfacción personal. Cualquier habilidad de esa índole no se pierde, una vez adquirida.

-Los coches cuestan mucho dinero, ¿verdad?

-Algunos sí. Deberías buscar uno compacto, si compras uno o alguna vez

piensas en comprarte uno. Digamos, entre 1951 y 1953. Un Ford o un Chevrolet. Un pequeño Oldsmobile de dos puertas estaría bien; podrías pedir una transmisión hidromática. Puede ser muy divertido.

-Tendría que ahorrar -reflexionó ella después de una pausa.

-Lo que puedes hacer es lo siguiente -afirmó Schilling. Había dejado de comer, y ella también-. Tu decisión más importante será si quieres casarte y tener una familia o entrar a alguna profesión en la que puedas utilizar tus más altas habilidades: medicina, leyes, una de las grandes artes comerciales, como la publicidad, la moda o incluso la televisión.

-Me choca la ropa -declaró ella-. Nunca me metería a diseñar ropa.

Luego comentó.

-Me interesaba la medicina. Tomé un curso de enfermería en la escuela.

-¿Qué otro interés has tenido?

-Pensé que podría... vas a reírte.

-No -aseveró.

-Por poco tiempo consideré meterme de monja.

No se rió. Experimentó una profunda turbación.

-¿De veras? ¿Aún piensas lo mismo?

-A veces.

-No te retires de la vida -indicó-. Debes ser activa; debes estar con la gente, hacer cosas. No metida en algún lado, aislada, en un estado de meditación.

Inclinó la cabeza en señal de comprensión.

-¿Y el arte? ¿Has hecho exámenes de aptitud?

Mary Anne explicó:

-Nos hicieron unos exámenes en el último año. Mostré habilidades para...

Usó los dedos para contar.

-Resulté buena para las habilidades manuales: mecanografía, costura y el trabajo con objetos.

-La manipulación de objetos -corrigió él.

-Tuve habilidad para las cosas secretariales, como archivar y usar formas y equipo de oficina. No tuve gran capacidad artística, como para pintar, dibujar o escribir. En el examen de inteligencia salí bastante bien. En sociología tuvimos que presentar un trabajo sobre lo que queríamos ser. Escogí el trabajo social. Lo estudié mucho en la biblioteca. Me gustaría ayudar a la gente... en los barrios pobres, el alcoholismo y el crimen. Las relaciones raciales... di un discurso ante la escuela sobre la relaciones raciales. Fue bien recibido.

-Si estuvieras en una ciudad grande -afirmó Schilling- podrías recibir una educación en algún campo. En realidad no se consigue aquí. Tienen un colegio universitario, pero no ofrece mucho. Stanford, en Palo Alto, ya sería algo diferente. O incluso el Colegio de la Ciudad de San Francisco. O la universidad en Berkeley.

-Stanford cuesta muy caro. Lo investigué una vez, cuando estaba a punto de graduarme en la preparatoria. Pero...

Su voz se enturbió y bajó.

-Nunca saqué nada de la escuela.

-No sería como la escuela -indicó él-. Estarías recibiendo un entrenamiento específico. Sería algo que podrías usar, no sólo una serie de datos que aprender. Sería tu trabajo, la obra de tu vida.

-¿Cómo viviría?

Schilling sugirió:

-Podrías trabajar en la noche. O tomar tus cursos en la noche para trabajar

durante el día. En una ciudad como San Francisco, tendrías la oportunidad de hacer ambas cosas. O también puedo sugerirte lo siguiente. Tal vez puedas conseguir una beca. ¿Qué clase de calificaciones obtuviste en la escuela?

-Casi puros nueves.

De la bolsa del saco, Schilling sacó su bloc encuadernado en piel negra y una pluma fuente. Empezó a dibujar claras y largas líneas sobre el papel.

-Veamos esto en orden. Primero -apuntó algo- deberías irte de este pueblo.

-Sí.

Observó la pluma al escribir; se inclinó hacia delante y siguió las líneas negras. Sin embargo, aún no mostraba ninguna emoción, ninguna expresión; él no sabía qué estaba sintiendo. La tensión estaba presente; no se había soltado. Quizá, pensó él, no lo haría nunca.

-Tendrás que vivir en alguna parte. Podrías intentarlo con un grupo de muchachas, con una muchacha, en la Asociación de Jóvenes Cristianas o en una casa de huéspedes. Sin embargo, creo que serías más feliz si vivieras sola, para tener un lugar en dónde refugiarte. Debes contar con alguna especie de refugio, un lugar dónde esconderte.

Colocó la pluma sobre la mesa.

-Eso te hace falta. Necesitas contar con una salida. ¿No es cierto?

-Sí -afirmó ella.

Él siguió escribiendo.

-Podrías buscar un sitio en North Beach, alrededor de Telegraph Hall. O podrías salir hacia la Marina. O incluso por Fillmore. Es el barrio negro; hay bares y tiendas, mucho ruido. O, si dispones de dinero suficiente, podrías rentar un departamento de lujo en uno de los suburbios nuevos, como Stonestown. No lo he visto nunca, pero dicen que parece sacado del futuro.

-Yo lo vi -indicó ella-. Lo construyó alguna compañía de seguros, todo el pueblo. Está cerca del mar.

-Ahora, en cuanto al trabajo.

Tomó unos sorbos de café.

-Lo he estado pensando mucho. Según yo lo veo, tienes dos opciones buenas. ¿Dónde has trabajado? Repásalo otra vez para mí.

Mary Anne replicó:

-Trabajé para una casa de préstamos, como recepcionista. Y luego trabajé en una fábrica de muebles.

-¿Haciendo qué?

-Como taquimecanógrafa. Lo aborrecía.

-¿Y luego siguió la compañía de teléfonos?

-Sí -afirmó-. Y luego contigo.

-No aceptes un trabajo en una oficina pequeña. No te metas con otras seis muchachas y un mensajero. Haz una de dos cosas. Busca trabajo con algún profesional particular, un médico, un abogado o un arquitecto, alguien que tenga una oficina moderna en la que no haya nadie aparte de ti, donde tú puedas controlar las cosas. Uno de esos pequeños lugares modernos, con vidrio y ladrillos y lámparas en los nichos, un lugar limpio y agradable.

-¿Cuál es la otra posibilidad?

-Ve con una compañía grande, Shell Oil, la Fundación Kaiser, incluso el Banco de América. Con una organización tan grande que el sistema resulte impersonal y haya espacio para avanzar. Con puestos realmente especializados. Una cosa tan grande que...

Mary Anne lo interrumpió:

-Tal vez pudiera trabajar para una discoteca en San Francisco. Como Sherman Clay.

-Sí. Podrías hacerlo.

Y tuvo la impresión, en ese momento, de haber logrado algo, que después de todo tal vez consiguiera sacarla a la superficie en forma permanente y ayudarla.

Si iba a ayudarla, si tenía la intención de frustrar su retirada hacia la desesperación, tendría que hacerlo ya. Ella lo estaba observando, miraba sus apuntes, escuchaba lo que tenía que decir. La había tocado. Sus ojos no estaban en blanco por el miedo; se mostraba racional, atenta, una mujer joven que hacía caso de sus planteamientos.

-Lo estoy planeando por ti -afirmó.

-Gracias.

-¿Eso te molesta?

-No -aseguró ella.

-¿Quieres comer otra cosa? Ya se te enfrió todo; ¿y el café?

Mary Anne comentó:

-En la mañana llegué tarde... ¿sabes qué hice?

-¿Qué hiciste?

-Renté un cuarto. Saqué mis cosas del departamento. Le dije a la mujer que se fuera al demonio.

En realidad no lo sorprendió. Sin embargo, no resultó fácil escucharlo. Seguramente lo mostró, porque Mary Anne continuó:

-Te devolveré el dinero... la renta de los cincuenta dólares. Lo siento, Joseph. Quise decírtelo de inmediato.

-¿Cómo le hiciste para llevar tus cosas?

-Llamé un taxi. No queda nada en el departamento; sólo pintura y periódicos.

-Sí -repitió-, la pintura.

-Una parte está en los botes; el resto, sobre las paredes.

La inquietud volvió a su voz.

-¿Qué te imaginas? ¿Qué más?

-¿Está bonito el cuarto?

-No.

-Lo siento -dijo, desasosegadamente-. ¿Por qué no?

-Está en un barrio feo. Tengo una vista de... letreros de neón y botes de basura. Pero está perfecto; es justamente lo que quiero. Veinte dólares al mes, yo lo puedo pagar.

Schilling volvió una hoja limpia en su libreta de apuntes.

-¿Cuál es tu dirección?

-Se me olvida.

De repente lo estaba mirando fijamente, con la misma expresión dura de antes.

-Seguramente lo apuntaste en alguna parte.

-Quizá. Quizá no. Lo reconozco cuando lo veo.

-¿Ahí fue donde te encontraron Beth y Tweany?

-Sí.

Por lo tanto, dedujo, se encontraba en el barrio negro. Probablemente lo había hallado a través de alguien en el Wren. El dueño, sin lugar a dudas.

-¿Cómo lo reconoces?

-No -replicó.

-¿No qué?

-No voy a decirte dónde está.

Había cometido un error. La había presionado demasiado.

-Está bien -convino complacientemente y cerró la libreta-. Me parece perfectamente bien.

-Y me voy -declaró.

-¿De la tienda?

-Renuncio.

Racionalmente, inclinó la cabeza en señal de aceptación.

-Está bien. Lo que tú quieras.

Ya lo había aceptado; era una realidad y había que enfrentarla.

-Ahora, ¿qué me dices del dinero?

-Me alcanza -afirmó.

-Te daré -indicó Schilling- lo que necesites. De preferencia durante unos meses. Te daré lo suficiente para que vayas a donde quieras y puedas empezar.

Ella lo escudriñó con ojos intensos.

-Trataré de conseguirte el trabajo que quieres -prosiguió-. Pero no sirvo para mucho en eso. No había venido por aquí en muchos años. Mis contactos son pocos. Sin embargo, conozco a los mayoristas de discos en la ciudad; tal vez pueda lograr algo ahí. Podrías dirigirte a Sid Hethel. Tal vez pueda ayudarte. En todo caso, deberías pasar a verlo si vas a ir allí.

-Voy a otra parte -afirmó.

-¿Al Este?

-No.

Estaba respirando agitadamente.

-No me lo preguntes.

Pese a su cautela, la había llevado a eso. Por lo tanto, no había logrado nada. Después de todo no estaba en situación de ayudarla. Sólo podía tratar de controlarse, para que ella ya no sufriera más daño.

Era el instante, se dio cuenta, en que hacía falta la gran jugada maestra, la solución que lo esclareciera todo. Sin embargo, no disponía de ella. Se encontraba a sólo cincuenta centímetros de ella, lo suficientemente cerca para tocarla, y no podía hacer nada. Todos sus conocimientos, todos sus años, la comprensión y la sabiduría que había acumulado en muchos países, todo era inútil. Le era imposible llegar hasta esa única muchacha delgada, asustada, de pueblo pequeño.

-Depende de ti -afirmó.

-¿Qué cosa?

-Me temo que no puedo ayudarte. Lo siento.

-No quiero que nadie me ayude -indicó ella-. Sólo quiero que la gente me deje en paz.

-Mary Anne... -prosiguió él. Las manos de la muchacha descansaban sobre la mesa, blancas contra el mantel a cuadros-. Te amo -declaró. Alargó el brazo para tocarla... pero ella se apartó. La mano del hombre, como si contara con vida propia, se alargó, buscándola y la palpó. Ella observaba, fascinada. La mano la encontró y el anciano siguió hablando; farfullaba y musitaba incluso al agarrarla.

Cuando los dedos se cerraron sobre su mano, Mary Anne le asestó un puntapié, le pegó en el tobillo con la punta del zapato y al mismo tiempo saltó hacia atrás. Se levantó y se alejó rápidamente de la mesa. Su taza de café giró y se derramó al voltearse, arrojándole el líquido sobre la falda y la pierna.

Enfrente de ella, Joseph Schilling emitió un grito ahogado de dolor; bajó la mano y se palpó el tobillo lastimado. Su rostro mostraba una expresión de agudo dolor.

Ella se detuvo fuera de su alcance un momento, jadeando, y luego se volvió y

se fue caminando. No había nada en su mente, ningún pensamiento, ninguna tensión, sólo la conciencia de las velas, la figura del mesero, los parroquianos que la observaban. Parecía estar hundida en un medio brumoso y silencioso a todo su alrededor. Los parroquianos, los curiosos, se transformaron en caras de pez, grotescas y aumentadas hasta que llenaron la habitación. Y ella tenía frío, mucho frío. Un silencio entumecido y frígido le invadió la mente y se encajó ahí; con gran esfuerzo sacudió la cabeza y miró a su alrededor, miró por dónde había venido.

Se encontraba junto a una silla solitaria en un rincón del restaurante, una silla de respaldo recto, barnizada y lustrosa, colocada aparte, aislada. Ahí se sentó y enlazó las manos sobre el regazo. Dominaba todo el restaurante. Ella era la espectadora. Y hasta allá, muy lejos, distorsionado y encogido, una forma marchita agachada sobre la mesa, estaba Joseph Schilling. No la siguió.

Joseph Schilling permaneció ante la mesa. No la siguió, y trató de no mirar hacia ella. El restaurante había vuelto a la normalidad; los parroquianos comían y los meseros daban vueltas. Las puertas a la cocina se abrían y cerraban; los ayudantes salían empujando sus carritos y emanaba el estruendo de los trastes.

A la entrada del restaurante, junto al escritorio del cajero, una joven pareja se disponía a salir. El hombre estaba colocándose el abrigo, mientras su mujer se encontraba delante del espejo, enderezándose el sombrero. Sus dos hijos, un niño y una niña, ambos de unos nueve años de edad, habían empezado a bajar lentamente las escaleras hacia el estacionamiento.

Joseph Schilling se puso de pie y caminó hacia la joven pareja.

-Disculpe -dijo. Su voz sonaba áspera, ronca-. ¿Se dirige otra vez a la ciudad?

El marido lo miró, perplejo.

-Sí, allá vamos.

-Quisiera molestarlos con un favor -afirmó-. ¿Ve a la muchacha sentada en el rincón?

No la señaló con el dedo; no hizo ningún movimiento. Ni siquiera la miró. El marido la había descubierto y ahora Schilling se volvió un poco.

-¿Les molestaría mucho llevarla a la ciudad? Se lo agradecería.

La esposa se había acercado.

-¿A esa muchacha? -preguntó-. ¿Quiere que la llevemos con nosotros? ¿Se encuentra bien ella? No está enferma, ¿verdad?

-No -afirmó Schilling-. Estará bien. ¿Sería demasiada molestia?

-Supongo que no -replicó el esposo e intercambió miradas con su mujer-. ¿Qué dices?

La esposa, sin contestar, se acercó a Mary Anne y se inclinó para dirigirle la palabra. Schilling se quedó con el marido; ninguno de los dos habló. Después de unos momentos, Mary Anne se puso de pie y salió del restaurante con la esposa del hombre.

-Gracias -dijo Schilling.

-No tiene qué agradecerme -contestó el hombre y salió detrás de su familia, confundido, pero complaciente.

Después de pagar la cuenta, Joseph Schilling atravesó el estacionamiento desierto hacia su Dodge. Al encender el motor, buscó a la joven pareja, sus hijos y Mary Anne, pero no quedaba rastro de ellos.

Al cabo de un rato, regresó a la ciudad, solo.

21

Librodot

La joven familia la dejó en el sector comercial del centro y de ahí caminó a su propio cuarto en la oscuridad de la noche. Sobre el porche del frente, estaban todavía las botellas de vino vacías de las mujeres negras, un montón de brillo y vidrio liso cerca de sus pies cuando abrió la puerta.

El pasillo, estrecho y húmedo, se abrió delante de ella mientras caminaba hacia su puerta; buscó en el bolso, encontró su llave y se detuvo en su propia puerta.

Desde algún cuarto cercano, un radio proyectaba estruendosamente una tonada jump. Afuera, a lo largo de la calle oscura, una barredora recorría su complicada ruta entre las tiendas y las casas. Metió la llave a la cerradura, le dio la vuelta y entró. La luz del pasillo dibujaba el perfil de unas cosas en la penumbra: las cajas de cartón con sus posesiones. No las había desempacado. Cerró la puerta y la débil luz desapareció; el cuarto se redujo a sí mismo y se convirtió en una superficie sólida. Permaneció recostada contra la puerta durante largo tiempo. Luego se quitó el abrigo, caminó hasta la cama y se sentó en la orilla. Los resortes gimieron, pero no los veía; sólo podía escuchar. Hizo los cobertores a un lado, se acostó de espaldas, los brazos pegados al cuerpo, y cerró los ojos.

El cuarto estaba silencioso. Debajo, en la calle, la barredora había pasado de largo. El piso vibraba con los sonidos producidos por otra gente, en otros cuartos, pero incluso eso era un movimiento más que un sonido. Ya no veía, y tampoco oía nada. Permaneció boca arriba y pensó en diferentes cosas, en cosas buenas y agradables, en cosas limpias, amables y apacibles.

En su oscuridad nada se movía. El tiempo transcurrió y desapareció la oscuridad. La luz del sol se filtró a través de las cortinas deshilachadas y llenó el cuarto. Mary Anne estaba acostada de espaldas, con los brazos pegados al cuerpo, y escuchaba los sonidos de los coches y la gente más allá de la ventana. Corría el agua en los baños; los ruidos vibraban entre los otros cuartos.

Permaneció acostada, la mirada fija en los diseños dibujados por la luz del sol sobre el techo. Pensó en muchas cosas diferentes.

A las nueve de la mañana, Joseph Schilling abrió la discoteca, encontró la escoba en el clóset y empezó a barrer la banqueta. A las nueve y media, mientras ordenaba los discos, Max Figuera se presentó con su abrigo y pantalones mugrosos.

-¿No vino? -preguntó Max y se escarbó los dientes con un cerillo-. Ya me lo imaginaba.

Schilling siguió trabajando.

-No volverá. A partir de hoy, me gustaría que vinieras todos los días. Al menos hasta la Navidad. Después tal vez pueda hacer todo solo de nuevo.

Max se detuvo frente al mostrador y se recostó en él con una expresión de sabiduría en la cara, un conocimiento seco que se desprendía de él como fragmentos de piel y de tela, los trozos de sí mismo depositados sabiamente al avanzar.

-Se lo dije -afirmó.

-¿De veras?

-Cuando primero observó a esa muchacha, la de las tetas grandes. La que estaba tomando la malteada, ¿se acuerda?

-Es cierto -confirmó Schilling y siguió trabajando.

-¿Cuánto le sacó?

Schilling contestó con un gruñido.

Max prosiguió:

-Ya debería haber aprendido algo. Siempre cree que puede con estas niñitas, pero siempre terminan burlándose de usted. Lo harán sin falta; son listas. Las muchachas de los pueblos pequeños son las peores. Lo venden caro. Saben cómo cobrar. ¿Consiguió algo por su dinero?

-Atrás -indicó Schilling- hay un envío de la Columbia que no he tenido tiempo de abrir. Ábrelo y compáralo con la factura.

-Está bien.

Max dio una vuelta a la rienda. Se rió disimuladamente, una risita húmeda.

-Sí consiguió *algo*, ¿verdad? ¿Le pagó de *alguna* manera?

Schilling caminó al frente de la tienda y se asomó, miró a la gente, las tiendas del otro lado de la calle. Luego, al oír a Max hurgar en la caja de envío, volvió a su propio trabajo.

A la una y media, mientras Max estaba almorzando, un muchacho de cabello oscuro con un uniforme amarillo entró a la tienda. Schilling atendió a un caballero quisquilloso en el mostrador, lo envió a una cabina y entonces se volvió hacia el muchacho.

-¿Se encuentra la señorita Reynolds?- preguntó el muchacho.

Schilling replicó:

-¿Es usted Dave Gordon?

El muchacho sonrío tímidamente.

-Soy su prometido.

-No está aquí -declaró Schilling-. Ya no trabaja para mí.

-¿Renunció?

El muchacho empezó a alterarse.

-Lo hizo ya varias veces. ¿Sabe usted dónde vive? Ya ni siquiera sé eso.

-No sé dónde viva -contestó Schilling.

Dave Gordon vaciló, dudando.

-¿Dónde cree que pueda averiguarlo?

-No tengo idea -afirmó Schilling-. ¿Me permite hacerle una sugerencia?

-Claro.

-Déjela en paz.

Dave Gordon salió, desconcertado, y Schilling reanudó su trabajo.

No creía que Dave Gordon la encontrase; el muchacho la buscaría por un tiempo y luego volvería a su gasolinera. Sin embargo, había otros que podrían lograrlo. Algunos ya la habían encontrado.

En la noche, después de cerrar la tienda, permaneció ahí a solas para preparar un pedido navideño para la Decca. La calle oscura estaba tranquila; pasaban pocos coches y casi no había transeúntes. Trabajó en el mostrador a la luz de una sola lámpara y escuchó las nuevas grabaciones clásicas en uno de los tocadiscos.

A las siete y media un fuerte golpe en la puerta lo sobresaltó; alzó la vista y vio a Dave Gordon perfilado en el marco. El muchacho le señaló que quería entrar; había cambiado su uniforme por un tieso traje cruzado.

Schilling colocó el lápiz sobre el mostrador, se dirigió a la puerta y la abrió.

-¿Qué es lo que quiere? -preguntó.

-Su familia tampoco sabe dónde está -afirmó Dave Gordon.

-No puedo ayudarle -declaró Schilling-. Sólo trabajó aquí durante una semana.

Empezó a cerrar la puerta.

-Fuimos al bar -explicó Dave Gordon-, pero aún no abren. Vamos a intentarlo

más tarde. Quizá ahí lo sepan.

-¿Con quién anda? -preguntó Schilling, deteniéndose.

-Con el padre de ella. No tiene coche propio. Lo estoy llevando en el camión.

Schilling se asomó y vio un camión amarillo de servicio automovilístico estacionado en la acera unos lugares más adelante. En la caseta del camión había un hombre menudo, sentado inmóvil.

-Echémosle un ojo -repuso Schilling-. Dígale que venga.

Dave Gordon se fue, se quedó hablando junto al camión un rato, y luego él y Edward Reynolds regresaron juntos.

-Lamento tener que molestarlo -musitó Ed Reynolds. Era un hombre esbelto, de complexión ligera, y Schilling distinguió algunos rasgos de la muchacha en su cara. Un temblor nervioso corría por sus brazos y manos, un espasmo involuntario que tal vez se debiera a una abundancia de energía reprimida. No era de mal ver, se dio cuenta Schilling. Pero su voz era aguda, estridente y desagradable.

-¿Está buscando a su hija? -preguntó Schilling.

-Así es. Dave dice que trabajó para usted.

Parpadeó rápidamente varias veces.

-Creo que algo le ha sucedido.

-¿Cómo qué?

-Bueno...

El hombre hizo un ademán y volvió a parpadear. Giró sobre un pie, abrió y cerró las manos, con un estremecimiento que subió hasta su cara y provocó la actividad de una serie de músculos.

-Verá usted. Andaba con unos negros en ese bar. Creo que había uno que mató a un hombre blanco. Salió en el periódico.

Su voz se desvaneció.

-Quizá usted se enteró.

Ése era el torturador. Schilling veía a un hombre menudo y cincuentón, a un obrero encorvado por la fatiga de su día en la fábrica. El hombre, como la mayoría de los seres humanos, olía a su edad y a sudor. Su chamarra de cuero estaba manchada, arrugada y desgarrada. Le hacía falta rasurarse. Sus lentes le quedaban muy pequeños, y el aumento probablemente ya no le servía. En un dedo tenía un trozo disparejo de cinta sobre una cortada o lastimadura. El hombre no tenía nada de malvado o sádico. Era como Schilling se lo había esperado.

-Váyase a su casa -indicó Schilling- y preocúpese de lo suyo. Lo único que logrará es causarle más problemas. Ya tiene suficientes.

Cerró la puerta con llave.

Después de consultar con el señor Reynolds, Dave Gordon volvió a tocar en el cristal. Schilling había vuelto al mostrador. Regresó y abrió la puerta. Dave Gordon parecía apenado y el padre de la muchacha estaba abochornado y humilde.

-Váyanse -ordenó Schilling-. Váyanse.

Azotó la puerta y bajó la persiana. Los golpes se reanudaron casi de inmediato. Schilling gritó a través del cristal:

-Váyanse, o los haré arrestar a los dos.

Uno de ellos murmuró algo; no lo escuchó.

-¡Váyanse! -vociferó. Abrió la puerta y afirmó-: Ni siquiera está aquí. Se fue. Le di su dinero y se fue.

-Ya ve -confirmó Dave Gordon al padre de la muchacha-. Se fue a San

Librodot

Francisco. Siempre quiso hacerlo; se lo dije.

-No queremos molestarlo -indicó Ed Reynolds obstinadamente-. Sólo queremos encontrarla. ¿Sabe usted adónde fue en San Francisco?

-No fue a San Francisco -declaró Schilling y medio cerró la puerta. Luego pasó al mostrador y reanudó su trabajo. No alzó la vista; se concentró en la hoja de pedidos para la Decca. En la oscuridad, Dave Gordon y Ed Reynolds entraron silenciosamente a la tienda detrás de él. Se detuvieron juntó al mostrador y aguardaron, sin pronunciar palabra alguna. Él siguió trabajando.

Los percibía ahí, esperando que les dijera dónde estaba ella. Se quedarían un tiempo, luego irían al Wren y ahí averiguarían dónde estaba. Entonces, acudirían a su cuarto, al cuarto desde el que se asomaba a los letreros de neón. Y ahí se acabaría.

-Déjenla en paz -repitió.

No hubo respuesta.

Schilling colocó el lápiz sobre el mostrador. Abrió un cajón y sacó un trozo de papel doblado, que arrojó hacia los dos hombres.

-Gracias -dijo Ed Reynolds. Se alejaron del mostrador arrastrando los pies-. Se lo agradecemos, señor.

Después de que se hubieron ido, Schilling volvió a cerrar la puerta con llave y regresó al mostrador. Se habían llevado la dirección garabateada de un mayorista de discos en San Francisco, de una compañía en la calle Seis del distrito de la Misión. Era lo más que podía hacer por ella. A la diez habrían regresado, y entonces irían al Lazy Wren.

Ya no podía hacer nada más por ella. No podía buscarla, y no podía impedir que otros la buscaran. En su cuarto de veinte dólares mensuales, a menos de dos kilómetros de distancia, quizá a sólo unas cuadras, ella estaba sentada como la había visto en el restaurante: las manos sobre el regazo, los pies juntos, la cabeza ligeramente inclinada y caída. Podía ayudarla sólo evitando lastimarla; podía evitar el lastimarla más, y al hacer eso, hacía todo.

Si la dejaban en paz, se recuperaría. Si la hubieran dejado en paz desde siempre, no le haría falta recuperarse. Le habían enseñado a tener miedo; no había inventado su temor por su propia cuenta, no lo había generado ni alentado ni cultivado. Probablemente no sabía de dónde venía. Y definitivamente no sabía cómo deshacerse de él. Necesitaba ayuda, pero no era tan simple; el deseo de ayudarla ya no bastaba. Alguna vez quizá hubiera sido suficiente. Mas había transcurrido demasiado tiempo, se le había hecho demasiado daño. No era capaz de creer ni siquiera a los que estaban de su lado. Desde su punto de vista, nadie estaba de su lado. Gradualmente, había ido separándose y aislándose; había sido acorralada en un rincón, y ahí estaba sentada ahora, con las manos sobre el regazo. No le quedaba otra opción. Ya no tenía otro lugar a dónde ir.

Se preguntó qué hubiera pasado de no morir su abuelo, o si hubiese tenido otro padre, vivido en una población más grande, conocido a alguien en quién confiar. ¿Qué clase de persona hubiese sido? No podía creer que hubiera sido muy diferente. El temor posiblemente se hubiera enterrado en estratos más profundos; lo hubieran ocultado capas de complacencia, y nadie se hubiera percatado de que estaba ahí. No se sentía capaz de echar la culpa a su padre. No se imaginaba que Carleton Tweany fuera responsable de defraudarla, o que Dave Gordon tuviera en alguna forma la culpa de ser joven y no muy listo o sensible. La culpabilidad -de existir siquiera- estaba extendida y difundida sobre todo el mundo y todas las cosas. Del otro lado de la calle, un hombre se había estacionado con las luces encendidas, a fin de examinar su llanta trasera de la

Librodot

izquierda; tal vez fuese la persona a la que debía considerarse responsable, servía tanto como cualquier otra. Él también participaba en el mundo; de haber hecho algún ademán en particular que no había hecho, o dejó de hacerlo, en algún momento del pasado, tal vez Mary Anne sería sana y confiada y no habría ningún problema.

Quizá existiese, en algún punto del tiempo, en algún sitio del mundo, un momento de responsabilidad. Sin embargo, lo dudaba. Nadie había echado a perder a Mary Anne, porque no estaba echada a perder; estaba tan bien como cualquiera, y mucho más que algunos. Pero eso no servía para nada. Él podía estar consciente de que estaba bien, y ella podía intuirlo a su manera impulsiva, pero aun así no se abría un camino según el cual pudiera vivir. No era un asunto moral. Era un asunto práctico. Algún día, dentro de cien años, tal vez existiese su mundo. Todavía no existía. Él pensaba que podía percibir sus vagos perfiles. No estaba completamente sola y no lo había inventado por su propia cuenta. Su mundo se compartía en parte y sufría de una comunicación deficiente. Las personas en él no tenían suficiente contacto; no podían comunicarse unos con otros, al menos todavía no. Sus contactos eran breves y fragmentarios: un niño aquí, un negro allá, un pensamiento aislado que producía alguna respuesta y luego se desvanecía. El hecho de que él lo percibiera, aunque sólo fuera un poco, demostraba que no estaba enferma, que no era la víctima de interpretaciones incorrectas. Y él era mucho mayor. No hubiera habido manera alguna de acercarse más. La amaba y otros la amaban, pero eso no servía. Lo que ella necesitaba era el éxito.

Del otro lado de la calle, el individuo no identificado estaba asestando puntapiés a su llanta y se inclinaba para examinarla. Schilling lo observó mientras el hombre daba una vuelta al carro, se inclinaba una vez más, se subía detrás del volante y arrancaba ruidosamente. ¿Se le había bajado una llanta? ¿Había pasado por encima de una botella, un bote de cerveza? ¿Se le había caído y perdido algo de valor inestimable? El hombre se había ido y no lo sabría jamás. Lo que fuera que el hombre había hecho, lo que en secreto había concebido y desarrollado, sería desconocido para siempre.

Schilling abrió el directorio y encontró el número del Lazy Wren. Lo marcó y escuchó.

-Bueno -sonó la voz de un hombre, una voz de negro, en su oído-. Lazy Wren Club.

Pidió hablar con Paul Nitz. Finalmente, Nitz contestó el teléfono.

-¿Quién contestó antes? -preguntó Schilling.

-Taft Eaton. Es el dueño del lugar. ¿Quién habla?

Nitz sonaba aburrido.

-Tengo que ir a tocar una serie.

-Pregúntele dónde está Mary Anne Reynolds -indicó Schilling-. Él le encontró una habitación.

-¿Qué habitación?

-Pregúnteselo -repitió Schilling y colgó. Cuando se sintió mejor, volvió a su trabajo.

Del otro lado de la puerta cerrada, pasaron unos individuos. Escuchó el sonido de sus zapatos contra el asfalto, pero no levantó la vista. Puso unos discos nuevos en la cabina; sacó punta al lápiz, metió la hoja del pedido para Decca en un sobre y empezó con uno para la Capitol.

La oscuridad estaba suspendida sobre ella, alterada por la luz que se filtraba

Librodot

desde el pasillo. Al volver la cabeza, vio que la puerta estaba abierta. No la había cerrado con llave; no parecía tener ningún caso. Una figura se perfilaba bajo la tenue luz, la figura de un hombre.

-No tardaste mucho -declaró.

El hombre entró al cuarto. Pero no era Joseph Schilling.

-Oh -exclamó, sobresaltada, al materializarse la forma opaca muy cerca de la cama-. Eres tú. ¿Te lo dijo... Tweany?

-No -replicó Paul Nitz y se sentó en la cama junto a ella. Después de un momento alargó el brazo y le retiró el pelo de la frente-. Me enteré en el Wren, por Eaton. Definitivamente es un agujero horrible éste.

-¿A qué hora te enteraste?

-Apenas hace unos momentos. Acababa de llegar para iniciar el trabajo de la noche.

-No estoy muy bien -le informó.

-Estabas corriendo -afirmó Nitz-. Y chocaste contigo misma. Ni siquiera te fijaste a dónde ibas... sólo corrías, tratabas de escaparte. Es todo.

-Estás loco -musitó débilmente.

-Pero tengo razón.

-Está bien, tienes razón.

Nitz sonrió.

-Me da gusto haberte encontrado.

-A mí también. Ya era hora.

-Yo quería que te fueras, esa noche en tu departamento. Estaba harto de tanto pintar.

-Yo también -afirmó. Después de un instante preguntó-: ¿Puedes hacerme un favor?

-Lo que tú quieras.

-¿Podrías traerme mis cigarros?

-¿Dónde están?

Se puso de pie.

-En mi bolso, sobre el tocador. Si no es mucha molestia.

-¿Qué tan lejos está el tocador?

-Puedes verlo. Sólo hay este cuarto... ¿es demasiado lejos?

Pasó un rato en que se quedó escuchando el ruido producido por Paul Nitz al buscar en la oscuridad. Luego volvió.

-Gracias -dijo cuando él le encendió un cigarro y se lo metió entre los labios-. Bueno, ha habido mucha agitación. Una semana agitada.

-¿Cómo te sientes?

-No muy bien -admitió-. Pero creo que estaré bien. Tardaré un poco.

-Quédate ahí y descansa.

-Sí -asintió agradecida.

-Voy a encender el calentador.

Encontró el pequeño calefactor de gas y lo prendió. Aparecieron unas llamas azules; el fuego silbó y chisporroteó en la oscuridad del cuarto.

-No puedo volver a verlo -declaró Mary Anne.

-Está bien -replicó Nitz-. No tienes que preocuparte. Te cuidaré hasta que estés bien otra vez y luego puedes irte, a donde tú quieras.

-Gracias. Te lo agradezco.

Él se encogió de hombros.

-Tú me cuidaste una vez.

-¿Cuándo?

Ya no lo recordaba.

-La noche en que me desmayé y me pegué en la cabeza en el baño. Te sentaste conmigo en el sofá y me tuviste en tu regazo.

Esbozó una tímida sonrisa.

-Sí -asintió ella al recordarlo-. De alguna manera, nos divertimos mucho esa noche. Lemming... me pregunto qué habrá pasado con él. Fue una noche extraña.

-Pedí unos días en el Wren -afirmó Nitz-. No tengo que regresar durante casi dos semanas. Una especie de descanso adelantado de Navidad.

-¿Pagado?

-Bueno, en parte.

-No debiste hacer eso.

-Ahora podemos pasearnos.

Mary Anne reflexionó.

-¿De veras me llevarías de paseo?

-Claro. A donde tú quieras.

-Porque -explicó con fervor- hay muchos lugares que quiero conocer. Podríamos hacer muchas cosas... ¿podríamos ir a San Francisco?

-Cuando tú quieras.

-Podemos dar una vuelta en el trasbordador. ¿Podríamos hacer eso?

-Definitivamente. Hay uno que va a Oakland.

Con vehemencia declaró:

-Quiero ir a algunos de esos restaurancitos en North Beach. ¿Alguna vez has ido ahí?

-Muchas veces. Te llevaré al Hangover Club a oír a Kid Ory.

-Eso sería maravilloso. Y podemos salir a Playland... a la casa de los espejos. Podemos bajar en las resbaladillas. ¿Te gustaría eso?

-Claro -afirmó.

-Dios mío.

Alargó los brazos y lo estrechó.

-Eres como un niño.

-Tú también -replicó Nitz.

-Es cierto -convino ella. Y entonces pensó en Joseph Schilling. Al poco tiempo, rugiendo de dolor y de desesperación, se aferró al hombre a su lado y exclamó-: ¿Qué diablos voy a hacer? ¡Contéstame, Paul! ¿Cómo voy a vivir así?

-No puedes -afirmó.

-Ya estaba mal antes. Sabía que algo andaba mal... pero ahora es peor. Ojalá no hubiera entrado ahí; Dios mío, si tan sólo no hubiera entrado ahí ese día.

Pero no era cierto, porque le daba gusto haber encontrado la tienda.

-Sigue ahí -dijo con voz quebrada-. La tienda. Joseph Schilling. Ambos siguen allí. En cierta forma.

En cierta forma, pero era una cáscara muerta. No había nada adentro. Sollozó en la oscuridad, con un brazo alrededor del cuello de Nitz y el cigarro entre los dedos. Había llegado y desaparecido, dejándola sola. Pero no quería estar sola.

-¡No lo soporto! -vociferó. Arrojó el cigarro a través del cuarto; pegó en la pared de enfrente y cayó a la alfombra, un pequeño destello de luz roja-. No moriré en esta ratonera.

Nitz fue a apagar el cigarro.

-No -dijo al volver. La recogió entre los brazos, junto con los cobertores, y la cargó a la puerta-. Vámonos -declaró, apretándola contra su cuerpo. La cargó por el pasillo y las escaleras, junto a las puertas cerradas y sus estruendosos ruidos, junto a la señora Lessley, la casera, que se asomó recelosa, con mirada cautelosa

y hostil. La cargó por los escalones exteriores y la banqueta nocturna, entre la gente que caminaba aquí y allá en grupos y en parejas, entre las tiendas, las gasolineras, los estacionamientos, los hoteles, los bares y las farmacias. La cargó por los barrios pobres, por el sector comercial, pasando por letreros de neón, cafés y la oficina del *«Leader»*, por las tenditas modernas de Pacific Park. La estrechó fuertemente contra sí y la cargó hasta su propio cuarto.

22

Había ancianos en el parque, hileras de ancianos que cubrían las bancas con sus abrigos y periódicos.

Las hojas amarillas esparcidas sobre el césped se trituraban debajo de los pies de la gente. Dos niños de pantalones de mezclilla se dirigieron con pasos firmes hacia la orilla del parque, cargando bolsas de papel café -sus almuerzos-. Los ancianos leían su *L'Italia* y aceptaban el sol del otoño. Enfrente del parque se elevaba muy alta la iglesia católica, proyectando su sombra. Unas palomas pasaron por la grava alrededor de la fuente de agua potable, en busca de restos de comida. El cielo de San Francisco tenía un color azul deslavado y frágil. Mary Anne giró sobre la banca y contempló la inclinación de Telegraph Hill y la torre en la cima, Colt Tower, como una columna cristiana. Un gran camión verde avanzó por la avenida Columbus y se perdió detrás de unos edificios de despachos. El bebé de Mary Anne se movió sobre su regazo y estiró los brazos. Ella lo contuvo. No le hacía falta el camión.

No necesitaba nada: estaba rechoncho y envuelto con ropa abrigadora, limpio y bien cuidado. Dormitaba. Descansó recostado en su madre y escuchaba el estrépito de la ciudad. Arriba de él y a su alrededor, Mary Anne le servía de protección.

Sentada en la banca del parque con su bebé, se veía joven y fresca. Llevaba puesto un largo vestido blanco y zapatillas bajas; su pelo castaño, corto aún, se enredaba sobre sus orejas y formaba un fleco en su frente. Los aretes redondos de cobre brillaban. Sus tobillos pálidos y desnudos eran esbeltos encima de las zapatillas. Una vez sacó un cigarro de la bolsa y lo prendió con su encendedor.

El día estaba apacible. Una gaviota allá arriba daba vueltas. De vez en cuando graznaba, con un sonido de cuerdas y madera secas. Después de un tiempo, una señora de edad madura y aspecto amable, tapada con un abrigo negro, se acercó por el sendero y se sentó en la banca enfrente de Mary Anne.

Mary Anne tomó un libro de bolsillo que había traído, el cual Paul quería que leyera. Examinó la portada, lo volteó y lo colocó en la banca. No tenía ganas de leer ni de hacer nada; estaba contenta con permanecer ahí sentada. Eran las tres de la tarde y al cabo de una hora se presentaría Paul. Solía encontrarse con él ahí; le agradaba encontrarse con él en el parque.

En la banca de enfrente, la señora de edad madura y aspecto amable se inclinó hacia delante y dijo, con una sonrisa:

-Qué niñito tan sano.

Mary Anne levantó al bebé y lo estrechó contra ella.

-Es mi hijo.

-¿Cómo se llama?

-Paul. Tiene once meses.

-Es un bonito nombre -comentó la señora de edad madura y aspecto amable. Le hizo señas al bebé, y caras.

-Su padre se llama Paul -afirmó Mary Anne. Bajó la vista y examinó el cuello del bebé, alisó la tela de algodón-. Tengo otros siete hijos. Este es el más pequeño. El mayor tiene trece años.

-¡Cielos! -exclamó la señora de edad madura y aspecto amable, asombrada.

-Sólo estaba bromeando -indicó Mary Anne. Sin embargo, algún día sería cierto; tendría toda la casa llena de hijos, de hijos altos, fuertes y ruidosos-. Todavía no habla. Le gusta escuchar música. Su padre es músico.

La señora de edad madura y aspecto amable inclinó la cabeza con expresión sabia.

-Su padre -prosiguió Mary Anne- estudia en la tarde, y por la noche toca el piano en el Club Presto de la calle Unión. Toca el bop. Hay cinco hombres en el grupo.

-Música -comentó la señora de edad madura y aspecto amable-. Creo que no he oído ningún tipo de música durante los últimos años, desde la guerra, que pueda compararse con la de Richard Tauber.

-Esa ya pasó de moda -afirmó Mary Anne mientras jugaba con la mano del bebé-. ¿Verdad, Paul?

-Y Jeanett MacDonald -continuó, con actitud nostálgica, la señora de edad madura y aspecto amable-. Nunca la olvidaré a ella y a Nelson Eddy en *Maytime*. Fue una película hermosa. Lloré al final; todavía llego a llorar cuando pienso en ella.

-Váyase a llorar a otra parte -declaró Mary Anne y columpió a su hijo sobre la rodilla.

La señora de edad madura y aspecto amable recogió su bolso y se fue. Mary Anne le sonrió a Paul, y él gorjeó y babeó.

Más allá de los límites del parque, las casas brillaban bajo el sol vespertino. Los coches, como manchas oscuras, subían las calles estrechas del cerro entre las casas. A los pies de Mary Anne andaba una paloma que picoteaba el suelo al azar.

-¿Ves el pájaro grande? -preguntó Mary Anne en voz baja a su hijo-. Bonita paloma. Cena para uno. ¿Qué te parece un pastel de paloma? Ven acá, paloma. Alimenta a los pobres.

Tocó a la paloma con la punta del pie y ésta se alejó dando fuertes aletazos. Casi de inmediato regresó y volvió a recorrer un círculo indefinido. Mary Anne se preguntó qué encontraría para comer y qué estaría pensando. Se preguntó dónde viviría y quién la cuidaría, de haber alguien.

-¿Eres una mujer? -le preguntó a la paloma-. ¿O un hombre?

Se quedó sentada sobre la banca del parque con su hijo, lo estrechó y observó a las palomas y a los ancianos y niños. Estaba muy feliz. Vio cómo la gente aparecía y se iba; vio caer las hojas de los árboles otoñales y brillar de humedad el pasto. Vio todo el ciclo de la vida: vio envejecer a los niños y convertirse en unos hombrecitos encorvados que leían *L'Italia*, y los vio renacer en los brazos de las mujeres. Ella y su hijo permanecieron iguales, ajenos a los nacimientos y la decadencia que ocurrían a su alrededor. No era posible tocarlos. Estaban seguros. Vio el sol apagarse y volver, y no le dio miedo.

Se preguntó de dónde habría salido ese estado apacible. Había aparecido junto con el bebé; pero ¿de dónde había salido él? No lo comprendía por completo. Era un misterio, algo separado de ella misma, y era su esposo, estrechamente acurrucado entre sus brazos. Tal vez había llegado a ella con el viento. El cálido viento de la primavera había tirado de ella y le había traído eso, la había llenado con una vida permanente. Se había llevado el vacío.

Mary Anne y su hijo vieron cambiar el mundo a su alrededor, observaron todo lo que había sucedido alguna vez y todo lo que sucedería en cualquier momento del futuro. Y después de eso se levantaron y se dirigieron al fondo del parque. Ahí aguardaron, porque había transcurrido la hora y era tiempo de aguardar.

La gente pasaba apresuradamente por la avenida Columbus y Mary Anne se protegió los ojos con la mano para ver si ya venía. Sujetó al bebé sobre el hombro y la gente pasó junto a ella de ambos lados. Al fin distinguió a una figura delgada que con pasos cómodos avanzaba, las manos en los bolsillos, el saco agitándose con el viento, el pelo largo y despeinado.

-Ahí está -le avisó a su hijo-. Estás viendo al revés.

Lo volteó para que mirara.

-¿Ves?

-Te ves muy bien -afirmó Paul Nitz al acercarse tímidamente.

-Tú no; pareces un vago.

Lo besó.

-Vayamos a comer algo. ¿Fuiste de compras?

-Podemos comprar algo en el camino a casa -sugirió.

-¿No tienes dinero?

Mientras caminaban, él revisó las bolsas de su saco y extrajo los fragmentos de boletos, clips, lápices, anotaciones en pedazos de papel doblados.

-Supongo que te lo di a ti.

Entrecerró los ojos ante el fulgor de la luz sobre la banqueta.

-A alguno de ustedes, en todo caso.

Mary Anne se rezagó en el camino, abrazada a su hijo y asomándose a los aparadores, mientras Paul Nitz revisaba el resto de sus bolsillos. Bostezó una vez. Una vez se detuvo a contemplar una colección de pipas escocesas importadas y luego un estante lleno de armónicas. Una vez alcanzó a su esposo y se apoyó en él mientras los tres esperaban que cambiara el semáforo.

-¿Cansada? -preguntó él.

-Tengo sueño. ¿Te verías bien con una pipa?

-Parecería la ira de Dios -contestó.

La luz cambió y cruzaron la calle junto con la demás gente.

FIN